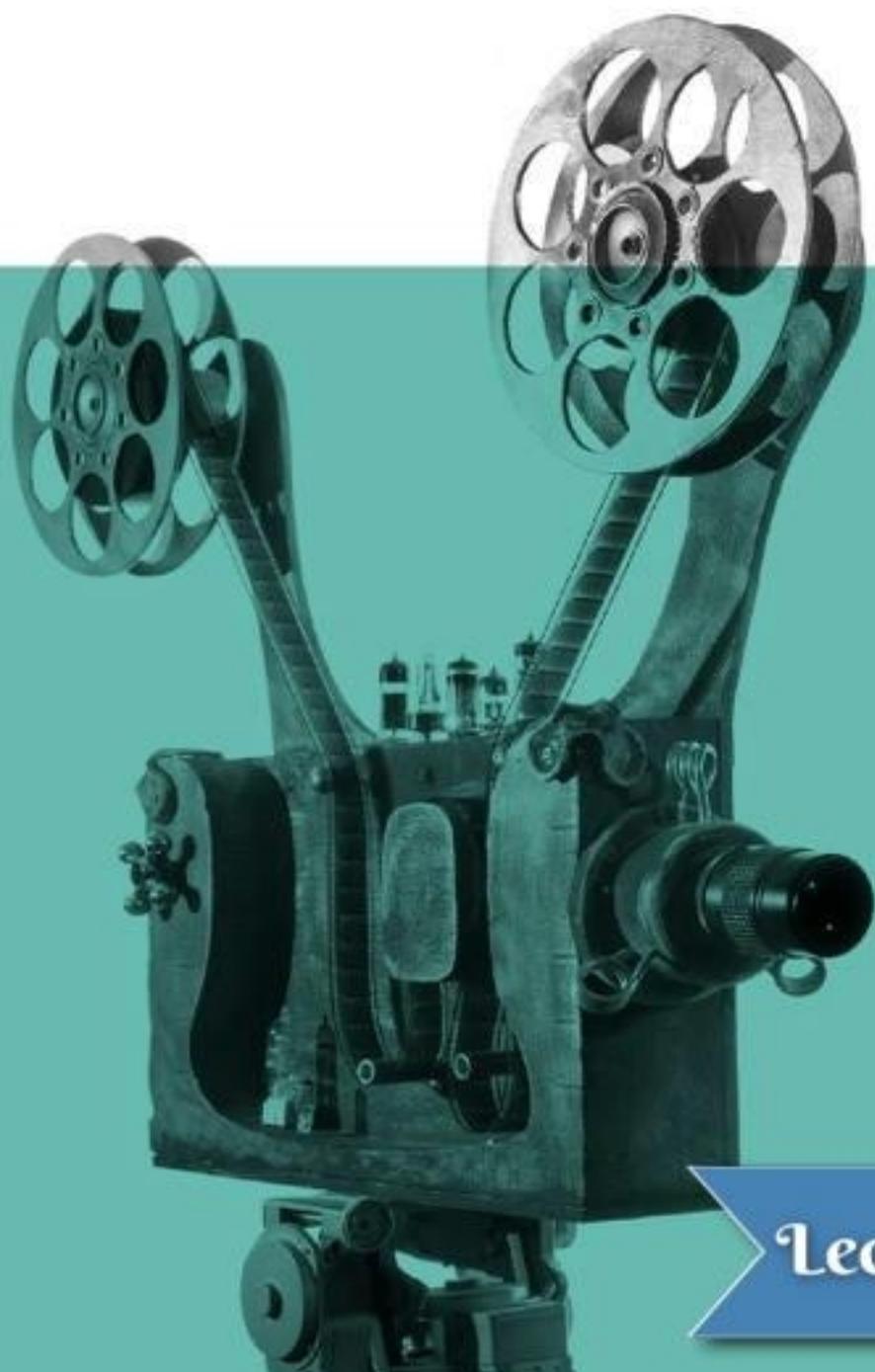


Robertson Davies

Asesinato y ánimas en pena

Traducción de José Luis Fernández-Villanueva



Lectulandia

Connor Gilmartin, director de la sección de espectáculos del *Advocate*, un periódico de Toronto, sorprende a su mujer en la cama con otro hombre. El amante, que casualmente es un crítico del mismo diario, termina asesinando al atónito marido.

Sin embargo, este hecho no supondrá la completa desaparición de Connor, ya que su fantasma perseguirá al homicida hasta un importante festival de cine. Y mientras el crítico se esfuerza en analizar los largometrajes que proyectan, espectro y lectores nos convertimos en espectadores privilegiados de unas peculiares películas sobre la historia de la familia Gilmartin.

En la oscuridad de la sala, sentado junto a su asesino, realidad y ficción terminarán por confundirse. Con su tono más humorístico, Davies nos ofrece el fantástico retrato de un hombre cuya vida se ve repentinamente truncada, pero que renace a otro tipo de existencia mucho más lúcida y libre.

Lectulandia

Robertson Davies

Asesinato y ánimas en pena

ePub r1.0

Titivillus 20.01.16

Título original: *Murther & Walking Spirits*
Robertson Davies, 1991
Traducción: José Luis Fernández-Villanueva

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Brenda

Los narradores saben por experiencia que un asesinato vale como mínimo por dos monstruos y por tres ánimas en pena. Porque la consecuencia del asesinato es la horca, con la cual la chusma se deleita maravillada. Pero cuando los asesinatos y las ánimas se juntan no hay narración que se acerque a describirlos.

SAMUEL BUTLER (1612-1680)

I

Toscamente traducido

Nunca en mi vida me asombré tanto como cuando el Husmeador sacó el arma escondida de su funda y de un golpe me dejó tendido en el suelo, completamente muerto.

¿Cómo supe que estaba muerto? Tal como me pareció, recuperé la conciencia un instante después del golpe, cuando oí que el Husmeador decía con voz trémula: «¡Está muerto! ¡Dios mío, lo he matado!». Mi mujer estaba arrodillada a mi lado, me tomaba el pulso y ponía la oreja sobre mi corazón. Con un notable dominio de sí misma, dadas las circunstancias, dijo: «Sí, lo has matado».

2

¿Dónde estaba yo? Contemplaba la escena desde muy cerca, pero no estaba en el cuerpo que yacía en el suelo. Mi cuerpo, con un aspecto que no había visto en mi vida. ¿Había sido yo un hombre tan grande? ¿No un hombre descomunal, no un gigante, pero de dos metros y bastante pesado? Así lo parecía, porque allí estaba tendido, con mi traje de verano no muy bien planchado, en contraste con mi mujer y el Husmeador, los dos desnudos, pues habían saltado de la cama —mi cama—, donde los había sorprendido.

Un cliché que se da a menudo en el mundo pero, para mí, una novedad: el marido encuentra a la mujer en la cama con el amante; el amante salta, saca un arma que tenía oculta y asesta al esposo un severo golpe —demasiado severo, según me parece ahora— en la sien, y el esposo cae muerto a sus pies. Mi asombro, como ya he dicho, fue el mayor de mi vida, sin que dejara sitio a la indignación. ¿Por qué rayos lo había hecho? ¿Y era verdad que no podía deshacerlo, tal como él y yo deseábamos con tanto fervor?

El Husmeador estaba aturdido, se había retirado, encogido, a la cama, se había sentado en ella y lloraba histéricamente.

—Vamos, para ya —dijo mi mujer furiosa—. No tenemos tiempo para estas cosas. Cállate y déjame pensar.

—Ay, Dios mío —gimoteaba el Husmeador—. Mi pobre amigo Gil. No quería

hacerlo. No. No quería hacerlo. ¿Qué pasará ahora? ¿Qué me van a hacer?

—Si te cogen, lo más probable es que te ahorquen —dijo mi mujer—, así que deja de hacer ruido y haz exactamente lo que te digo. Primero de todo, ponte algo encima. No... espera. Primero limpia esa maldita cosa con un trapo y devuélvela a su funda. Está ensangrentada. Luego vístete, vete a tu casa, y procura que nadie te vea. Tienes cinco minutos. Entonces llamaré a la policía. ¡Date prisa!

—¡La policía!

Su pavor era tan ridículo que me reí a carcajadas y entonces me di cuenta de que no podían oírme. El Husmeador estaba completamente amedrentado.

No así mi mujer. Era valiente y decidida y admiré su dominio de sí misma.

—Pues claro que sí, la policía —dijo—. Han asesinado a alguien. ¿De acuerdo? Hay que informar inmediatamente. ¿De acuerdo? ¿Trabajas en un periódico y no lo sabes? Haz lo que te he dicho y hazlo de prisa.

¿Habían sido amantes esos dos? ¿Qué ternura sentían en aquel momento? La única señal que dio mi mujer de que sus nervios estaban alterados fue volver a su antiguo latiguillo de preguntar «¿de acuerdo?» en medio de la conversación. Creía yo que le había quitado tan mala costumbre, pero en este momento de crisis había vuelto a las andadas. En mi opinión, nunca fue una buena escritora. No cuidaba el lenguaje como es debido.

Gimiendo y resoplando, el Husmeador empezó a ponerse su ropa ridículamente elegante, de la que se burlaban constantemente sus colegas en el periódico. Pero obedeció a mi mujer. Lo primero que hizo fue limpiar con un trapo la fea cachiporra metálica que había sacado de su hermoso bastón. La empuñadura, cuando no estaba desenroscada, formaba parte de la cachiporra, y ahora la enroscaba en su lugar oculto. Cuánto orgullo había mostrado por aquella arma asquerosa, contra la cual yo le había advertido en numerosas ocasiones. La gente que lleva un arma, le decía yo, es casi seguro que acaba utilizándola. Pero él creía que con ella parecía un hombre arrojado, gallardo, todo un símbolo de masculinidad atrevida, una ostentación de macho. Pagó una fortuna por aquel bastón en una famosa tienda de Londres. Decía que era mejor que un bastón-espada. Pero ¿para qué necesitaba un bastón-espada o una cachiporra? De pronto el miserable desgraciado entendía el buen sentido de mis palabras. El asesino. Mi asesino.

Yo seguía enfadado, pero no podía evitar la risa. ¿Por qué me había golpeado? Supongo que fue porque, cuando los encontré *in flagrante*, a pesar de mi enfado, me burlé de ellos.

—Dios mío, Esme, *no* con el Husmeador.

Fue lo que dije. En su furia, supongo que alimentada por la excitación sexual, sacó el arma y me dio el porrazo.

Se vistió, pero sin su desenvoltura habitual. Pasó rodeando con cuidado mi cuerpo que casi tapaba la puerta, y se fue a la sala de estar de nuestro apartamento en busca del mueble-bar. Sacó una botella de coñac.

—No —dijo mi mujer, que lo había seguido—. ¿No te acuerdas? Ni una gota hasta que no se termina la función —y se rio, pero él no. El viejo chiste, que él había usado tanto para referirse a los actores dados a la bebida, no le provocó ni una sonrisa ahora que iba dirigido a él—. Limpia el cuello de la botella, donde la has tocado —añadió mi mujer—. La policía buscará huellas.

¡Huellas! Huellas dactilares. Qué bien dominaba ella los intrínquilis detectivescos. Su frialdad me admiraba. El Husmeador se volvió en la puerta, evidentemente esperando un beso. Pero ella no estaba para besos.

—Date prisa —le dijo— y procura que no te vean.

Y se fue, todo lo desenvuelto que puede estar un asesino en un día de trabajo, aunque tenía la cara marcada por el dolor. ¿Quién se extrañaría al cruzarse con un crítico de teatro cuyo rostro expresara dolor? Es una de las señas de la profesión.

3

En el momento en que se fue, mi mujer, todavía desnuda como Eva en el Paraíso, se puso a hacer la cama. Una vez arreglada, se echó en ella para dar la sensación de que solo la había ocupado una persona. Después puso orden en el dormitorio y lavó y secó dos copas en el cuarto de baño. A continuación, una rápida aunque cuidadosa inspección del suelo; sacó una aspiradora y la pasó por la alfombra. Humedeció ligeramente una toalla y la pasó por todas las superficies que hubiera podido tocar el Husmeador. ¡Oh, qué mujer tan metódica!

La contemplé con admiración y un fuerte sentimiento erótico. Una mujer desnuda puede ser fascinante en la cama, dispuesta para el amor, pero es mucho más atractiva cuando está entregada al trabajo. ¡Los músculos de su espalda y sus piernas se movían con tanta elegancia al manejar la aspiradora! ¡La fina curva de su cuello, cuando buscaba huellas! ¿Qué la hacía tan deseable en aquel momento? ¿La excitación? ¿El peligro? ¿El crimen? Porque había sido testigo de un asesinato y se la podría considerar cómplice o encubridora.

Y, luego, el teléfono.

—¿Policía? —dijo—. Han matado a un hombre. A mi marido. Por favor, vengan enseguida —y dio nuestra dirección.

No era mala actriz. Por primera vez su voz traicionó su emoción. Pero no mostró ninguna emoción cuando le aseguraron que la policía vendría. Con más rapidez de lo imaginable, se quitó el maquillaje, algo deteriorado de resultas de sus arrebatos con el Husmeador; se puso un camisón y una bata, se peinó la cabellera y luego se la agitó, supongo que para aparentar un desarreglo apropiado. Después se sentó en su mesa de trabajo —su mesa, porque tenía que preparar su historia— y esperó a que la policía llamara a la puerta del edificio de apartamentos.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

Por supuesto que ustedes querrán conocer algunos detalles. ¿Quién es toda esta gente?

Empecemos con el Husmeador. Su nombre es Randal Allard Going, e insiste en que entendamos bien su nombre —Allard Going— porque es un nombre distinguido, al menos en Canadá. Uno de sus tatarabuelos —sir Alured Going— fue gobernador en esta parte del mundo en la época colonial, y en la vieja iglesia de Niagara-on-the-Lake se conserva una placa dedicada a él que, en la detestable prosa de aquellos tiempos, proclama sus virtudes: «Su personalidad era demasiado grande para ser descrita, pero demasiado excelente para quedar oculta... Verdaderamente humilde, sin afectación, circunspecto sin hosquedad, animoso sin ligereza...» y bastante más en el mismo estilo encomiástico. Pero los libros de historia dicen bien poco de sir Alured y lo más probable es que no fuera más que uno de aquellos don nadie que la madre patria enviaba a las colonias porque estaba necesitado de un empleo y no tenía la suficiente influencia para obtenerlo en la metrópoli. Pero en el Canadá de sus días fue un sapo gordo en un oscuro charco, destacando del grupo de primeros colonos de buena familia, a quienes el Husmeador se refería como la «jerarquía caballeresca», cuyo pasado añoraba y deseaba perpetuar en su persona.

Adopta lo que él cree que es un aire distinguido y sus modales son demasiado afectados para el lugar que ocupa en el mundo moderno; viste formalmente y con verdadera ostentación, porque aunque es joven —creo que anda por los treinta y dos años— siempre lleva bastón. Para estar a la altura de sus pretensiones cree que siempre necesita un arma a su alcance, y el bastón, que oculta en toda su longitud la porra con la cual me derribó, es su compañero inseparable. Físicamente no es corpulento, de hecho es más bien un mequetrefe, pero se considera una especie de D'Artagnan. Hubiera preferido un bastón-espada, pero, como explica a los pocos a quienes confía su secreto, la cachiporra es lo más apropiado para estos tiempos en que tanto abundan los atracos, incluso en la divina Toronto.

Pero uno no puede descalificar sin más a Allard Going como petimetre o necio, porque, a pesar de sus excentricidades, es un periodista muy capaz que hace un buen trabajo como crítico teatral, aunque no tan bueno como a mí, su jefe, me gustaría. No fui yo quien lo llevó a *The Colonial Advocate*, el periódico (muy buen periódico) en el que trabajó como responsable de la sección de espectáculos; lo heredé de mi predecesor. No llevo más de tres años en mi puesto, o en lo que era mi puesto, antes de que el Husmeador me jubilara para siempre.

El mote de Husmeador, que él aborrece, es una broma del periódico. Hace la crítica de obras de teatro modernas y se complace en detectar en ellas «influencias», y su manera de señalar tales influencias, para denigrar a los escritores noveles, consiste

en escribir (con demasiada frecuencia, pero no he podido quitarle la mala costumbre). «¿Husmeamos alguna influencia de Pinter (o de Ayckbourn, o de Ionesco, o incluso de Chéjov) en esta última obra de fulano?». Al fulano al que el Husmeador pretende reducir al mínimo común múltiplo. El Husmeador está convencido de que en Canadá nadie que escriba una obra de teatro, especialmente si es la primera, puede ser original en algún aspecto básico; tiene que apoyarse en la obra de algún dramaturgo de fama reconocida, casi siempre un inglés. El Husmeador es uno de los pocos vástagos que todavía cree que Inglaterra sigue siendo la Tierra Prometida.

De ahí que sus colegas en el *Advocate*, que son bastante bromistas, como suelen serlo los periodistas, lo llamen el Husmeador, y los de la sección de deportes han llegado a insinuar oscuramente que es un husmeador auténtico, que obtiene su satisfacción sexual olisqueando los sillines de las bicicletas de las niñas quinceañeras. Esto mortifica sobremanera al Husmeador, que pretende pasar por un tipo byroniano, y quizá de verdad lo sea, como demuestra a las claras su éxito con mi mujer.

No cae muy simpático, aunque es tolerado por sus conocimientos. Los cachondos del Club de Prensa lo han elegido dos veces como candidato para el Premio de Gilipollas del Año, pero al final siempre ha salido derrotado por otro candidato con más méritos, siempre del mundo de la política. Tengo que admitir que no cae simpático entre los hombres. Pero con las mujeres es otra cosa.

Mi mujer, la última conquista del Husmeador, está muy por encima de él, y hasta que los sorprendí en la cama me negué a creer los rumores que mis amigos más amables se encargaban de hacer llegar a mis oídos.

Mi mujer también trabaja en el *Advocate*, aunque no en mi sección; hace reportajes, y es una de las columnistas más destacadas. Escribe sobre asuntos femeninos, en su sentido más amplio, y lo hace con criterio y convencimiento. No es una feminista fanática, aunque se muestra firme en su determinación de conseguir cualquier derecho posible para las mujeres, incluso aspiraciones no muy claras. Insta a que se tomen grandes medidas políticas sobre sus congéneres, defiende el derecho al aborto y es particularmente buena en el terreno de la compasión, ese poderoso emoliente periodístico, y pone su mayor energía en la defensa de las esposas maltratadas, las hijas sometidas al incesto y las indigentes en su extraordinaria variedad. La apoyo en todas estas cosas y admiro su celo, aunque su prosa me ataca los nervios.

Su nombre es Esme Baron. La bautizaron Edna, nombre con algunas resonancias bíblicas, pero cuando comenzó el colegio se rebeló contra él y dijo a sus padres que en adelante se llamaría Esme; sabía que en principio es un nombre masculino pero, posiblemente en una muestra precoz de su entusiasmo feminista, le dio igual; si alguien la tomaba por un hombre, era libre de hacerlo. Hizo una rápida carrera en la prensa impresa y en el momento de mi asesinato empezaba a destacar en la televisión. Aunque no sea una belleza precisamente (pero ¿quién puede precisar lo que es la belleza?), posee sin duda una hermosa figura y un rostro atractivo y serio. Cuando te

habla, tiene la gran virtud de hacerte creer que eres la persona más importante del mundo, y sabe transmitir esta valiosa sensación en su trabajo televisivo; cientos de miles de espectadores están convencidos de que les habla a ellos, a ellos exclusivamente. Con esta rara virtud, ¿es extraño que estuviera pensando en una carrera dedicada principalmente a la tele, y se interesara por el Husmeador que, al parecer, goza de alguna influencia en ese medio? Al igual que se interesó por mí cuando parecía que yo podía impulsar su carrera en el periódico. Aunque suene poco amable, no es esa mi intención. Amé muchísimo a Esme, y si ella no me amó en igual medida, o me amó con cierto cálculo, me consuelo pensando que no soy el primer hombre que se encuentra en semejante tesitura.

Pero no por eso voy a excusarla por su traición. Podía haberme dicho que estaba cansada de nuestro matrimonio y supongo que habríamos llegado a algún tipo de arreglo. Incluso podría haberme dicho que prefería a Allard Going y, después de recuperarme del ataque de risa y de mi incredulidad, estoy seguro de que también habríamos llegado a un acuerdo. Y si lo que quería era una aventura pasajera con el Husmeador, supongo que me habría conformado durante un tiempo. Ella habría llegado a la conclusión de que el Husmeador no le iba a dar lo que ella quería y me habría contado el asunto con posterioridad, cuando la influencia y el precio de él estuvieran claros. No creo ni por un momento que él quisiera casarse con ella; el concepto que tenía de sí mismo exigía una sucesión de conquistas, nada permanente. Un artista (y él se consideraba como tal, porque si la crítica no es un arte, ¿qué otra cosa puede ser?) debe ser libre.

Supongo que todo esto suena manido y repugnante, pero en el mundo en que nos ha tocado vivir no está previsto un mayor nivel de moralidad. Pero que me mataran puso las cosas bajo una luz muy distinta y espeluznante.

5

¿Y yo, el hombre asesinado? Mi nombre es —o era— y supongo que sigue siendo Connor Gilmartin, y soy el responsable de la sección de espectáculos del *Advocate*. Por lo tanto, Allard Going es uno de mis subordinados; supongo que debiera decir colega, porque no es mi estilo presionar demasiado a los redactores que trabajan bajo mi dirección; les concedo un gran margen de libertad en su trabajo y mis directivas son más sugerencias que órdenes, si bien hay momentos en que desapruuebo por completo lo que dicen y la manera como lo dicen. Lamentablemente, es muy difícil encontrar periodistas que escriban bien o que al menos tengan algo de cultura, y se ríen de mí cuando les digo que la escritura inconsistente y descuidada da menos autoridad que una prosa decente. Tienes que tener en cuenta a nuestro público, dicen ellos. Y precisamente es lo que hago, porque estoy convencido de que el público es perfectamente capaz de entender una cosa bien escrita. Ser paternalista con los

lectores y creerse que están pendientes, con la respiración contenida, de cuanto leen en los periódicos es, diría yo, el peor de los pecados de un periodista.

Mi parroquia, tal como la califica Hugh McWearie, incluye no solo a los que escriben de teatro, *ballet*, ópera y cine, además de sobre música, pintura y arquitectura y, por supuesto, al encargado y crítico de libros, sino también algunos flecos, como los especialistas en filatelia, astrología y religión. Tengo incluso bajo mi paraguas a la crítica de gastronomía, conocida en nuestra casa como Madame Estomagosucio. Tendría que estar en otra sección, como Esme, pero nuestro periódico no está muy bien organizado. Creo que McWearie, que escribe sobre religión, es mi mejor amigo, lo cual parece extraño a mucha gente porque McWearie, un escocés severo, no resulta muy atractivo a primera vista. Me gustaba ir de vez en cuando a su despacho a fumarme una pipa, porque Hugh es un fumador empedernido. Los fanáticos antitabaquistas, a cuyo grupo pertenece mi mujer, han conseguido que el director general haya prohibido fumar en todas las zonas públicas del edificio, pero no ha llegado al extremo de prohibirlo en los despachos. No fumo en el mío porque Esme dice que debo dar ejemplo, pero me escapo al de Hugh cuando quiero fumar y tener una buena charla.

¿Es ya suficiente sobre mí? Mientras espero en mi apartamento, observando a mi mujer, que no sabe lo cerca que estoy de ella, me quedo atónito cuando veo que se va a un cajón de su mesa, cerrado con llave, lo abre, saca un paquete de cigarrillos y enciende uno. Fuma junto a una ventana y echa el humo hacia fuera. Debe de estar más alterada de lo que parece o nunca habría vuelto al viejo vicio. Llegó a fumar hasta dos paquetes diarios en la época en que fumar formaba parte de su persona como mujer de mundo y ángel de la compasión pública.

6

Viene la policía. Han sido muy diligentes respondiendo a su llamada. No hay necesidad de describir la escena que sigue. Un médico me examina, me mide y toma notas cuidadosamente. Los detectives examinan, miden y toman notas cuidadosamente. Un guardia con una máquina de escribir anota la declaración de mi mujer. No está muy segura de la hora de mi asesinato; ha perdido algunos minutos en alguna parte ¿y quién mejor que yo para saberlo? Como es natural, no se muestra muy explícita, porque ahora sí que deja que la vean alterada e inquieta, más de lo que he podido observar desde mi repentino despegue. Sacan mi cuerpo y descubro que no me siento ligado a él; en efecto, no siento ningún impulso de seguirlo, porque sé cuántas cosas desagradables van a hacerle y dónde van a guardarlo hasta encontrar en él todo lo que quieran. Prefiero quedarme con Esme porque quiero ver qué hará en esta insólita situación.

Para sorpresa mía, había empezado a sentir hambre, pero esta sensación tan

habitual desaparece tan pronto como la policía envuelve mi cuerpo en una sábana de áspero algodón y se lo lleva. Recuerdo que un biólogo me contó que el proceso digestivo continúa unos cuarenta y cinco minutos después de la muerte, y es evidente que el cadáver que se llevan en la ambulancia todavía está ocupado en esos menesteres.

(¿Cómo tienen los médicos esa información *post mortem*? Mi amigo me dijo que eso se sabe desde 1887, cuando dos curiosos fisiólogos franceses, Regnard y Loye, examinaron los cuerpos de dos criminales decapitados en el carro que se los llevaba de la guillotina. Uno piensa en Regnard y Loye, diseccionando y mirando en la carreta traqueteante, mientras los caballos los llevan al cementerio de los asesinos. ¡Cuánta entrega a la ciencia!).

Cuando se llevan mi cuerpo, mi hambre se va con él. Mis tripas y yo nos hemos dicho adiós para siempre. Pero mis dotes de observación están más afinadas que nunca.

La actuación de mi mujer ante la policía me deja admirado. Qué gran actriz perdió la escena cuando se dedicó al periodismo. Si su carrera en televisión toma los derroteros que ella desea, quizá esta habilidad suya no se pierda del todo.

Hace gala de un refinado sentido dramático, sin sollozos y sin dar paso a la histeria, como una mujer de gran carácter que pasa un mal trago y está dispuesta a afrontarlo con determinación. No contraría al joven guardia que le toma declaración; al contrario, de vez en cuando, al dudar ella, puedo ver cuánto la compadece.

Cuenta su historia con brevedad y perfección, porque la ha ensayado antes de que llegara la policía. Estando en la cama, con algunos de sus trabajos de periodista de campaña desperdigados a su alrededor, oyó unos ruidos procedentes del balcón del dormitorio. Antes de que pudiera averiguar qué ocurría, un hombre abrió la puerta corredera del balcón. Quedó sorprendido cuando la vio en la cama. La amenazó con el arma que llevaba —parecía una especie de porra— y le dijo que no gritara. No, no tenía un acento identificable. En aquel momento yo entré en la habitación desde la sala de estar adyacente y corrí hacia el hombre, que me propinó un golpe terrible y escapó por la ventana mientras yo caía al suelo. No, no podía describirlo, excepto que era un hombre de quizá treinta años, vestido con una camiseta y unos pantalones vaqueros. Era moreno y no sabía si iba mal afeitado o llevaba una barba rala. (Un hombre, pensé, como hay miles). Ella se apresuró a venir en mi ayuda, pero me encontró muerto. Sí, había buscado las palpitations de mi corazón, el pulso, pero no había nada. Y entonces llamó a la policía.

Los demás policías tratan de descubrir cómo un hombre había llegado a un balcón a la altura del piso diecisiete; tenía que haber venido de un apartamento vecino, saltando de un balcón a otro, por peligroso que fuera, pero no había dejado huellas.

Yo, que durante unos pocos años he hecho de crítico de teatro y de cine, me deleité con la actuación de Esme y su sutil disposición de la escena. Me di cuenta de que un par de policías la encontraban irresistible y se marcharon de mala gana. ¿Era

esta la mujer que yo había conocido como mi mujer? ¿Cuánto llega uno a conocer de los demás?

Cuando se fueron los policías, vi que Esme se preparaba una bebida fuerte, volvía a la cama y, como aún no tenía sueño, se ponía a leer unos informes sobre la frecuencia de los maltratos a mujeres en la ciudad de Toronto; pero no creo que se enterara de lo que leía. Al cabo de una hora, más o menos, cayó dormida y, al rato, su gordezuelo labio inferior brillaba con el color irisado de las alas de una mariposa.

7

¿Y qué pasaba entretanto con Randal Allard Going? Para felicidad mía, me fue fácil trasladarme hasta su apartamento. No volé ni floté; simplemente deseé estar con mi asesino ¡y lo conseguí! Y allí estaba yo. Lo encontré en lo que creo que puede calificarse de un berenjenal. Había intentado calmarse con una gran cantidad de *whisky* y lo único que había conseguido era marearse y vomitar hasta la primera papilla, estaba exhausto, echado en la cama llorando. No con un llanto presentable o dramático, no, sino con sollozos entrecortados, como si le faltara el aire.

No me conmoví al verlo. Este tipo me había matado y no veía ninguna razón para perdonarlo. No, de ninguna manera. Y decidí, en la medida que lo permitiera mi insólita condición, que lo acosaría y me vengaría del modo que me fuera posible. Aún tenía que averiguar la manera, pero mi determinación era completamente firme.

8

Mis honras fúnebres fueron una comedia que excedió todas mis expectativas. Los periódicos son muy buenos con sus propios asuntos, y mi asesinato ocupó la primera página. Una mancha de tizne, que quería ser mi fotografía, ocupó un buen espacio. Para sorpresa mía, yo era una celebridad. Mis colegas me consideraban un periodista de primera fila. (Bueno, eso es verdad). Una brillante carrera brutalmente interrumpida. (¿Habría sido brillante mi carrera posterior? ¿Y qué hubiera implicado la palabra «brillante», dadas las circunstancias? Pero las necrológicas no entraban en esas sutilezas). Estaba casado con Esme Baron, la famosa y admirada columnista de temas feministas, amiga de los pobres y afligidos, escritora de opiniones moderadas pero firmes. No teníamos hijos. (No se decía que Esme se había negado a tenerlos, aunque el redactor del obituario, que evidentemente era mi amigo McWearie, lo sabía). Todo esto era sobrio y más o menos ajustado a los hechos. Fue el funeral lo que se trasladó al reino de la comedia y la fantasía.

Tuvo lugar en una iglesia. Esme y McWearie discutieron de lo lindo, porque Esme no acostumbra a frecuentar iglesias, pero McWearie insistió en que yo era un

Creyente —una palabra que amaba y de la cual abusaba con frecuencia— y debía ser enterrado como tal. Así que llevaron mis despojos a una pequeña iglesia anglicana, adyacente al crematorio, que se llenó hasta los topes de compañeros periodistas, quienes, como casi todos los de la profesión, son personas muy emotivas. El público suele creer que los periodistas son duros, unas criaturas endurecidas e insensibilizadas por la visión diaria y constante de crímenes, mentiras políticas y escándalos públicos. La experiencia que yo tengo es que, junto con los policías, son la gente más sentimental que puede encontrarse. Y en mi funeral se sentaron formando filas de hombres llorosos y mujeres con rostros serios (porque en nuestros días se ha producido un cambio, de modo que lo adecuado es que los hombres exterioricen sus sentimientos y las mujeres no muestren tales debilidades), mientras el cura leía las exequias y las leyó —pienso yo, que he sido crítico de teatro— bastante bien, aunque podía haberle dado algunas indicaciones acerca del énfasis y del valor de las pausas.

Supongo que no es extraño que uno se conmueva con su propio funeral, pero no esperaba el homenaje que me había preparado McWearie, quien se encargó del funeral en representación del periódico. ¿Quién mejor que un amigo mío, que, además, se ocupaba de los temas religiosos en el *Advocate*? A Esmé le pareció bien que Hugh se encargara de los detalles, pero él se lo consultó todo, aunque solo fuera por guardar las formas. El periódico no se mostró mezquino. Había una Orden de Servicio bellamente impresa y me emocionó comprobar que el único himno era mi favorito y el de Hugh. Era el himno de Bunyan, del *Camino de peregrinos*, y Hugh había insistido en la letra original de Bunyan y no en la aguada versión moderna. Mis colegas no eran grandes cantores, pero se esforzaron en hacerlo lo mejor que sabían, y me deleité escuchando la estrofa final:

Ni duendes ni necios enemigos pueden acobardar su espíritu; sabe que al final la vida será su herencia.

Me deleité, aunque creo que hubiera temblado de haber sabido cuán proféticas eran sus palabras. El himno fue para mí un espléndido cumplido.

Su primer intento declarado de ser un peregrino.

Sí, supongo que ahora que no tengo por qué adoptar la modestia canadiense, que a veces se queda en un caramba o en una expresión boba de asombro, el himno hablaba de lo que para mí fue importante en mi vida, siempre que pude reflexionar lo suficiente para encontrarle un significado. Había querido para mí algún tipo de reconocimiento, como un camino para... ¿dónde? ¿En qué camino había sido yo un peregrino? ¿Lo descubriría ahora?

El himno prestó nobleza a la ceremonia. La farsa corrió a cargo del presidente del *Advocate*, que pronunció el panegírico. No me conocía; me parece que nos habíamos saludado media docena de veces en actos del periódico. Pero tanto el redactor jefe como el director general le dijeron que tenía que ser él quien figurara en la ceremonia, el que hiciera notar que últimamente algunos periodistas habían sido atacados, les habían roto las cámaras, habían sufrido empujones y uno un puñetazo en su nariz fisgona; y ahora, un asesinato. Es cosa sabida que la prensa y los periodistas, al igual que los curas y las mujeres embarazadas, han de estar libres de cualquier violencia, por mucho que se crea que la provocan. De alguna manera, entre los peces gordos del *Advocate* había cuajado la idea de que mi muerte estaba relacionada con mi profesión. El asesino no era un matón asustado, probablemente drogado; con toda seguridad era un poeta o un actor resentido que había querido vengarse del maltrato recibido en las páginas de espectáculos del periódico. Había que decir basta a tales atrocidades y el presidente, como figura más destacada en la jerarquía del periódico —a falta de los accionistas—, era el hombre que tenía que hacer de portavoz de la profesión.

Pero, lamentablemente, el presidente no era un orador. Era un financiero, de los que suelen estar en la sombra, un hombre bajito y calvo, un tipo corriente revestido de poder gracias a su dinero. El panegírico se lo había escrito el redactor jefe, y el director general había colaborado en el párrafo encendido que hablaba de la iniquidad de matar a un periodista. ¿No se trataba de un ataque a la libertad de expresión y a la muy pregonada pero mal entendida libertad de prensa? En la conmoción que había seguido a mi muerte, lo que Esme había declarado a la policía, que el asesino estaba sorprendido y asustado y que parecía bastante claro que era un ladrón y no un artista vengativo, se había olvidado.

El panegírico estaba impreso en letras grandes, pero el presidente no supo leerlo. Había un párrafo, seguramente escrito por McWearie, que hablaba de mis inquietudes intelectuales, que habían dado un aire distinguido a la sección de espectáculos. Me sorprendió agradablemente, porque el periódico tenía el temor tradicional a que la erudición sobrepasara el nivel de comprensión de los lectores. Pero como estaba muerto, una ráfaga de erudición no podía hacer daño, siempre y cuando no sirviera para darle malas ideas a mi sucesor. El orador habló de mi preocupación por la metafísica, a pesar de que yo no era más que un aficionado despistado en ese terreno: McWearie, con la mejor de sus intenciones, ponía la mejor cara durante las largas charlas que manteníamos en su oficina y que a veces terminaban en discusiones. Él sí que merecía que se le llamara metafísico, porque había dedicado lo mejor de su vida a tales especulaciones y, en todo caso, en aquellas charlas él era mi maestro y no mi igual como daba a entender el elogio. Agradecí a Hugh sus amables palabras y la verdad es que llegué a crearme más inteligente de lo que había pensado. Siempre me había considerado un curioso insaciable, pero no muy brillante en temas relacionados con el espíritu.

Fue al leer el párrafo de McWearie cuando nuestro presidente se encontró en apuros. Había palabras que desconocía y no había pedido a su secretario que se las aclarara. Ni siquiera sabía cómo se pronunciaban. Por los esfuerzos que hacía pude colegir que no se había mirado el panegírico antes de leerlo. Así hizo de payaso en el funeral y hasta los de deportes y publicidad, sin duda nada metafísicos, dejaron de llorar y de estar cariacontecidos, conteniendo a duras penas las risas, mientras él luchaba y tropezaba en lo que supuestamente era su valoración de un estimado empleado.

Y mi funeral habría terminado en una farsa si Esme no lo hubiera redimido con una bella pincelada o por lo que a todos los presentes, menos a mí, les pareció un gesto lleno de tacto. Tacto es la palabra adecuada, porque mientras el cura rezaba el responso, Esme salió de su banco y dejó caer suavemente su mano acariciadora sobre el ataúd, allí donde supuestamente estaba mi cara, y se volvió a su sitio con una emoción bellamente controlada. ¡Un *flash!* Un fotógrafo advertido había captado el momento para el *Advocate* del día siguiente: «El adiós de la viuda».

Fue entonces cuando oí el resoplido de mi madre. Ella y mi padre se habían mostrado dignos y dueños de sí mismos; no sonrieron con la actuación del presidente. Pero el poquito de teatro de Esme fue más de lo que podían aguantar. Pobrecitos queridos míos, pensé, empiezan a parecer viejos. No lo había notado antes. Y la verdad es que Esme nunca les cayó bien, aunque las relaciones con ella siempre fueron corteses. De todos los que asistieron a mi funeral, mis padres fueron los más tristes y quienes menos exteriorizaron su pena.

Se oyó un apagado ruido de engranajes y mi ataúd se movió despacio en dirección a las puertas tras las cuales presumiblemente se encontraba el crematorio o la antecámara del crematorio, y el presidente, tras recibir un codazo del director general, tomó el brazo de Esme y la sacó de la capilla.

¿Soy cínico al describir así el adiós final de una esposa apesadumbrada? Supongo que, como en tantas situaciones de la vida, depende. Ella me amó una vez, de eso estoy seguro, pero nunca lo exteriorizó mucho y menos en público. Salió de la iglesia con paso firme, gracioso y solemne, del brazo del presidente, lo cual no fue nada fácil, porque él era mucho más bajo que ella, sin dirigir una sola mirada al lugar donde, en la tercera fila, Randal Allard Going daba un espectáculo lamentable.

Se había derrumbado y sollozaba ruidosamente. Dos compañeras lo ayudaban y lo sacaron de la iglesia casi en volandas. Una de ellas había recogido su bastón, sin el cual nunca aparecía en público, y lo apretaba contra él: el arma del asesino, de la cual nunca podría deshacerse.

Me descoyuntaba de risa cuando me uní a la procesión, justo detrás de él, de modo que no me perdí ni un sollozo ni una lágrima. Yo era un espíritu libre, libre de ir a donde quisiera. No quise ir con mi cuerpo tras las puertas del crematorio. Esta escena de la incesante comedia de la vida era demasiado buena para que me la perdiera.

Ahora que la excitación del funeral y la investigación judicial han terminado, tengo tiempo para reflexionar sobre mí mismo y mi situación. Y de inmediato surge una pregunta filosófica, o metafísica, o quizá simplemente fisiológica: ¿de qué individuo estoy hablando? ¿Y por qué digo «tengo tiempo»? Mi sentido del tiempo ha desaparecido; el día y la noche son lo mismo para mí; hay periodos —largos, por lo que puedo juzgar— de los que no tengo ninguna conciencia. No tengo sustancia. Me he mirado en los espejos de mi apartamento buscando mi reflejo: no hay ninguno. No tengo apetitos físicos, pero he experimentado intensas emociones; nada de hambre ni de sed, pero sí una ira creciente atemperada por la hilaridad cuando contemplo la miseria de mi asesino.

Todavía no he probado mis poderes, porque aún soy un novato en esto de estar muerto y no tengo una idea muy clara de cuáles pueden ser estos. ¿Puedo perseguir a Going? Nunca antes había pensado en perseguir a nadie, y lo que recuerdo de historias de fantasmas no me atrae especialmente. Ser un espectro corriente, de esos que se aparecen en la puerta o agazapados junto a la chimenea cuando la gente entra en la sala, está fuera de lugar para un espíritu como yo. Mi pretendida presa vive en un apartamento y no voy a hacer el tonto agazapándome junto al radiador. No, no. El papel de fantasma tradicional no es para mí.

Claro que ha habido fantasmas a la manera de Henry James, fantasmas que se manifiestan como influencias o invasiones de la mente; fantasmas que solo pueden verse cuando el observador está en una situación en que la certeza de su visión ofrece todas las dudas. Puedo intentar eso o quizá deba decir más discretamente que voy a intentarlo. Ay, cuánto daría por una hora de charla con McWearie.

McWearie sabría o, por lo menos, podría darme alguna opinión autorizada. Hugh es un tipo curioso, de joven fue ordenado cura presbiteriano; lo hizo para complacer a sus padres, pero no pudo soportarlo y desertó a fin de convertirse en periodista especializado en temas religiosos, dedicándose al estudio de la metafísica. Pero incluso como metafísico estaba desplazado de sus contemporáneos. Y es que, sencillamente, no pertenecía a su época; era un prekantiano y, para él, el que una idea existiera desde hacía trescientos o tres mil años no quedaba por eso invalidada. En tales cosas, decía, no hay progreso hacia el futuro; el viaje es siempre hacia el interior, donde el tiempo se mide con un reloj diferente. Pero como el viaje interior se hace necesariamente a solas, ¿qué credibilidad puede darse a lo que dicen quienes lo emprenden? ¿Es algo particular o tiene una cierta validez general?

—Mi respuesta a eso —me dijo en una de nuestras charlas en su oficina, cuando le hice la pregunta— ha de ser un cualificado sí condicionado por un prudente no. Estos asuntos exigen lo que creo que era el temperamento de Shakespeare. Es decir,

una perfecta credulidad, azuzada por un vivaz escepticismo.

—Eso no te lleva a ninguna parte —le dije.

—Claro que sí. Te mantiene en permanente alerta ante cualquier posibilidad. Es una faceta poco entendida de la Regla Áurea. Has estado especulando sobre la vida después de la muerte. Puedes creer lo que quieras, pero con buenas probabilidades de que te equivoques porque nadie sabe nada acerca de eso.

—Sí, pero ¿qué me dices de las experiencias de después de muerto, de las que tanto se habla hoy? ¿De personas que han sido dadas por muertas y que han vuelto a la vida por una descarga eléctrica o algo por el estilo, y que dicen que estuvieron fuera de sus cuerpos y vieron y oyeron a los médicos trabajando sobre el cuerpo supuestamente muerto? Son demasiados casos para no tenerlos en cuenta.

—Ah, sí, pero bueno, no han estado ausentes del cuerpo durante más de unos pocos minutos. Supongamos que la descarga eléctrica no surte efecto y no vuelven.

—Muchos dicen que no querían regresar. Se sentían muy complacidos dondequiera que estuvieran y horrorizados ante la idea de volver a todas las trivialidades y mezquindades de la vida.

—El caso es que volvieron; si no, no sabrías lo que han dicho. ¿Y qué pasa con los que no volvieron? ¿Qué crees que les sucedió?

—Nadie lo sabe.

—Algunos, muy pocos, han creído saberlo. Los orientales han tratado el tema en profundidad y, créeme, no es nada tan sencillo como el paraíso cristiano. Uno de sus grandes conceptos es que después de la muerte viene un periodo de espera antes de volver a nacer. Muchos de ellos son verdaderamente grandes cuando renacen.

—¿Te refieres a la reencarnación?

—Sí, en un sentido más complicado. Trepas arriba y abajo de la gran escala de la naturaleza, y cuando la has recorrido como hombre, puedes ser hombre de muchas maneras, hombre-cerdo, hombre-perro, hombre-mono, mientras te esfuerzas por alcanzar tu estado de buda. Ese es el gran objetivo, ¿sabes?, y comporta grandes privilegios. El señor Buda, antes de vivir por última vez en la tierra en forma humana, se preocupó mucho de volver a nacer en el momento oportuno, en la nación apropiada, en el seno de la familia conveniente, de una madre que fuera digna de serlo. No dejó nada al azar. Para ser un dios, fue algo quisquilloso, ¿no te parece?

—Creí que desdeñabas a quienes mezclan las ideas religiosas orientales con el pensamiento religioso occidental.

—Cauteloso, sí, pero no desdeñoso. Es inútil tratar de convertir a los occidentales en orientales. Quienes fracasan con el cristianismo difícilmente se convierten en grandes budistas. No se pueden ignorar las exigencias de la geografía y de la raza a la hora de determinar lo que la gente puede creer seriamente. Pero no hay necesidad de todo esto. Swedenborg ya habló claramente de un periodo de espera tras la muerte, y Swedenborg era tan occidental como el que más.

—No sé nada de Swedenborg.

—Como tanta gente. Fue un gran hombre, pero no fácil. Un gran científico, que después se convirtió en lo que la gente llama un místico, porque habló de lo que no se puede ver o demostrar sino solo ser intuido por parte de alguien con la inteligencia adecuada. De hecho, por él solo. Si no sabes nada de Swedenborg, sí que habrás oído hablar de William Blake, ¿verdad? Bueno, no te sientas insultado. En estos tiempos que corren no se puede contar con que se sepa algo. Supongo que habrás leído toda su poesía y te habrás saltado los libros proféticos.

—Mi profesor decía que no hacía falta leerlos.

—Sí, demasiado difíciles para mentes pacatas. Algo extraordinario. Como debatirse en un mar de papillas, que si bien te sirve de alimento también te ahoga. Bueno, de cualquier forma, a Swedenborg, y espero que también a Blake, les habría costado mucho aprobar la descripción del bardo.

—¿El bardo?

—Es el término tibetano. La situación del ser, más o menos. Te asustaría. Por ejemplo, el Enfrentamiento con las Ocho Iras. Es como caminar desnudo por un largo túnel de lavado de coches. Oscuridad, un ruido terrible, y todo el tiempo te sientes abofeteado, azotado, chorreado desde arriba y desde abajo, magullado e insultado, hasta que por fin emerges a la luz, limpio y humillado; dispuesto a renacer en la forma que merezcas.

—Prescindo del bardo.

—Si puedes. De todas formas, no creo que sea lo mismo para ti que para un monje tibetano. Eres celta, como yo. Si hubiera un periodo de espera después de estirar la pata, preferiría enfrentarme con Arawn, o Brigit, o Arianrhod, o con Gwen, la de los tres pechos.

—¿Todas diosas?

—Prefiero tenérmelas que ver con diosas y no con las Ocho Iras. ¿Qué razón tenemos para suponer que la realidad última no sea femenina?

—A los dos nos han educado desde el prejuicio de un dios masculino.

—Esa es una de las razones por las que colgué los hábitos y salí huyendo del púlpito: esos dioses machos, legisladores y jueces. Que nunca se equivocan. No dan ninguna oportunidad al temperamento shakespeariano. No, no, amigo mío. Es el eterno femenino el que nos conduce y nos guía, tal como dijo Goethe al final de sus ochenta años de vida.

—Oh, Goethe. Sabía que terminarías hablando de él.

—Sí, Goethe. Vale más que un regimiento de tus teólogos.

Era imposible discutir con Hugh. Cuando la pipa le tiraba bien, se sentía poseído por el espíritu celta. Si tenía un dios —un dios masculino—, era Ogma, el dios celta de la elocuencia. Para los celtas, las palabras, y no el silencio, son oro.

Con un hombre así era imposible discutir, porque dominaba magistralmente lo irrelevante y lo irracional y, tengo que admitirlo, de todo ello sacaba un amplio repertorio de especulaciones teológicas, donde todas las creencias tenían su propia

validez, por no decir su propio absurdo. Era alentador recordar que, ante los grandes misterios, nuestra capacidad intelectual es de lo más trivial.

10

¿Dónde están los grandes misterios? Me encuentro inmobilizado en un estado de inexistencia, sin que me llegue ninguna indicación de lo que puede suceder. Es cierto que tengo sentimientos y quizá también emociones. Saboreo con humor lo que todavía observo del mundo del que he sido prematuramente arrancado. Esme ya ha escrito un par de buenos artículos, en los que cuenta a sus lectores cómo soporta su aflicción, y sé que ahora piensa ampliar el tema y escribir sobre cómo deben comportarse las viudas. ¿Cuáles son mis sentimientos al respecto? Mi afecto por Esme no se ha desvanecido, pero está cambiando, y su oportunismo descarado empieza a herirme. En cuanto a Allard Going, aunque me divierte ver su desdicha y los intentos que hace para convencerse de que no es realmente un asesino, sino una víctima desgraciada de las circunstancias, siento por él odio y desprecio y estoy resuelto, en la medida de mis posibilidades, a causarle el mayor daño.

Me ha robado y de la manera más dolorosa. Me ha robado unos posibles treinta años de vida. Mientras viví, nunca se me ocurrió pensar en mi esperanza de vida de un modo tan posesivo. Pero me obsesiona el panorama admonitorio de Hugh McWearie.

Tiene colgado un cuadro detrás de su mesa con un rótulo que dice: *Degrés des Âges*. Me parece que es un cuadro muy corriente en los hogares sencillos de Francia, pero poco frecuente en el Nuevo Mundo.

Es un cuadro, una litografía, del viaje de la vida. La humanidad, hombres y mujeres, atraviesa un puente curvado. Bajo el puente, a la izquierda, yacen dos infantes en su cuna, abrigados por pesados pañales, sonrientes en su descuidada inocencia. Sobre la curva del puente marchan la niñez, la juventud, la madurez y, luego, cuando la curva empieza a descender, los retratos de las parejas de la decadencia, la senectud y, por último, una pareja centenaria postrada en cama, como nuevos niños, pero esta vez horrorosamente arrugados y desdentados, bajo la etiqueta *Âge d'imbécilité*. Vueltos al origen, pero sin el esperanzador viaje por delante.

A juzgar por la indumentaria de la gente, dataría el cuadro hacia 1830; los personajes aparecen en colores chillones, porque se trata de una muestra de arte popular y no de una composición refinada. Un paraíso cristiano, presidido por un Creador barbado, risueño y acogedor, espera a los bienaventurados, y para los réprobos hay un infierno con esbirros dotados de cuernos y rabos; estas dos posibilidades responden a la etiqueta *Jugement Universel*. Supongo que la litografía estaba destinada a la cabecera de la cama de la gente sencilla, quizá colocada junto a una indulgencia plenaria por la cual habrían pagado su buen dinero.

Acostumbraba a bromear colocando a mis colegas del *Advocate* en el cuadro, de acuerdo con sus edades respectivas, y especulaba sobre cuál sería el destino final de cada uno. A Hugh no le gustaba aquella broma.

—Es demasiado brrrutal —decía con su acento escocés, arrastrando las erres—, pero no deja de tener su mérito. Míralo y piensa seriamente en ello, si es que te queda algo de seriedad en el cuerpo.

—Pero si ya lo hago —contestaba yo—. Mira, ahí está el Husmeador, fíjate con qué galantería da el brazo a la hermosa que va a su lado. No cabe duda, está en *L'Âge viril*.

—Sí, sí. ¿Y quién es la mujer que lo acompaña? Por supuesto que no es su mujer. Sin duda, es la mujer de otro. Un tipo con suerte. Quizá sea la mujer del hombre que va un poco más adelante, *L'Âge de maturité*. Un tipo bastante decente, ¿no te parece? Gil, ¿qué edad me has dicho que tienes?

—Cuarenta y cuatro.

—Ah, ¿lo ves? Exactamente, *L'Âge de maturité*. Parece un poco simple para ser maduro, aunque puede deberse a la ingenuidad del cuadro. Un poco pagado de sí mismo, diría yo.

—Eso lo dices porque perteneces a la edad siguiente —dije—: *L'Âge de discrétion*. Hace que mires con acritud a quienes te siguen.

No hacía ningún comentario más, y ahora sé que intentaba insinuarme que se veía con demasiada frecuencia al Husmeador con Esme. La llevaba a muchas obras de teatro que tenía que cubrir profesionalmente. Mi trabajo no me permitía ir al teatro con la frecuencia que me hubiera gustado y nunca di importancia a las tardes que pasaban juntos.

Ahora veo que fui un poco ingenuo. Un poco pagado de mí mismo.

Y ahora, sin lugar a dudas, me han sacado de la vida antes de tiempo. El Husmeador me ha despojado de treinta o cuarenta posibles años de mi vida. Sin que yo sea una de esas criaturas delirantes que declaran su amor por la vida, lo cierto es que gozaba de ella, y no habría querido perderme ni uno solo de los días que me correspondían. ¡Necio! Se trataba de mi vida y de mi matrimonio, y Going —supongo que Esme no está libre de complicidad— los invadió cínica y frívolamente.

¡Necio! Y porque ahora vea que actué como un necio, no voy a odiar menos a Going. Al contrario, mucho más.

11

Hugh y yo conversábamos a menudo sobre el matrimonio y yo le gastaba bromas sobre su soltería. Me decía:

—Si un hombre aspira a la condición de filósofo, y lo hace con la debida humildad, como es mi caso, sabe que los filósofos no se casan y, de hacerlo, sus

esposas serán esclavas o tiranas. Yo no podría esclavizar a ninguna mujer, porque eso sería impropio de un hombre ilustrado y, por supuesto, no tengo el menor deseo de vivir con una tirana. Vivimos una época que mantiene una postura cínica con respecto al matrimonio. Los profetas populares proclaman que no durará mucho tiempo como institución social. Pero yo respeto demasiado al matrimonio para frivolar con él. Y también temo a mi propia mujer, que, probablemente, me traicionaría.

—¿De qué mujer me estás hablando? —le pregunté—. ¿Nos has estado ocultando una belleza de las Highlands? Cuenta, cuenta. ¿A qué dama te refieres?

—No; no me entiendes. Escucha. En el matrimonio no intervienen dos personas, sino cuatro. Las dos que se presentan ante el cura, el alcalde o quien quiera que los una, y otras dos, invisibles, que pronto demostrarán ser de igual o mayor importancia. Está la mujer que el hombre lleva escondida dentro de él y está el hombre que la mujer lleva escondido dentro de ella. Este es el cuarteto del matrimonio y quien no sabe entenderlo debe de ser muy simple y se expone a tener problemas.

—¿Es esto parte de tu filosofía oriental?

—Nada más lejos de eso. No es un capricho, es fisiológico. Hasta tú debes de saber que todos los hombres llevan cierto número de genes femeninos, y todas las mujeres tienen sus genes masculinos en una u otra proporción, probablemente bastante importante. ¿No sería aventurado creer que esos genes, aunque numéricamente pequeños pero no por eso inferiores, nunca se manifiestan?

—¡Vamos, Hugh, vas demasiado lejos!

—Nada de eso. Tú eres una persona de cierto discernimiento. ¿No tienes momentos en que, inesperadamente, te sientes intuitivo o indulgente con Esme, o quizá, en una riña, te pones un poco histérico o malintencionado, que es el aspecto negativo de la prudencia y la amabilidad? Y fíjate en Esme: pensemos en su magnífica carrera. ¿Crees honestamente que nunca ha recurrido a ayudas que le han supuesto una verdadera carga ni que se ha esforzado en soportar lo que ella creía que era insoportable? O —no quiero inmiscuirme en tu matrimonio— ¿es que no hay momentos en que ella parece simplemente grosera y dominante? Piensa, hombre, y piensa con claridad. Si tu matrimonio no te ha hecho ver a las otras personas que viven contigo y con Esme —contigo y dentro de ti—, voy a tener que pensar que esto es un asunto más primitivo de lo que creía.

—¿Qué querías decir con eso de que temías a tu propia mujer?

—Dentro de mí tengo una inclinación a la ternura que, si las circunstancias la favorecieran, haría de mí un esclavo. O podría hacerme un tipo gruñón, un demonio, cuya casa sería un infierno. Todavía no he encontrado a una mujer con la que pudiera estar y en la que confiara para tenerla en la misma casa y en la misma cama con mi otra mujer.

—Haces del matrimonio algo más difícil de lo que lo hacen los consejeros matrimoniales.

—¡Pues claro que es difícil, so *gowk*^[1]! Demasiada gente confía en el amor, que

es el peor de los guías. El matrimonio no es un juego para bobalicones. El amor es solo el comodín de la baraja.

12

¿Sirve de algo que recuerde ahora mis charlas con Hugh? Creo que sí, aunque me resulta incómodo darme cuenta de la ligereza con que me las tomaba, simplemente como un respiro en mi trabajo de leer los interminables escritos de críticos y de comentaristas, muchos de los cuales me parecían desacertados.

Recuerdo tanto. Y lo cierto es que recuerdo con mayor claridad que cuando estaba vivo. Me acuerdo ahora de algo que dejó caer una vez Hugh McWearie, sacado de una de sus innumerables lecturas sobre asuntos del espíritu y de la vida después de la muerte. En el *Bhagavad Gita*, decía él, se afirma sin ninguna duda que después de la muerte se alcanza el estado en que uno estaba pensando en el momento de morir, de modo que conviene que el hombre sea muy cuidadoso con lo que piensa cuando muere. Como siempre, se mostró difuso e incoherente al hablar de estos temas. Y se refirió a las famosas últimas palabras.

—¿Cuál fue el político inglés de quien se dice que murió exclamando: «¡Mi país! ¡Cómo dejo a mi país!»? ¿Fue Pitt? ¿O fue Burke? Pero otros cuentan que dijo: «Creo que me gustaría comerme uno de los pastelillos de ternera de Bellamy». ¿Cuál fue su destino? ¿Una terrible amenaza sobre la historia de Inglaterra o un pastelillo de ternera eterno? Si hay algo importante en lo que dice el *B. G.* es que debemos ser muy cuidadosos con lo que digamos o pensemos en nuestros últimos momentos.

Lo que dije en *mi* último momento fue una frase llena de incredulidad y de ironía dirigida a mi mujer: «Dios mío, Esme, no con el Husmeador». No es mucho. Pero unos momentos antes estuve resolviendo un problema relacionado con mi trabajo en el periódico; en breve habría un amplio e importante festival de cine en Toronto, y hacía ya un mes que nuestro mejor crítico de cine nos había dejado para impartir clases sobre cine en una universidad. (Que Dios ayude a los pobres estudiantes; sabía poquísimo de cualquier cosa, salvo de las emociones que alentaban su trabajo como crítico). ¿Quién iba a escribir sobre las películas más importantes del festival? El Husmeador quería hacerlo. Me lo dijo casi ofensivamente, como si recordara una obligación evidente a un niño olvidadizo. Y en el momento en que di aquel paso fatal en mi dormitorio acababa de decidir que tendría que hacer lo que quería el Husmeador, no porque me fiara de sus ideas sobre cine, sino porque no veía mejor solución. Pero había decidido que yo también vería las películas.

Era un problema del director. Me había hecho responsable de la sección de espectáculos del *Advocate* porque yo era un buen crítico. Es decir, buen crítico desde el punto de vista de los lectores, que valoraban muy positivamente lo que yo escribía. Es el viejo error de los directores: sacar a un hombre de un trabajo que sabe hacer

para convertirlo en jefe, para lo cual sabe poco o está mal preparado. De los espectáculos, las formas teatrales han sido siempre mi gran deleite y me recreo y escribo con verdadero gusto sobre ellas. Sí, el teatro, y más decididamente, la ópera; también la televisión me interesa. Pero por el cine siento un particular afecto, aunque no por las razones que esgrimen casi todos los críticos; no me fijo mucho en los aspectos técnicos de las películas, aunque entiendo bastante del tema. Nunca traté a los actores de cine como verdaderos actores porque su trabajo no les permite desarrollar la amplia gama del arte representativo y son marionetas en manos del director y de sus técnicos; era comprensivo con los guionistas porque sé lo poco que cuentan en el mundo de la cinematografía; pero sentía una cálida admiración por un puñado de grandes directores; ellos son los artistas, en un medio especialmente recalitrante, y sus obras más conseguidas me hacían entrar en el mundo de los grandes sueños. No sueños sobre una realidad estúpida, en comedias desangeladas o tragedias absurdas, sino sobre lo que hay más allá de lo observable en el mundo cotidiano, ese mundo de noticias y cotilleos. Sueños en los que se dice algo significativo, no con una narrativa funcional, sino en un rompecabezas de ambigüedades y omisiones.

Cuando iba al cine para ver algo hecho por uno de estos grandes hombres, sentía que la penumbra, y la sala semejante a un túnel, me hablaban del mundo de fantasmas y grutas oníricas que es parte de mi vida, y que solo podía conocer en mis sueños o en mis ensoñaciones de vigilia. Pero, para mí, la película me abría las puertas de ese mundo; el cine, por lo tanto, ocupa un lugar en mi vida que nunca he intentado definir por miedo a que demasiada definición pueda dañar el tejido de los sueños.

Por eso era lógico que yo quisiera asistir personalmente al festival y escribir sobre esa muestra de grandes películas recuperadas de los mejores archivos que iba a constituir uno de sus principales atractivos. Ah, pero como jefe de la sección debía obrar con imparcialidad, no podía quedarme con los mejores trabajos, como me aconsejaba en este caso la pérdida de mi crítico de cine. El Husmeador debía hacerlo, ¡maldito sea!

Pero yo estaré allí. Sí, estaré allí. Una cita favorita de mi padre acude a mi memoria...

*Alma mía, colócate como observador paciente;
no juzgues la comedia —esto y lo otro,
esto y lo otro— todos los días
cuentan una nueva escena, y así sucesivamente...*

No puedo recordarla con exactitud, pero no cabe duda de que seré un observador paciente.

Supongo que McWearie tenía razón. O, dicho de otro modo, que el *Bhagavad Gita* tiene razón. ¿Ha de ser mi eternidad una sucesión inacabable de películas,

sentado junto al Husmeador, mientras él husmea influencias?

Eso sería ciertamente un infierno o, por lo menos, un purgatorio peor que cualquiera de los imaginados por McWearie. ¿Una contemplación eterna de películas amadas, al lado del hombre que, en mi opinión, tiene hacia ellas una actitud superficial, egoísta y bobalicona y que además es mi asesino? ¿Es posible? ¿Me lo merezco?

En el verdadero sentido de la palabra, he sido traducido toscamente, sin la complicidad de una muerte normal, a otra clase de existencia. ¿Podré afrontar lo que me espera? ¿Qué elección tengo? Una traducción no autorizada siempre ha sido una narración llena de sombras.

II

El regreso de Caín

El festival se había preparado para toda clase de cinéfilos e iba a ocuparlos durante una semana entera. Se proyectarían películas nuevas de todo el mundo, con premios, galardones y valoraciones para tentar a los mejores y desafiar a los más ambiciosos. Una sección poco habitual en este tipo de festivales sería la proyección de filmes históricos, algunos muy notables que pocos habían visto y otros que, por una razón u otra, habían sido prohibidos. Se buscó minuciosamente en las grandes filmotecas y consiguieron persuadirlos para que dejaran sacar de sus cámaras acorazadas aquellos valiosos rollos. La Escuela de Cine de Moscú, la Cinémathèque Française y el Reichsfilmarchiv de Berlín exigieron garantías para que sus delicadas películas de emulsión de nitrato fueran manipuladas con el exquisito cuidado que merecían. Los organizadores del festival aseguraron al público que se trataba del conjunto más extraordinario de películas olvidadas o desconocidas reunidas hasta aquel momento, constituyendo cada una de ellas una obra maestra digna de ser contemplada por quienes valoran el cine como el gran arte del siglo xx. Se imprimió un programa amplio y costoso para todo el festival, pero se reservó la mayor parte de su espacio y la prosa más entusiasta para estas pretendidas joyas.

Era esta la sección del festival que apasionaba al Husmeador, porque estaba seguro de que sería rica en influencias, injusticias olvidadas y anticipaciones de técnicas cinematográficas atribuidas equivocadamente; él se regocijaría en corregir tales errores.

La gran ceremonia inaugural, a la que asistí como si fuera la sombra de Going, fue lo que ya me esperaba. Tuvo lugar en el amplio espacio cerrado de uno de los mejores hoteles, que no podía llamarse salón, porque no tenía foco ni centro de interés; tampoco era un auditorio, porque no tenía una concentración arquitectónica que orientara al espectador en una sola dirección. Se trataba simplemente de una zona enorme, alfombrada, sin ventanas, sin nada que la relacionara con cualquier arte, y su multitud de luces eléctricas no paliaba su carácter cavernoso. Se accedía a ella mediante un largo corredor-túnel, decorado con tapices modernistas, de los que colgaban grandes mechones de hilos, como si un toro los hubiera embestido y destripado. Había además una serie de puertas casi invisibles que daban a la gran zona y por las que entraban y salían camareros y camareras llevando bandejas de

comida con aspecto de joyas, obras de artesanos que se habían pasado días enteros preparando esas bellezas efímeras. Aunque el aire se renovaba por medios mecánicos, el espacio olía a los muchos actos llevados a cabo con anterioridad: una mezcla de comida y de perfume de señoras.

El gobernador de Ontario patrocinaba el festival y, como era el patrón de tantas actividades dignas y ambiciosas, no se esperaba que mostrara mucho conocimiento de lo que allí sucedía, solo que aportara la luz de su presencia y fuera anfitrión de la fiesta que en su honor daba el gobierno de la provincia. Así lo hizo, con la adecuada demostración de benevolencia virreinal, saludando a gente que apenas conocía o no conocía en absoluto, con la efusión propia de su cargo. Él mismo era un demócrata convencido, pero sus abundantes ayudantes uniformados y el esplendor que acompañó a su aparición puso de relieve que se trataba de un gran aristócrata, aunque, eso sí, debía su puesto a la aprobación del pueblo, lo cual significaba, cómo no, el ejercicio del poder. Un aristócrata sin duda curioso, porque, por más que llevara el sello de la aprobación democrática, era, por encima de todo, el representante de la reina. El primer ministro de la provincia no asistió; tuvo que acudir a quinientos kilómetros de distancia a alentar a los votantes de unas importantes elecciones primarias, pero sí vino su mujer, de elevada aunque democrática gracia, sin afectación. Los vinos de Ontario, y especialmente el champán de Ontario, fluyeron generosamente y se bebió con el decoro que requería la ocasión. También eran vinos democráticos, sin afectación ni superioridad. Los invitados a la inauguración iban vestidos de etiqueta, y quienes poseían la Orden de Canadá llevaban sus distintivos esmaltados con orgullo, atemperado por la *bonhomie* democrática, como si dijeran: «Llevo esto porque me lo han concedido, pero soy muy consciente de que aquí hay muchos que son más dignos de tales meritorios adornos que mi humilde persona».

Era, en efecto, una de esas ocasiones canadienses en las cuales los vestigios del sistema monárquico de gobierno chocan con la determinación de probar que, a fin de cuentas, todo el mundo es exactamente igual. Estos desasosiegos son inevitables en un país que es una monarquía socialista y está resuelto a que esta funcione y consiga sus objetivos en un grado ciertamente sorprendente; porque aunque el sistema igualitario ha enraizado en las cabezas, la monarquía sigue entronizada en los corazones.

No está en la naturaleza humana orillar el concepto de jerarquía. El gobernador y su mujer tenían a su cargo la tarea de mezclar estos ingredientes y hacer con ellos una bella asamblea de entusiastas cinéfilos, pero, a pesar de sus esfuerzos, no conseguían del todo que se mezclaran el Socialista Prominente, el Muy Rico y el Intelectual. De vez en cuando el Socialista Prominente y el Muy Rico hacían buenas migas, radiantes por la certeza de lo que hacían, pero había políticos y banqueros que parecían inquietos, deseosos de mezclarse, pero sin saber muy bien cómo. En cuanto a los intelectuales, en su mayoría eran críticos, y eran ellos quienes permanecían más cerca

de los mostradores de comida, y algunos miraban a los demás con un aire que podía entenderse como burlón. La aristocracia del intelecto admite todo menos la democracia.

Going no sentía la menor inseguridad. Al fin y al cabo, como descendiente de una de las viejas familias, formaba parte de la buena sociedad y era portador de la gloria de sir Alured, aquel funcionario colonial muerto muchos años antes. Aunque no era rico, tenía buenas relaciones con los ricos, con las antiguas fortunas, no con los advenedizos. Era incuestionable y clamorosamente inteligente, pues, si no, ¿cómo lo habría invitado el más destacado periódico del país para que instruyera a sus lectores de lo que era y no era digno de merecer atención? Aunque no lucía ninguna Orden, llevaba su bastón, por sí mismo una marca de distinción, y casi todos los presentes sabían que era su cetro de crítico, razón por la cual no podía dejarlo en el *garderobe*. Todo esto se ponía de manifiesto en su traje de etiqueta, confeccionado por un sastre de primera fila, que le quedaba tan elegante.

Era el único crítico vestido de etiqueta. Los otros despreciaban semejantes frivolidades y vestían de todas las maneras, desde desaliñadas camisas de cuello alto y chaquetas de pana o de *tweed* a pantalones de franela; una mujer, de un periódico populista de gran tirada, llevaba un jersey a rayas más bien sucio que en nada favorecía su figura (una causa perdida), pero aquello no tenía importancia dada su condición de crítica y el desdén con que miraba cuanto la rodeaba.

Y así es como asistí a la gala de la inauguración, aunque era invisible y no le costé nada al gobierno, pues el comer y el beber no figuraban entre mis necesidades. Pero pude ver a Going en su gloria. Lo cierto es que no tenía elección y, tal como había dicho McWearie y recordé entonces con susto, yo era un espíritu menos libre de lo que había supuesto, pues estaba atado a Going, sin que pudiera predecir por cuánto tiempo.

Además, mi sentido del tiempo cambiaba con rapidez. El tiempo, como se nos dice a menudo y a menudo olvidamos, es un concepto relativo. Pero si yo estaba atado a Going, ¿en qué medida él lo estaba a mí?

2

¿Es el horror de la Muerte la soledad que siento tan abrumadoramente mientras espero... espero... espero con la sensación decreciente del tiempo, tal como el mundo viviente lo conoce, y la sensación creciente del *pleroma* que me envuelve? Frecuento el mundo de los hombres, pero no encuentro por parte alguna una criatura de mi especie a quien pueda hablar o de quien pueda esperar consejo o simpatía. ¿Es esta una etapa de prueba o será lo que he de conocer durante un tiempo que ni me atrevo a imaginar? Cualquiera que sea la respuesta, debo hacer lo que me veo impulsado a hacer, y ahora debo ir al cine con mi asesino.

Es una sesión matinal. En el reloj de Going son las once menos cinco cuando entro con él en el cine donde van a proyectarse las viejas y preciosas cintas. Se han comprometido varios locales para el festival y este es el de menor importancia, porque se supone que las películas de interés histórico atraen a menos público. ¡Qué desolación el cine a estas horas del día! Está iluminado solo lo suficiente para que la gente encuentre sus asientos y la lobreguez impone silencio y subyuga a los espectadores desperdigados que quizá no llenan ni un tercio del aforo. Se respira un aire medio santificado de sala mortuoria y apesta a niños, a pies y a palomitas de maíz rancias. Las paredes están pintadas de un tono que en un tiempo se llamó *vieux rose*. ¿Hay un nombre moderno que no sea rosa sucio? En un extremo, bajando una ligera pendiente, hay como un escenario, pero no lo es, aunque posee unas pobres cortinas de terciopelo, como si fuera un proscenio que ocultara un escenario posterior. Los cines pretenden parecerse a los teatros y lo hacen de forma vaga y poco convincente, del mismo modo que los fabricantes de automóviles no pueden librarse de los fantasmas de los vehículos del siglo pasado, tan elegantes. Cuando Going aparece en este lugar tenebroso, unos cuantos críticos lo miran, pero no lo saludan ni sonríen. No es malevolencia, sino costumbre profesional; los cirujanos no se estrechan las manos en el quirófano.

La película programada es *El espíritu del 76*. La rodó en Estados Unidos, en 1917, un tal Robert Goldstein, quien, como recompensa a sus esfuerzos, pasó diez años en la cárcel acusado de espionaje. ¿La razón? El filme era provocativamente antibritánico y tuvo la mala suerte de aparecer en el momento en que Estados Unidos entraba en la primera guerra mundial como aliado de Gran Bretaña. Fue prohibido y era un golpe de efecto que el festival hubiera desenterrado aquella copia. ¿Iba a considerarse ofensivo ahora? No era probable.

Como es una película muda, una mujer toma asiento al piano que hay delante de la pantalla; se quita los anillos y los coloca cuidadosamente a un lado del teclado; arruga un pañuelo y lo pone encima de los anillos y, cuando aparecen las primeras sombras, empieza a tocar, y no deja de tocar hasta que acaba la película. Sabe hacer bien su trabajo, cubriendo toda la gama de emociones, de lo grave a lo ligero, de lo vivaz a lo severo, sin apenas pausa. Posee sentido histórico y no toca nada compuesto después de 1917. También tiene el sentido de la armonía y en los momentos sentimentales, cuando toca *Corazones y flores*, expresa los sentimientos de 1917, sin ironías ni circunloquios. Su estilo es exuberante —musicalmente impúdico— lanzando arpegios como confetis. Dentro de su trabajo es una consumada artista, como debieron de serlo las muchas mujeres en la edad de piedra del cine que hicieron el trabajo que ahora lleva a cabo ella.

Hago hincapié en su actuación aunque solo le presté atención a rachas. Porque casi desde el principio, mientras veía las imágenes granuladas de los actores vestidos aproximadamente como en el siglo XVIII, gesticulando y moviendo los labios sin producir sonidos, sumidos en su propio drama, me di cuenta de que estaba viendo algo diferente. Que veía y que oía, sí, mi propia película, *mi película personal*, acompañada por una música orquestal de gran sutileza y a la manera moderna; mis imágenes resultan claras y convincentes; mis actores (si es que lo son) hablan en voz alta. No los entiendo inmediatamente y con facilidad porque, aunque hablan en inglés, se parece al inglés americano de la época de la independencia, con un tono y un acento que no me son familiares. Es una película asombrosa la mía y, de haberla visto cuando estaba vivo, me habría complacido sobremanera. Pero ahora me asusta.

¿Es lo mismo que ve Going? De vez en cuando garrapatea notas en un papel que apoya en su rodilla y, por lo que puedo ver, nada tienen que ver con «mi» película. Nada en absoluto. Lo que yo veo es vida, una vida extraña, pero vida sin duda alguna, y he podido entrar en ella con no pocas dificultades, pero con la sensación de que cuanto veo es de una gran importancia para mí.

4

Lo que veo es Nueva York, tal como era en 1775. ¿O era en 1774? No estoy seguro. Pero allí estaba: John Street, una calle de casas respetables aunque no lujosas, habitadas por familias de clase media, tenderos, abogados, médicos y gente parecida, y por aquel al que mi atención va dirigida, un soldado. Helo ahí, confiado y elegante, con el uniforme de oficial de un regimiento británico, bajando los bellos escalones de piedra de su casa para salir a la luz del sol. Camina por la calle y los vecinos lo saludan. «Buenos días, comandante Gage». «Hermoso día, comandante». Su marcha es majestuosa, no desfila, pero tiene el porte propio de un militar que está orgulloso de su profesión. Desde la ventana de su casa, una niña agita la mano en alto y él le responde con un saludo marcial, lo que evidentemente es una broma entre padre e hija. A los demás que lo saludan les sorprende de otra manera, su respuesta no es del todo un saludo, se lleva la mano enguantada hasta la punta delantera del tricornio, correctamente inclinado sobre el ojo izquierdo. Un hombre querido. Un buen vecino. Un honor para la vecindad.

Luego hay una indicación —¿es lo que la gente de cine llama un «barrido»?— de que pasa el tiempo, y la música insinúa poderosamente el cambio de circunstancias, de un clima peor, en efecto, es otoño, y volvemos a ver al comandante bajando los escalones de su casa. Su aspecto es más severo y no puede ser menos, porque una multitud de chiquillos corre hacia él y le grita al pasar: «¡Abajo con los malditos! ¡Fuera los malditos conservadores!». Uno de ellos se vuelve y le lanza un escupitajo que mancha la espalda de su casaca roja. La niña de la ventana desaparece, a todas

luces asustada; el comandante no da señales de desconcierto y sigue caminado con orgullo y esta vez en sus pasos hay algo de desfile militar.

La escena cambia de nuevo. Esta vez aparece el interior de la casa del comandante, donde él y su familia están cenando. Es una buena comida y hay dos negras, no esclavas, aunque sí de baja condición, que sirven la mesa. Algo agitada, la niña —que es la segunda de los tres hijos— pregunta a su padre acerca de los insultos de la mañana. «Nada importante, querida. No significan nada. Golfillos de los barrios pobres que han estado escuchando las necias habladurías de los descontentos. La hija de un soldado debe saber que su padre no está bien visto por los pícaros que temen la ley y el ejército. Un soldado no presta atención a esa gentuza. Si se los vuelve a encontrar, les hará saber que su bastón también forma parte de su uniforme».

Más tarde, resguardados en el precioso lecho de cuatro columnas, el comandante Gage habla con su esposa; preguntado, admite que el salivazo significa algo más de lo que le ha dicho a Elizabeth. Tiene la imperturbable seguridad del inglés y del soldado. ¿No es oficial de uno de los diecisiete regimientos que Gran Bretaña mantiene en sus colonias americanas para defenderlas de los franceses, de los españoles, de los corsarios y de los contrabandistas? Por no hablar de los indios. ¿Acaso no están a buen recaudo esos rufianes? Si vuelve a encontrarse con los golfillos callejeros, les dará una buena zurra.

La señora Gage no está tan segura. Antes de conocer a su marido y de enamorarse de él, era Anna Vermuelen, y su rancia sangre holandesa de Nueva York se le hiela algunas veces en las venas cuando cambia impresiones con sus vecinas holandesas durante el café de la mañana, porque ellas oyen cosas que parece que los británicos no oyen o no merecen su atención. Abajo, en la sala de estar, hay una bella estampa del rey Jorge III, espléndidamente uniformado y con aire de suprema seguridad, y los hijos lo veneran como a una imagen sagrada, pero Anna sabe por sus amigas no británicas que se rumorea que el rey está preocupado por lo que están haciendo sus ministros en las colonias americanas, que hay una importante facción proamericana en Londres, incluso en el Parlamento, que exige que se presten oídos a las quejas de las colonias.

Por supuesto que muchas de estas quejas son cuentos de cantinera (Anna ha copiado esta frase cuartelera de su esposo, y le gusta emplearla para demostrar que se ha convertido en británica), propiciados por pícaros, como el famoso contrabandista John Hancock y el despreciable abogado Sam Adams. Pero hay otras quejas que no pueden ignorarse con tanta facilidad.

5

No se habla muy abiertamente de estas quejas o de los resquemores que se están produciendo entre los neoyorquinos que conoce Gage, hasta que una mañana de

domingo el reverendo Cephaz Willoughby se refiere a ellas desde el púlpito de la iglesia de la Trinidad, que es la más destacada iglesia anglicana de Nueva York. Los Gage tienen allí un lugar reservado, y los domingos por la mañana hacen toda una procesión para dirigirse a la iglesia; los dos hijos mayores, Roger y Elizabeth, abren la marcha, tratando de moverse tal como les ha enseñado su maestro de baile, erguidos pero desenvueltos, andando como los patos; tras ellos va el comandante con su bella esposa, una pareja espléndida, cuyos andares son una delicia para los entendidos en el tema; luego siguen las dos mujeres negras, Emmeline y Chloe, la última llevando en brazos a Hannah —solo tiene tres años— en un precioso chal turco; y, cerrando la comitiva, James, lacayo, mozo y hombre para todo, con una buena casaca marrón (que había sido del comandante), portando los libros de oraciones de todos. Cuando llegan al pórtico de la Trinidad saludan a las amistades en tonos apagados, adecuados al domingo, antes de dirigirse a su sitio, una especie de palco en el cual pueden gozar de cierta privacidad, donde solo pueden ser vistos cómodamente por el cura cuando este sube al púlpito. Hay muchos palcos de este tipo, y para la iglesia suponen una renta anual considerable. Los pobres se sientan en la parte trasera del templo, en bancos libres. La iglesia es eminentemente respetable, eminentemente inglesa, eminentemente conservadora, y el servicio que ofrece es suave y la música excelente. Pero hoy el párroco es cualquier cosa menos suave.

Toma su texto de Judas, versículo dieciséis: «Son estos murmuradores, quejicosos, que actúan según sus deseos; y sus bocas están llenas de palabras soberbias, teniendo en admiración a las personas por causa de su provecho». El reverendo Cephaz Willoughby no se anda con rodeos respecto a estos ejemplos modernos de iniquidad; son bostonianos, casi todos. Y Boston es una ciudad presuntuosa en extremo. Quieren ser nobles, pero obran pérfidamente. Algunos son conocidos contrabandistas, cuyas riquezas los ponen a salvo de una crítica fácil; algunos son abogados que aplican la ley en su propio provecho. Son los inmundos soñadores que desprecian a las autoridades y maldicen de las dignidades. Amotinan a las buenas gentes de las colonias americanas contra el rey y las leyes del rey —sí, y contra los tributos del rey, que repetidamente se ha demostrado que son justos, pues están dedicados a proteger a las colonias de sus muchos enemigos—. «Estas maledicciones sobre cosas que ignoran o, mejor dicho, sobre cosas que pretenden ignorar, pero que conocen naturalmente —es decir, impulsados por sus oscuras y malsanas inclinaciones— las conocen como animales irracionales en aquello que los corrompe» —y que corromperá a aquellos cuya ignorancia los dispone a semejante corrupción.

Como predicador, el reverendo Cephaz Willoughby trabaja bajo el peso de la erudición, que a veces descarga sin piedad sobre sus feligreses; en alguna ocasión ha llegado a arengarlos durante dos largas horas, medidas por el reloj de arena que tiene sobre el púlpito, sobre oscuros puntos doctrinales. Pero hoy se muestra breve y vehemente y su rebaño es todo oídos. ¿Puede en verdad hablarles desde el púlpito de

cosas indecibles, pues solo se conocen como rumores y cotilleos familiares? Pues eso es lo que está haciendo el señor Willoughby. ¿La Iglesia metiéndose en política? ¿Es correcto?

Tras dejar claro que intenta hablar acerca del descontento revolucionario que todo el mundo teme, pero que no se ha declarado abiertamente en Nueva York, el señor Willoughby se toma un profundo e indignado respiro y se pone a la tarea.

¿Qué hay detrás de estos rumores, que ahora crecen hasta convertirse en un clamor? ¿Rebelión? Desde luego. Pero la rebelión debe tener una causa, y su causa no es la queja contra los impuestos y el coste de los diecisiete regimientos del ejército permanente en las colonias americanas. No es el grito popular de «Ningún impuesto sin representación». No es el coste del mantenimiento de los diversos gobernadores coloniales, pues sin ellos ¿quién iba a mediar entre nuestros propios representantes elegidos y nuestro rey en Londres? Estos son los temas que murmuradores y quejosos sacan a colación con tanto impudor y desprecio, pero la causa verdadera es mucho más profunda.

La causa está en el corazón del hombre, donde tantos pecados encuentran acomodo y donde permanecen cuando el Príncipe de las Tinieblas se apodera de ellos. Fue en el corazón de Caín donde puso pie el Príncipe del Mal cuando aquel se rebeló y mató a su hermano Abel. ¿Y no se valió Caín de abundantes excusas, preguntando «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? ¿No nos dicen lo mismo estos pérfidos? ¿Tengo que ayudar a Gran Bretaña en sus guerras con Francia y España? ¿Qué tengo que ver yo con ellos? ¿No tengo bastante con preocuparme de mí mismo?». Amadísimos hermanos, los murmuradores y quejosos no hablan desde sus corazones con tan tempestuosas palabras. Es la voz de Caín, el mismo Ángel de las Tinieblas. Es el Ángel de las Tinieblas quien enfrenta al hermano con el hermano, al súbdito con su rey.

Amadísimos hermanos, os anuncio una verdad terrible: «¡Caín ha regresado a nuestras mentes!». Caín ha vuelto y hasta que no lo expulsemos la paz no reinará en esta tierra que el Señor ha dotado tan ricamente para la paz. Os lo digo, Caín ha regresado. «¡Caín ha regresado!».

El sermón es el gran tema de conversación en las comidas del domingo, y no únicamente entre los feligreses del reverendo Willoughby. La noticia se ha extendido tan deprisa por Nueva York que el domingo por la noche los presbiterianos y los luteranos, e incluso los cuáqueros, sueñan con Caín. Es mejor echar la culpa a Caín, un desconocido en Nueva York, que echársela a Patrick Henry, que dice a quien quiere oírlo que todos los césares tienen su Bruto, que Carlos tuvo a su Cromwell y que Jorge III debiera tomar ejemplo. Es cierto que Jorge III está en Londres y Patrick Henry está en Virginia y algo tiene que atribuirse a la voz resonante y profesional del abogado, pero tales palabras son pecaminosas y una incitación al pueblo sencillo que no entiende de política. El fantasma de Caín parecía abarcar y explicar las muchas cosas que se murmuraban alrededor del café. Las buenas esposas, como Anna, no

pueden entenderlas, pero entienden a Caín o creen que lo entienden.

—Mamá, ¿qué es un «espalda sangrienta»? —pregunta Elizabeth cuando su padre no está en la habitación.

—Es un mote injusto para un soldado, querida, por su casaca roja.

—Los llaman langostas, y también arenques rojos —interviene Roger.

—No debes prestarles atención. Ya se pondrán contentos cuando vean venir a los indios. Y vendrán en un momento si no os vais enseguida a la cama.

Pero Roger sabe que «espalda sangrienta» también es el nombre que se da al soldado al que se ata a un triángulo hecho con lanzas y se le azota por cualquier falta. Veinte azotes es lo corriente, pero se han llegado a propinar hasta trescientos al son del tambor. Antes de soltar al delincuente se le arroja sobre la espalda ensangrentada un cubo de salmuera, traído de la cocina, para limpiar y curar las heridas. Un soldado de mérito, digno de ascenso, no lleva marcas del gato de nueve colas, pero un rufián, digno tan solo de los quehaceres más viles, suele tener una espalda tan áspera y llena de surcos como un campo de labranza. Los colonos echan en cara a los soldados la brutalidad de este castigo y prefieren el suyo propio, la brea y las plumas.

Mientras lo veo, entiendo que los autores del filme, quienes quiera que hayan sido, se toman la reconocida libertad de comprimir las acciones de meses y años en unas pocas escenas. Pero ahora la acción que aparece tiene una fecha. Se trata de la matanza de Boston, que se remonta a 1770, y que ha ido acrecentando el descontento: los británicos dispararon contra la multitud inerme, cosa que no debieron hacer, pero es lo que los hombres armados, con oficiales nerviosos, han hecho siempre desde la invención de las armas de fuego, y volverán a hacer y, aunque el daño no fue muy considerable pues solo hubo cinco muertos (uno de ellos el egregio Crispus Attucks), el funeral dio ocasión para expresar el sentimiento de los rebeldes. De resultas de aquello, el capitán británico fue procesado por asesinato, pero su caso fue sobreseído, porque muchos pensaron que si hubieran estado en la piel del acusado no habrían actuado de mejor manera. Pero el descontento en Boston es realmente grave y es allí, en 1775, donde empieza el combate.

6

Antes de que el comandante se marche para combatir en Breed's Hill (que debiera haber sido Bunker Hill si William Prescott no hubiera elegido la otra, elección que la voz de la historia popular ha rechazado desde entonces), goza de una noche de placer especial, la clase de placer que más le atrae. Porque, aunque es muy de su familia y cumple satisfactoriamente sus deberes con ella, no hay cosa que le guste más que pasar una velada con sus colegas, bebiendo y comiendo en abundancia, con el tipo de charla que más lo anima y con alguna que otra diversión, de aquellas que tanto agradan a los militares.

Y es así como lo veo la noche antes de que su regimiento salga de Nueva York con destino a Boston; se dirige al King's Arms, en Maiden Lane, donde, en una sala del primer piso, se han reunido más de cincuenta oficiales, colegas suyos, para cenar ostras, langostas, almejas, buey asado (por supuesto), cordero asado y algunas fruslerías, como pasteles de liebre y pichón, pavo y todo cuanto tales platos exigen como guarnición, regados con clarete, vino blanco helado, Madeira y Oporto, probablemente obtenidos de contrabando, extremo que no importa a los oficiales.

Es una gran noche, con el sabor especial que da saber que las tropas británicas van a ocuparse de un trabajo serio y, sin duda, van a derrotar a los yanquis inexpertos. No van a hacerles más daño del necesario, pero, sin duda, van a demostrar a los rebeldes que los presumidos bostonianos no están a la altura de unos hombres criados con cerveza y carne auténticamente británicas. Igual que lo demostraron a los franceses en Quebec. Y recuerdan la canción de entonces:

*Chupados de cara y con las tripas ruidosas,
ved cómo los franceses famélicos se pavonean
y nos llaman perros ingleses.
Pero demostraremos a esos fanfarrones
que el buey y la cerveza dan más fuerza y aliento
que la sopa y las ranas asadas.*

Demostraron a los gabachos quién era quién y qué era cada cosa, lo cual costó muchos millones de libras a la vieja Inglaterra. ¿Para qué? Para proteger a los desagradecidos bostonianos y para que los pieles rojas supieran quiénes eran los verdaderos dueños de América. Que paguen la parte que les corresponde y dejen de quejarse del impuesto del timbre y del impuesto sobre el azúcar. ¿Y qué era el impuesto del timbre? Lo había inventado un tipo ingenioso, y costaba a los dos millones de americanos aproximadamente un penique al mes. ¿Puede ser más barata la seguridad? Este era el tenor de la charla de los felices oficiales, que cantaban sus canciones familiares una y otra vez, sin muestras de cansancio.

El comandante se sienta a la cabecera de la mesa, porque aunque su veteranía pudiera cuestionarse, su nombre es Gage^[2] y, de un modo místico, parece figurar como comandante en jefe. En el otro extremo de la mesa, secundándole, está el comandante Featherstone, un oficial lleno de condecoraciones, un ingenio en el sentido militar del término.

Se pronuncian brindis con menos solemnidad que en las ceremonias militares. A Gage le cabe el honor de proponer el brindis de la lealtad: «Por Su Majestad el rey Jorge III», y vacían las copas. A Featherstone le cabe el honor de proponer el brindis por la reina Carlota, lo cual no habría hecho de encontrarse en el casino. En el casino no se menciona a las damas. Pero aquí el nombre de la reina da lugar a que Featherstone pronuncie una loa a la mujer, o como él suele decir, al sexo. Sin el sexo

la vida del hombre queda vacía de contenido, su valor pierde toda inspiración y sus horas de reposo pierden toda dulzura. Sin el sexo la espada de Marte se embota y la lira de Apolo permanece en silencio. Ambas se deben al sexo. Y los oficiales brindan por el sexo con grandes aclamaciones. Un coronel retirado, que no ha de ir a Boston al día siguiente, se derrumba en su silla bajo el peso de la emoción y ha de ser levantado por dos sirvientes.

¡Qué gran noche! Oh, qué noche tan memorable. Cuando se ha dado cuenta de toda la comida y aún queda mucho por beber, se anuncia un espectáculo. El alférez Larkin está presente; aunque su graduación es inferior a la de los demás invitados, su voz es indispensable. Es un tenor agudo, un alto masculino, aficionado a las florituras. Además, tiene buena mano con la espineta y hay una buena espineta en un extremo de la sala. El instrumento es objeto de numerosos chistes, porque encima del teclado hay una inscripción que dice «Harris de Boston», y es paradójico y al mismo tiempo apropiado que facilite su música a quienes en breve van a demostrar a Boston quién es quién y qué es cada cosa.

Larkin, que es bastante joven, canta con la misma elegancia de su apostura y, aunque los oficiales no lo saben, yo, el espectador, sé que cuando canta la popular *Anacreonte en el paraíso*, es la melodía que más adelante se hará famosa en *La bandera sembrada de estrellas*^[3]. Pero esta noche es solo una de las muchas músicas favoritas, no acogida con tanto entusiasmo como *Cuando Judá nos obliga a partir*, y cuando la interpreta Larkin lo hace con tantos adornos que apenas se reconoce la música. La emoción de la última estrofa:

*Si Judá acepta mi ignorancia,
los poetas envidiarán mi canto*

provoca las lágrimas de varios veteranos cubiertos de cicatrices que, como tantos hombres de guerra, se emocionan cuando escuchan cantos de paz.

Pero Featherstone y el agraciado Larkin guardan una sorpresa para los asistentes y, como la velada se prepara llena de cantos y de bebidas, mientras algunos piden a Larkin que cante *Rule, Britannia*, se abre la puerta y por ella aparece una figura extraordinaria: un muchacho huesudo y desgarbado, con un pie descalzo y el otro calzado con una vieja bota de soldado, los pantalones caídos y un faldón de la camisa casi arrastrando por el suelo, con un tricornio de alas desabotonadas pero con un gran galón, como la cresta de un gallo. Cuelga de su costado un sable monstruoso que rebota en el suelo; lleva un rifle imposible de identificar, seguramente adecuado para disparar a las ardillas, con un cañón demasiado largo y una bayoneta hecha de una navaja herrumbrosa. Se acerca despacio a los presentes y los abarca con una mirada de bobalicón antes de escupir en el suelo una buena media pinta de jugo de tabaco, que deja un reguero en su barbilla.

—Caramba, aquí están los señoritos —grita, en una versión estridente del acento

colonial—. Les esperaba en Boston, pero nunca vinieron. Y os esperábamos, podéis estar seguros. Como al fin os he encontrado, os cantaré una cancioncilla.

Para entonces ha llegado al centro de la sala y dirige un saludo ridículo al comandante Gage; luego se acerca a la espineta. Larkin ataca una música desconocida para casi todos, con una letra nunca oída.

*Mi padre y yo fuimos al campamento
para unirnos al capitán Goodin
y allí vimos una multitud de hombres y muchachos
tan espesa como unas gachas hechas deprisa.
Y aquí el espantapájaros inicia un baile de payaso.
Yanqui laralá, sigue adelante, yanqui laralá dandi,
presta atención a la música y a los pasos
y sé diestro con las muchachas.*

Siguen otras estrofas, algunas tan procaces que algunos oficiales dudan en reírse y termina:

*En Boston había una muchedumbre,
cavando una tumba, me dijeron,
tan eternamente larga, tan eternamente profunda
que quisieron retenerme.*

Luego, en una retirada torpe:

*Me asusté tanto que me escabullí
sin pararme, según recuerdo,
ni volver la cara hasta que llegué a casa
y me encerré en la alcoba de mi madre^[4].*

Para entonces los oficiales han logrado formar un coro y cantan una y otra vez *Yankee Doodle*, mientras el actor, un cadete que ha alcanzado fama como cómico en los teatros cuarteleros, hace la instrucción, deja caer la espada, tropieza con el faldón de su camisa y, al final, dispara su absurdo fusil del que surge un montón de plumas de gallina.

Yankee Doodle es el éxito de la velada. Los oficiales se sienten transfigurados. Este es el enemigo tal como lo imaginan. Brindan con él, como si fuera un tipo poderoso y lo emborrachan de vino, que el cadete bebe después de colgar su bolsa de tabaco en la bayoneta, hasta que finge caer exhausto.

Todo cuanto sigue tiene menos vigor, incluso el canto generalizado del *Rule*,

Britannia durante cuya ejecución Larkin casi destroza la espineta de Boston.

A los pocos días, los británicos, sin grandes pérdidas, derrotan a Yankee Doodle en Breed's Hill. Pero uno que no sobrevive a la batalla es el comandante Gage. Tan eternamente larga, tan eternamente profunda, la tumba no es solo para Yankee Doodle.

Quizá se ha exigido demasiada responsabilidad al comandante por llamarse como se llama. Estas locuras suelen ocurrir, en la guerra y en cualquier otra ocasión; un nombre es más importante de lo que la gente poco imaginativa piensa. Pero el comandante está muerto y la familia de John Street, Nueva York, ve el rostro de Caín en esta desolada pérdida.

7

Parece que estamos en un descanso, porque *El espíritu del 76* ha llegado a un desordenado final con George Washington, las barras y las estrellas y una joven que probablemente pretende representar a la Libertad, todo junto y revuelto en una *mélange* que hace las delicias de los cinéfilos y que Going saluda entusiasmado como el primer uso de esta técnica. Hablan de esto en el vestíbulo donde se ha preparado el inevitable tentempié y donde los poseedores de entradas tienen derecho a un vaso de vino blanco ligerísimo y a un bocadillo aún más ligero, mientras duran. Pero estos filmes primitivos son breves, unos pocos rollos, y tan pronto como ha devorado la comida, el público se amontona para regresar a la apestosa sala y ver otro clásico de la revolución, que es el tema del día. La película es conocida para la mayoría, porque se trata del famoso *El acorazado Potemkin*, de 1925, que los auténticos conocedores, como Going, llaman *Bronenosets Potemkin*. Lo pronuncia de manera fluida, de la manera que, según él, pronuncian los rusos.

Pero ¿qué es lo que veo?

Durante la proyección de *El espíritu del 76* he sido periféricamente consciente de lo que era visible para el público, al mismo tiempo que era mucho más consciente de mi propia película, mucho más convincente por cuanto era una verdadera representación del preludio de la guerra revolucionaria americana. El viejo filme giraba en torno a una idea, una reconstrucción histórica con un sesgo propagandístico, mientras que el mío trataba de gente corriente, mucho más convincente a mi entender. ¿Iba a continuar en la misma tesitura o iba a verme obligado a seguir la versión poderosamente propagandística de la revuelta de la flota del mar Negro en 1905, una película famosa por el empleo de multitudes reales, por la asombrosa aparición de leones de piedra que secundan a los revolucionarios, por su factura innovadora, por su espléndida música? No, no fue así porque volví a encontrarme contemplando y abarcando dos filmes a la vez; el mío, en la ciudad de Nueva York, comparativamente en paz.

Nueva York se mostró fría con respecto a la revolución durante sus primeras manifestaciones, y es la ciudad indiferente de 1776 la que ahora contemplo. Por aquel entonces vivían allí muchos holandeses —ciudadanos británicos, pero holandeses en lo más profundo de sus corazones— y un gran número de ellos eran poseedores de sustanciales sumas de dinero. Uno de estos es el anciano Claes van Someren, en parte abogado y en parte banquero, pero siempre financiero, y es en sus seguras manos donde está depositada la fortuna de Anna Vermuelen Gage. Por eso, cuando el comandante Gage encuentra la muerte en la batalla, es a Van Someren a quien Anna acude en demanda de consejo, y su consejo es el de un banquero: estate tranquila, ten confianza y no te precipites. El dinero da seguridad y Anna tiene mucho dinero en las manos cuidadosas de Claes van Someren.

Anna es una rica heredera y, gracias a su fortuna, el comandante Gage ha podido llevar una vida superior a la permitida por su paga. Aunque, por supuesto, según la ley —la ley dieciochesca por la cual toda propiedad de la esposa pasa a ser del marido—, todo cuanto tenía Anna era del comandante, pero este solo podía tener acceso a la fortuna mediante el viejo Claes, que era una persona sumamente afable pero muy poco comunicativa. Tenía sus propias ideas acerca de la responsabilidad financiera de los militares británicos y cada trimestre ponía una suma razonable en manos del comandante sin darle más cuenta de la fortuna de Anna. El padre de esta, Paulus Vermuelen, había sido amigo íntimo de Claes van Someren, y el abogado había resuelto que su protegido, que además era primo suyo, una vez muerto (los holandeses tienen mucho respeto por sus primos), no fuera desvalijado. Y así ocurrió que el comandante, que era un lego en finanzas y confiaba en los abogados, nunca supo con exactitud las hipotecas que cobraba Anna ni tuvo claras noticias de sus propiedades agrícolas a la cabecera del Hudson, en Greenbush, que tan buenas rentas le producían. Mejor dicho, ella no las recibía, porque era el viejo Claes quien las cobraba y luego las depositaba en las cajas fuertes de su despacho, en unos sacos a los que cosía con alambre una etiqueta con el nombre de ella. No todos estos sacos, ni siquiera la mitad de ellos, endulzaron la vida feliz del comandante.

Anna quedó sorprendida cuando supo por su anciano primo que tenía tanto dinero, y no va en su descrédito decir que semejante conocimiento le sirvió de mucho para secar sus lágrimas. Enviudar es doloroso y Anna amaba sinceramente a su marido. Pero, entre ser una viuda rica y serlo de un soldado pendiente de la pensión que pudieran pagarle los británicos, hay una gran diferencia. De tal modo que pudo enjugar sus lágrimas con pañuelos del tejido más delicado, y el viejo Claes pudo comprobar con su mente de leguleyo que es maravilloso cómo el dinero puede arreglar el peor desaguizado. No es que fuera un hombre con el corazón de piedra pero, como la mayoría de gente que maneja mucho dinero, no le faltaba cinismo cuando consideraba las emociones humanas.

Aparentemente la vida diaria de Anna no experimenta grandes cambios. Nueva York no se entusiasma con la nueva república ni tiene prisa por aceptarla. Se reconoce, por supuesto, que ha nacido una nueva nación, pero se duda mucho de que viva mucho tiempo. George Washington ha sido nombrado comandante en jefe de las tropas americanas, y se sabe que cuando sirvió a los británicos fue despreciado e ignorado para los posibles ascensos; los mezquinos están seguros de que esto fue lo que causó su resquemor contra Inglaterra, aunque los más generosos están seguros de que él está por encima de estas mezquindades. Nadie niega que sea un hombre de espíritu refinado, cosa que no puede decirse de todos los firmantes de la famosa Declaración, pero ¿dispone de las fuerzas necesarias para hacer frente a un ejército bien entrenado? Se rumorea que cuando pasó revista a sus tropas quedó consternado y preguntó: «¿Son estos los hombres con quienes voy a defender a América?». Y quizá fuera cierto que lo dijera, porque mi película me permite verlos.

Comparados con los británicos, regulares y dignos en la instrucción, en el desfile y en las guardias, las fuerzas americanas están formadas por unos patanes ridículos. No ha habido tiempo para disciplinarlos y convertirlos en un ejército marcial y parece imposible que se les pueda inculcar la disciplina necesaria. Pero tienen su propio espíritu, más formidable de lo que han descubierto los británicos. Estos jóvenes granjeros son unos tiradores tremendamente expertos y recargan con una rapidez que los británicos no pueden igualar. Han luchado contra los indios y conocen métodos que hoy se conocerían como guerrilla, sorprendiendo y aburriendo a ejércitos habituados a pelear según las normas académicas. En lugares estudiados, como en la defensa de Nueva York, los británicos saben exactamente lo que hacen y logran vencer. Pero no están preparados para enfrentarse con la chusma que se hace llamar Hijos de la Libertad y consigue prender fuego a buena parte de la ciudad. En Boston aprendieron la amarga lección de disparar contra la multitud. En una revuelta, donde los insurgentes no van uniformados, ¿cómo va a distinguir un oficial británico a un experimentado agitador de masas de un ciudadano nervioso, histérico en el lodo, como Crispus Attucks? Que la gente honrada se aparte de la chusma y así no se le hará daño.

Los americanos están furiosísimos. El mismo sentido de juego limpio que subleva a los británicos contra la lucha irregular de los americanos enfurece a estos, porque el general Howe se ha traído tropas mercenarias de Hesse —miles de alemanes para luchar contra ellos—. Cuando el hermano se vuelve contra el hermano, ¿es decente traer a extranjeros, gente que no es de la familia? La ofensa se agrava porque estos mercenarios —no todos son de Hesse, pero todos proceden de los ducados alemanes— son espléndidos guerreros, no tan abúlicos como los británicos, y sus batallones

Jäger son los mejores en el campo de batalla. Traer a extranjeros es intolerable y encona la herida. No cuesta nada odiar al general Howe, que hace muestras de la empingorotada superioridad británica, pero no se le teme tanto como a Von Riedersel, un hombre de Brunswick que no se avergüenza de aprender del enemigo y no tarda en entrenar a sus hombres para que disparen con rapidez. Los americanos empiezan a darse cuenta de que esto es una guerra real y no solo una riña familiar, y que su guerra sucia tiene que vérselas con una guerra igualmente sucia. Ambos bandos aprenden que toda guerra es sucia y que las nobles gestas en las llanuras delante de Troya, acerca de las cuales muchos de sus oficiales están bien informados, no tuvieron lugar, salvo en la mente de Homero. Como es habitual, son los soldados rasos, que nunca oyeron hablar de Homero, los que se llevan la peor parte.

Todo es un caos y las mujeres como Anna no pueden entender por qué los hombres han creado semejante caos ni saben cómo salir de él. Solo saben que se ha destruido parte de la ciudad de Nueva York, pero que el general Howe la mantiene firmemente bajo su control, en la medida en que puede controlarse una ciudad cuando hay tanta gente que está a favor del otro bando. Hay problemas con los alimentos, pero no es un problema serio para Anna porque tiene el dinero suficiente para comprar cualquier comida. Claes van Someren se mantiene en su consejo de que permanezca tranquila, confiada y no se precipite, y Anna pone cuidado en lo que dice, incluso a sus amigas holandesas, que se muestran igualmente cautelosas con ella. Con el tiempo, todo se olvidará.

9

Pero no se olvida. La colonia de Nueva York, al contrario de la ciudad, ha aceptado la Declaración de Independencia, y se cree que todos los habitantes de la ciudad esperan impacientes el día en que los británicos se rindan. Roger, que está lo bastante crecido para hacer exploraciones sin ser advertido, como tienden a hacer todos los muchachos, ve cómo echan abajo entre insultos la estatua de bronce de Jorge III que hay en Bowling Green y su corazón británico se desgarrar. Su padre ha oído la canción del *Yankee Doodle* como burla a las tropas americanas, pero Roger la oye por todas partes convertida en himno patriótico, con una variedad de letras inflamadas. Los chicos británicos que son leales componen sus propias letras y Anna oye a su hijo cuando canta por la calle:

*Yanky laralá vino a la ciudad montado en su poni
con una pluma en el culo
a la que llamaba macarroni.*

Y le pega por cantar una canción sucia. Mejor dicho, ordena a James que pegue a Roger, y James, que es un viejo amigo del muchacho, conspira con él y acuerda aplicarle un castigo ruidoso pero no doloroso. Con todo, es una humillación y Roger queda resentido. Su idea de la lealtad ya es masculina y piensa que las mujeres deben mantenerse al margen de los asuntos de los hombres. Elizabeth, que ha estado escuchando en lugar de permanecer en el cuarto de costura, quiere saber qué significa macarroni.

—Significa ridículamente elegante, como el alferez Larkin —dice Anna.

Y se indigna cuando, unas semanas más tarde, se entera de que el alferez Larkin ha aceptado el dinero yanqui y se ha pasado como instructor a las tropas rebeldes. Se producen otras defecciones parecidas porque los ingleses no son muy generosos con sus pagas.

Veo todo esto mientras, de vez en cuando, sigo de soslayo las escenas de *El acorazado Potemkin*, que nos enseña la lección de que todas las rebeliones tienen algo desgraciado porque causan grave daño a quienes no toman parte en ellas ni pueden eludirlas. Cuando Caín se levanta, la furia de Caín golpea ciegamente. Roger sabe que las ventanas de los leales —que tanto cuestan de arreglar— las han roto de noche las pandillas que se ennegrecen la cara para ser irreconocibles. Hay una semana terrible, cuando James, portero y hombre para todo, habla demasiado alto en la taberna acerca de las iniquidades de los americanos, incapaces de luchar limpiamente; no ve a tres hombres en un rincón que lo esperan al día siguiente y dirigen a una pandilla que lo embadurna de alquitrán, lo empluma y lo lleva, a horcajadas sobre un palo, por las calles donde las simpatías proamericanas son más fuertes. Cuando James consigue llegar arrastrándose a su casa, está en muy mal estado y Anna y las dos mujeres negras tienen que cuidar de él durante quince días, hasta que puede volver a cumplir con sus obligaciones.

Emplumar a alguien permanece hoy en el lenguaje con el sentido de embromar a alguien, pero se trataba de una humillación terrible y peligrosa. Si el alquitrán caliente se extendía demasiado por el cuerpo de la víctima podía llegar a matarla al impedir la respiración de la piel. Las plumas eran solo una indignidad decorativa, pero el hecho de ser llevado sobre un palo —medio desnudo— podía destruir las partes íntimas de un hombre, dejándolo impotente para siempre, porque el palo estaba afilado, y quienes lo sostenían solían balancear a la víctima arriba y abajo. Podía quitarse el alquitrán con aguarrás, pero si se aplicaba con generosidad podía causar quemaduras, por lo cual se prefería el vinagre, de aplicación más lenta y dolorosa; en cualquier caso, fue inevitable que se produjeran llagas difíciles de curar, por más que Anna empleara generosamente cerveza negra como bálsamo. Para los testículos inflamados solo podían aplicarse compresas, sin que sirvieran de mucho. La chusma que gozó con el espectáculo aulló y jaleó, porque lo que veía era un espantajo, una gallina humana, una criatura rechazada por sus iguales y, por consiguiente, el objeto perfecto de la risa de Caín. Pero el desgraciado, si salía vivo de aquello, no volvía a

ser el mismo. Era preferible que los indios te arrancaran la cabellera, porque la piel de la cabeza, al cabo del tiempo, acaba curándose y en una época en que estaban de moda las pelucas podían ocultarse las cicatrices. Pero la víctima del alquitrán y las plumas ya podía darse por contenta si salía con un ojo sano y el alma rota y desvalida.

La escena de la humillación de James me puso enfermo, así que intenté cerrar los ojos, pero comprobé que no podía. Cualquiera que fuese el poder que me obligaba a ver mi película, tenía decidido que la viera por entero.

Gran parte de ella me resultaba extraña, pues muchas cosas no las había visto antes. Eran muchos los hombres y las mujeres del siglo XVIII de baja estatura, hasta el punto de parecer enanos; chicos y chicas, menores de veinte años, carecían de todos los dientes o tenían la boca llena de raigones podridos; mascar tabaco era la costumbre de la gente corriente y sus escupitajos eran indiscriminados y prodigiosos. Los domingos por la mañana, el pavimento en el exterior de la iglesia de la Trinidad estaba alfombrado de los escupitajos que los feligreses arrojaban antes de entrar al servicio. Sobre esta suciedad muchas damas arrastraban sus largas faldas.

Durante mi vida había visto varios filmes que transcurrían en el siglo XVIII y ahora me daba cuenta de cómo dependían de los ingeniosos diseñadores de vestuario; esta gente parecía vestida no por sastres o modistas, sino por tapiceros que hubieran oído hablar de la figura humana sin haberla visto nunca; muchos pobres vestían ropas de extraordinaria antigüedad, porque había algunos gabanes cuadrados, los calzones de cuero eran corrientes e incluso se veían sombreros puntiagudos del siglo anterior; al ser de piel de castor resultaban prácticamente indestructibles; eran herencias demasiado valiosas para ser desechadas. Los acomodados vestían costosamente, pero sin elegancia, salvo los oficiales, fueran británicos o alemanes, cuyos uniformes se confeccionaban en el extranjero. Anna, que era una mujer rica, llevaba lo mejor, pero sus vestidos eran tan rígidos que podían mantenerse de pie por sí mismos, y nunca llevaba menos de cuatro enaguas, una de ellas siempre de la más espesa y roja franela. Pero no llevaba calzones, al estilo de su tiempo, y esto pude comprobarlo en una escena que hubiera preferido no ver.

Era una mujer de principios, pero aún una viuda joven; como tal, tenía varios pretendientes y de estos, dos o tres despertaron sus recuerdos y deseos de mujer casada que no había logrado domeñar del todo. El capitán Van der Heyden, por ejemplo, era un oficial de Hesse, de distinguido porte y bigote de espadachín. Había visitado en varias ocasiones la casa de John Street, junto con amigos que Anna había hecho entre las fuerzas ocupantes, y una mañana se presentó solo y ¿qué iba a hacer Anna sino recibirlo y obsequiarlo con el inevitable café y unos buenos *cookies*? (*Cookie*, la palabra holandesa para galleta o bizcocho, ya se había vuelto común en América). El capitán se mostró osado y Anna no supo recibirlo con la frialdad que habría sido aconsejable. Y de pronto se vio sentada en un sofá junto al capitán, que le hablaba de manera tan seductora que la cogió desprevenida cuando el brazo de él, que

había estado sobre el respaldo del sofá, pasó a rodearle el cuello, la atraía para besarla, y se sintió tan complacida que no se retiró cuando la otra mano del capitán se deslizó bajo sus pesadas faldas y subió suavemente hasta la rodilla, luego por encima de la liga hasta descansar cálidamente sobre el muslo desnudo, para subir luego hasta donde ninguna viuda debiera permitirlo. Pero esta viuda solo ofrecía una resistencia formal.

Una escena de amor, en nada comparable con las escenas apasionadas de desnudos que tan corrientes son en las películas de final del siglo xx. Entonces, ¿a qué venían mis reparos? Sin duda, a que era una escena de amor de un tipo para mí desacostumbrado, y aquella seducción recargada y exagerada me parecía rancia y repelente. Al estilo de su tiempo, el capitán llevaba puesto el sombrero, y su casaca estaba rígida de tantos galones; Anna llevaba su cofia de viuda y no se había limpiado bien las miguitas de galleta del pecho, que se agitaba y subía y bajaba rápidamente mientras murmuraba algo que supongo que debía de ser holandés. Estuvieron a punto, pero cuando las cosas habían ido tan lejos que el desenlace parecía inevitable, Emmeline llamó con los nudillos a la puerta y preguntó si podía llevarse el servicio de café. El resultado fue por consiguiente lo que los músicos de hoy llaman un anticlímax decepcionante. ¿Cómo habría sido la consumación: sombrero, cofia, calzones de cuero, botas de montar y los pesados zapatos dieciochescos de Anna y sus enaguas como sábanas, todo amontonado y revuelto en el intento de unión íntima? Sin duda, fue un momento de pasión para Anna y el capitán, pero para mí resultaba absurdo y lamentable. Poseo en mi naturaleza el ramalazo habitual del *voyeur*, pero me di cuenta de que solo me gusta mirar las escenas realizadas con habilidad y conforme al gusto de las películas que yo conocía. Soy, o quizá deba decir era, un hombre de mi tiempo y supe que el tiempo y las modas de cada época son de decisiva importancia en materias que yo había tomado neciamente como intemporales.

Aquella noche Anna fue particularmente estricta con sus hijos y se mostró severa con Elizabeth, a quien acusó de mecerse en su silla: la niña se había permitido descansar la espalda en el respaldo, en flagrante desafío a los buenos modales, de un modo que cualquier visitante habría considerado indecoroso. Otros tiempos, otras costumbres. ¿O debiera decir otros tiempos, otros conceptos de la naturaleza humana?

10

¡Qué aspecto tan raro tenían! Qué raros los alimentos que comían y la manera de comerlos, con los caballeros hurgándose sin reparo los dientes en plena sala de estar, con el mismo gesto elegante con que aspiraban rapé. Qué poco habituales y a menudo repugnantes eran los olores, porque mi película no era solo de imágenes y de

palabras, sino también de olores. Olía a caballo por todas partes, que en sí mismo no es un mal olor, pero resulta pesado, y cuando se mezcla con la peste de las letrinas, abajo, donde las criadas vierten las aguas sucias cada mañana, era demasiado insidioso para ser ignorado, por más que se intentara disimularlo con ramitas de lavanda entre las sábanas y ramos de flores variadas en las salas. Pero en Nueva York había a menudo una brisa aliviadora procedente del mar, con aroma a sal y pescado, un cambio agradable en el aire viciado de una ciudad donde el caballo era el medio habitual de transporte, con sus excrementos y orina por todas partes.

¿Fui testigo de la aparición del famoso sentido del humor americano? Creo que sí. Por parte de los británicos, el objeto de su risa iba desde el cortesano ingenio de las comedias y los mejores autores hasta los pesados y mal contados chistes obscenos. Al parecer, los americanos estaban forjando un humor que era un arma nueva para sus tropas. Una ironía, un sarcasmo que no provocaba tanto la risa como la mueca de una sonrisa. Adoptaron el *Yankee Doodle* y se lo devolvieron a los británicos hasta aburrir a los espaldas de langosta con su canto deportivo, tocándolo en sus estridentes pífanos al avanzar sus tropas, ondeando la bandera que se habían hecho con los elementos del escudo heráldico de George Washington, las barras y las estrellas. Los americanos se reían de sí mismos, cosa a la que no se sentían muy inclinados los británicos y era inimaginable en los de Hesse. La broma yanqui era para quien recordara la canción de *Polly*, la popular balada operística que seguía a *La ópera del mendigo*:

*La desesperación conduce a la batalla,
no hay valor tan grande;
deben vencer o morir
quienes no tienen retirada;
ni un paso atrás, ni un paso atrás,
debemos vencer o morir
quienes no tenemos retirada.*

Los americanos lo cantaban sin cansarse nunca. Sin cansarse nunca de la broma, sin cansarse nunca de la melodía. Lo cantaban, encima, con gritos desesperados, como si hubieran huido alegremente, cuando lo cierto es que avanzaban sin desmayo. Cuando los británicos oían sus cantos y sus risas se quedaban confusos. Llamaban a esto una guerra de hermano contra hermano, pero ¡qué raros se habían vuelto estos hermanos! Permitir que la palabra retirada rozara los labios de la tropa era totalmente contrario a la disciplina de la guerra. Al igual que, por supuesto, lo era la costumbre americana de desertar cada vez que sentían ganas de regresar a su granja. ¡Pobre Washington!

Nueva York permaneció en manos de los británicos hasta 1783, y al final de su vida Roger recordaba la entrada triunfal en la ciudad de George Washington. Una

ciudad que tenía poco más de doce mil habitantes, pero que ya era una metrópoli.

11

Es la hora de la cena —las cuatro de la tarde— del 25 de noviembre de 1783. Anna se sienta a la mesa con sus dos hijos mayores. A la pequeña Hannah le está dando la papilla en su dormitorio la criada negra.

—¿Por qué fuiste al desfile de Broadway? —pregunta a su hijo en tono seco y formal.

—Para ver al general Washington, señora. Era su entrada triunfal en la ciudad.

—No era el sitio adecuado para el hijo de un valiente oficial británico que murió por defendernos de esos advenedizos.

—Pero, señora, era como en Plutarco. El conquistador que entra en la ciudad principal. ¿Cuántas veces tiene uno la posibilidad de ver eso?

—Plutarco escribió sobre héroes. Sobre hombres nobles.

—El general Washington parecía hoy un héroe.

—Pues vaya héroe.

—¿Qué aspecto tenía el general Washington? —pregunta Elizabeth, algo temerosa de su madre.

—Es el hombre más alto que he visto nunca. Y montaba un caballo espléndido. ¡Y qué mirada! Severa, implacable. De vez en cuando se quitaba el sombrero para saludar a la multitud, cuando lo vitoreaban, pero no sonrió ni una sola vez.

—No puede sonreír —dice Anna, que ha oído hablar mucho del conquistador a sus amigas de café—. No se lo permite su dentadura postiza.

—¡Dentadura postiza! —exclama Elizabeth, incrédula—. ¿Estás segura, madre?

—Es bien sabido —dice Anna, complacida por haber dado a la conversación el apropiado tono lealista—. Tiene los dientes sujetos, desde los primeros hasta los últimos, a la parte de atrás, con muelles. Si no mantuviera firmemente apretadas las mandíbulas, se le escaparían los dientes y se quedaría con la boca abierta, cosa que un caballero no hace nunca. Sus dientes son tan falsos como su corazón.

—Pues parecía un conquistador —dice Roger con aire hosco—. Si lo sabré yo, señora, que estaba allí.

—A mí no me ha conquistado —replica Anna.

—Nos ha conquistado a todos —dice Roger— y hay que aceptarlo.

—Roger, ya eres bastante mayor para que te diga que abandones la mesa, pero debes entender que no quiero seguir oyendo hablar de esta especie de adoración por el señor Washington.

—No lo adoro. Me limito a aceptar un hecho.

Algunos son más rápidos que otros en aceptar los hechos. Anna sabe que cientos de leales han emprendido el camino del norte, hacia Canadá y otras colonias británicas de la costa noreste, o hacia las islas más cálidas del Caribe. Anna es flemática y testaruda, con la testarudez propia de los ricos. Pero Anna no es tonta y escucha atentamente el último sermón que el reverendo Cephias Willoughby dirige a su grey en la iglesia de la Trinidad.

Se basa en el texto del salmo ciento treinta y siete: «¿Cómo cantaremos la canción de Jehová en tierra de extraños?». Porque ¿acaso este país no es ya extraño para nosotros? Ni siquiera oiremos las conocidas canciones de lealtad y gratitud a la Madre Patria. ¿No hemos visto retirarse de Nueva York al ejército británico, desfilando con la cabeza alta, en espléndido orden? ¿Y cuál era la música que tocaba la banda cuando se dirigían a los barcos que los esperaban? ¿No era *El mundo se ha vuelto del revés*? Amadísimos hermanos, qué apropiada para el estado en que nos encontramos. Cuán solemne verdad traía a nuestros oídos esa música, otrora destinada a alegres ocasiones, pero hoy cargada con la tristeza del presente y los presagios del futuro.

Y así, todo por el mismo estilo, para al final decir que al reverendo Cephias se le había insinuado que su retórica desde el púlpito no era bien recibida en la ciudad convertida en capital de los Estados Unidos, que quizá fuera prudente que aceptara el hecho de la conquista. No todos sus feligreses pensaban como él, porque algunos habían sido ganados para la causa rebelde y otros pensaban que una razonable aceptación de la realidad les sería útil en la ciudad donde habían nacido y esperaban morir. Había leales entre ellos, ciertamente, pero no lo veían muy claro. Les habían roto las ventanas y tenían las paredes llenas de pintadas groseras. Pero el reverendo Cephias no era hombre que aceptara la derrota. Había oído una llamada, una llamada procedente de la ciudad nortea de Halifax, aún bajo el dominio británico, adonde había sido invitado para que fuera y pudiera cantar las canciones de Sión en un clima más propicio. ¿Sería fiel a sus principios si desoía semejante llamada? ¿Quién entre sus feligreses podía imaginar cosa tan vana? Por eso el reverendo Cephias había hecho sus maletas y él y su esposa y sus hijos (a quienes siempre se refería como a sus ramas de olivo) tomarían en breve el barco, y la iglesia de la Trinidad ya no lo vería ni lo oiría más. Fue un sermón espléndido y algunos de los oyentes lloraron. Pero hubo unos pocos, quizá infectados por el recién nacido sentido del humor yanqui, que sabían que el reverendo Cephias había estado intrigando desde hacía meses para conseguir esta llamada, pero fueron lo suficientemente educados para ocultar sus sonrisas.

Otras personas recibieron el mensaje con ánimo más reflexivo y Anna fue una de ellas, porque durante la semana precedente había mantenido una desagradable charla con el doctor Abraham Shanks, director del colegio al que asistía Roger.

—¿Ha reflexionado, señora Gage, sobre Roger, que está a punto de cumplir quince años y pudiera estar listo para enfrentarse al mundo y labrarse en él una fortuna? —le había preguntado, todo sonrisas, el doctor Shanks.

No, Anna no había pensado en semejante cosa. Creía que Roger debía permanecer otro año por lo menos en la escuela antes de ingresar en la Universidad de Harvard con el fin de prepararse para ejercer en la vida la profesión de abogado.

—Entonces tendré que serle franco, señora Gage. Son tiempos difíciles, y en mi escuela hay muchos chicos que son hijos de oficiales británicos. Lamento decir que constituyen una influencia perjudicial, que las invectivas e incluso las peleas se están convirtiendo en cosa de cada día. Los chicos cuyos padres apoyan al nuevo gobierno son pacientes. Sí, ciertamente muy pacientes, pero ya sabe usted que los jóvenes tienen mucho temperamento, y tales perjuicios no se avienen bien con el espíritu educativo, que es lo que yo debo alentar. *Absit invidia*, señora, como estoy seguro que usted entiende, y nada de rechazo a Roger *ad personam*, sino que el *amor patriae* de otro tiempo debe someterse al *tempus edax rerum*. La *ultima ratio regum* está hoy con el nuevo gobierno y mi propia situación debe estar regida por el principio de *maxim volenti non fit iniuria*. Debo, por tanto, con gran dolor de mi corazón, pedirle que saque a Roger de la escuela. *Salus populi suprema est lex* y, con independencia de mis sentimientos personales, me veo obligado a pensar en lo mejor para mi escuela. Así que, ¿señora...?

Abrumada por los latinajos, Anna se retiró muy enfadada con el director. Y Roger dejó de ir a la escuela.

Anna visita a su asesor financiero. No es el viejo Claes van Someren, sino su sucesor, Diedrick Potter, un hombrecillo preocupado en lugar de un hombrón flemático.

—¿No se han cobrado las rentas de Greenbush como de costumbre?

—Hasta la última, señora. Los arrendatarios son buenos y saben cumplir. El dinero está perfectamente a salvo. Pero, como le digo, de momento no está a su disposición.

—¿Porque este gobierno ha puesto una especie de freno? ¿Cómo es que puede hacerlo?

—No es exactamente un freno. El dinero está bien seguro, pero han de tomarse

algunas disposiciones antes de que podamos disponer de él.

—Creí que había dicho que estaba en su caja fuerte, en la cámara acorazada.

—Sí, efectivamente, lo sustancial está en la cámara, pero el espíritu, por decirlo de alguna manera, no está en nuestras manos. Está en fideicomiso, señora.

—¿Qué es eso de fideicomiso?

—Es un término legal. Significa que el dinero, aunque lo tenemos, no estará a su disposición hasta que se hayan cumplido unas condiciones futuras.

—Sí, sí, pero ¿cuáles son esas condiciones?

—Sin entrar en muchos detalles, señora Gage: hasta que el gobierno actual, el nuevo gobierno del estado soberano de Nueva York, no haya determinado los daños causados al estado y a sus ciudadanos por los británicos que durante tanto tiempo ocuparon la capital del Estado, y que pudieran ser responsables de los daños producidos durante el asedio y la liberación de la ciudad.

—¿Que tengo que pagar unos daños porque los británicos perdieron la guerra? ¿Quién dice eso?

Las lágrimas aparecieron en los ojos del hombrecillo.

—¡Ay, señora, si yo le contara! Usted no tiene que vérselas con el gobierno, donde solo hay portavoces que interpretan a alguien o a algo que nunca se ve, algo de naturaleza mística. La gente con quien hablo en Federal Hall es muy educada, muy dispuesta a escucharme cuando hablo de injusticias, pero también resuelta a decir que no es el deseo «de ellos», sino el del Estado recién formado; que su única responsabilidad es procurar que las leyes se administren con equidad. Y cuando les pido que me enseñen esas leyes, dicen que aún les están dando los últimos retoques, aunque ya producen efectos legales. Ay, señora, ¿tengo que decirle que todos ellos son liberales, mientras que nosotros somos conservadores, y que nos tienen en su punto de mira? ¿Acaso cuando se arrió la bandera en el ayuntamiento no se izó la bandera de Caín? Hablan melifluamente de la «justicia natural», que excusa el expolio de los vencidos. Porque «nos han vencido» y hemos de inclinarnos. Se lo digo sin avergonzarme, señora Gage: yo lloré cuando el ejército real fue abatido en el Ayuntamiento. Era nuestra garantía de orden y de justicia, pero ¿qué tenemos ahora? ¡Una manada de liberales! Piense en lo que dijo el señor Willoughby el domingo pasado.

Claro que lo piensa. El señor Willoughby despotricó del Federal Hall, pero no lo explicó bien y no dijo que el nuevo gobierno estaba requisando el dinero de los leales para pagar sus propias deudas. En lugar de eso, insistió en que Caín había vuelto; se refugió en Milton y habló de

... lo que el lúgubre lobo, con su secreta zarpa, devora cada día de prisa y nada dice

con lo cual, los que estaban en el secreto, como Diedrick Potter, sabían que se

refería a los abogados del Federal Hall, que cogen cuanto se les antoja sin que se les pueda pedir cuentas.

—¿De modo que no puede asegurarme cuándo voy a tener mi dinero?

—Ay, señora Gage, me gustaría decirle otra cosa, pero me temo que nunca lo tendrá. Cada día espero la noticia de la requisita de las granjas de Greenbush. Están recogiendo cada penique que encuentran entre gente como nosotros.

—Pero eso es claramente una injusticia.

—Lamento contradecirle, señora Gage, pero en cuestiones de guerra nuestra noción de justicia no tiene aplicación alguna. Como en tiempos de los paganos, el grito es *vae victis*: «ay de los vencidos». Suerte tenemos de que no nos hayan fusilado o decapitado. El nuevo gobierno se fía más de los tesoros que de las armas. Supongo que eso es lo moderno.

—Entonces ¿no me queda nada?

—No es eso exactamente, señora Gage. Desde que heredó, usted nunca gastó el total de sus rentas anuales, y esos fondos residuales permanecen en nuestras cámaras y no los hemos mencionado a los inspectores de hacienda, pues no son ni ingresos ni capital, solo una minucia a la que no hay que darle importancia.

—Gracias, señor Potter, ¿y puede decirme a cuánto asciende esa minucia?

—Suma un total de seiscientos cuarenta y seis guineas, once chelines y nueve peniques. Me pareció mejor poner ese dinero en oro.

—Sabía que usted lo haría. ¿Y cómo puedo disponer de estas seiscientos cuarenta y seis guineas, once chelines y nueve peniques?

—Me quitaría un peso de encima si se las llevara de nuestras cámaras acorazadas cuanto antes, porque los de impuestos pueden pedir otro estado de cuentas y si no es preciso, bueno, será el *vae victis*.

—¿Puedo llevármelas en este momento?

—Sería lo mejor. ¿Quiere que lo prepare? Un hombre de confianza lo hará en un instante.

Y mientras la persona de confianza lo hacía, Anna y el señor Potter se lo pasan agradablemente criticando a los liberales y a los conquistadores, juzgando ambos que la música de *El mundo está del revés* es la única que se adapta a los tiempos que corren.

Al final el hombre de confianza llama a la puerta y entra con una gran bolsa de cuero. La pone sobre la mesa del señor Potter y sale sin decir palabra, pero quizá las arrugas de los faldones de su chaqueta se puedan interpretar como un guiño. Cuando Anna trata de levantar la bolsa la encuentra tan pesada que el señor Potter dispone que regrese a su casa en un coche de caballos y que la persona de confianza la acompañe para llevarle la bolsa tramposa.

No se le ocurre pedir un recibo por la bolsa. En los negocios, prestar demasiada atención a los detalles puede ser tan malo como no prestar ninguna atención.

Aquella tarde, la comida en la casa de John Street resulta apasionante y, a causa de ello, se relajan los modales de la escuela de baile y de la educación paterna.

—¡Viva! ¿Cuándo nos ponemos en marcha? —pregunta Roger.

—No antes de la primavera. Aún no ha llegado la Navidad y vamos a necesitar todo el tiempo hasta la Semana Santa para prepararnos. Porque no huimos, queridos. Vamos a hacer un viaje de circunstancias. Vamos a visitar a nuestro tío Gus en Canadá. Hemos de elegir lo que queremos llevar con nosotros y hemos de prepararnos para pasarlo mal. Pero hemos de prepararnos cuanto sea posible y no decir nada a nadie.

—Pero, señora, la gente se va continuamente. La semana pasada se fueron los Bertram a Jamaica con un montón de cosas.

—Sí, y cuando su barco ancló en el puerto, los inspectores de impuestos arramblaron con todos los baúles y los paquetes, y los Bertram llegarán a Jamaica sin nada más que lo puesto.

—El párroco Willoughby se fue y nadie lo molestó.

—No estamos seguros de eso. Salir del puerto no significa que se llegue con todo el equipaje. Por lo que sabemos, los Willoughby pueden haber llegado desnudos a Halifax.

—Me hubiera gustado verlos así.

—¡Roger! No quiero que hables de esa manera.

—¿Lo saben los criados? —pregunta Elizabeth.

—Se lo diré a su debido tiempo, pero no vendrán con nosotros.

—¿Ni siquiera Emmeline? —dice Elizabeth con aire abatido.

—Canadá no tiene un clima para negros —dice Anna—, y James está casi inválido. Sería un estorbo en el viaje.

—Un estorbo en el viaje —repite Elizabeth, pensativa—. Entonces, ¿no habrá nadie para hacer las camas?

—¿Qué camas? —dice Roger—. ¿Crees que vamos a tener camas en el viaje? ¡Señorita Bobalicona!

—No le hables así a tu hermana, Roger.

—Pero es que habla como una estúpida. Esto va a ser una aventura. Nadie tiene camas en una aventura. Y lo mejor será que Lizzie se ponga ropa mía.

—Vamos, Roger, ¿para qué? —pregunta Elizabeth.

—Para salvaguardar su virtud, señorita —dice Roger—. Podemos encontrar indios, liberales y quién sabe qué en los bosques. Y también sería bueno que te cortaras el pelo.

Elizabeth da un grito.

—Roger, ¿qué clase de viaje te crees que vamos a emprender? —dice Anna.

—Escapamos. Huimos. *Abiit, excessit, evasit, erupit* —grita Roger, arrebatado por el espíritu de la aventura y con todo su entusiasmo masculino por el latín, sin tener en cuenta las reglas del número y del género.

—Si viajamos con ese espíritu, dudo que pasemos de Spuyten Duyvil —dice Anna—. No, Roger, no. Todo ha de ser tan ordenado y normal como podamos. Lo he pensado a conciencia. No podemos ir en diligencia. Los viajeros por tierra han de pasar demasiados controles y registros. Debemos ir por el río.

—¡Viva! ¡Y yo remaré!

—No, no remarás. Seré yo quien reme.

—Señora, ¿cuándo ha remado usted en su vida? —dice Roger con marcado sarcasmo.

—Nunca, pero no creo que me resulte imposible.

—Alabado sea Dios, remaré yo.

—También puedes remar tú. Eres un chico fuerte. O quizá deba decir un joven fuerte.

Roger se apacigua.

—Bien, yo llevaré las pistolas —dice. Siempre había mirado con envidia las pistolas de su padre.

—Creo que será mejor que las lleve yo —dice Anna—. Y bien escondidas.

Elizabeth ha permanecido todo el rato con aire pensativo y no muy feliz.

—Madre, has hablado de estorbos en el viaje —dice con voz apagada—. ¿Has pensado en Hannah?

—Sí, Elizabeth. Hannah estará a tu cuidado.

Y Elizabeth se echa a llorar.

16

Sin duda, habrá que cuidar de Hannah. Pobre desgraciada, todavía no ha cumplido once años y sufre terriblemente por sus dientes. Solo puede tomar la comida más blanda y aún no la dejan sentarse a la mesa con los adultos por su desagradable costumbre de sacar el jugo de la carne que mastica y devolver los trozos que no traga al lado del plato. Como come tan poco, su crecimiento está retardado y tiene la complexión de una niña de seis años, de una niña pobre, además. A causa de su mal sufre ya una acentuada cifosis, que Anna no quiere oír que se califique de joroba; desaparecerá, está segura, cuando Hannah se haya librado de la molestia de los dientes. Pero ¿cuándo será eso? Dentistas hay pocos en Nueva York, pero han llevado a Hannah a uno de ellos, cuyo recurso fue hacer sitio a los nuevos dientes sacándole algunos de los de leche con un instrumento llamado pelícano, mientras Hannah gritaba con una fuerza increíble en una criatura tan débil. Hannah es un dolor de dientes que vive y respira y al parecer no se puede hacer nada con ella. Además de

los dientes, y quizá a causa de ellos, sufre de lo que los médicos llaman catarro de oídos, y supura algo amarillento que mancha las vendas que la solícita Emmeline le cambia todos los días. Hannah parece estar destinada a quedarse sorda para toda la vida y ya es una niña que Anna encuentra difícil de amar. Elizabeth, que posee un corazón tierno, siente lástima de ella, pero Hannah no responde bien a la lástima. Está llena de odio y tira de los áureos cabellos de Elizabeth y chilla protestando contra el destino que ha hecho de ella una niña fea y un nido de dolores.

Roger la llama Pequeña Molestia y Elizabeth se enfada con él por esto, aunque en todo lo demás adora a su querido, sano y hermoso hermano.

Sin duda alguna, Hannah será una molestia.

17

Lo que veo a continuación en la elegante y formal sala de estar de la casa de John Street parece tan ridículo que me pregunto si el director de la película —quienquiera que sea— me está gastando una broma. Porque todavía quiero creer que es una película. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

Está Anna, esa mujer de modales impecables, arrodillada en la *chaise longue*. Sostiene en las manos un remo de madera con el que golpea a derecha e izquierda un agua imaginaria.

—¡No, madre, no! Primero el golpe, largo y suelto y, al final, la recogida en forma de jota. ¡Pero sin exagerar! Si lo haces así, nos llevarás a la orilla del río. Déjame que te lo enseñe otra vez. Mira, así, largo y suelto y no demasiado rápido, luego la jota cuando llegas al final del recorrido. Otra vez. Mejor, pero todavía no está bien del todo. Otra vez.

Roger enseña a su madre a remar en una canoa, y como muchos chicos cuando tienen autoridad sobre un adulto, puede ser un tirano. Anna jadea por el esfuerzo desacostumbrado y las piernas empiezan a dolerle por la postura. Pero Roger le asegura que debe estar arrodillada; no habrá asiento en la canoa; serán horas y horas arrodillada y el único remedio es acostumbrarse a la postura, al esfuerzo y a lo que a ella le parece una indignidad.

Elizabeth, entretanto, está boca abajo sobre un taburete que sostiene su estómago pero deja libre el resto de su cuerpo. Como electrizada, agita brazos y piernas, como una rana.

—Ay, Roger, por favor, ya no puedo más.

—Debe hacerlo, señorita.

—Voy a desmayarme, sé que voy a desmayarme.

—Si te desmayas en el agua, Lizzie, te ahogará. Y también se ahogará Hannah. Escúchame con atención: si la canoa se vuelca, has de coger a Hannah por los cabellos, quitarte los zapatos y nadar hasta la orilla. Y asegurarte de que la cabeza de

Hannah queda por encima del agua.

—No creo que pueda mantener mi cabeza por encima del agua.

—Eso no importa. El agua no le dañará la cara, señorita remilgada.

—Pero me entrará en la boca. Y estará sucia.

—Es muy probable. Pero eres la hija de un soldado, tal como te recuerda mamá todos los días, y tienes que ser valiente, resuelta y salvar a Hannah.

—Ay, Roger, ¿crees que volcaremos?

—Es lo más probable. La canoa es muy delicada.

—Nunca aprenderé.

—O aprendes o te ahogas, Lizzie. Si la corriente es muy rápida, lo mejor es que te agarres a la canoa y yo te salvaré después de salvar a mamá. Y a Hannah, por supuesto. Aunque cuando haya podido hacerlo, la canoa nos habrá arrastrado un buen trecho, así que no esperes un milagro.

—¡Me ahogaré!

—No si aprendes a nadar. Tienes que endurecer tus músculos. Una muchacha tan crecida como tú. Sería una vergüenza, señorita.

Lágrimas de Elizabeth. Protestas de Anna. Pero son mujeres de su época y en asuntos como este deben someterse a la tiranía masculina. Cada tarde, la sala de estar se convierte en un gimnasio, con Roger como instructor implacable. Se muestra muy complacido consigo mismo, como un tirano en una causa digna sin discusión.

Roger no las tiene todas consigo. La casa de los Gage ha escapado de momento al expolio al que los rufianes someten todos los hogares de los leales que pueden. Las autoridades federales lo lamentan, pero la excusa es la ya conocida: sus guardias son pocos, tienen un trabajo excesivo y no pueden estar en todas partes al mismo tiempo. Poner un guardia en John Street está fuera de lugar. Como también lo está el celo por proteger como se debiera a los conservadores. Y esto es lo que termina de convencer a Anna.

Todas las semanas envía a los criados con paquetes de plata, para que los lleven a las tiendas de los plateros que no son muy escrupulosos y compran sin preguntar cosas de valor que sospechan robadas. Pero los criados no saben regatear y Anna, vestida con ropas que pide prestadas a las criadas y sin empolvase el cabello, acude a las tiendas más alejadas de John Street, y vende casi todo lo que tiene. La hija de Paulus Vermuelen descubre con sorpresa su propia rapacidad, y obtiene tanto como puede. Habla un inglés salpicado de holandés, y pasa por una mujer del pueblo —de la clase que se dedica a la rapiña— y experimenta un placer mezquino cuando consigue un buen trato. Incluso llega a reírse con los tenderos, dice cosas desagradables de los leales y se complace con su comedia. Anna ha resuelto sobrevivir, pero no quiere sobrevivir con las manos vacías. Si la canoa se hunde, se hundirá con una mujer rica.

Se hace unas enaguas con muchos bolsillos, donde guardará sus guineas, sus chelines y hasta sus peniques llegado el caso. Practica caminando con esta ropa, de

muchas libras de peso, que distribuye con el mayor equilibrio posible. Anna, que siempre ha sido muy devota, sabe que la desesperación es un pecado mortal, pero ahora sabe que también es un lujo. Ha visto a amigas leales, no tan testarudas como ella, emprender un viaje a otras tierras, llorando por sus desventuras. Ella se dejará llevar por la desesperación. Reza cada noche por el feliz desenlace del viaje que la aguarda, pero sabe que Dios ayuda a quienes se ayudan a sí mismos, y ella no faltará a Dios en su deber hacia ella misma y sus hijos. Cuando contempla su hermosa casa, cómo va quedando desnuda con cada nueva venta de plata, cortinas de damasco y cualquier cosa que puede convertir en dinero, no se siente abatida. Está resuelta. Le gustaría vender también el mobiliario, pero no lo podría sacar de la casa sin llamar la atención. Los muebles —algunos muy buenos en su clase— habrán de sacrificarse. Solo el cuadro de Jorge III, que ha adquirido un valor de talismán, deberá ir con ella, aunque tendrá que sacarlo del marco y enrollarlo en un lío de ropas.

Así, mientras llega la Semana Santa y se acerca el gran día de la huida, va guardando todo cuanto puede llevar a la América británica en bultos que en conjunto vienen a pesar unos setenta y cinco kilos, peso que según Roger puede transportar la canoa.

18

La canoa. La ven la mañana del Domingo de Resurrección, cuando rompe la primera luz del alba. Roger ya la conocía, por supuesto. Durante semanas estuvo buscando, regateando, hablando con pescadores y mestizos que saben de canoas, y compró la que le pareció mejor, una canoa con costados de cedro, de unos cinco metros de largo. No pagó un precio ridículamente elevado. Hubiera preferido un tronco hueco de abedul, más manejable y apropiado a su nueva personalidad de aventurero, pero le han advertido que semejante embarcación no es para principiantes y mujeres, sino que exige gran pericia y una continua atención a causa de su fragilidad. Roger cree que fue astuto, haciendo ver que buscaba una canoa para un amigo, pero los hombres del muelle Burling, al final de John Street, no son estúpidos y saben que los Gage tratan de escaparse. A los americanos convencidos no les importa; tanto mejor mientras menos leales queden en Nueva York; algunos se muestran amistosos y dan buenos consejos.

En efecto, dos o tres de estos hombres están en el muelle cuando se acercan los Gage, precedidos por James, que lleva los bultos en una carretilla. Parecen surgir de la oscuridad y ayudan en silencio a estibar los bultos en la canoa porque es evidente que Roger no sabe cómo hacerlo. Ya solo queda ahora ponerse en marcha.

James llora. Anna piensa que llora porque la pierde a ella, lo cual es cierto, pero no del todo. Lloro sobre todo por él mismo. Como muchos viejos criados, James se ha convertido prácticamente en un hijo en la casa de su amo. El amo ha muerto y

ahora pierde a su madre. ¿Qué va a depararle el futuro? ¿Pegarse a una taberna, esparcir arena blanca sobre su suelo? La noche anterior al viaje, Anna reunió a los criados en la ya desolada sala de estar para leer unas oraciones y pedir a Emmeline y a Chloe que rezaran por ellos, cosa que ambas prometieron hacer con todo el corazón. Luego les dio tres bolsitas de veinte guineas a cada uno. Quedaron abrumados por lo espléndido del regalo, pero Anna no quiso ser mezquina. Ahora James besa la mano de Anna, cosa que no había hecho antes en su vida, e intenta ayudar a entrar en la canoa a la mujer cargada de vestidos, al improbable muchacho (Elizabeth vestida con calzones de hombre) y a la niña.

Anna, aunque ha intentado aprender a remar en la escuela de la sala de estar, nunca en su vida ha estado en una canoa, y se siente muy torpe cuando se sitúa en la proa. Arrodillarse no es tan fácil porque sus enaguas están cargadas de dinero, unos doce kilos de oro, porque las seiscientas guineas originales son ahora cerca de novecientas, y la canoa se balancea peligrosamente. Si los hombres no hubieran acudido en su ayuda, se habría caído al agua. Descansa sus posaderas en la borda de proa. Ha de acomodar a la temerosa Hannah. Hannah chilla; Roger, enfadado, le dice que se calle. Elizabeth tiene que embarcar y, aunque es más ligera que su madre, no es tan valerosa y da un triste espectáculo, pero se hace cargo de Hannah. Roger pasa a la popa con agilidad y conocimiento, porque ha estado practicando durante semanas. Los hombres dan los remos a Roger y a Anna. Son remos de puntas cuadradas, conocidos como remos *voyageur*, y ya solo queda aventurarse por las aguas del East River. La canoa parece peligrosamente hundida en las bordas. Roger da la orden de marcha y los hombres, silenciosos hasta entonces, se despiden con voces apagadas y los Gage salen con destino a Canadá.

¿He de ser testigo de la miseria que les espera en semejante viaje? Avanzan con dificultad, dando la impresión de que si se mantienen a flote durante cien metros será por puro milagro. Pero el autor del filme, quienquiera que sea, me ahorra la agonía, y hay un fundido en la película y lo siguiente que veo es que han llegado al río Hudson, ya en su camino. Anna se desenvuelve mejor que antes y Roger ya tiene cierta pericia como timonel.

Y siguen su ruta y solo puedo juzgar su avance por el Hudson por el follaje cambiante de los árboles y la mayor intensidad del sol cuando pasan por el muelle Pollock, la dársena Albany y el embarcadero Rhinelander, deslizándose lo más cerca de la orilla que pueden, porque el gran río tiene una anchura de casi un kilómetro y la corriente es adversa. Tendrán que remontar el Hudson unos doscientos cuarenta kilómetros. Pero la canoa se mueve con más rapidez de la esperada, y a medida que Anna va ganando habilidad y Elizabeth y Hannah aprenden que no deben moverse —no, ni un milímetro—, van recuperando el ánimo y a los pocos días se sienten invadidos por el espíritu aventurero, a pesar de que las mujeres continúan asustadas. Pero ¿cuándo han ido separadas la aventura y el miedo del peligro?

Si me hubieran pedido que inventara este viaje cuando yo estaba vivo y probaba a escribir novelas, con la esperanza de ser escritor y no periodista, lo más seguro es que habría acudido a los recursos fáciles de la novela romántica. Elizabeth, al adentrarse demasiado en tierra en una de las paradas nocturnas, se encontraría con un grupo de rufianes que la maltratarían y amenazarían con violarla, salvándola en el último momento el valiente Roger empuñando las pistolas del comandante. Habría sin duda un encuentro con los indios, figuras terribles con los rostros pintados. ¿Habría omitido a unos cuantos cuáqueros, con su habla típica, astutos en el cambio de una guinea? Desde luego, habría incluido una reunión con una pandilla de cómicos de la legua, que habrían llenado de vida el atardecer, alrededor del fuego del campamento, con pasajes escogidos de las comedias de la época.

*Mi nombre es Norval; en las colinas grampianas
mi padre alimenta sus ganados; un frugal pastor,
cuya constante preocupación fue aumentar su despensa
y mantenerme a mí, su único hijo, en el hogar.*

Quizá una de las actrices habría introducido al virginal Roger en los placeres del sexo; una escena de este tipo agrada siempre a los lectores rijosos. Y sin la menor duda Anna habría sido despojada de muchas de sus guineas de oro.

La película me enseña que no es en absoluto así. Las aventuras son menos románticas, aunque no por eso menos agotadoras. Intentan pasar la noche en las posadas de los pueblos ribereños, pero al poco tienen que renunciar, porque las posadas están sucias, la comida nauseabunda y las camas llenas de chinches. Piden entonces permiso a los campesinos para dormir al amparo de almiarés y graneros, permiso que obtienen casi siempre sin mucha cordialidad. Ya no hay chinches, pero sí pulgas. Pasan un día entero en tierra, los Gage despojados de toda ropa —Roger alejado para que no se turbe a la vista de la carne femenina—, mientras buscan insectos en la ropa y luego la mantienen sobre una caldera de azufre ardiente, que compran a la esposa de un agricultor, que también les da bolsas de hierbas aromáticas para prevenir futuras infecciones. Compran comida a los campesinos, que al menos no es nauseabunda. Apenas encuentran antipatías declaradas, porque a la mayoría de agricultores le es indiferente que los conservadores abandonen el nuevo país y algunos simpatizan con ellos y, aunque no tienen intención de abandonar sus hogares, ayudan a quienes tienen intención de hacerlo. El dinero, como ha descubierto Anna, es la gran solución, capaz de moderar el fervor de algún Yanqui Doodle, descortés hasta que lo ve, muerde la moneda y comprueba que es buena. No son mendigos, aunque llegan a tener un aspecto parecido.

Ninguno de ellos está habituado a un trabajo físico continuado y pronto ven que no pueden viajar desde el alba hasta el anochecer. Han de descansar al mediodía, preparar la comida o comprarla. Anna estaba acostumbrada a cierta cantidad de vino cada día y ahora tiene que conformarse con el ron. Roger insiste en que él también debe beber y bebe demasiado, hasta que su madre ha de racionárselo, porque ha estado a punto de hundir la canoa. Se lavan tanto como pueden, pero no es suficiente, y empiezan a parecer gitanos, quemados por el sol y mugrientos. Como siempre están al aire libre, no huelen mucho. Tienen picores y, para desesperación de Anna, se rascan.

No provocan una atención malévola porque forman parte del tráfico del río. Hay canoas de formas más atrevidas que la suya que parecen volar sobre las olas. Hay esquifes y barcasas por todas partes y otras naves a las que nadie sabe darles nombre. Hay también unos pocos barcos de vela que remolcan gabarras en su estela. Cuando se acercan a un poblado importante, se cruzan con numerosas barcasas de carga. De vez en cuando aparece una balsa, majestuosa en medio de la corriente, con pequeñas tiendas donde reposan los balseros cuando no están ocupados con las pértigas; normalmente tienen un pequeño fuego a bordo donde cocinan comidas sencillas. El Hudson es el camino mejor y más fácil para el tráfico norte-sur de todo el estado y una canoa más no llama la atención aunque esté gobernada por dos remeros a todas luces inexpertos. Pero siguen avanzando y, tras las primeras desventuras con las posadas, buscan un refugio al caer la noche, un lugar tranquilo para su campamento, si campamento es la palabra adecuada para el modesto lugar de descanso.

No siempre logran evitar llamar la atención cuando se detienen, y en una ocasión interrumpen el viaje durante cinco días, pues a Anna le han picado los insectos o sufre de algún mal inidentificable, con una fiebre que le impide viajar. No llevan ninguna medicina, salvo la de Hannah, y Anna no quiere que le administren láudano, que Roger toma por una panacea. Una mujer, evidentemente loca, que dice llamarse Tabitha Drinker, les ofrece el refugio de su cabaña, pero está demasiado sucia y tienen que arreglárselas como pueden para no aceptar su hospitalidad, sufriendo sus reprimendas. ¡Conservadores presumidos! ¿No es decente su casa para un cristiano? Pero, por lo general, no los molestan.

Cuanto más avanzan hacia el norte, menos sufren el desprecio hacia los conservadores. La revolución es una flor urbana; no florece en el campo. De modo que viajan con incomodidades, pero libres del acoso de la gente.

Otras intervenciones imprevistas de la naturaleza ralentizan la marcha. Elizabeth, que tiene catorce años, experimenta la aparición de la menarquia cuando llevan catorce días de viaje. No tiene idea de lo que le ocurre; ni su madre ni Emmeline se lo habían anunciado nunca. Quizá pensaron que aún le faltaban dos años. Pero quizá las lecciones de natación en la sala de estar lo han adelantado, o puede que sea una íntima protesta por llevar ropas de muchacho. La invade el pánico y llora desconsoladamente. Anna descubre por fin lo que ocurre y el grupo tiene que

dirigirse a la orilla para hacer lo conveniente con uno de los paños —cuánta torpeza — que Anna ha traído para ella misma. Roger, a quien por supuesto no se le informa de lo que ocurre, está furioso y se aferra, cada vez más convencido, a su creencia de que las mujeres son un gran estorbo. Anna y su hija mayor, muy femeninas a la manera de su época, conspiran para que Roger se sienta excluido de algo importante y a Elizabeth, que está perfectamente bien, de nuevo a la manera de la época, la tratan durante varios días como si estuviera inválida, sin que pueda achicar agua de la canoa, tarea que la forma de remar de Anna hace necesaria cada hora.

Este incidente trae más problemas de los esperados porque, a partir de entonces, Anna y su hija se retiran dos veces al mes para lavar en secreto las prendas que Roger no ha de ver nunca, y el viaje se retrasa mientras los paños se secan al sol entre los arbustos, cuando hay sol.

Hannah, consciente de que pasa algo de lo que ella no participa, se convierte en algo más que un estorbo. Chilla continuamente. Chilla, no llora, porque es como un lobo aullador y no una llorona silenciosa. Los dientes le hacen daño, los oídos le hacen daño, el balanceo de la canoa la mareja y necesita que los demás sepan que su vida es miserable y que, en este sentido, es la persona más importante del grupo. Posee la autoafirmación del afligido.

Y con frecuencia hay que administrarle láudano y, como el láudano ha de administrarse disuelto, hay que hervir agua. Beben del río sin remilgos, porque el agua suele estar bastante limpia al fluir con rapidez. Pero el farmacéutico decretó agua hervida para la taza de láudano y así debe hacerse. Hay que buscar leña para hacer fuego y se hierve un cazo pequeño de agua, el más pequeño que tienen, para aliviar los dolores de Hannah.

Recuerdo que el láudano fue durante tres siglos la gran medicina para toda clase de dolores, incluidos los males de amor y el desespeo. Se trataba de una simple tintura de opio, algunas veces mezclada con drogas menos potentes, y el bebedor habitual de láudano podía llegar a beber cantidades asombrosas en un solo día, cantidades que habrían matado a una persona no habituada. No había nada para combatir los dolores de muelas, y Hannah ya iba en camino de convertirse para el resto de su vida en una drogadicta o, como se decía entonces, en una «comedora de opio». Pero ¿qué otra cosa podía hacerse? Había que elegir entre el láudano y la agonía y, naturalmente, se elegía el láudano.

Coleridge fue quizá el comedor de opio más famoso y se han escrito espléndidos ensayos sobre la influencia del opio en su musa. Nadie parece haber prestado atención a la influencia sobre sus tripas, porque el láudano era un estreñidor único. ¿Cuánto de «La balada del viejo marinero» se debe a la estasis intestinal del autor?

Por eso, a causa del láudano, Hannah estaba bastante estreñida, pero como en el siglo XVIII se creía que el estreñimiento era un atributo femenino, apenas se le daba importancia. Pero sus otras funciones excretorias estaban en perfecto orden y eran imperiosas en sus exigencias. Con demasiada frecuencia para la paciencia de Roger,

tenía que llevar la canoa a la orilla para que Hannah se perdiera entre los arbustos e hiciera sus aguas. Si Roger protestaba, Hannah lloraba y Elizabeth reprochaba a su hermano que hiciera llorar a su hermana.

—Cuanto más lllore menos meará —murmuraba Roger, y esta grosería y crueldad consternaban a Elizabeth.

Esto no añadía nada a la aventura; pero *Camino de peregrinos*, sí. Anna había traído tres libros. La Biblia, por supuesto, y el devocionario; pero también el gran libro de Bunyan sobre el viaje espiritual y cada tarde, si había luz suficiente, leía algo en voz alta. Los jóvenes ya lo conocían bien, pero nunca se cansaban de oírlo a causa de las dulces instrucciones de Bunyan y el espléndido dibujo de sus personajes. Roger y Elizabeth, e incluso Hannah cuando no estaba muy dolorida o no dormía, jugaban a identificar a quienes se encontraban durante el viaje con los personajes que Christian encuentra en el suyo. El señor Prudencio Mundano estaba por todas partes, igual que el señor Flexible, que siempre aparece en los momentos difíciles; Esperanza era sin duda la misma Anna; y Roger, sin la menor modestia, dudaba entre ser Grancorazón o el Paladín de la Verdad, y acabó siendo los dos. Decía que Elizabeth era Charlatana, lo cual apesadumbraba a la muchacha, que prefería ser Christiana y pensaba que Bunyan se mostraba algo injusto con las mujeres en su historia, lo cual era cierto. Tuvieron un desagradable encuentro con un gritón, defensor del nuevo régimen y, mientras les gritaba sin justificación alguna que entregaría a la familia Gage a una gente que él llamaba las Autoridades, resolvieron que era el Gigante Desesperado. Como no había autoridades en las cercanías que quisieran seguir tal recomendación, se vio frustrado en sus intenciones. En cuanto al Abismo de la Desesperación, era un lugar que tenían que atravesar casi cada día, así como el Valle de la Humillación, cada día más sucios, con un aspecto poco recomendable. Pero Anna, que tenía que infundir ánimos a unos hijos demasiado pusilánimes, les decía que cada día estaban más cerca de la Ciudad Celestial, que sin duda estaba en algún lugar de la Norteamérica británica, para lo cual tenían que encontrar primero al tío Gus. El peor momento fue cuando se adentraron unos pocos kilómetros en tierra, hacia Greenbush, para encontrarse con que las granjas que habían sido propiedad de los Vermuelen habían sido requisadas y que los antiguos aparceros se burlaban de ellos. Y tuvieron que regresar tristemente para retomar el camino noroeste por el río Mohawk.

20

El director del filme me ahorró casi todas las frecuentes marchas y acarreos por tierra, pero vi algunos. Roger cargaba sobre sus hombros la proa de la canoa y Anna lo seguía bajo la popa; Elizabeth permanecía donde se habían visto obligados a dejar el agua, cuidando de Hannah y vigilando los bultos, en busca de los cuales volvían

Roger y Anna en cuanto les era posible. Era un trabajo aburrido y muy alejado de todo aquello que Roger consideraba una aventura. Los acarreos en el Mohawk fueron más frecuentes y el más penoso con mucho fue el que los llevó del Mohawk al bosque Creek. Pero era una etapa prevista y no meros trayectos de más o menos un kilómetro de rápidos u otros obstáculos que no podían salvar con la canoa, y hubo que buscar hombres para que llevaran la canoa y el equipaje hasta el Crick, como ellos lo llamaban. Para sorpresa de los Gage, estos hombres daban grandes zancadas o corrían, perdiéndose de vista, hasta el punto de que los viajeros, en ocasiones, temían que se hubieran largado con sus pertenencias. Cargar con Hannah durante estos largos trayectos por tierra era un trabajo pesado, no porque la niña pesara más que uno de los bultos de la canoa, sino porque escuchar sus gritos y quejas resultaba agotador. Anna empezó a temer que demasiado láudano fuera peor que los dolores de dientes y oídos y la debilidad general. Pero lograron alcanzar el lago Oneida, luego el río Oswego y, por fin, el lago Ontario, un mar interior de una grandiosidad jamás vista.

Pero ante mí, aunque sufría con ellos, una vez dejado el Hudson, apareció un país de extraordinaria belleza. El Mohawk, ciñendo el sur de las montañas, se mostraba espléndido en la época otoñal, porque ya era otoño y las hojas cambiaban de colores, pero ellos no advertían nada de esto, al contrario, se mostraban temerosos ante la solemnidad y la grandeza de la escena. Tuve que recordarme que esta gente tenía una idea dieciochesca del paisaje, y no era la grandiosidad salvaje lo que los emocionaba. Eran criaturas de una época anterior al romanticismo, durante el cual y a partir de él, el paisaje agreste, las montañas coronadas de nubes, los bosques vírgenes, los riscos y las gargantas fluviales se convirtieron en las vistas más espléndidas que la naturaleza puede ofrecer. La naturaleza en su estado virginal era odiosa y temible para esta gente del clasicismo del siglo XVIII. No se les ocurrió que esas pudieran ser las Montañas Deliciosas de las que habla Bunyan.

De noche, cuando dormían sobre las hojas y las ramas que les servían de incómodo lecho, el mayor miedo eran los osos. Dispusieron un turno de guardia, con Anna y Roger despiertos, para alertar si los osos se acercaban olisqueando entre la maleza. Pero ¿qué habrían hecho de venir alguno? ¿De qué sirve una pistola ante un oso?

Aunque dispuso de poco tiempo para darse cuenta o reflexionar, para Anna fue un tiempo de incalculable crecimiento espiritual. Yo lo llamaría crecimiento psicológico, pero esta palabra sería desconocida para ella. Dios, a quien ella había adorado cuando era una mujer afortunada en Nueva York, había dejado de ser una abstracción benevolente que exigía una merecida reverencia, como un rey Jorge III, aunque a mayor escala. Dios se había convertido en un ser terrible, aunque no maligno ni inalcanzable. La inmensidad y la incalculabilidad de Dios se aparecieron ante ella como nunca pudo soñar en la iglesia de la Trinidad o a la hora de sus rezos en la sala de estar de su casa. Pero, de alguna manera, aunque se sabía muy pequeña a los ojos

de Dios, sentía que Su mirada reposaba en ella, y que no era una mirada de enfado. Fue en la vastedad del lago Oneida cuando supo con certeza que Dios quería que ella ganara esa agotadora batalla, y que Él la ayudaría a conseguirlo. Es decir, a llegar al lago Ontario y a completar un largo viaje por su orilla meridional.

No solo creció Anna. Roger se convirtió en un hombre, lo que significa que aceptó sin reparos su lugar y su cometido en el mundo. Quizá no fuera la mejor clase de hombre, pero ¿quién puede juzgarlo? Cuando se trata de levantar asedios, rescatar doncellas o sufrir penalidades, miramos a los Roger y nos fiamos de la firmeza de sus propósitos. Los legisladores, los poetas y los científicos son de otra naturaleza, pero sin los Roger todos pereceríamos.

En cuanto a Elizabeth, el cuidado tedioso de Hannah hizo de ella una mujer. No una mujer de negocios y proyectos, como su madre, sino una mujer en otro sentido, una mujer amable, afectuosa y tierna, dispuesta a sacrificarse, no por completo, sino hasta el último instante antes de consumirse, por el deber y la caridad. Solo ella sentía verdadero amor por Hannah. Para Anna, su hija enferma era una carga, un deber, alguien que debía ser socorrida cuando el socorro era posible, pero a quien, en última instancia, no amaba. Fue Elizabeth quien encontró el amor para Hannah, y si lo encontró en términos infantiles ¿no fue porque Hannah, en su desgracia, era una niña que necesitaba ser mimada como tal? El láudano era limitado y cuando empezó a faltar, Elizabeth abrazaba con fuerza a Hannah y le cantaba una canción de cuna:

*Eh, baila la jiga
del cerdito de la abuelita
con la nana-nanita.
Eh, baila la jiga
del cerdito de la abuelita
mientras el gatito toca el miolín.*

—¿Qué es un miolín? —preguntaba siempre Hannah, aunque ya sabía la respuesta.

—Es un pequeño violín, del tamaño apropiado para un gatito.

—El gatito toca el miolín —decía entonces la drogada Hannah—. Cántalo otra vez.

¿Cuántas veces cantó Elizabeth la canción de cuna? Debe de haber en alguna parte de nuestro universo computerizado un registro con el número de veces que la cantó, para gloria de la amable Elizabeth que nunca falló a su hermana.

August Vermuelen está sentado en el *stoep* de su lujosa casa, en un pequeño poblado llamado Stoney Creek. Fuma su larga pipa y descansa de un largo día de trabajo en su profesión, que es la de inspector de tierras. Está muy ocupado, porque se están dando nuevas tierras a los nuevos colonos, refugiados de los estados americanos. Es un hombre que respira prosperidad y satisfacción.

¿Quién es esta gente andrajosa que ha abierto la puerta de la cerca y se le aproxima? Una mujer, morena como una india, vestida con harapos, con un muchacho desaliñado que camina con la cabeza muy alta, y una muchacha que carga con lo que podría ser un mono, pero que llora como una niña.

La mujer habla entre sollozos.

—Gus, Gus, soy Anna.

Yo también lloro, en la medida en que puede llorar un espíritu. Soy un espíritu desencarnado, pero no por ello insensible. ¡Dios sea loado! Anna lo ha conseguido. Este es el final y puedo dejar de sufrir. Porque, desde que la película empezó, el corazón me ha latido acompasadamente con los actores. Pero ¿acaso son actores?

Y cuando la escena de la película se funde, aparece una nota, una advertencia, en letras de imprenta

NO... NO ES EL FIN.

Para mí, el espectador, ¿cómo iba a ser el fin? Hace ya mucho rato, en la película, me he dado cuenta de que Anna es mi tatarabuela. Allí estaba, surgida de las aguas, llegando a la tierra que iba a ser la mía.

No era el fin. Era el principio.

III

Con el agua y el Espíritu Santo

Nunca he estado en el Gales agreste, esa parte septentrional del Principado de la que he oído hablar, muy vagamente, como de la patria de mis antepasados Gilmartin. Solo conozco la frontera galesa, y eso durante una visita de fin de semana en mi niñez. Entonces ¿cómo es que reconozco el país montañoso enseguida, y con la familiaridad que podría sentir si la pantalla me mostrara alguna parte de Francia o Italia, países que conozco bien? Pero cuando el tercer filme en el festival de Going, el segundo en lo que ahora parece un festival hecho en exclusiva para mí, aparece en la pantalla, sé inmediatamente que estoy viendo el Gales agreste. Estoy al lado de Going, impalpable e invisible, impaciente por saber más de Anna Gage y sus hijos. Debe de ser una película más bien moderna, porque se pueden ver escenas de acción tras los títulos de crédito. Pero, al igual que *El espíritu del 76*, es, sin lugar a dudas, una película especialmente para mí, porque lo que el Husmeador está viendo es algo diferente; su película es un prodigio titulado *Sombras de nuestros antepasados olvidados*, obra del gran director soviético (y disidente) Sergei Paradzhanov. Pero no hay nada ruso en lo que yo veo. Es Gales más allá de toda duda. ¿Hay alguna relación oculta? ¿Soy realmente el espectador de películas dirigidas a mis necesidades póstumas? Tiene que ser así. ¿Puede haber otra explicación?

2

Al principio parece que la acción tiene algo que ver con un tiempo horrible. Hay un puerto de montaña, entre riscos y acantilados de negrísima pizarra, brillante bajo la furiosa lluvia que el ventarrón arrastra caprichosamente de un lado a otro. Aún hay luz del crepúsculo sobre las montañas, pero ya es de noche en el collado. Se oye música; el compositor se ha desbocado, pero su furia orquestal es el mero acompañamiento del tumulto meteorológico. Estalla la tormenta y su estruendo rebota en las paredes pizarrosas del declive, en el cual aparece un sendero más apto para cabras que para viajeros. Pero, sí, apenas puedo divisar la figura de un viajero, un hombre a pie, que titubea en la oscuridad y tantea el terreno antes de pisar allí donde el agua ha arrastrado la escasa tierra y las agudas piedras que marcaban el

camino. Hay momentos en que se extravía, pero no por mucho rato, porque el sendero es demasiado angosto y los lados son tan escarpados que solo una cabra montesa podría escalarlos.

El viajero está calado hasta los huesos. Su capa frisia está empapada y su ancho sombrero, que ha sujetado a su cabeza con un largo pañuelo, rezuma agua por los tres cuernos. Lleva polainas de cuero y botas fuertes, pero pesan tanto por el agua como la misma capa. ¿Es un hombre valiente o simplemente un desesperado? Si no encuentra pronto un refugio, lo más seguro es que muera con esta tormenta.

¿Ha encontrado refugio? Esto debe de ser un pueblo, o una aldea, de una sola calle y puede que nueve casas, las más miserables que este experimentado viajero ha visto en sus tumbos por Gales. Un tugurio con las ventanas rotas, allí donde se ha hecho un agujero en la pared de piedra, y no se ve una sola señal de vida.

Ninguna señal, pero ¿ha oído un sonido? De un miserable montón de piedras arruinadas surge un sonido, y lo reconoce: es el sonido de un arpa.

Suspiro. ¿Va a ser esta otra de esas películas en las que los galeses aparecen como un pueblo eternamente musical y poético, que alivia la dureza de su destino con cantos de amor, valor y sueños? No, Dios sea loado, no es así. Hay rasgueos y timbres del arpa con los que alguien se acompaña cantando una canción salaz, una canción lujuriosa, de deseos procaces, y suena una carcajada a cada insinuación pecaminosa o palabra soez. Estoy asombrado porque entiendo la lengua antigua, incluso en los términos de este vocabulario tan bajo, y entonces pienso que la muerte está llena de sorpresas. El viajero se detiene porque, escuchando la canción, duda si podrá soportar la compañía de esta gente. Pero una ráfaga de lluvia le golpea el rostro y se da cuenta de que no tiene elección. Busca la tira de cuero que levanta el pestillo de la puerta y cuando el empuje del viento la abre, se introduce en la casa.

3

Al parecer es una posada, la posada más indecente que el hombre ha conocido desde la posada que, hace ya mucho tiempo, se negó a acoger a María y a José. La sala no es grande, y la única luz procede del pobre fuego de una chimenea, pero el local está lleno, calentado tanto por el calor de los cuerpos como por el fuego de la chimenea.

El arpista, que también es el cantor, interrumpe a medio verso su cuento obscuro; es viejo, sucio y aparentemente ciego, porque se cubre los ojos con una tira de cuero, a modo de visera. Los demás huéspedes, que pueden ser diez o una docena, son hombres fornidos que miran al viajero con agria desconfianza. Son montañeros galeses; no hay nada en ellos digno de destacarse, como no sea que todos tienen la cabellera pelirroja; no de color bermejo, que es lo común en todos los países celtas, sino de un rojo más oscuro que si se lavara podría llamarse castaño rojizo.

—¿Puedo refugiarme aquí? —pregunta el viajero en un galés pulido—. Hace muy

mala noche.

—Puede que sí, puede que no —dice un hombre tras una pausa larga y poco hospitalaria—. ¿Quién podrías ser tú?

—Soy un viajero, entregado a la obra de mi maestro. Me llamo Thomas Gilmartin.

—¿Y quién es tu maestro, que te envía a un sitio como este en una noche como esta? —pregunta el más alto de los hombres, un gigante incluso entre los montañeses.

—Mi maestro es Nuestro Señor Jesucristo, y estoy aquí o en cualquier otra parte por su obra, que nunca termina —dice el viajero. No muestra ningún temor.

—Nunca he oído hablar de él —dice el hombretón—. No tiene tierras por aquí.

Los demás sueltan una risotada y repiten la broma entre ellos: «Nunca he oído hablar de él».

—Entonces tendré que hablaros de Él. Pero, primero de todo, ¿puedo secarme un poco? Estoy calado. ¿Puedo comprar algo de comer? No he comido desde esta mañana y he caminado durante todo el día.

—Vaya, puedes pagar, ¿no? Demasiado orgulloso para pedir un bocado, ¿verdad? ¿Dónde te crees que estás, hombrecito?

—Quería haber llegado a Mallwyd esta noche, pero no sé dónde estoy. ¿Estoy cerca?

—Estás a unos tres kilómetros de Mallwyd y no llegarás allí esta noche ni quizá nunca. Estás en Dinas Mawddwy. ¿Te dice algo el nombre de Dinas Mawddwy?

—Pues que Dios bendiga a Dinas Mawddwy. ¿Puedo quedarme aquí hasta mañana?

—La bendición de Dios no significa nada en Dinas Mawddwy. Y si no lo sabes es porque eres tonto.

—Yo solo sé que vengo de Dolgellau y que voy a Llanfair Caereinion, o Shining Llanfair, como le llaman, para continuar con mi trabajo. ¿Me he equivocado de camino? Además, debo deciros que la bendición de Dios es tan poderosa aquí como en cualquier otra parte, por más que digáis lo contrario.

Y ahora el que habla es el arpista. Por muy espantapájaros que parezca, su voz es profunda y melodiosa.

—Dinas Mawddwy, maestro, no es lugar de bendiciones, sino de maldiciones. No sabes con quién has estado hablando. Ese es Jemmy el Malhablado, el mayor blasfemo y el peor maledicente de este lugar de maledicentes. Así que puedes meterte tu bendición por el culo, de forma que la próxima vez te salga por la boca toda marrón y apestosa.

Los pelirrojos allí reunidos gozan ante tanto ingenio y el arpista saluda con una reverencia el cumplido de sus carcajadas. El arpista continúa alabando las dotes de Jemmy.

—Jemmy puede maldecir durante cinco minutos sin parar y sin respirar. Jemmy puede maldecir de un modo más negro que la sotana de un cura. El último cura que

vino aquí salió huyendo tapándose las orejas.

—Qué manera tan formidable de maldecir —dice el viajero—. No creo que quieras obsequiarme con una muestra. He oído bastantes maldiciones en mi vida, y aunque ahora predico contra ellas, como obras del diablo, me considero un entendido.

—¿Tú un entendido? —dice el arpista—. ¿Un predicador metodista? ¿Y cómo es que eres un entendido, si me permites la osadía de preguntarlo?

—Es evidente que no sabes nada de los predicadores metodistas —dice el viajero—. No somos curas de vuestra Iglesia, de esos que van a la universidad y viven cómodamente en grandes mansiones desde que nacen hasta que mueren. Casi todos nosotros somos hombres salvados, leña librada de la quema, y, antes de dedicarnos a la obra de Nuestro Señor, muchos éramos grandes pecadores, os lo puedo asegurar. Ahora bien, vosotros, hombres de Dinas Mawddwy, no habéis viajado mucho. Y esto lo deduzco porque decís que nunca habéis oído hablar de Nuestro Señor Jesucristo, cuyo nombre resuena por todo el mundo. Vuestros oídos están tapados. Lo sé. Mis oídos también lo estaban, pero Él puede gritar más fuerte y de nada sirve que nos tapemos los oídos. Él lo quiso y gritó hasta que tuve que oírle. Pero, bueno, ¿voy a oír a vuestro mejor maledicente?

Jemmy el Malhablado se inclina hacia delante, con las manos en las rodillas y los codos separados. Toma aliento y se lanza en un aria de palabrotas y blasfemias escogidas.

El galés, como el gaélico escocés y el irlandés, es una lengua apta para el abuso grosero y la condena amarga, al igual que lo es para la poesía y la plegaria. Es fundamentalmente una lengua de la Edad Media, de las épocas en que la lengua era picante y franca, pero los celtas le aportaron la poesía, el esplendor de la retórica y un oído para la rima y la asonancia que hace de la poesía galesa una maravilla intraducible de ingenuidad y música sutil. Es lo que he aprendido, aunque a distancia, porque no sé nada de galés y he de creer lo que he oído de él en los libros. Fijaos que digo «he oído», pues no los examinaba solo con los ojos, y creo que fue esto lo que me convirtió en un buen crítico, a menudo idiosincrático. Pero ahora, mientras veo esta película, la entiendo; la lengua galesa, después de no sé cuántas generaciones, vuelve a ser la mía. La siento y me maravilla no solo el sentido, sino los matices y las sugerencias de la diatriba de Jemmy el Malhablado. Insinúa con una fuerza brutal lo que el viajero puede hacer con su Señor, con caprichosos detalles que con toda seguridad tenía preparados de antemano. No se trata de blasfemias extemporáneas. Crea una imagen poderosa. Además, tiene gran aguante. Pronuncia su perorata sin respirar. Posee los pulmones y el dominio de un gran cantante.

concluye con una bella coda, golpea aprobadoramente en el suelo con su bastón.

—Muy bien, Jemmy —dice con voz agradable—. Muy bien para un montañés y para una inteligencia no cultivada. Si encontraras un *eisteddfod*^[5] que ofreciera una corona por maldecir, harías fortuna. No lo hubiera hecho yo mejor en mi época, y os puedo asegurar que, antes de mi salvación, yo era un maledicente notable.

—Oigámosle entonces —dice el arpista—. No puedes hablar así a Jemmy sin que nos haga una demostración. ¡Maldice, predicador! ¡Maldice, tú, fanfarrón! No comerás ni descansarás aquí hasta que no pruebes tu jactancia.

—No —dice el viajero—. He renunciado a la maldición porque es obra del Diablo. Aunque también he de deciros que es la poesía del Diablo, tal como Jemmy nos ha demostrado. Prefiero quedarme sin alimentos y exponerme de nuevo a la tormenta que jurar y blasfemar igual que Jemmy. Pero quizá pueda ofrecer os la verdadera opinión de un juez de un *eisteddfod* sobre el estilo de Jemmy. ¿Os gustaría oírla?

—No te atreverás —dice el arpista.

Un murmullo estremecido entre los hombres rubrica la frase del arpista.

—Me atreveré, en efecto, a cualquier cosa con tal de proseguir la obra de Nuestro Señor —dice el viajero.

—Dejadlo hablar —dice Jemmy—. Encontrar defectos en mi maldición es una gran insolencia, y la insolencia puede ser también una forma de poesía cuando es atrevida. Habla, pues, maldito, mierda ennegrecida del culo de Jesús. Di lo que tengas que decir y luego te mataré. ¡De un golpe! ¡Te mataré!

—Hablaré, porque siempre ha sido un placer llevar la luz a la oscuridad y sabiduría a la ignorancia. Escuchadme todos. Lo que Jemmy ha dicho —con elocuencia, os lo aseguro— no es en absoluto una verdadera maldición. Solo es blasfemia e injuria sucia. A pesar de sus buenas dotes, Jemmy no es más que un simple cagafuego de montaña. ¿Sabéis lo que es una maldición? El impropio es una conducta trivial, para mujeres y niños, a menos que la mujer sea bruja, en cuyo caso su impropio debe ser temido, porque ella ha entregado su alma a Satán y habla en su nombre, que, os lo puedo asegurar, no es ninguna tontería. Pero me aparto de lo que decía. Una maldición es una imprecación, en la cual el que maldice perfila y detalla el futuro del maldito, bajo el que ha de sufrir para siempre, en esta vida y quizá en la siguiente, hasta que se levante la maldición. ¿Quién creéis que nos enseñó a maldecir? Fue el mismo Dios quien pronunció la primera maldición contra Caín, el pecador y asesino. ¿Qué le dijo el Gran Jehová a Caín? «Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra; errante y extranjero serás en la tierra». ¿Y acaso no es así? ¿No camina aún como extranjero, causando guerras, violaciones y villanías a la humanidad irredenta? Me decís que no conocéis a Cristo, pero os puedo asegurar por mi alma que conocéis a Caín, porque él se expresa claro y alto en vuestras canciones obscenas y en la falta de hospitalidad hacia un extranjero, impropia de un galés. Caín ha resurgido aquí, en Dinas Mawddwy, pero estáis tan enfangados en el pecado que no

lo sabéis. La maldición de Dios contra Caín es la maldición primigenia, y todas las maldiciones que han venido después copian aquel modelo. La verdadera maldición es pedir la venganza divina, y quienes no poseen la luz divina ni las tinieblas de Satán no pueden maldecir por naturaleza. Solo pueden escupir suciedades, como Jemmy que, por cierto, lo hace muy bien. Buscad la divinidad, hombres de Dinas Mawddwy, si queréis aprender a maldecir, pero estad seguros de que mientras más conozcáis a Dios, menos inclinados estaréis a maldecir.

Se hace un silencio. Ni el arpista ni Jemmy el Malhablado tienen nada que decir. Necesitan tiempo para pensar en lo que ha dicho el viajero. Pero a los pocos minutos se levanta una voz, la de un muchacho de unos catorce o quince años, que está sentado en el suelo, en un rincón. Es el pinche de la miserable posada, tiene el mismo pelo rojizo de los de Dinas Mawddwy; no parece haber llevado una vida feliz.

—Háblanos más de la maldición, maestro —dice—. Tu maldición de la Biblia está muy bien, pero nosotros somos galeses. ¿Sabes alguna maldición galesa?

—Sí, háblanos de una maldición galesa —murmuran los hombres.

Ya conocen la de la Biblia. Han oído hablar de la Biblia galesa del obispo Morgan, aunque es poco probable que ninguno la haya visto o, de verla, que la haya leído. Estos hombres son tan galeses como solo pueden serlo los montañeses de Gales. Para ellos es como si los romanos nunca hubieran traído cuatrocientos años de cultura europea a este país remoto. Su Gales es una zona de quizá tres kilómetros a la redonda a partir del tugurio en que están sentados. ¡Una maldición galesa! Eso sí que estaría bien, sería algo comprensible.

El viajero ha caído en su propia trampa. Ha hablado demasiado, es su defecto de siempre, contra el cual le ha advertido el mismo John Wesley. Tendrá que rezar fervientemente para corregir esta flaqueza de su naturaleza. Entretanto, debe seguir manteniendo el dominio sobre esos trogloditas si quiere predicar la palabra de Dios antes de que pase la noche. Y contemporiza.

—Para encontrar una verdadera maldición galesa, pronunciada antes de conocerse en esta tierra la maldición de Caín, habría que retroceder mucho en la historia —dice.

—Retrocede cuanto quieras, que nosotros nos encontraremos a gusto en cualquier época a la que nos lleves. Nosotros, predicador, somos historia galesa.

—¿Qué quieres decir?

—¿No nos has reconocido? —dice el arpista—. ¿No te has dado cuenta de que somos los Gwylltiaid Cochion supervivientes de Mawddlvvy? Has tenido que oír hablar de nosotros. Somos muy famosos. Hasta en Inglaterra nos conocen.

—¿Los bandidos rojos? —pregunta el viajero—. No sabía que había caído en tan distinguida compañía. Pero de eso hace mucho tiempo.

—Fue en los días del rey Enrique VIII, y de eso hace ya mucho, cuando oyeron de nosotros en Inglaterra. El rey envió a su demonio negro, Lewis Owen, contra nosotros. Y fue en una famosa víspera de Navidad cuando apresó a ochenta de los nuestros y los colgó de los árboles como si fueran corderos de un matadero. Fue

entonces cuando renunciamos a la Navidad y a todo cuanto la Navidad significa, porque, para nosotros, es el peor día del año. Y muchos meses después, los que lograron escapar se encontraron con Owen en el camino de Mallwyd —el camino que tú sigues, predicador— y lo echaron del caballo y le dieron más de treinta puñaladas. Todavía llaman a aquel sitio la Puerta del Barón, y lo cierto es que fue su puerta al infierno. Llevamos la sangre de aquellos hombres y somos tan buenos como ellos.

—Y tan pelirrojos como ellos —dice el viajero, y al momento desearía haber callado, porque los silenciosos pelirrojos le dirigen una mirada inquietante.

—Sí, tan pelirrojos como aquellos hombres —dice el arpista—. Y tan buenos para la historia como ellos. Así que háblanos de una maldición galesa, viajero, y queda advertido que esperamos una buena historia.

5

—Tendréis una —dice el viajero—, y mucho más antigua en esta tierra que Enrique VIII, que siendo galés fue un azote para nosotros, ¡Dios lo perdone! Lo que voy a contaros se remonta muy atrás, al tiempo de los grandes príncipes y los antiguos dioses. Pues, bien, uno de estos príncipes era un poderoso mago, de nombre Math fab Mathonwy, bastante raro, por cierto. Solo cuando iba a la guerra estaba de pie, y entonces resultaba invencible. Pero cuando no había guerra permanecía echado a sus anchas, y para su mayor comodidad había ordenado que sus pies reposaran siempre en el regazo de una virgen. Había muchas vírgenes reales, y cuando les llegaba la época de casarse, el rey Math les entregaba espléndidas dotes.

»Sucedió entonces que la más bella de las guardapiés era una doncella llamada Goewin, y poseía sangre real, pues era hija del rey Pebin.

—Por Dios, si yo tuviera mis pies en el regazo de una virgen, no permanecerían allí mucho tiempo —dice Jemmy el Malhablado—. Tengo algo mejor que mis pies para el regazo de una virgen, ¿verdad, muchachos?

—¡Silencio! —dice el arpista, que parece tener más autoridad que la que justifica su cuerpo ruin—. Escuchemos la historia. Tiene peso.

—Pero Jemmy ha dicho bien —dice el viajero—, porque en la corte de Math había hombres como él, tan lujuriosos como el mismo Jemmy. Y como Jemmy, eran malhablados y pendencieros, sin ninguna luz en su alma, ni siquiera la de una vela. De ellos oiréis hablar y de lo que sus luchas y lujurias ocasionaron. ¿Queréis escucharlo o preferís oír lo que Jemmy habría hecho con la bella Goewin?

Estos hombres son galeses auténticos. Quieren oír la historia. La lujuria puede esperar siempre y gozarse aparte. Pero historias como esta son poco frecuentes.

—En la corte de Math había dos guerreros fieles al rey; se llamaban Gwydion y Gilfaethwy y también tenían poderes mágicos. Pero Gilfaethwy era un amante ardoroso y suspiraba por la bella Goewin cuando la veía en la cama del rey,

cumpliendo su oficio con los pies del rey. «¿Cómo podría conseguir a tan amable doncella?», se lamentaba, y su hermano Gwydion, que oye sus gemidos, jura ayudarlo. Con este propósito, para sacar al rey de la cama, urde una guerra entre el reino de Math y el de su vecino, y el rey se levanta, se pone la armadura, se ciñe la espada y marcha a la guerra. ¿Qué ocurre entonces?

Sin que nadie haya dicho una palabra, el pinche ha puesto una gran jarra de *ale* al lado del viajero; este hace una pausa para tomarse un largo trago. Los pelirrojos están inclinados hacia delante, porque imaginan lo que va a venir, pero quieren oírlo de labios del narrador.

—Buena bebida —dice el viajero—. Y más que bien recibida por un hombre mojado y cansado. Y bien, tan pronto como el rey sale para la guerra, Gilfaethwy se dirige al lecho real, donde todavía está acostada Goewin, y llevado por su terrible lujuria, la posee. Ella grita, pero no hay quien venga en su ayuda. Gilfaethwy es brutal, porque está dominado por la lujuria. Olvida su amor, es una desfloración violenta y, una vez consumada, sus palabras amorosas son inútiles porque la muchacha llora desconsoladamente. Gwydion, sucio como un perro, permanece junto a la cama y complace sus ojos con tan terrible escena. Ay, es una historia de dolor, amigos míos pelirrojos, y no siento ningún placer en contarla.

El viajero vuelve a interrumpirse, porque el pinche le ha traído un buen trozo de pan y algo de cordero frío, y hunde los dientes en el grosero bocado con el placer del hambriento. Sus oyentes han de esperar hasta que queda satisfecho.

—El rey Math vence, regresa triunfante y ve lo que ha sucedido. En efecto, lo ve con tanta claridad como yo veo el culo de esta jarra vacía —dice el viajero. Jemmy hace un gesto brusco con su gran cabeza roja y el pinche se apresura a rellenar la jarra—. Aquello fue demasiado —dice el viajero y se bebe un buen trago—. Supongo que ahora querréis saber qué hace el gran rey.

El grito de los hombres, hasta entonces silenciosos, es alto e impaciente.

—Pues, bien, aquí aparece la gran maldición. Como ya os he dicho, el rey Math es un brujo poderoso, y cuando ve a la desgraciada doncella y las sábanas ensangrentadas, monta en cólera. ¿Se alborota, grita y golpea con la espada a Gwydion y Gilfaethwy? No. La ira desbocada solo es propia de los necios. Levanta su cetro y lo mantiene sobre los dos hermanos malvados que han perdido su valor, porque ¿qué puede el valor contra la magia? Comería un poco más de esta carne, pero esta vez no me pongas tanta grasa, por favor.

El interés de los bandidos rojos es intenso, pero deben esperar a que traigan más pan y carne y a que el viajero engulla un gran bocado.

—Buena carne. Supongo que robada, ¿verdad? Una carne tan delicada no puede ser de una criatura de esta montaña pizarrosa. Pero dejadme pensar. ¿Dónde estaba? Ah, sí, el rey Math ha levantado su varita mágica. «Ahora», dice, «no quiero mataros por traidores y violadores, por lo tanto no es preciso que os arrojéis a mis pies. Tengo otros planes para vosotros. Dejadme que ordene mis ideas. Primero, pondré a esta

pobre muchacha en mi lecho, no para que me caliente los pies, sino como esposa y reina mía, restableceré su honra y la simiente pecaminosa de Gilfaethwy morirá dentro de ella, y su virginidad será la misma de antes».

—Ah, eso es nobleza, verdadera realeza —murmuran los pelirrojos, y el arpista se maravilla de una magia tan poderosa, pues solo un gran brujo puede enmendar una virginidad tronchada.

—«Mi sentencia sobre vosotros, malvados hermanos, es esta. Y escuchadme bien, porque nada podrá cambiar mi maldición una vez pronunciada. ¡Fijaos, os convierto en ciervos! A ti, Gilfaethwy, en cierva, y a ti, Gwydion, en ciervo macho, y huiréis al bosque y allí os aparearéis día y noche hasta que Gilfaethwy quede preñada. Ciervos rojos seréis de aquí en adelante. Y volveréis a mí dentro de un año y un día».

»Y así hicieron los malvados hermanos, y su apareamiento fue brutal y ruidoso, cada cópula una punzada dolorosa, para que así aprendieran la lección. Y pasó un año y, un día más tarde, el senescal de Math fue a ver a su rey y le dijo: “Señor, afuera hay un ciervo y una cierva, con un débil cervatillo”. Y el rey dijo: “Ven, reina mía, que hemos de vérnoslas con estas bestias”, y salieron al patio donde se encontraban las criaturas.

»El rey Math estaba dispuesto a perdonarlos, pero vio el gesto sombrío en el rostro de la reina, y sabía que era porque, desde la violación, no había logrado parir a ningún hijo. De modo que frunció el ceño en un gesto de desdén y dijo: “Tú, Gilfaethwy, que has sido una cierva durante el pasado año, serás un jabalí, y tú, Gwydion, serás una jabalina. Me quedaré con el cervatillo, que será bautizado y adoptado”. Y, de inmediato, el cervatillo se convirtió en un gentil muchacho. A este muchacho lo llamó Hyddwn, el ciervo. “Y ahora volved al bosque y apareaos como jabalíes durante un año, y cuando haya pasado el año, volved a mí y traedme al más bello de vuestros nueve jabatos”.

»Y así fue. Gwydion y Gilfaethwy vivieron como jabalíes durante un año, y Gwydion tuvo una camada de nueve jabatos. Volvieron al rey, pero el semblante de la reina seguía siendo adusto y el rey dijo: “El jabato es suficiente” y le dio un golpe con la varita mágica y lo convirtió en un hermoso muchacho de cabello rojo, y lo bautizó con el nombre de Hychdwn, que, como bien sabéis, significa cerdo. “La reina no se ha apaciguado”, dijo el rey Math, “así que regresad al bosque, pero esta vez Gilfaethwy será una loba y tú, Gwydion, serás un lobo. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Desde hoy, fuera de mi recinto durante todo un año”.

»Pasó el año y los lobos volvieron a la puerta del castillo de Math y todo fue como antes. Dijo el rey: “¿Os habéis saciado de rapiña, hombres falsos? Me quedaré con el lobezno y lo llamaré Bleiddwn, el Lobo. ¿Es suficiente, reina mía?”. Goewin asintió con la cabeza y el rey tomó de nuevo la palabra: “Id entonces, parientes deshonorados, y sed otra vez hombres y esposaos con las mujeres deshonoradas que quieran aceptaros. Pero estos tres hermosos muchachos serán tres auténticos paladines, Bleiddwn el Lobo, Hychdwn el Jabalí y Hyddwn, el más alto, el Ciervo, y

mi reina y yo los criaremos como hijos propios”. Y esa fue la gran maldición del rey Math.

—Pero ¿era su apareamiento tan terrible? —dice Jemmy el Malhablado con voz esperanzada.

—Una punzada dolorosa cada cópula —dice el viajero.

—Juro que cuando estoy alegre, a veces me pregunto cómo sería el ser mujer —dice Jemmy.

Hay un gran silencio y luego el arpista dice:

—Dios, a fe que fue una maldición poderosa. ¿Hubo alguna vez, antes o después, peor maldición que esa?

—Nunca —dice el viajero—. Y ahora que he cumplido mi parte del trato, os corresponde a vosotros cumplir la vuestra. Voy a predicar, así que acomodaos para oír la Sagrada Palabra de Dios.

Y predicó tan extensa y poderosamente que cuando terminó la luz del alba empezaba a iluminar aquel desolado valle. Muchos de los hombres se habían rendido al sueño, algunos por la bebida, otros por el cansancio y unos pocos por un posible estupor o asombro sagrados. Nunca los habían engatusado con tanta doctrina.

—Ha sido reconfortante —dice el viajero, y debe de estar hablando consigo mismo—. Me siento descansado y debo seguir mi camino.

Y aunque sigue mojado, con el corazón de un león abandona la posada miserable y toma el sendero, que no es más fácil, pero que, al menos, está iluminado por la luz del día.

6

Ha cubierto cerca de un kilómetro y medio de su viaje a Mallwyd cuando oye un sonido a su espalda. Se vuelve y ve que es el pinche de la posada, un pobre despojo de muchacho, que lo ha seguido.

—¿Qué quieres, hijo mío? —pregunta amablemente.

—Quiero ir contigo, maestro —contesta el muchacho.

—Pero ¿por qué?

—Porque nunca he oído hablar así en toda mi vida —dice el muchacho—. Has ganado mi corazón para Cristo, maestro, y no puedo dejarte. Échame, si quieres, pero te seguiré hasta que tu corazón se me abra. Me has hecho tu siervo para siempre.

—No soy ningún tirano, muchacho —dice el viajero—. No puedo echarte. Pero ¿qué voy a hacer contigo?

—Quizá, si se lo preguntas, Dios te lo dirá.

—Eso está bien dicho y acepto la reprimenda —dice el viajero—. Pero la verdad es que no sé qué hacer con un chico como tú. ¿Tienes nombre?

—Claro que lo tengo, maestro —dice el muchacho—. Soy pobre, pero no tanto

que no tenga nombre. Soy Gwylim ap Sion ap Emrys ap Dafydd ap Owain ap Hywel ap Rhodri ap Rhydderch ap Gryffyd.

—Buen chico —dice el viajero—. Conoces tus antepasados hasta la novena generación. ¿Y conoces también a tus primos?

—También hasta el noveno grado —responde el muchacho.

Y desde este final del siglo xx veo orgullo en este muchacho lamentable.

—Eres un heraldo, como lo han sido siempre los galeses. Pero he de decirte que las cosas han cambiado en Gales, y en las ciudades los ingleses ya no toleran nuestros largos nombres y largas genealogías. Si vienes conmigo hasta Llanfair, supongo que tendrás que llamarte Gwylim Griffiths. Pero espera un poco. ¿Estás bautizado, hijo mío?

—No sé qué es eso de bautizado —dice el muchacho.

—El gran John Wesley tiene razón cuando afirma que los galeses somos tan paganos como los pieles rojas —dice el viajero—. Bautizarse, hijo mío, es ser aceptado en la gran familia de Cristo mediante la plegaria y la aspersion del agua. Acabas de ordenarme que pregunte a Dios lo que debo hacer contigo y Dios ha puesto en mi mente que lo primero que tengo que hacer es bautizarte. Ven aquí, a este arroyo, y sumérgete en él todo lo que puedas.

—No puedo hundirme más, a menos que me tienda —dice el muchacho—. Solo me llega a las rodillas.

—Será suficiente. Dios nos da lo que quiere que empleemos, y parece que no quiere que te mojes demasiado. Cierra los ojos, pues, junta las manos y escúchame con reverencia.

¡Qué escena! El Husmeador ve otra cosa, tan compleja que seguramente pretende ser simbólica, género al cual es muy aficionado. El Husmeador no apreciaría en mucho la simplicidad bíblica de lo que veo, mientras el sol se levanta sobre el inhóspito valle del que el viajero y su seguidor acaban de salir, permanecen en el arroyo, donde los riscos de pizarra han dado paso a la maleza verde, y hay ovejas al otro lado del río, pastando y emitiendo su perpetuo y lastimoso balido. Me doy cuenta por primera vez de la intimidad con que las palabras de la Biblia entran en los corazones de la gente de Gales, porque el simbolismo perpetuo de las colinas, las praderas, los rebaños y el Buen Pastor de las Escrituras les resulta familiar, como no puede serlo nunca para los habitantes de las ciudades o de los países que no conocen las ovejas. Estoy en la vergonzosa posición de quien ha cultivado toda su vida de adulto un cinismo amable, sonriente (a veces acompañado de una risita necia), con respecto a cualquier cosa que insinúe la simplicidad pastoral, o cualquier simplicidad, y heme aquí, llorando (en la medida que puede llorar un hombre sin rostro y sin lágrimas), llorando en el alma, mientras veo al muchacho de pie, con la cabeza inclinada sobre el arroyo, y al viajero recogiendo el agua en sus manos y derramándola sobre la cabeza del chico mientras reza.

No, no. Esta no es una escena para el Husmeador, sino para mí. Siento cómo el

agua helada me cae sobre la cabeza, me recorre la cara y me lava las lágrimas.

El viajero vuelve a hablar.

—Te he bautizado como hijo de Cristo, mediante el agua y el Espíritu Santo, y es preciso que ahora te dé también un nombre. Un nombre en tu nueva familia. ¿Tienes preferencia por alguno en particular?

—Estoy contento con el nombre que tengo —dice el muchacho con resolución.

—Pero ya te he explicado que el tiempo y la historia se han llevado tu nombre. ¿Sabes escribir?

—No, no sé escribir, ni leer, aunque estoy impaciente por aprender ambas cosas.

—Entonces, escúchame, hijo mío, porque Dios me mueve con fuerza. Formas ahora parte de la familia de Cristo, bien y verdaderamente, pero creo que sería también bueno que formaras parte de mi familia. No tengo hijos y es triste que te diga que eso ha sido siempre un pesar para mi esposa y para mí. ¿Te gustaría ser mi hijo?

La expresión en la cara del muchacho es toda la respuesta que necesita.

—Entonces inclina otra vez la cabeza hacia el agua, y en el nombre de Dios te bautizo con el nombre de Wesley Gwymil Gilmartin. Así que serás Wesley Gilmartin a partir del día de hoy.

Y mientras caminan hacia Mallwyd, cuya torre de la iglesia ya es visible, el muchacho habla y quizá no está del todo contento.

—Te estoy agradecido, padre. Pero ¿qué clase de nombre es Gilmartin? Nunca he oído nada que se le parezca.

—Verás, hijo mío, no es realmente un nombre galés. Es un nombre escocés, del norte lejano, donde mi gente vivió hará unas dos generaciones. Pero aprenderás inglés y conservarás tu galés, y serás mi aprendiz.

—¿Un oficio? Oh, me encantaría aprender un oficio. ¿Cuál es?

—Cuando no viajo para cumplir la obra de Dios y de John Wesley, soy mercader de paños. Compro la buena franela galesa y la envío a Escocia, donde se necesita. Dicen que es el oficio de los escoceses, y tú lo aprenderás. Aprenderás a ser tejedor.

Y el tejedor-predicador y su aprendiz entraron en Mallwyd y después de tomar algo de pan y *ale* como desayuno, prosiguieron el camino para cubrir los treinta kilómetros hasta Llanfair yn Nghaer Einion, ciudad que hoy se llama Llanfair Caereinion.

7

Hasta ahora la película ha seguido una narración lineal, pero de pronto se divide en lo que los entendidos como Allard Going llaman «acción concurrente». Arriba y a la izquierda de la amplia pantalla veo al joven Wesley Gilmartin trabajando con afán en el telar; es un gran taller, y en la viga que está permanentemente ante sus ojos se ha escrito en galés «Mis días pasan más rápidos que la lanzadera del telar y lo hacen sin

esperanza». Pero este no es el caso del joven Wesley, porque veo que bajo el cuidado de la esposa del predicador crece robusto y sano.

En la parte inferior derecha de la pantalla el chico está inclinado sobre un libro, al lado de la chimenea; aprende inglés y a escribir, aunque nunca dominará del todo estas materias.

¿Y qué es esto, abajo a la izquierda? Deben de ser los días de feria, cuando Thomas Gilmartin visita las ciudades vecinas —Trallwm, Newtown y a veces Berriew— para comprar la franela roja que es la materia prima de su comercio. Es del color más rojo posible, porque es el requerido para las faldas y las pesadas capas de las mujeres galesas y se cree que tiene efectos curativos con el reumatismo y la enfermedad de la lana, que es como llaman a la consunción. Thomas puede exigir la mejor calidad porque es un negociante honrado y paga un precio justo. El joven Wesley lo acompaña para ayudar a cargar el caballo que ha de llevar la mercancía comprada por los once kilómetros de camino montañoso.

Aquí (en la parte superior derecha) veo a Thomas predicando al aire libre, tal como hizo John Wesley y aconsejó que hicieran sus predicadores. Los oyentes llevan las pesadas ropas y polainas de los campos de cultivo; algunos llevan blusas, exquisitamente bordadas; muchas mujeres van tocadas con el pesado sombrero puntiagudo, característico durante mucho tiempo de las mujeres galesas. Estos sombreros indestructibles son hereditarios y pasan de madres a hijas. Con buen o mal tiempo, Thomas permanece en las calles y canta con su hijo un himno, tan alto como pueden, en una u otra lengua, hasta que consiguen reunir a la gente suficiente para predicar la Palabra.

Ahora se emplea otra técnica cinematográfica. Se oscurece la pantalla y solo se ve el rostro de un pecador que llora arrepentido. Esta gente se toma la religión de un modo apasionado y hacen sus protestas y confesiones en voz alta y a menudo con elocuencia.

8

¿Qué tenemos ahora? Más de este hábil montaje: veo cómo Thomas Gilmartin envejece y muere ejemplarmente. El joven Wesley, llamado siempre así, aunque ya no es joven, promete a su padre en el lecho de muerte que continuará su obra evangélica, aunque no se cree muy capaz, pues no posee las dotes oratorias de Thomas. Pero se arrodilla para recibir su bendición, y a partir de ese momento viaja por pueblos y ciudades para comprar franela y predicar lo mejor que sabe. Nunca trata de ser elocuente, pero en ocasiones logra la elocuencia de la simplicidad.

Mientras veo esta triste escena, por más que Thomas asegura a quienes lo rodean que morir en la certeza de un más allá bienaventurado no es triste, veo en las otras partes de la pantalla el cuidado del joven Wesley por sus hijos, Samuel, el mayor, y su

hermano más joven, otro Thomas. El joven Wesley se ha casado dos veces, y el hijo de su primera esposa parece ser un joven ejemplar, feliz de continuar el oficio de los escoceses. Pero el hijo de la segunda esposa es un rebelde que aspira a algo mejor. Quiere poner el pie en la escala de la fortuna y sabe cómo hacerlo. Quiere ser criado.

—¿Por qué? —pregunta Samuel cuando los dos niños están juntos en la cama.

—Porque tengo un paladar para algo mejor que esto —dice Thomas—. ¿Crees que quiero estar inclinado sobre el telar hasta que me quede jorobado como papá? ¡Tejedor! Samuel, ¿tú quieres ser tejedor?

—Nuestro padre ya no es tejedor. Tiene tejedores que trabajan para él. No tiene que quitarse el sombrero delante de nadie. ¿Y tú quieres ser uno que ha de quitarse el sombrero continuamente, un lameculos? ¿Dónde está tu hombría?

—Estoy dispuesto a quitarme el sombrero si eso me lleva a conocer a gente que pueda ayudarme a prosperar. Me gusta saborear un poco la vida. No este hilar y tejer incesante, cargar los caballos, viajar a Escocia, discutir y regatear, para que los avaros escoceses te llamen galés codicioso. La franela roja se está acabando. Recuerda lo que te digo.

—La franela roja todavía dará dinero durante un tiempo. Y no desprecies a papá. Se ha desenvuelto muy bien. Cuando se vaya, como todos hemos de irnos, que Dios lo acoja en su seno, habrá una bonita bolsa y parte de ella será para ti. ¿Cómo puedes hacerte criado si tienes dinero propio?

—Criado es un buen oficio. Fíjate en Jesse Fewtrell. No dirás que no tiene dinero.

—Ah, muy bien, si quieres ser un Jesse Fewtrell y rebañar chelines engañando a tu amo, adelante y condénate.

—Sam, nunca creí que fueras a maldecirme. Se lo diré a papá.

—No te estoy maldiciendo, cabezota. He hablado de manera teológica, lo cual probablemente está por encima de tus entendederas. Lo que he dicho, lo que quiero decir, es que si sigues por ese camino, seguro que te condenarás.

—Caramba, así que era teológico. Muy bien, yo también puedo hablar teológicamente. Y prefiero ser el portero de la casa de un señor que vivir en las tiendas de los wesleyanos.

—¡Tommo, eso es tergiversar las Escrituras! No voy a compartir la cama con alguien que tergiversa las Escrituras. No sé qué podría ocurrir durante la noche.

—Entonces, salte de la cama.

—Ay, no, mi hermoso criado. Eres tú el que se va.

Y Samuel propina una fuerte patada que envía a su hermano al suelo, donde pasa la noche.

¿Por qué? Porque anhela la gran vida y la única entrada a ella, para Thomas, es la entrada de los criados. Cuando va con su padre a Trallwm, ve los hermosos carruajes de la nobleza del condado, con sus espléndidos caballos, sus cocheros y lacayos vestidos con hermosas libreas. Los conoce a todos e identifica las libreas como hoy los chicos identifican las marcas de automóviles. Pero en lo que más se fija es en la

carroza que ve de vez en cuando, una del castillo, con dos hombres en el pescante y dos lacayos detrás, y en la carroza, la condesa y, en alguna ocasión, el conde, que parece no ver a nadie, aunque de vez en cuando se lleva los dedos al ala de su maravilloso sombrero cuando advierte la reverencia de alguna mujer en la calle. En la práctica, toda la ciudad le pertenece y esta gente son sus arrendatarios; es un terrateniente bueno y apreciado por todos. Como Thomas Gilmartin había dicho de su padre, este muchacho tiene algo de la naturaleza de un heraldo: la pompa y el esplendor de la nobleza alimenta su imaginación e incita su ambición. Su padre se horroriza cuando insiste en tergiversar las Escrituras; le dice que prefiere ser el portero de la casa de un señor que vivir en las tiendas de los wesleyanos.

Es pura abominación. Como si Caín hubiera resucitado.

El joven Wesley hace lo que puede. Pega al joven Thomas, pues quien quiere a su hijo usa la vara; pero pegarle no sirve de nada. Lo exhorta, pero el joven Thomas emplea un tono burlón con la Biblia y puede citar las Escrituras en favor de la bondad de la vida leal de un criado mejor de lo que su padre puede citarlas en contra. Su madre llora, su hermano brama, pero el joven Thomas no hace caso de las lágrimas ni de las palabras. Lo único que le importa es una elegante librea, con sus botones y el blasón de un señor bordado en ella, un sombrero con un lindo penacho y un rostro afeitado cada día.

Y así llega el día aciago en que el joven Wesley, que ya empieza a ser el canoso Wesley, se acerca a un hombre pagado de sí mismo en una calle de Trallwn.

—Señor Fewtrell, ¿puedo hablarle un momento?

—¿De qué se trata, Gilmartin? Estoy muy ocupado.

El señor Jesse Fewtrell es un hombre muy importante, porque es el aposentador del castillo y, por lo tanto, puede hacer favores; favores a los arrendatarios del conde y el joven Wesley no es uno de ellos. Favores a los buenos fieles de la iglesia, y el joven Wesley pertenece al grupo de los predicadores callejeros, esos asquerosos que se llaman a sí mismos metodistas, como si John Wesley no hubiera sido un buen anglicano toda su vida. El rostro del señor Fewtrell es adusto cuando mira al joven Wesley.

—Es por mi hijo Thomas, señor Fewtrell. Siente un enorme deseo de servir y me atrevo a esperar que usted tenga un puesto para que empiece.

Al señor Fewtrell le repugna la idea. Es ridículo. Sabe de algunos metodistas que se han puesto a servir, pero en hogares metodistas, que nada tienen que ver con las casas ricas y aún menos con las de la nobleza. No quiere plegarias ni cantos religiosos entre sus empleados. Pero cuando ve al joven Thomas, que es un muchacho de buena presencia, con unos calzones y medias que resaltan las robustas pantorrillas, imprescindibles en un criado de librea, su cara redonda y rojiza fija respetuosamente en la suya, y su cabeza pelirroja, brillante como el cobre, tiene una idea. Una idea desagradable, por supuesto, porque de no ser así no la habría tenido. Pero es una idea.

—Espero que el chico hable inglés —dice.

—Claro que sí, señor, un inglés muy correcto —dice el joven Thomas. Pero su pronunciación es la de alguien que piensa en otro idioma.

—Lo tomaré a prueba —dice el señor Fewtrell—. Necesito un muchacho, pero no quiero tonterías, ¿me has oído? Envíelo al castillo el próximo lunes, que es el día de la Virgen. Si dura tres meses, veré lo que puedo hacer. Pero sepa que el primer trimestre no tendrá paga.

—Oh, gracias, señor. Nada durante el primer trimestre. Gracias, señor Fewtrell. Es usted muy amable. El muchacho hará lo que sea para complacerle. Se lo garantizo.

El señor Fewtrell saluda secamente, echa otra dura mirada sobre el joven Thomas y sigue con sus asuntos, que consisten en tomarse un vaso de jerez en la posada del Hombre Verde; allí se pavoneará porque es donde acuden, en oposición a los granjeros, los comerciantes. Todos son arrendatarios del conde y, entre ellos, él es un hombre importante.

Veo con tristeza que Grey Wesley, que habla tan confiadamente con Dios, es humillado por un criado distinguido en el castillo. Pero así es el mundo, y cuando estaba vivo vi muchas sonrisas respetuosas y adulaciones en el Nuevo Mundo, donde, según los idealistas, tales cosas no suceden.

De esta forma, el Día de la Virgen, el 25 de marzo de 1838, Thomas Gilmartin se convierte en criado del castillo. No recibe ningún salario, pero el astuto señor Fewtrell abre una casilla por su servicio en la lista de gastos diversos que cada mes presenta a la administración y se mete el dinero en su bolsillo. De nuevo la pantalla se divide en cuatro y veo inmediatamente en qué consiste el servicio. Al principio no hay ninguna librea y Thomas es lo que se conoce entre los criados como el chico de la limpieza. Vacía dos veces al día los ciento cuarenta orinales del castillo, empezando por los elegantes *pots de chambre* de los tocadores de la condesa y sus invitadas, siguiendo luego por los orinales más pesados de las habitaciones de los caballeros (algunos de los cuales, inexplicablemente y sin intención alguna de deslealtad, tienen impresos dibujos de palacios reales) y, por último, los sencillos orinales empleados por los sirvientes. Son doscientos ochenta orinales en total, porque cada día los orinales del día anterior han de bajarse a un patio, en la parte trasera, donde se lavan con agua caliente y luego se dejan secar al aire. Asimismo, hay retretes, ocultos en elegantes escabeles o sillas de apariencia inocente, pero en cada uno de ellos hay un depósito de latón intercambiable —se llaman «sombrosos galeses» por su forma, y quizá como burla a los naturales del país—, donde se esconden los excrementos de los nobles y de sus criados, que han de ser sacados con una espátula y arrojados a un desagüe exterior.

—Los orinales y los sombreros son tus gajes —le dice el lacayo mayor, que es un bromista—. Puedes guardar o vender, como gustes, cuanto encuentres en ellos.

El sistema de «gajes» se aplica en todos los niveles de la servidumbre. Los gajes del señor Fewtrell son considerables, pues son los regalos de vinos y licores de los comerciantes que suministran a la gran casa, que le sirven para hacer un gran negocio

con los granjeros arrendatarios que tienen dinero para gastar. Le gusta decir a sus amigos: «Es néctar puro; viene del castillo». Los gajes del lacayo mayor son los cabos de vela de toda la mansión, porque hay veces que se encienden en una sola noche mil cuatrocientas velas, y la costumbre es que no se encienda una vela más de una vez, de modo que su suministro de «cabos de vela» a la ciudad le resulta muy provechoso. Tan provechoso como el oficio de cocinera, porque milord es lo suficientemente anticuado como para emplear a una mujer en la cocina y no quiere saber nada de un chef francés. La cocinera vende las sobras a quienes acuden con sus ollas a la pequeña puerta verde que está al lado de la cocina; donde hay tantos que alimentar y tanta carne en el asador cada día, hay siempre muchas sobras. Las doncellas de las señoras y los *valets* tienen, naturalmente, las ropas de desecho. Todo el mundo goza de «gajes», salvo el chico de la limpieza, pero Thomas no pierde la esperanza, porque se da cuenta de que una vez se encontró una cucharilla de plata en uno de los sombreros galeses.

Y habría permanecido mucho tiempo como chico de la limpieza si no hubiera sido porque la condesa lo sorprende una vez robando un melocotón del invernadero. No presta atención al melocotón; la condesa tiene criados encargados de reprender a los criados inferiores. Pero le gusta el aspecto del hermoso muchacho, y da órdenes para que lleve las riendas de su poni cuando ella sale a tomar el aire al parque. De tal modo que, con gran disgusto del señor Fewtrell, Thomas viste de librea a los seis meses de servir en el castillo.

Una librea sencilla, la de un caballero. Pero el joven Thomas se gana el favor de la condesa, aficionada a los jóvenes guapos, y no pasa mucho tiempo sin que sea ascendido a lacayo. No es un lacayo importante, sino uno de los dieciséis lacayos de segundo orden que hacen la labor que hoy haría una doméstica. Y eso significa disponer de tres libreas. Una por la mañana, sencilla, con un chaleco con mangas y sin faldones; otra para la tarde, con calzones y medias y una casaca con faldones y botones de latón; pero —y esto es glorioso— para la noche dispone de una librea completa, con la que se luce por corredores y comedores, con medias blancas, calzones y una casaca de terciopelo con botones de plata y, lo mejor de todo, polvo para su cabellera rojiza. Le lleva mucho tiempo empolvase y embadurnarse el cabello con pomadas hasta que parece blanco. Luego, cada mañana, tiene que lavarse la cabeza antes del desayuno, porque el cabello blanco no es admisible durante el día. Pero el joven Thomas se deleita con los polvos, y la impassibilidad de su rostro, su elegante reverencia —respetuosa pero nunca personal— lo hace subir en la escala de la servidumbre y a la edad de treinta años ya es lacayo mayor, y el señor Fewtrell, que para entonces ha sufrido el primero de sus tres ataques fatales, se ha retirado y ya no puede tiranizarlo.

De este modo a Thomas lo han perdido en su hogar, aunque no ha sido una ruptura cruel. El domingo materno, cuando todos los criados tienen permiso para visitar a sus madres o a cualquier equivalente creíble, cabalga en una jaca prestada

hasta Llanfair con un pastel hecho en la cocina del castillo, obsequio de la condesa. Regala a sus padres y a su hermanastro Samuel con historias de la vida de la alta sociedad. La buena acogida se ve entristecida por el hecho de que ahora ha abrazado la Iglesia de Inglaterra, porque se espera que los sirvientes del castillo asistan a los oficios anglicanos que se celebran en el parque todos los domingos. Thomas no oculta que le gusta; le gusta la amabilidad y el ceremonial de la misa, le gusta sentarse en la zona de los criados y compartir el libro de himnos con la doncella más bonita.

Lo peor es que ha ingresado en las filas conservadoras, porque el castillo espera que cualquier criado apoye en las elecciones al candidato del conde, con sus vítores e incluso con sus puños y, aunque Thomas aún no dispone del dinero que le daría derecho a votar, ha escuchado respetuosamente durante años al señor Fewtrell dirigirse a los criados proclamando las iniquidades de los radicales, reformistas e igualitarios de toda clase. Thomas se ha cambiado de chaqueta, pero sabe, y su familia lo sabe, que la ha cambiado por una casaca de terciopelo con botones de plata, y hacen falta muchos principios para oponerse a eso. En efecto, los principios han dejado de ser importantes en el hogar de los Gilmartin después de la muerte del joven Wesley, para entonces viejo Wesley, en 1850.

9

Por buena que fuera la educación que hubiera recibido, es poco probable que John Wesley supiera que el sabio y tacaño griego Heráclito fue el primero en señalar que si se persigue cualquier cosa más allá de lo razonable, termina obteniéndose lo contrario. Pero John Wesley había visto demasiado de la vida para librarse del dicho y, en un momento de terrible visión profética, dijo: «La bondad engendra trabajo; el trabajo engendra riqueza; la riqueza engendra maldad». Y ahora veo cómo se cumple esta ley en la familia del viejo Wesley Gilmartin, bautizado mediante el agua y el Espíritu Santo y aceptado en la familia cristiana por un discípulo directo del mismo Wesley, un hombre ordenado como ministro por Wesley y que había aprovechado los consejos del gran maestro.

El viejo Wesley no había sido un hombre imaginativo y se contentaba con poco. Fue trabajador y no cabe duda de que el trabajo —toda aquella franela comprada en prodigiosas longitudes de cien metros, todas aquellas reatas de mulas atravesando las colinas hasta Escocia, todos los beneficios moderados y honrados— trajo la riqueza, al menos riqueza para las circunstancias que le tocaron vivir. La bondad, sin embargo, fue la gran preocupación de su vida y cuando contemplo su muerte sé que era un verdadero santo: firme en su fe y estrecho de intelecto.

Pero ¿cómo era de rico? Era evidente que Samuel, como hijo mayor y mano derecha de su padre, continuaría el negocio. Pero había dinero —dinero en una bolsa

escondida bajo la tarima de la sala de estar— que cuando se contó, y después de pagar las escasas deudas del viejo Wesley, ascendía a poco más de setecientas libras para cada hijo.

Thomas coge su dinero y la bolsa, y lo esconde todo en un lugar donde guarda sus propios ahorros, de sus salarios y propinas, todavía llamadas «sobras», que le abrieron camino en el castillo.

10

Samuel se hace cargo del negocio y emplea a tejedores porque se siente demasiado importante para inclinarse sobre el telar. También ha de hacerse cargo de su madrastra, pues no todo son ganancias para el primogénito: la viuda solo ha heredado sus ropas y algunos muebles que, por acuerdo de todos, son de ella. Samuel también hereda la situación económica de su época y sus inconvenientes.

El oficio de los escoceses declina, porque las campesinas ya no llevan aquellas faldas y vestidos rojos tan resistentes a la lluvia y la nieve. Incluso han dejado de llevar los sombreros puntiagudos que pasaban de madres a hijas, a veces durante varias generaciones. La higiene y el vestido adoptan nuevas formas.

¿Se resigna Samuel a perder sus ingresos? No.

Samuel es piadoso. Da el diezmo de sus ganancias anuales a la capilla, para que esta se mantenga y ayude a los pobres. Honra a su madrastra y vive modesta y confiadamente. Reza por las mañanas y por las noches, pero sus oraciones no son tan sentidas y efusivas como las del viejo Wesley. Dios le ha traído la prosperidad y no es sorprendente que a una mente como la suya la prosperidad le parezca la prueba palpable del favor de Dios. Dios es, de hecho, su socio. ¿Es voluntad de Dios que se aferre a un oficio en declive? Dios, como la fortuna, solo ayuda a los audaces.

Y Samuel mira a su alrededor y ve que las reatas de mulas están dando paso a los trenes de vapor que empiezan a extenderse por todo el país de Gales. Samuel no es un hombre tan importante financieramente como para emprender el negocio de los ferrocarriles y, aunque podría hacerlo, desconfía como un campesino y no compra acciones del ferrocarril. En las idas y venidas de su oficio ve que los numerosos trabajadores que construyen el ferrocarril han de alimentarse en su lugar de trabajo, cosa ardua en mitad de las montañas. Así que compra un par de carros y llega a un acuerdo con los capataces que dirigen el tendido del ferrocarril para que los hombres compren la comida en exclusiva de sus carros. Los intrusos serán apartados. Y poco después de un año ha abandonado casi por completo el oficio escocés en manos de aquellos que son tan ciegos como para querer continuarlo, y ahora sus tejedores se dedican a llevar todos los días los carros hasta donde están los trabajadores para venderles pan, queso, tocino y cerveza, en un negocio que hace a Samuel más rico de lo que podía haber imaginado su padre.

Deja a su madrastra en la antigua casa de Llanfair y él se va valle abajo, a unos locales más amplios y prácticos de Trallwm, donde compra la comida más barata y puede distribuirla en un radio más amplio. Vive encima del lugar de trabajo, pero su casa es más elegante que la de su padre y en el templo de mayor tamaño de Trallwn está considerado como un potentado y, aunque John Wesley hubiera fruncido el ceño, lo admiran como a hombre generoso.

¿Podía hacer todo esto y continuar siendo un hombre bueno, tal como lo entendía su padre? La bondad había traído la riqueza y donde hay riqueza, el trabajo se tiñe de otro color.

El color, por supuesto, responde al color de la naturaleza del propio Samuel y aunque puedo ver que no es un hombre carnal en el sentido vulgar de la palabra, sin duda es un hombre carnoso. Físicamente es grande porque, sin ser alto ni obeso a pesar de su complexión robusta, es un hombre cuyos trajes exigen una gran cantidad de buena tela. Lleva un sombrero alto, incluso los días de trabajo. Luce una cadena de reloj grande e impresionante, de las que llaman Albert, porque fue el príncipe consorte quien impuso la moda; su reloj es grande y ruidoso en su tictac. Incluso prende un alfiler de oro en su vestido de raso, aunque su esposa no lo ve con buenos ojos y se pregunta si no es una muestra de vanidad, porque un hombre necesita un reloj, pero ¿para qué quiere un alfiler? Pero a Samuel no lo domina su mujer y le gusta el alfiler. Es la luz delantera de su máquina.

Porque, tal como lo veo, Samuel parece la extraña locomotora de uno de los nuevos trenes. Su figura rechoncha, coronada por el alto sombrero negro, y los breves pasos de sus cortas piernas hacen que parezca como si avanzara inexorablemente sobre ruedas. Sigue su camino y nadie va a detenerlo.

Samuel es lo que en la ciudad llaman un «cabeza larga», una persona perspicaz. Es un hombre reflexivo y reflexiona mucho sobre lo que puede traerle provecho. Sus bellos trajes, que tanta tela necesitan, le dan una idea nueva. Los ferrocarriles están ya casi terminados, pero en el nuevo mundo del siglo XIX la gente de toda clase ha dejado de llevar, como en otros tiempos, los antiguos vestidos indestructibles, cosidos y remendados. Solo los pobres continúan vistiendo ropas que parecen las de un arlequín, remendadas con lo primero que tienen a mano. Los trajes son el nuevo negocio y Samuel decide convertirse en sastre.

Será, además, un buen sastre. Nada caprichoso y a la moda, porque eso alarmaría a los campesinos y a los mercaderes que van a ser sus clientes. Ofrecerá algo mejor que las prendas hechas por el chapucero inepto del pueblo, cuya tienda ruinosa vende unos trajes que podrían haber sido hechos por Robinson Crusoe. Ofrecerá tejidos nuevos, lanas del norte y buen velarte de Londres, elegantes chalecos de fina confección para ir a misa, calzones con doble botonadura, abatibles por delante, para los campesinos que prosperan y quieren llamar la atención. No se dirige a los dandis, porque no los hay, pero sí a los hombres situados que, como él, sin ser caballeros son ricos. Las telas de velarte que lleva él mismo, impecables, de corte provinciano, y su

barba cobriza, con el bigote afeitado, marcan su personalidad en Trallwm.

Contrata a un artesano de Shrewsbury como capataz, pero tiene los ojos puestos en el futuro y envía a David, su hijo menor, a Londres, para que aprenda el arte del corte. El corte es, hasta cierto punto, un don con el que se nace, pero hay mucho que se puede aprender, y Samuel abriga la esperanza de que su hijo esté dotado para el oficio.

Esto, piensa Samuel, dejará a la familia situada. Walter, el hijo mayor, consigue resultados brillantes en la escuela. David se ha iniciado en una profesión elegante. Polly, la única hija, está en la escuela del doctor William, la mejor escuela metodista femenina de Gales y, con toda seguridad, está destinada a un casamiento bueno y ventajoso.

David es un joven vivaz, amigo de las bromas y quizá tenga algunos rasgos de artista. A los diecisiete años es una versión en miniatura de su padre, un chico achaparrado y robusto, de barba cobriza, que parece tan alto como ancho, aunque no sea así realmente; es la impresión que da su gran torso sobre las cortas piernas. Tiene la mirada dulce y es el favorito de las chicas, aunque no de las chicas más modestas. Su padre aún no lo sabe, pero David bebe, y no cerveza, sino licores. Mary Evans, la camarera de la posada del Ángel, conoce a David mejor que su padre.

Samuel también es aficionado al trago, pero es discreto, como debe serlo un diácono de su iglesia. Es socio de un pequeño club formado por unos veinte comerciantes parecidos a él, a quienes no les importa ser vistos en el salón de la taberna del Hombre Verde, pero que poseen un hermoso local antiguo que se llama — nadie sabe por qué— La Mansión, y allí se reúnen para discutir sin tapujos sobre la política del día y también para humedecer los bigotes en *brandy* y soda. El trabajo y la riqueza dan tumbos hacia la maldad y Samuel lo sabe, pero cuando esta lo acosa la aparta de su cabeza.

Su esposa no lo reprende porque ya está muerta. Una mujer buena, piadosa, caritativa y amable para quien el enriquecimiento de Samuel fue demasiado rápido. Además, estaba aprisionada por el galés que, por bello que sea, no casaba con la vida bulliciosa de Samuel. Él quedó atrapado por la modernidad; ella, por su mundo feudal. Ella se esforzó por hablar inglés, pero no era el ropaje apropiado para su mente ni su lazo de unión con Dios. Así que Samuel se adentró en el futuro y su esposa permaneció en el pasado.

11

Samuel es un hombre con futuro. Destaca cada vez más entre los radicales de la ciudad, porque son muchos los comerciantes que ya no son arrendatarios del conde, o que tienen sus locales con plazos tan prolongados que nada han de temer del castillo mientras paguen sus alquileres. Reformistas y disidentes pesan cada vez más en

Trallwm. La gente aún recuerda que en 1745 nadie en la ciudad se acogió al estandarte del príncipe Carlos Eduardo, causando la indignación del castillo. Samuel llega a ser concejal, y su sentido de los negocios y su perspicacia le son tan útiles que, en un vuelco que causa gran enfado en el castillo, lo eligen alcalde del municipio. ¡El primer inconformista en ser elegido alcalde de un municipio galés! ¡Ahí es nada! La capa escarlata y la cadena de oro dan mayor majestad a su corta figura que a la de todos los alcaldes sumisos al castillo que lo precedieron. En las grandes ocasiones, sus cortas piernas, bajo el tricornio forrado de piel y la ropa carmesí, se mueven con tanta suavidad que parece caminar sobre ruedas.

Cuando Samuel está en la cima, el destino lo abate. Yo sabía que había de ser así, porque en vida fui crítico de teatro y había heredado de mi padre el sentido del melodrama. Pero Samuel no lo sabe, porque los hombres nunca esperan tales golpes y siempre les sorprende cuando el destino vuelve sobre sus pasos. El destino es tan proclive a repetirse que golpea a Samuel en sus tres puntos más vulnerables: en su familia, en su orgullo y en su rectitud.

Primero en la familia. Es Thomas quien hace que el nombre Gilmartin sea aborrecido entre la gente de bien. Ya es mayordomo del castillo y vive de las «abundantes sobras» que acompañan a su oficio. No gusta a Samuel que su hermanastro sea un adulador y un lameculos profesional, pero no puede hacer nada al respecto y no va a volverle la espalda. Durante muchos años Thomas ha gozado al máximo del privilegio de seducir a las doncellas más bonitas que sirven en el castillo, y todo el mundo lo sabe en la ciudad, pero nadie habla de ello, salvo por las noches, en la sala del bar del Hombre Verde, o con insinuaciones en los tés de la capilla. En esos lugares privilegiados los rumores son constantes.

No es costumbre del pueblo hablar en voz alta de tales asuntos, del mismo modo que nadie habla de las calles miserables, llamadas «encierros», con una docena de viviendas amontonadas y quizá tres letrinas de ladrillo, donde viven los pobres de Trallwm. Los feligreses más prácticos se aventuran por tales callejas con cestas para avituallar a las mujeres perdidas y a los niños hambrientos, pero se necesita más que eso para acabar con tanta miseria. Se necesitaría algún remedio que probablemente no existe en un mundo tan económicamente lunático como este. Se necesitaría, tal vez, una revolución de la naturaleza humana que nos hiciera a todos trabajadores, prudentes, decentes y amables. ¡Cómo se habría reído Heráclito ante semejante idea! La prosperidad ha de tener su coetáneo y su opuesto, y eso son las callejas de Trallwm y de cualquier lugar mayor que una aldea.

Todo el mundo habla del vicio de Thomas y lo harán con indignación cuando una de las muchachas muera. Fue siempre su costumbre, cuando una de sus bonitas subordinadas le susurraba llorosa al oído que temía estar embarazada, arreglar una visita con una curandera local, la Vieja Nan, que vive en Brandy Shop, en un cercano cruce de caminos. La Vieja Nan dispone de un seguro remedio para la preñez, que fabrica con hierbas y vende a sus clientes de confianza a una guinea la botella. Pero,

inesperadamente, la última favorita, tras un aborto tardío, sufre una infección en la sangre y muere dolorosamente en el dormitorio de las doncellas del castillo; y es inevitable que se entere la condesa. Esta se enfurece e insiste en que el agente del conde, el señor Forrester Addy, investigue lo ocurrido y llegue al fondo del asunto. Thomas cae en desgracia. El señor Addy cree que un proceso legal sería un error, porque el culpable es hermano del alcalde, y el alcalde, como juez de paz, tendría que juzgarlo, lo cual sería horrible, o negarse a hacerlo, lo cual, por otras razones, sería igual de horrible. Pero, en cualquier caso, Thomas es expulsado del castillo y todo el mundo comenta el escándalo.

Cuando Samuel se encuentra con Thomas, es Samuel quien siente la desgracia. Thomas se muestra tranquilo. Samuel no puede, por supuesto, recibir al seductor en su casa; no a un seductor ni a un criado del castillo, por muy hermano suyo que sea. Ni puede invitarlo a la Mansión, porque es un lacayo, por mucho dinero que haya podido reunir. De modo que Samuel deja que Thomas entre de noche en el ayuntamiento por una puerta excusada y habla con él en la sala de visitas del alcalde que, en contra de lo que podría suponerse, no es un lugar lujoso. Hace un gesto a Thomas para que tome asiento y comienza a pasear de un lado a otro hasta que su ira contenida es lo suficientemente fuerte para iniciar la entrevista.

—¡Fornicador! —le dice, caminando a su alrededor y sin quitarle la vista de encima.

—Siempre me has hablado con dureza, Sam —dice Thomas, que parece el hermano ofendido—. Hace años me maldijiste y nunca lo he olvidado. Por supuesto que te he perdonado. Sí, en efecto. Pero tú sabes lo que dice la Biblia del hombre que maldice a su hermano. Siempre has sido un hombre duro, Sam.

—Lo que te dije es que tú mismo te habías maldecido, Tommo, y veo que tuve razón. ¡Vaya lío en que te has metido! He conseguido que mamá no lo sepa, pero todo el condado habla del asunto y sabe qué pensar de ti.

—No, no todo el mundo, Sam. Son solo habladoras.

—Pues sí. Todo el mundo. El domingo pasado, en la capilla, tuve que escuchar al cura pidiendo «una oración por uno de nuestros hermanos que ha pecado gravemente». ¡Y yo, sentado debajo de él, en el reclinador de los diáconos, entre todos los feligreses importantes de la capilla! ¿Crees que me gustó? ¡A mí, el alcalde, el primer alcalde inconformista! Y lo que he llegado a oír de otros lados. El vicario de Santa María habló desde el púlpito del pesar de la condesa, bien conocida por su amabilidad con sus doncellas, y que había perdido a una de ellas en circunstancias de las que no podía hablar en un lugar sagrado. Ay, Tommo, has traído la desgracia sobre nosotros.

—No consigo ver qué tiene que ver todo esto contigo.

—Ah, ¿no? Supongo que esto lo has aprendido de los ingleses del castillo. No saben lo que es la familia. ¡Mi propio hermano!

—Hermanastro.

—¿Y quién crees tú que se fija en eso? Tú, cuyo padre fue bautizado con el agua y el Espíritu Santo por un hombre que había servido al mismísimo John Wesley.

—¿Sabías que Wesley tuvo un bastardo? ¿Crees que el causante fue el Espíritu Santo? Por lo que yo sé, no tengo ningún bastardo.

—¡Solo faltaría! Tienes la muerte de una muchacha sobre tu conciencia.

—Una desgracia, desde luego. Ella misma se lo buscó, Sam. No podía quitármela de encima. Nunca tenía bastante. Nunca la obligué. Una chica muy mona, pero un poco tonta.

—Que Dios te perdone, villano sin corazón. Pero basta ya de esto. ¿Qué vas a hacer?

—Bien, he de admitir que el señor Addy no ha sido tan comprensivo como yo esperaba de un caballero, y me ha despedido. Supongo que encontraré algo por aquí cerca.

—¡De ninguna manera! Te irás de la ciudad, lejos de este municipio.

—Si es eso lo que quieres... Supongo que con alguna ayuda podré irme a otra parte. Pensé que por eso querías verme.

—¿Así que has venido en busca de dinero? ¿Qué has hecho del que te dejó papá?

—No lo entenderías nunca, Sam. He apostado fuerte en ocasiones.

—¿Juego?

—Sam, cuando los señores juegan, los criados juegan. Es una cuestión de orgullo, para mantener el tono. Nunca tuve suerte con las cartas ni con los dados.

—Y esperas que yo te saque del apuro, ¿no?

—Vamos, Sam. Deja de sermonearme y vayamos al grano. Cuando papá murió te quedaste el negocio además de la mitad del dinero, ¿verdad?

—También me quedé con las cargas, y tuve que cuidar de mamá, por cierto, más madre tuya que mía, y he tenido que trabajar duro para adaptarme a los nuevos tiempos.

—Vamos, eso ya lo sabemos todos. ¿Sabes, Sam, que hablaban de ti en el castillo? He oído incluso al mismísimo conde decirle a un jugador sin suerte: «Quizá podrías conseguir un préstamo del alcalde; es un hombre muy comprensivo». Un chiste, por supuesto, pero que esconde una gran verdad. Todo el mundo te conoce, en los ferrocarriles y en las tiendas. Me atrevo a decir que no te cambiarías por uno o dos caballeros del condado. Así que no me vengas hablando de dinero. Estoy dispuesto a escuchar tus razones.

—¿Y cuáles son las razones de hoy, pequeñajo? Seguro que tienes un plan, así que dejémonos de rodeos. ¿Cuánto aceptarías por irte y que nunca más se te vea por aquí?

—Claro que he pensado en mi futuro. Mira, Sam, lo que me iría muy bien es una venta. Muchos de nosotros, cuando dejamos el servicio, nos dedicamos a atender al público.

—Una taberna, ¿no es eso? ¿Y qué taberna? Veo en tus ojos que ya has pensado

en una.

—Si tuviera suerte, hay una bonita taberna a unos ocho kilómetros de camino. Me parece que es suficiente distancia para que estés contento. ¿Has oído hablar de El Mercader de Alepo, en Carno? Podría ser esa.

—¿El Mercader de Alepo? ¡Eso no es una taberna! Es un hotel de campo, vaya capricho. Y supongo que costará un buen pico.

—Cabén unos cuantos huéspedes. Pescadores, ¿sabes? Un lugar pequeño y decente.

—¿Cuánto?

—Ah, ya empezamos a hablar en serio. El Mercader de Alepo, más un poco para saldar mis deudas, más una bagatela para establecerme, podría costarte... oh, digamos que unas dos mil quinientas.

—¡Dos-mil-quinientas-libras!

—Ya que estamos en eso, ponlo en guineas. Cuando jugábamos en el castillo, siempre calculábamos en guineas.

—Eso es más del triple de lo que te dejó papá.

—El dinero se ha devaluado, bien lo sabes. Soy todo lo conservador que puedo.

—Sí, menudo conservador, tú, podrido *tory*, que te has cambiado de chaqueta. Eso es lo que eres, un conservador, un *tory*. Ay, si mamá lo supiera.

—No se lo digas, Sam. Siempre has sabido cuidar de mamá y has aliviado su corazón cansado. Es algo que tengo que reconocer.

La cara de Samuel se ha vuelto gris, por razones que él conoce pero que, afortunadamente, Thomas desconoce. Exagera un poquito porque, como buen galés, es proclive al histrionismo doméstico. Con gesto cansado se sienta en su mesa de alcalde y saca un talonario de cheques de un cajón cerrado con llave y, con su letra redonda y cuidada de comerciante, extiende un cheque y se lo acerca a su hermano.

—Gracias, Sam. Estoy seguro de que, siendo tuyo, es bueno. Lo cobraré por la mañana, si te va bien.

Le va bien. En realidad, es lo conveniente. Si el alcalde ha de pagar por su hermano disoluto, no tiene inconveniente en que la ciudad de Trallwm lo sepa. Los banqueros son unos chismosos por más que pretendan parecer lo contrario. La ciudad sabrá que ha hecho un gesto hermoso, aunque doloroso. No dañará su reputación. Pero la historia tendrá un color diferente al que piensa Samuel, porque, a diferencia de Samuel, los banqueros saben que Thomas dispone de unos bonitos ahorros; su herencia está intacta, incrementada por los gajes de hacer reverencias y mantener la boca cerrada durante veinte años. Hay comentarios cínicos, pero muy humanos y yo, espectador de todo, los entiendo perfectamente.

—Gracias, Sam. Te has comportado como un hermano. Y, ahora, buenos amigos, ¿verdad?

Thomas se ha levantado y tiende su mano al alcalde. Este duda en tomarla.

—Sam, ¿me dejarás ir sin darme la mano? La sangre es más espesa que el agua.

En efecto, así es entre los galeses. Espesa como el alquitrán. Samuel estrecha la mano de su hermano y siente que las lágrimas le asoman a los ojos.

Thomas pliega cuidadosamente el cheque, lo guarda en su cartera y se va con el paso sigiloso del lacayo.

12

El alcalde permanece largo rato sentado a su mesa. No necesita la Biblia para avivar sus reflexiones porque lleva las Sagradas Escrituras en la sangre. «Mas los impíos son como la mar en tempestad, que no puede estarse quieta y sus aguas arrojan cieno y lodo». Isaías lo dijo. Pero también dijo Juan que «aquel que no ama a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ha visto?».

Un punto a tener en cuenta. Ay, qué duro, qué duro es ser cristiano en un mundo tan confuso. Porque Dios, que hizo el mundo, y su Hijo parecen estar en desacuerdo en muchos puntos importantes.

El orgullo de Samuel es el del político radical con éxito, el de un hombre de prosperidad creciente. No solo posee un taller de sastre, también tiene una hermosa granja, llamada Gungrog Hall. No es *hall* en el sentido con que designan a sus casas los nobles rurales, pero está muy por encima de las residencias de los comerciantes y es suya sin trabas ni feudos. No es arrendatario de nadie. Y es allí donde se dedica a la cría de buenos caballos, que quizá sean caballos veloces, y el hombre que posee tales caballos quiere verlos ganar en las carreras.

Pero las carreras de caballos son para hombres de unos conocimientos y una sutileza diferentes a los de un comerciante, y Samuel comparte con los ricos el vicio de creer que conoce los oficios de los demás como el suyo propio. ¿Puede un hombre que inscribe a sus caballos en carreras locales, a veces en sitios tan alejados como Shrewsbury, no respaldarlos? Según los principios wesleyanos, apostar es pecado mortal y Samuel es discreto en sus apuestas, pero en definitiva, apuesta, porque piensa que no es un juego de azar, sino una especie de inversión. ¿Y quién es mejor juez de la capacidad de un caballo que el hombre que lo ha obtenido de una yeguada excelente y lo ha entrenado con el jinete Jones, que ahora es su empleado?

El jinete Jones no es wesleyano. Nada de eso. Ha crecido y ha formado su carácter en un «encierro» de Trallwm, y su lugar favorito de descanso es un tugurio de la ciudad llamado, apropiadamente, El Rompecabezas. El jinete Jones saca provecho de las carreras procurando que los caballos de Samuel no ganen, o ganen solo lo suficiente para no levantar sospechas. De modo que Samuel pierde y pierde y, al cabo del tiempo, Gungrog Hall está secreta y gravemente hipotecada por hombres discretos de Shrewsbury, y Samuel empieza a ir con demasiada frecuencia a la Mansión y a beber en exceso. Sus socios saben demasiado bien que Jones es un sinvergüenza, pero todos poseen la discreción —si así puede llamarse— de los

galeses y no dicen nada a Samuel. Ni él daría las gracias si se lo dijeran. Y murmuran que el alcalde se está hundiendo peligrosamente.

Samuel todavía es un hombre recto y esto es la causa de su hundimiento definitivo, y Gungrog Hall y los caballos terminan bajo el martillo del subastador. Llega incluso a arriesgar la sastrería, pero no acaba del todo con ella, porque Samuel ha sido tan precavido que la ha registrado a medias con su hijo mayor Walter, su socio al cincuenta por ciento. Pero la mitad de la sastrería no es suficiente para salvar a Samuel. Está anocheciendo cuando Samuel avala la factura de un compañero diácono de la capilla, un tal Llewellyn Thomas, tendero y avituallador a gran escala. Tan a gran escala como lo demuestra lo elevado de la factura, y a Llewellyn Thomas solo lo salva de la bancarrota este acto de confianza y el principio que Samuel ha mantenido durante toda su vida, que un hombre nunca debe dar la espalda a un amigo. De modo que la bancarrota cae sobre Samuel, que paga la factura sin quejarse y queda arruinado. ¡Oh, Heráclito! ¡Oh, Wesley!

13

¡Bancarrota! ¡El fantasma, la sombra destructora del mundo comercial en los tiempos de Samuel! Porque en aquella época un hombre solo podía ir a la bancarrota una sola vez; no había segundas oportunidades. No se daba opción para una segunda bancarrota. Todo sucede en unos pocos meses. Samuel se retira a una vida modesta en la vivienda sobre la sastrería, a la espera del día en que deberá, según el dicho local, «subir los escalones del juzgado» y ser declarado oficialmente en bancarrota.

Por supuesto que no se verá arrastrado a la soledad y a la penuria, porque Walter hace cuanto está en su mano para que su padre esté lo más cómodo posible. Samuel no tiene que vérselas con el asilo, ese terrible lugar con que se amenaza a los niños y a las personas poco previsoras. Pero ha sido un gran hombre en su mundo y ahora tiene que afrontar una desgracia aún mayor que la causada por Thomas.

Y yace postrado en la cama y dos días antes de subir los temidos escalones para someterse a sus compañeros magistrados, Samuel sufre un ataque cardiaco y su hijo lo encuentra muerto. Muerto de desgracia, que era, y sigue siendo, una enfermedad fatal. El destino ha tramado su antiguo plan, nuevo y desolador para cada nueva víctima.

Nuevo y desolador para mí también. Yo, el paciente espectador, lloro, a mi modo fantasmagórico, por Samuel, porque es mi tatarabuelo, de quien todo me era desconocido salvo su nombre, pero cuyo cabello rojo oscuro es también el mío. No importa que fuera una persona mediocre, solo un hombre que destacó en una pequeña y distante ciudad que no he visto nunca, y que se arruinara por ser orgulloso, estúpido, leal y bueno, según sus luces. Como yo, y ahora lo entiendo. No hay peor cosa que una persona mediocre. Todo el mundo es un jugador en uno de los trillados

juegos del Destino, y ganar o perder no depende del juicio de los demás, sino del juicio del propio jugador.

Y así desaparece Samuel, dejando un embrollo tras él. Y el encargado de desenredarlo es su hijo Walter, la persona menos adecuada.

Sé algo de Walter, porque un pasaje de esta acción recurrente, a la que tan aficionado parece el director, me muestra su niñez y su juventud, su decadencia y su matrimonio.

14

Walter fue el niño inteligente y David, el niño simpático y alegre. Walter fue piadoso y aplicado en sus estudios y fue enviado interno a un buen colegio —no a uno de los grandes colegios privados de Inglaterra, sino a uno galés impregnado de ideas wesleyanas—, donde ganó premio tras premio y destacó como una promesa en matemáticas. Organizó reuniones de oración entre los chicos más piadosos y dio ejemplo de observancia religiosa y examen de conciencia verdaderamente wesleyano. Fue un muchacho de complexión sólida, cuyas fuertes piernas le ganaron el apodo de Postes de Portería. Estaba muy claro el destino que le esperaba. Como todos los chicos piadosos sintió la vocación del sacerdocio, pero pronto lo dejó a un lado y puso sus esperanzas en el servicio al Estado. Un buen matemático siempre tiene un sitio en el Estado, y Walter, además, tenía algo de lingüista; desde su infancia habló galés e inglés y el hecho de ser bilingüe le facilitó en gran medida el aprendizaje del latín y del griego, que absorbió sin ninguna dificultad. Los Ministerios del Tesoro, de Asuntos Exteriores o del Interior parecían por igual a su alcance y, cuando al final consiguió una beca para Oxford, sus deseos parecieron prácticamente asegurados.

Pero el destino ha dispuesto otra cosa. Solo tiene dieciocho años cuando su madre cae gravemente enferma y lo llama junto a su lecho.

—Walter, queridísimo hijo —le dice—. Quiero que me prometas que nunca abandonarás a tu padre. Te necesita. No es tan fuerte como todo el mundo cree. Y tú sabes que David es un fiasco. Tu padre necesita un báculo sólido en que apoyarse. Prométemelo, querido.

Walter se arrodilla junto a la cama y hace su promesa, porque ¿quién puede hacer otra cosa ante una madre moribunda? Y esto, en muchos aspectos importantes, es el final de Walter. Reza para poder cumplir su promesa, ser báculo y fortaleza, y al cabo de quince días muere su madre.

Ciertamente, David es un fiasco. Ha aprendido los intrínquilis de la sastrería elegante de Londres, es un buen cortador, pero desperdicia gran cantidad de buen paño porque nunca está del todo sobrio. Samuel está convencido de que la responsabilidad lo tranquilizará, y establece a David en su propia sastrería de Machynlleth, donde David se convierte en fuente de recursos de las tabernas. Sí, y

también de la cantina de la estación del ferrocarril, porque en Gales las tabernas cierran los domingos, pero un viajero *bona fide* siempre puede obtener bebida en la estación. Veo, pues, a David, un tunante regordete y pelirrojo, rondando por la estación con un maletín vacío en la mano a la hora del paso por Machynlleth de sus dos trenes dominicales; cuando llega el tren, corre a lo largo de las vías, salta la barrera que da acceso a la estación y entra en la cantina, simulando ser un viajero. Por supuesto que la muchacha del mostrador lo conoce y sabe a qué viene, pero es una chica comprensiva y generosa, como suelen serlo muchas camareras. No pasa mucho tiempo sin que tenga que cerrar la sastrería, y David, cual hijo pródigo, regresa junto a su padre, pero Samuel lo recibe con la ternera más escuálida. Más como a una oveja negra, según dicen las malas lenguas de Trallwm.

Es evidente que el justo Samuel no puede dar a David su tienda ignorando al sumiso Walter, y da a este la mitad de su tienda de Trallwm que, a partir de entonces, se llama Gilmartin e Hijo. Pero Walter no es sastre. Se resigna, pero suspira por el Ministerio del Tesoro en Londres. A la muerte de Samuel, un hombre con el corazón destrozado, Walter hereda la parte de la tienda que no han devorado los acreedores y la humillación que le causa David.

David es un sinvergüenza, como suelen ser tantos borrachos, y en los días de mercado se le ve en la calle, frente a Gilmartin e Hijo, sorteando caballos y carrozas.

—¡Miradlo! —grita—. ¡Mirad a mi hermano Walter, que no es capaz de pagarle una pinta de cerveza a su único hermano! ¡Ahí tenéis a un cristiano!

La gente del pueblo desvía la mirada y los caballeros, desde sus carrozas, muestran su disgusto. Walter se esconde en la tienda, en el taller del fondo, entre los sastres que se sientan con las piernas cruzadas en la «plancha» —la plataforma baja donde cosen y planchan la tela extendida sobre una tabla que mantienen sobre las rodillas—. No miran a Walter, pero oyen a David y, aunque sienten lástima por Walter, también le echan la culpa.

15

No todo es tenebroso en la vida de Walter. Es un hombre respetado en la capilla y su matrimonio es su gran fortaleza.

Se ha casado con Janet Jenkins, maestra de escuela y hermana de John Jethro Jenkins, cuñado de Walter por partida doble. Polly, la hermana de Walter, ha terminado, como termina una muchacha de su posición, en la escuela del doctor William, en Aberystwyth, y es en esa próspera ciudad costera donde conoce a John Jethro, que trabaja en ese mundo tan vago que se llama importación y exportación, y se casa con él. John está convencido de que es un gran hombre, porque es erudito y pensador, además de orador elocuente en asuntos de política reformista. Sin embargo, no es un hombre práctico; de serlo nunca se habría casado con Polly Gilmartin, cuya

única virtud como esposa es la extravagante admiración que siente por él.

Janet es un pájaro de distinto plumaje. No de un plumaje multicolor, sino de un rojizo brillante. Es una maestra suficientemente buena, por lo menos para enseñar lo que tiene que enseñar, lectura, escritura y algo de música, pero es piadosa, animosa, trabajadora y ama a Walter con todo su gran corazón. Walter le corresponde, y la vida hogareña le permite soportar la dura carga de su destino.

Es humilde, pero no cobarde. Es educado, pero no adulador. Aborrece lo que hace, porque ahora el trabajo de Gilmartin e Hijo se ha reducido casi exclusivamente a hacer libreas. Como confeccionista de libreas tiene que visitar las grandes mansiones rurales cuyos propietarios son miembros del partido reformista, y tomar medidas a los criados para las libreas que forman parte de sus salarios.

No son libreas como las del castillo. Nada de casacas de terciopelo para lacayos con pelucas empolvadas, sino prendas elegantes para los hombres que sirven la mesa, atienden la puerta y, sobre todo, cuidan de hermosos caballos. Los botones con escudos, que se fabrican en Shrewsbury, han de pedirse en su cantidad exacta hasta la última bocamanga, porque son muy caros y un sastre ha de tener siempre algunos en reserva, pero no demasiados. El chaleco de seda a rayas del mayordomo no ha de tener los mismos colores que se ven en la mansión vecina. Las libreas han de ajustarse a los cuerpos de los cocheros obesos, de los caballeros con piernas arqueadas —tan arqueadas como las de los sastres que se sientan todo el día en la plancha con las piernas cruzadas— y de los lacayos de todo tipo, pero han de tener la forma más común posible, exigen las medidas más cuidadosas, y los criados pueden ser muy críticos con el sastre que no consigue este milagro. Y Walter ha de ir a estas grandes mansiones en su calesa alquilada, comer lo que le ofrecen en las dependencias de los criados y arrodillarse en la sala de los sirvientes para medir los brazos, las entrepiernas y las espaldas de unos sirvientes que no siempre le hablan con la debida educación.

Walter piensa dolorosamente en Oxford, en las matemáticas que se ocupan de medir cosas distintas a la distancia entre una rodilla y una ingle, en el latín y el griego que, al parecer, solo le han servido para llegar a esto. Nunca se arrepiente de haber cumplido la promesa hecha a su madre en su lecho de muerte. Honra a tu padre y a tu madre. Muy en particular a tu madre. Y a tu abuela, porque la anciana de Llanfair Caereinion aún necesita cuidados, por muy abuelastra que sea.

Y me pregunto: ¿acaso Walter es necio? ¿Cómo no tiene el valor de acabar con esta vida miserable y no busca mejor suerte en otro lugar? Pero sé que son preguntas estúpidas, porque esto es lo que ha ocurrido y ya no puede cambiarse. Walter es un hombre de su época. Un hombre de principios, aunque sean principios equivocados. Después de un día entre lacayos y caballeros, que son sarcásticos con quienes les sirven, cuando pone rumbo a su casa sabe siempre que Janet le espera.

Por supuesto que tienen hijos. Cuatro. Los varones son Lancelot y Rhodri y las niñas, Elaine y Maude, y de estos nombres colijo que Janet es una romántica que lee

a Ossian, a un Malory modernizado y, sobre todo, a sir Walter Scott. Lee en voz alta a sus hijos, incluso los domingos, mientras Walter se ocupa de mejorar la publicación metodista, *La hora del ocio*. Sin darse cuenta, Janet pone un colorido en la mente de sus hijos que aún persiste en la mía. Todos, sin darnos cuenta, somos unos románticos.

Pero es evidente que Janet no se considera una romántica. Incluso dudo de que esa palabra signifique algo para ella. Es una wesleyana convencida, incapaz de ver que el wesleyanismo es la manifestación del movimiento romántico en la religión. ¿Acaso mi padre no es profesor de literatura inglesa en una elegante universidad canadiense, donde está establecido dogmáticamente que el movimiento romántico sigue al neoclasicismo y precede al modernismo? Romanticismo: subordinación de la lógica y de la razón estricta al sentimiento; papel dominante de la emoción en la formación de juicios y determinación de los actos. Fuente de mucha de nuestra mejor poesía.

¿No era el wesleyanismo de tendencia romántica? No, desde luego, para aquel clasicista elegante que fue John Wesley, pero este habló a gente ajena a la disciplina clásica del pensamiento, gente que gozaba con la exuberancia y la frescura de sus sentimientos desbocados. A esta audiencia no le iba el tono frío y reverencial de Addison, aquel que escribía y creía en los espíritus celestiales:

*Se alegran con el oído de la razón
y proclaman con voz gloriosa,
cantando eternamente en su resplandor, «Divina es la mano que nos hizo».*

Los wesleyanos buscaron y encontraron una fe profundamente personal que no podía darles la establecida Iglesia de Inglaterra. El tono de su adoración era:

*Dejó arriba el trono de su Padre,
tan libre e infinita es Su gracia,
se despojó de todo, salvo de su amor,
y se sacrificó por la miserable raza de Adán.
Esta gracia, inmensa y gratuita,
Dios mío, me ha encontrado.*

Me ha encontrado. Me ha puesto en contacto directo con Dios. Ha hecho de mí y de mi salvación la fuerza impulsora de la vida.

Qué maravilloso, qué infinitamente satisfactorio es saber que, a los ojos de Dios, el conde y el vicario no son más que yo. Niños extraviados, todos. He aquí la democracia en religión, y la democracia, una vez aliviada de la férula de los filósofos, es una idea irremediabilmente romántica. La noción clásica de sociedad presupone

jerarquía, y la jerarquía no puede abolirse en un mundo donde algunos hombres son, sin discusión, superiores a otros. ¿No se había convertido Samuel Gilmartin en el primer alcalde inconformista de un municipio galés? Aquello fue, a fin de cuentas, un logro romántico. La religión y el romanticismo combinados, una mezcla explosiva.

16

Ah, pero la jerarquía no puede desaparecer. Pesa en la capilla y surge igualmente en la tienda y en la vivienda que hay encima de la tienda.

Elaine y Maude lo saben y lo sienten cuando, en la temporada de caza, la calesa del conde pasa por las calles de la ciudad y deja en las casas de los comerciantes fieles un puñado de faisanes, pero pasa de largo por la puerta de los Gilmartin. A Elaine y a Maude nunca las invitan a las fiestas del verano ni a la fiesta de Navidad de la parroquia, donde las muchachas conservadoras se divierten tranquila y respetuosamente con sus vestidos excelentes aunque pasados de moda. A los once y trece años no es fácil entender que Jesús las ama igual que presumiblemente ama a los conservadores y a los dependientes del castillo. Hay que apretar los dientes, y esto da paso en algunas ocasiones a cierto orgullo espiritual.

Para los varones, la cosa es un poco más sencilla. Asisten al colegio de Timothy Hiles, en Oldford Road, y se pelean de vez en cuando con los chicos inferiores de la escuela nacional, donde los maestros no llevan toga ni birreta como el señor Hiles cuando les enseña un poco de latín. Suficiente latín, sin embargo, para que llamen a sus padres «el Pater» y «la Mater», lo que les da cierto tono por encima de la escuela nacional. Llevar la gorra de la escuela de Oldford y saber el escaso francés que intenta enseñar el pobre Monsieur Boué, ante la protesta de los muchachos que piensan que los franceses y su idioma son una tontería, marcan el tono de una buena educación. Pero Lancelot y Rhodri nunca dejan de quitarse las gorras cuando pasa el landó del castillo, porque la bella condesa es el romanticismo personificado. Es más joven que el joven conde, su esposo, que ha sucedido a su tío sin hijos. La condesa es una famosa belleza de Londres, la más bella de la *saison*. Se murmura que es una jugadora empedernida y que gran parte de las rentas del conde sirven para pagar sus deudas de juego. Eso es romanticismo, romanticismo que no encuentran en la capilla. Los chicos difícilmente pueden resistirse al romanticismo y al orgullo espiritual.

Mientras sigo viendo la película, me pregunto cuánta gente puede caber en la pequeña tienda y en las habitaciones de arriba. La tienda principal da a la calle. No es muy grande y está casi totalmente ocupada por una mesa redonda de caoba, donde pueden extenderse los rollos de tela que hay en los estantes para mostrarlos y que los manoseen. Detrás está el taller, más amplio que la tienda, donde hay cinco sastres sentados en la tarima, fumando sus apestosas pipas y divirtiéndose con historias indecentes cuando Walter no está para vigilarlos; una pequeña estufa de carbón sirve

para calentar las planchas; el aprendiz se apresura a entregar una cada vez que se la solicitan, porque las costuras se planchan una vez terminadas sobre la tabla que el sastre, sentado con las piernas cruzadas, mantiene sobre sus rodillas. Todo esto, más la gran mesa del cortador, abarrota el taller.

A la vivienda de encima de la tienda se accede mediante una discreta puerta que da a un diminuto pasillo y a una escalera de caracol. Justo encima de la tienda, la sala de estar ocupa toda la fachada a la calle; detrás están los dormitorios, uno para los padres y uno para las muchachas; encima hay una habitación de techo bajo, algo mayor que un desván, donde duermen los chicos y se guardan los trastos.

La cocina, por supuesto, está en el sótano, un agujero húmedo donde Liz Duckett, la sirvienta para todo, prepara las comidas y sirve el desayuno y el almuerzo a los niños, subiendo dos tramos de escalera para llevar la comida a los padres en la sala de estar. También acarrea agua a los dormitorios y baja los orinales para vaciarlos en el retrete de ladrillo que hay en el patio, detrás del taller. Janet y sus hijas se ven obligadas a ejercer una gran inventiva cada vez que visitan este retrete para que los malpensados sastres no imaginen lo peor de ellas. Habitualmente simulan que llevan o traen algo del tendedero que cruza el patio hasta la pared trasera y en el que siempre hay alguna ropa tendida. Pero Liz no se anda con disimulos, es demasiado humilde para sentir vergüenza. Suele llevar un ojo enrojecido, consecuencia de la juerga del sábado por la noche en Puzzle Square o en el encierro donde vive en las pocas horas que son suyas. Pero veo que no hay que compadecerse de Liz. Es una mujer trabajadora y tiene su propio orgullo.

Inocentemente imagino que en la casa ya no cabe un alfiler, pero los visitantes son frecuentes. La caridad —la caridad wesleyana— no puede ignorar a quienes llaman a la puerta en demanda de comida o bebida mientras esa demanda sea razonable, y ya se sabe que la razón es elástica, como un acordeón. Un evangelista que visite la capilla en su gira evangelizadora puede quedarse a pasar una o dos noches. Suele dormir en una cama plegable en la sala de estar y se contenta con ello. De vez en cuando, cuando está sobrio o en periodo de recuperación, el tío David se queda durante uno o dos meses, hasta que vuelve a las andadas y entonces duerme donde y con quien solo Dios sabe. Cuando duerme en la casa comparte la cama con los dos niños y solo con Rhodri cuando Lancelot ingresa interno en la escuela de Llanfyllin.

El tío David no es un compañero de cama fácil, porque se empeña en ocupar el centro, echado y leyendo el *County Times* con ayuda de una lámpara de aceite que pone sobre su amplio tórax. Siempre hay el peligro de que se duerma y se vuelque la lámpara, pero nunca llega a ocurrir. Obsequia a los niños con trozos de noticias y comenta de muchas maneras lo que trae el periódico, porque está pendiente de todas las habladurías de Trallwm y es obsceno. También sueña en voz alta cuando duerme.

Soportan todo esto hasta que un día la tía Polly llega de Llanrwst a pasar una larga temporada, porque está «reposando», que es la expresión empleada entre ellos para decir que está embarazada. Se trae a la pequeña Olwen, porque la niña aún no ha cumplido dos años y necesita a su madre. Los otros cuatro hijos se han quedado en Llanrwst, presumiblemente bajo la nube que ahora se cierne sobre el destino de John Jethro Jenkins, retirado a aquel modesto pueblo hasta que se arreglen ciertos asuntos desagradables en Aberystwyth, donde los negocios de importación y exportación languidecen a causa de la depresión del comercio. No es que se le impute nada deshonesto, solo alguna negligencia que ha provocado el enfado y las palabras soeces de hombres que no saben distinguir entre las sombras de la culpa y todo lo ven en blanco y negro, en libras y peniques.

Una mujer que está «reposando» ha de estar protegida de tales minucias.

—Ay, Janno, tú no sabes lo que he llegado a aguantar en Llanrwst —dice Polly con más frecuencia de lo necesario.

El corazón de Janno responde con generosidad y el paciente Walter se resigna a dormir con su mujer en la habitación de las niñas, porque es evidente que una mujer que «reposa» necesita la mejor cama.

Elaine y Maude están descontentas con dormir en una cama plegable, que hay que esconder cada día, en la sala de estar, pero Janet les habla de la caridad cristiana. Pero no por eso dejan de ir continuamente a la habitación de los padres, la que había sido de ellas, para coger sus ropas. Esto puede ser molesto para Walter y Janet, pero las niñas piensan que los inconvenientes de la caridad cristiana deben ser compartidos. Soportan la molestia de tener que sacar a paseo a la pequeña Olwen en su cochecito. La pequeña Olwen no es una niña atractiva; gimotea continuamente y, para ser tan joven, se entromete demasiado en las conversaciones de las niñas.

Lo peor aún está por venir. La depresión generalizada frena todas las actividades comerciales de las islas británicas; son muchos los que no tienen dinero y los que lo tienen están resueltos a conservarlo. Walter nota el pellizco. Y el pellizco se hace más doloroso cuando John Jethro Jenkins y sus cuatro hijos llegan de Llanrwst, que ha decidido dejar en manos de sus mezquinos habitantes, y «acampar», tal y como dice, durante una temporada con su cuñado y su hermana, hasta que el sueño de su nueva aventura se convierta en realidad.

—Es asombroso, Walter, lo ciega que es la gente cuando tiene la oportunidad delante de los ojos. Vamos a ver, tú me conoces. Conoces mis puntos de vista. Soy un utilitarista, con eso lo resumo todo. Cualquier cosa que dé el máximo beneficio al máximo número de personas. Pero alguien tiene que coger al toro por los cuernos y ver las ventajas, lo cual exige dos cosas: visión y capital. La una sin lo otro no vale

para nada. Eso es evidente. Yo tengo esa visión y tengo la ocasión, una ocasión que raras veces se presenta en la vida de una persona excepcionalmente afortunada como yo. El problema es el capital. Veamos, no sé cómo estás de dinero, pero imagino que no te va mal. Una buena situación, una buena tienda y un distrito amplio a tu alcance. Si no te fuera bien es que algo está equivocado. ¿Cuál es tu situación, si me permites preguntarlo?

—John, habrás oído que la depresión afecta a todo el país. El momento es difícil. Después de los problemas de papá, sanarlo todo me ha costado una buena cantidad de dinero. Un poquito por aquí, un poquito por allá, pero al final ha sumado una cantidad enorme.

—Ah, pero no lo ves, Walter. No, por supuesto que no lo ves. Has dejado que esta pequeña Trallwm te ciegue. Esto que llaman depresión es algo pasajero, pero ofrece la oportunidad a los que tienen visión. Cualquiera puede golpear el hierro cuando está al rojo vivo. Pero es el hombre con visión el que golpea justo antes de que se enfríe y asombra a los que estaban alarmados por una recesión pasajera. ¿Y dices que no puedes aportar nada de capital?

—Ni un penique.

—Eso es lo que crees. Pero te equivocas, Walter, te equivocas. Dispones de un capital inmenso. Tienes tu buen nombre, tu crédito, tu reputación como hombre de honradez excepcional. Puedes pedir prestado. Cuando le digas a tu banquero lo que voy a decirte ahora, te abrumará con ofertas. Los banqueros no son tontos y tú lo sabes.

—Cierto: no más que la mayoría de la gente.

—Escúchame. Y, por favor, considera esto, de momento, *sub rosa*. Ya sabes, confidencialmente.

—Sé algo de latín, John.

—Claro que sabes latín. Es otro aspecto de tu capital del que no te aprovechas. Ahora presta mucha atención a lo que te voy a decir: Tengo un socio. No hace mucho que lo conozco, pero es una de las personas más impresionantes y con más visión de todas las que he conocido. Acaba de regresar de Canadá. Un país dorado. Hay oportunidades por todas partes y gente de todo tipo acude allí para aprovecharlas. Las grandes oportunidades pasan rápido, pero aún queda tiempo para hacer grandes cosas. Ahora, Walter, piensa bien antes de contestarme: ¿qué es lo que el mundo necesita ahora más que nada?

—Me gustaría saberlo.

—Lo sabes. Piénsalo. ¡Carbón! ¡Eso es lo que necesita! ¡Carbón! ¡El diamante negro! La industria se está paralizando por falta de carbón. Canadá rebosa de carbón, y hasta ahora apenas se ha explotado. Pues bien, este hombre —no te puedo decir su nombre, porque insiste en la confidencialidad más estricta— trabaja como agente de una gran empresa de Liverpool, y está ofreciendo grandes parcelas de terreno de una cuenca carbonífera al norte de Manitoba, a precios de risa. Podría hacerme con

doscientas hectáreas de un yacimiento riquísimo de carbón en una zona del norte, notable porque el carbón casi aflora en la superficie. Casi puedes cogerlo con la mano, así que el trabajo de excavación es mínimo. Y el carbón, cuando se ha amontonado —fíjate bien, amontonado, no trabajosamente extraído— puede embarcarse hacia el sur por el río Nelson hasta la próspera ciudad de Winnipeg, desde donde puede distribuirse a todo el mundo. No solo a Gran Bretaña, cuidado, sino a todos los sitios del mundo necesitados de carbón. Es una de esas rarísimas ocasiones en que la oportunidad y la visión solo están esperando el toque fugaz del capital para crear enormes fortunas. ¡Estupendo! ¿Qué te parece?

—Yo sé, John, que no soy un capitalista.

—¡Pero sí que lo eres! Terminarás por convencerte. Eres prudente, pero no eres tonto. Entretanto, voy a ver quién puede estar interesado en el condado. Para empezar, me parece que voy a probar con las grandes familias liberales. Personas con visión. Supongo que podré usar tu nombre.

—No te lo aconsejo, John. Desde los apuros de mi padre, el nombre de los Gilmartin no suena tan bien como solía. Pero te deseo el mejor de los éxitos. Créeme.

—Walter, es algo grande. Inmenso. Diré más: abrumador. Me quedo extasiado pensando en lo que Canadá significa para nosotros.

Pero, entretanto, John «acampará» hasta que llegue el momento de llevar a Polly y a los niños a Canadá, al Nuevo Mundo, donde olvidará para siempre la mezquindad y las restricciones sociales de Gran Bretaña. John Jethro es, y toda la familia está de acuerdo, un hombre notable y animoso. Y esto es un gran mérito habida cuenta de que está algo «tocado» de los pulmones. Solo un asomo de tuberculosis, la plaga de Gales y, en el siglo XIX, una plaga tan alarmante como el sida en el mío. Una de sus características es la animación, la exaltación que la acompaña, la vivacidad de las facultades mentales. Veo a John Jethro en la pequeña sala de estar, cantando con auténtica retórica galesa la fortuna que les espera a todos. Walter escucha con la triste reserva del hombre que no sabe cómo pagar sus facturas y cuyos deudores son morosos. Maude y Elaine bostezan tapándose la boca con la mano, impacientes por montar su catre para irse a dormir. Solo Polly y Janet escuchan embelesadas, con la confianza de las mujeres del siglo pasado, acostumbradas a creerse todo de sus maravillosos hermanos y esposos.

Incluso yo, que tan poco sé de geografía, sé que aunque hubiera tanto carbón —que no lo hay—, el río Nelson, tan turbulento y traidor por sus rápidos, es un camino imposible para una barcaza pesada. Además, fluye en sentido contrario. ¿Cómo se va a llevar una barcaza remontando rápidos en un río que no dispone de refugios? Me toca contemplar una de aquellas escenas, tan corrientes en la vida de Canadá, donde las grandes esperanzas alzan el vuelo alzadas por la ignorancia y las grandes aventuras conducen al desastre.

Como es lógico, John Jethro comparte la cama de Polly, que aumenta de tamaño con mayor rapidez de lo que suelen las mujeres embarazadas. La suavidad y la

generosidad de su naturaleza encuentra su contrapartida física en esta hinchazón. La pequeña Olwen duerme en una cesta en el suelo. Duerme es un decir, porque le están saliendo los dientes y casi siempre llora. Pero John Jethro y Polly duermen en el mejor dormitorio con el sueño profundo de las personas alegres y confiadas.

Los niños —Albert, Thomas, Harry y Lloydie— no tienen sitio en la vivienda sobre la sastrería. Deben ir al final de la calle y alojarse con la señora Joe Davies, una prima en cuarto grado. Walter paga los pocos chelines que cuesta tenerlos en el desván de la señora Joe porque John Jethro, el empresario, está temporalmente apurado y no puede correr con tales gastos. Pero, por supuesto, los siete Jenkins comen tres veces al día en la mesa de los Gilmartin, y los chicos en edad de crecer comen de un modo prodigioso. Janet se ríe del apetito monstruoso de los chicos al tiempo que estira el dinero para poner comida a tantos comensales.

18

¡Querida Janet! Me veo enamorado de ella, sí, de mi tatarabuela, cuando contemplo estas escenas, donde su ánimo y su dulce temperamento mantienen a flote a una familia compuesta por un hermano lunáticamente optimista, un esposo desanimado, matemático convertido en sastre, su cuñada Polly, una máquina que solo sirve para llenar el mundo de criaturas, y nueve niños, chillones y egoístas, como son y deben ser los niños si quieren salvar sus almas en el mundo de los adultos. No es que Janet sea muy lista ni tenga una gran fortaleza física. No es una Juana de Arco, pero mediante su fe y su sencilla bondad —virtudes que no abundan en el mundo que yo había abandonado pocos días antes de ver esta película—, se las arregla para mantenerlos a todos y sacarlos a flote, y casi siempre con una sonrisa.

Es estricta como maestra y, a riesgo de caer en el defecto galés de la adulación, he de decir que es una maestra amable, obedecida por sus hijos. Enseña la fe y la bondad tal como ella las entiende. Dispone de un repertorio de lecciones, algunas consistentes en canciones. Una de sus favoritas, tomada del suplemento de Navidad de *La hora del ocio*, dice así:

*Hay una regla excelente
que he aprendido en la escuela
y que voy a enseñarte.
Cuando sientas el corazón triste
y el mundo se te haga pedazos,
te ruego que no te des lástima;
no, levanta la cabeza
y ríete de tu mala suerte.
Emplea siempre este truco*

que nunca falla en un mal momento:

¡HAZ ENSEGUIDA ALGO POR ALGUIEN!

OH.

Haz enseguida algo por alguien

y desaparecerán tus cuitas en un instante.

No te apures por ti

pues hay una buena obra que cumplir:

¡HAZ ENSEGUIDA ALGO POR ALGUIEN!

Janet brinca alegremente, siguiendo el compás del dos por cuatro de la melodía sacada del senil Broadwood, ladeando la cabeza y sonriendo mientras canta, todo un modelo de bondad metodista. Y practica la lección que enseña. Piensa que ella, como criatura humana, puede hacer tan poco, y todo cuanto hace es reflejo de ella misma, que nunca cree conseguir la victoria que su alma desea.

Ojalá John Jethro no fuera un hombre de espíritu tan resuelto y de opiniones tan firmes. Acude a la capilla wesleyana, por supuesto, porque los domingos, como todo el mundo, ha de ir a alguna parte, pero va con ánimo rebelde. Se sienta en el banco de los Gilmartin con los brazos cruzados y un gesto de contradicción reprimida en el rostro. Es evidente que está en desacuerdo con todo cuanto dice el ministro, que podría rebatir con la información que saca de los libros progresistas que lee. La historia de la creación es una perfecta tontería; Darwin se ha encargado de demostrarlo. Moisés creyó ver el arbusto en llamas, pero cualquier burro sabe que lo que Moisés vio fue un pozo de petróleo ardiendo, y lo que oyó se lo inventó su mente de *tory*. ¿Cómo puede creer en tales tonterías la gente razonable del siglo XIX?

Cuando un inflamado evangelista —nada menos que el formidable Gipsy Smith— va a la capilla a predicar una serie semanal nocturna de sermones para fortalecer la fe de los que ya tienen fe, John Jethro monta un escándalo. La última noche de su misión, el evangelista pide a todos los que se crean salvados que se pongan de pie, y todos, a prisa y haciendo ruido, se levantan, algunos hasta sollozando de alegría. Pero John Jethro permanece sentado, como si fuera una estatua modelada en plomo. Su hermana y su esposa tiemblan por él. Polly, a pesar de la torpeza que le ocasiona su estado, se ha puesto de pie, llorando por su irredento marido. Después, durante una cena ligera encima de la sastrería, explica su postura. ¿Cómo puede creerse salvado un hombre que nunca se ha considerado perdido? ¿Acaso no es él una parte del gran proceso de la evolución, que no desperdicia nada? Si Dios existe, Darwin le ha dado un sentido nuevo. Se niega a seguir al rebaño, no tiene ningún deseo de ofender, pero no puede someterse a una tontería. Lo que Dios espera de John Jethro Jenkins no es que se salve, sino que explote al máximo sus posibilidades.

Walter, secretamente, está medio de acuerdo con él, pero él se levantó entre los salvados porque es un hombre de paz y aborrece el escándalo. El Dios de Walter

sigue siendo el Dios misericordioso de John Wesley, para quien altercados como este son innecesarios e impropios. El Dios de Walter es un Dios de un hombre que, sin saberlo, es un romántico.

19

El romanticismo de Walter se expresa en la política. Es un liberal convencido, pero no díscolo ni conflictivo, y su dios en esta tierra es el señor Gladstone. En la pared de su pequeña sala de estar cuelga un retrato de Gladstone, junto a un grabado de John Wesley que la familia ha ido heredando desde los días de Wesley Gilmartin, aquel que fue una vez mozo de posada en Dinas Mawddwy. Se acercan las elecciones y Walter desea ver con toda su alma el triunfo de Stuart Rendel, el candidato liberal que disputa su escaño al candidato de la poderosa, antigua y formidable familia Williams-Wynn. John Jethro, por supuesto, aparece en todos los actos de propaganda que quieren aceptarlo para hablar en favor de la causa liberal. Pero es demasiado vehemente y rencoroso y resulta casi una carga para su partido. Es Walter quien actúa con resolución.

Tiene un primo —es difícil decir en qué grado, pero dentro de los nueve— que ejerce el oficio que en aquella época se llamaba «colorista», que tiene que ver con pinturas, las cuales mezcla y aplica donde le piden, garantizando que durarán toda la vida. Y es a este primo, Ned Thomas, a quien Walter confía su gran plan. Ned está encantado de ayudar porque su ayuda está relacionada directamente con su trabajo. De modo que, después de dejar a sus respectivas familias en la cama y de rezar las plegarias nocturnas a la manera de entonces, Walter, con Tom Evans, otro primo, y sus correligionarios se sumergen en la oscuridad de la noche de un domingo y se ponen a transformar la ciudad de Trallwm. Llevan ropas viejas y se han oscurecido las caras con hollín. Con la pintura más roja que Ned Thomas ha podido fabricar, pintan con letras gigantescas «Vota a Rendel» en todos los suelos de la ciudad.

El lunes por la mañana, día de mercado, con la ciudad atestada de gente, los corazones *tories* se sienten ultrajados. No se ha pintado nada en ninguna pared o edificio privado, de modo que nadie tiene un motivo claro para actuar, pero el juez de paz principal se apresura a reunir a los cuatro ciudadanos más leales para decidir lo que se ha de hacer. Uno de estos pilares de la sociedad es Walter Gilmartin, que conviene con el magistrado y los otros que se trata de un asunto muy grave. Un ultraje, en efecto. Como es de esperar en Walter, su indignación está atemperada por su sentido práctico, y sugiere que se reúna un grupo de hombres sin trabajo, se les provea de cepillos y un disolvente (vinagre es lo mejor que se les ocurre), y limpien la ciudad. Y es lo que hacen. Pero la pintura de Ned Thomas no desaparece, y durante todo el día de mercado los sudorosos rascadores rascan, y los partidarios de los *tories* les conminan a que rasquen con más fuerza, hasta que toda la ciudad apesta a vinagre

y, llegada la tarde, todo el mundo se ríe a carcajadas. Se ha introducido una novedad en el solemne mundo de la política y es bienvenida por todos. Es la muestra del ingenio y el espíritu de alguien. El mensaje impertinente no desaparece y, cuando llega el día de la votación, Stuart Rendel es elegido por un margen de apenas doscientos cincuenta votos, pero es suficiente con lo cual se tuerce una vez más la influencia del castillo y de la familia Williams-Wynn.

Nadie descubre nunca quiénes fueron los culpables y, hasta mucho después de haberse trasladado la familia Gilmartin a Canadá, Walter no confiesa a sus hijos que él estuvo en la raíz del escándalo. Ni siquiera lo sabe Janet, porque no es la clase de asuntos que se tratan con una esposa. Veinte años más tarde, cuando Trallwm lleva tiempo siendo un municipio liberal, todavía pueden verse restos de pintura roja en las calles más tranquilas.

20

¿Por qué los Gilmartin emigran a Canadá? El primero en marcharse es John Jethro. Necesita ir a los campos carboníferos, en los que ha invertido mucho dinero de otros, para averiguar por qué no ocurre nada allí. Nunca llega hasta ellos, pero sí que se va a Canadá y descubre un país nuevo donde apenas se necesitan sus dotes retóricas y su optimismo irreductible. Durante un tiempo —para pasarlo mientras busca cómo ocuparlo en serio— acepta (así lo dice) un puesto secundario en el despacho de un abogado, y está tan entusiasmado por todas las perspectivas que ve ante sí que acaba llamando a Polly y a sus seis hijos y, no sé cómo, Walter encuentra el dinero para los pasajes en el lugar más barato que ofrece el barco. No se trata de mucho dinero, porque los niños tienen una tarifa muy reducida y los más pequeños viajan gratis, pero no le ha sido fácil sacarlo de los escasos beneficios de la fracasada sastrería.

Porque es un fracaso y Walter lo sabe, pero ¿qué va a hacer? No es que sea un mal negocio; sigue siendo tan bueno como siempre. Lo malo son los pagos, porque la depresión no se acaba y el dinero fluye con desesperante lentitud. Incluso las familias del condado, que siempre pagaban una vez al año, son ahora olvidadizas, y Walter no quiere apremiarlas. Le parecería muy feo. Que él, partidario de la causa liberal, envíe cartas de apremio a terratenientes respetables del partido liberal es algo que se le hace muy cuesta arriba. Que él, que sabe latín y griego y descifra enigmas matemáticos como pasatiempo, se rebaje a tal cosa es más de lo que puede soportar.

Y hasta que no llega el bendito día en que John Jethro envía por los suyos, allí están los Jenkins. «La tribu Jenkins», como los llama Rhodri, con el enfado de Lance. Mientras John Jethro sigue buscando una salida en el nuevo mundo, los Jenkins siguen en casa de Walter, donde Polly se considera una invitada; amamanta a la pequeña Edén y, como ella dice, le saca mucho. Lee novelas morales y *La hora del ocio* mientras Janet y Liz Duckett hacen todo lo necesario para trece personas. Por

supuesto que las muchachas Gilmartin ayudan todo lo que pueden, pero son escolares y tienen su propio trabajo.

En cuanto a Rhodri, goza de todas las delicias de la juventud. El señor Timothy Hiles ha vendido su escuela al señor Anthony Jones, M. A., y Tony Jones está sobre todo interesado en tocar la flauta y en soñar con la señorita Guenevere Gwilt, una belleza local que recibirá una respetable dote el día de su boda. Para complacer a la señorita Gwilt —y a otros invitados, por supuesto—, Tony organiza funciones teatrales en Navidad, en las que Rhodri figura como Isabel I y, con su cabellera roja, aumentada con unos pocos tirabuzones y flequillos postizos, parece una asombrosa reencarnación de la gran reina. La educación se ve roída por el gusano del esteticismo bajo el poder de Tony Jones.

Walter no se lamenta. Sus esperanzas están puestas en el primogénito, Lancelot, que está sacando muy buenos resultados en la antigua escuela a la que él mismo había ido, y aunque le cuesta más de lo que puede pagar, ha decidido que a su hijo no le pase como a él y no pierda su oportunidad en la vida. Lancelot obtendrá brillantes resultados en los exámenes e irá a la universidad. Ninguna promesa en un lecho de muerte arruinará su vida. Ya como escolar, Lance empieza a mostrar la cortesía lejana, la inflexibilidad y la mirada adusta del funcionario público.

¿Podrá conseguirlo? La situación de Walter se está volviendo insostenible. El desbarajuste doméstico que se produce con el nacimiento de la pequeña Edén ha caído pesadamente sobre él. Polly, madre por naturaleza, no es precisamente una persona sumisa, y su parto es largo y ruidoso, seguido de una serie de circunstancias molestas; a pesar de ser abstemia, está obligada a beber cerveza —la mejor— para que no se le corte la leche, y la toma únicamente como medicina y con muchas protestas; ha de haber silencio en la casa y durante quince días Elaine, Maude y Rhodri deben alojarse en casa de la prima Gringley, donde los niños, ignorantes, especulan sobre las cosas horribles que deben de ocurrir al nacer un niño; el apetito de Polly, siempre bueno, hay que «tentarlo» ahora con melindres del carnicero y del pastelero. Polly es lo que los antropólogos llaman una madre telúrica y, en la medida que puede, toda la tierra cae bajo su dominio cuando se trata de incrementar su población. Y todo cuesta más dinero de lo que podría suponerse.

Janet sabe que las cosas van mal, pero no con exactitud, y reza para que Walter salga a flote. Polly lee en voz alta las cartas exuberantes que John Jethro envía cada semana desde Canadá. La letra es apretada y luego «cruzada», según el estilo económico de la época, y cuesta leerlas. En cada una de ellas John urge a Walter para que envíe a su familia a Canadá. Al parecer hay un bache pasajero en las necesidades de carbón, pero con el tiempo eso se arreglará. Existen otras muchas oportunidades y un hombre con los conocimientos de Walter puede asentar sus pies en cuestión de dos semanas y prosperar mucho.

¿Acaso el aire suave y embriagador de Canadá ha seducido engañosamente los afectados pulmones de John Jethro? Cuando escribe sobre el nuevo mundo sus

palabras se vuelven más líricas.

21

No sin efecto. Walter se las aplica a sí mismo y ve las letras escritas en la pared. La frase bíblica no es reconfortante. MENE, MENE, TEKEL, UFARSIN: «Te he medido en la balanza y estás falto de peso». Sí, efectivamente: está necesitado de varios cientos de libras imposibles de conseguir. «Dios ha contado tu reino y está acabado». Al parecer, esta es la recompensa que Dios guarda para el hombre que ha sido fiel a la promesa hecha a su madre moribunda. No debemos discutir Su voluntad. «Tu reino ha sido dividido y entregado a los medas y a los persas». Y lo cierto es que esto ocurrirá pronto, porque los medas y los persas de Trallwm, apurados también de dinero, forzarán la situación para obtener, al menos, parte del dinero que se les debe. En pocas palabras, la bancarrota es inminente. Después de esa desgracia, que repite y completa la desgracia de Samuel, ¿podría el nuevo mundo ofrecer un bálsamo al hombre herido?

Walter se confía a Janet y, como siempre, ella se muestra esperanzada.

—Oh, querido, aunque Canadá nos dé poco, será un lugar maravilloso y lleno de oportunidades para los chicos —le dice ella, cuando se acuestan en la destartalada cama, encima de la tienda.

Para los chicos, por supuesto. Ya sé que no es costumbre de los victorianos preocuparse demasiado por las chicas. Elaine y Maude harán lo que hacen las buenas chicas: se casarán con buenos hombres, como Walter, y vivirán felices, incluso en circunstancias difíciles, para el resto de sus vidas.

Los padres suponen que su secreto no sale de ellos, pero no han contado con que Rhodri, a los catorce años, ya tiene la perspicacia que su padre no ha tenido nunca. Rhodri sabe que su padre ya ha dado los primeros pasos que han de llevarlo en la horrible dirección del juzgado y ha dado todo cuanto tiene para satisfacer a los acreedores. El inocente Walter, el honrado Walter, piensa que debe entregar hasta su último penique. Pero no es eso lo que cree Rhodri y pone manos a la obra tan pronto como su padre hace su declaración de bienes. Sabe que la ha hecho porque los chicos que con él van a la escuela hablan del asunto después de oírsele a sus padres. La bancarrota no va a venir como un relámpago. A Walter se le respeta demasiado y sus conciudadanos son demasiado compasivos para actuar apresuradamente.

Por eso, los días de feria, Rhodri falta a la negligente escuela de Tony Jones y se mezcla con la multitud, arriba y abajo, buscando a los granjeros que deben dos, cuatro y hasta seis trajes, y les dice: «Discúlpeme, señor Thomas (señor Jones, Williams o Griffiths, o como se llame), el señor Walter Gilmartin desearía hablar con usted, antes de esta noche, si no le molesta». Y los deudores, que saben muy bien de dónde sopla el viento, a menudo van a hablar con el señor Walter Gilmartin y pagan

algo, aunque nunca todo, de la deuda. No son hombres informales ni defraudadores, si bien, cuando tienen dinero, les cuesta desprenderse de él.

—Rhodri —le dice el padre—, esto no puedo quedármelo. No sería honrado y tú sabes que no es honrado. Ahora no puedo explicarte por qué, pero sabrás a su debido tiempo que todo mi dinero, venga de donde venga, ha de entregarse en un determinado depósito. No estoy en disposición de cobrar deudas ahora. No me favoreces con lo que haces.

—Pater, es la ley, y si la ley dice que es honrado, ¿por qué inventarse escrúpulos? Todo lo que recibas ahora no tiene que ir a ese depósito del que hablas. Así de claro. Sé prudente, Pater, y no pienses que has de hacer más de lo que la ley te obliga.

Entre ellos nunca se habla de la realidad de los hechos y Walter, a regañadientes, actúa según los consejos de su avisado hijo, aunque nunca lo admitiría en voz alta. Los consejos los dan los padres a los hijos y no al revés.

De modo que, al final, dispone de un poco de dinero y compra los pasajes para Lance y Rhodri en el entrepuente de un barco que ha de cubrir el trayecto entre Liverpool y Montreal. Walter, Janet y las hijas ya los seguirán cuando puedan. Una vez reunido el dinero necesario, la familia Gilmartin se irá a Canadá, después de la horrible desgracia de subir los peldaños del juzgado. El día ya está fijado y nada podrá cambiarlo.

La bondad lleva al trabajo y el trabajo lleva a la riqueza. Pero ¿cómo y por culpa de quién viene la bancarrota? Tal vez Heráclito tenga algo que decir sobre esto.

22

Veo por última vez a los muchachos en la cubierta del S.S. *Vancouver*. Ocupan el lugar más pequeño de la cubierta destinado a pasajeros, la tercera clase. Lance aparece pálido y los ojos fríos del embrión de funcionario están húmedos.

—Lance, ¿las llevas seguras?

—¿Qué es lo que llevo seguro?

—Las cinco libras. Ya sabes, el dinero. Mater te las cosió en la chaqueta.

—Tendré que gastar algo de ellas. Creo que unos seis peniques. Todo lo de este barco es caro. Pero necesito un *ginger ale*. No me encuentro bien.

—Vamos. Piensa en Canadá.

—¿Qué quieres que piense? No sé nada de Canadá.

—Piensa en ese cartel del muelle, donde aparece un hombre con unos elegantes pantalones contemplando un campo de trigo.

—No me acuerdo.

—Sí, hombre, no has podido olvidarlo. Un gran trigal. Más grande que los campos del castillo. Solo el trigal. Eso es Canadá. Estupendo, ya lo verás.

IV

El maestro de obras

¿Advierto por fin el rumbo que toma este festival de cine, que parece hecho exclusivamente para mí? ¿Soy tan estúpido que aún no he entendido que, con independencia de lo que Allard Going vea y escriba para *The Colonial Advocate*, lo que yo veo es algo completamente particular? A menos que haya perdido del todo la razón, cuanto veo pone ante mí lo esencial de mi experiencia ancestral, captada, como las películas captan la experiencia, con una narrativa coherente, como nunca ocurre en lo que llamamos vida real. Pero ¿por qué? ¿Es esto lo que le ocurre a la gente cuando muere? No lo sé. Solo sé que me ocurre a mí y que los Gage y los Gilmartin pelirrojos, de quienes solo conocía los nombres y a quienes tenía olvidados por estar muertos desde hacía tiempo, parecen tener vida. Además, parece que han hecho cosas de las que me siento orgulloso. Y esto me pasa a mí, que nunca había pensado en mis antepasados ni, mientras viví, esperaba sentirme orgulloso de ellos.

Esta mañana, por lo tanto, tercer día del festival, me siento vivamente animado cuando me dirijo al cine que han reservado para estas películas antiguas, estas joyas de la historia de un arte tan de nuestro tiempo, en general poco apreciadas y fustigadas por intelectuales como Going cuando no adoptan por entero la línea seria que ellos consideran conveniente. Going desconfía profundamente de los espectáculos populares. No es que pretenda que sean educativos ni ennoblecedores, sino que sean lo que él llama «significativos», con lo cual quiere decir que estén llenos de detalles exquisitos que solo pueden apreciar almas como la suya. ¿Qué va a ver Going esta mañana?

Al parecer es una verdadera joya rescatada del olvido por algún archivero noruego. Es la versión cinematográfica de *El maestro de obras* de Ibsen, producida en 1939 por Tancred, el nieto del dramaturgo. Se dio por perdida durante la guerra de Hitler, pero ahora, por fin, ve la luz. Espero verla con impaciencia, porque, estando vivo, era una de mis obras favoritas, y me emociono cuando aparecen las primeras escenas de *Bygmester Solness* en la pantalla y veo la traducción en letras confusas en la parte inferior de los fotogramas. Pero, por supuesto, la película no es para que yo la vea, salvo en momentos fugaces, cada vez menos frecuentes a medida que me adentro en la película que solo es para mí, también titulada *El maestro de obras* y en la cual los actores, si es que son actores, hablan en inglés.

Mientras la película que ve Going muestra un paisaje urbano con edificios presumiblemente proyectados y contruidos por Halvard Solness, yo contemplo otro paisaje urbano que no tiene nada de noruego. En efecto, sé que es un paisaje canadiense, invernal, desolador como no ha sido nunca un paisaje noruego. Mi ciudad tiene todas las trazas de ser canadiense, pues no hay un solo edificio anterior a 1860 y muy pocos de esa época. Le falta la dignidad, la coherencia y la importancia que caracterizan a las ciudades europeas, incluso a las más modestas. Pero, a pesar de su aspecto descuidado y sucio, no deja de ser pretenciosa. Hay casas sólidas, construidas para durar siempre, casas de banqueros y de comerciantes prósperos, y algunas de estas casas se caracterizan por una acusada aunque deplorable estética. Hay en ellas una ventana principal, a todas luces la ventana de la sala de estar, en forma de herradura. La cámara recorre esta ciudad canadiense y se detiene insistentemente en una iglesia grande que a mí me parece horrenda, construida a la mayor gloria del malhumorado Dios victoriano. La iglesia sirve de fondo para los créditos de la película. No se oye música, sino el aullido del viento de enero, un sonido melancólico.

Bruscamente aparece un joven que camina con dificultad de noche, de cara al viento, por una de las calles donde están las casas sólidas, una tras otra, de un solo piso, humildes y frías a la vista, revestidas de manera desigual de yeso y de estuco, como manchadas por los excrementos de unos grandes pájaros. Aparentemente, podría encontrarse en un «buen distrito», aunque no tan bueno como el de la parte alta del río, que bordea y define a la ciudad. Al final del siglo XIX la ciudad tenía sus pretensiones, pero no las había cumplido. El viento no es tan fuerte como para impedir que el joven siga su marcha. Sé que su paso indeciso se debe a la desgana por lo que ha de hacer. Pero debe cumplir su propósito si no quiere volver a enfrentarse con quienes lo han enviado allí.

Se detiene delante de una de las casas con ventana de herradura. Es aquí. Se acerca a la puerta principal, que está a un lado, sube unos pocos escalones y tira de la campanilla. Oye su eco en lo que parece una casa vacía. Vuelve a llamar hasta convencerse de lo inútil de su acto. Entonces llama con los nudillos en la puerta, una y otra vez, y acaba aporreándola. Pero nadie contesta.

2

Resuelto, aunque nada contento, camina hundido en la nieve hasta la ventana de herradura. Hace visera con la mano sobre los ojos e inspecciona el interior. Solo oscuridad. Pero entonces...

Me sobresalto, y sé que el director de la película, quienquiera que sea, ha querido sobresaltarme. La cara del joven está casi aplastada contra el cristal y de pronto aparece otra cara al otro lado, una nariz frente a la otra. La nueva cara es espantosa,

enmarcada por una pelambarrera oscura y lacia; es un rostro demacrado, de ojos enloquecidos y nariz ganchuda sobre una barba rala. Sé algo de películas clásicas, y me recuerda la cara del actor ruso Nikolai Cherkasov en *Iván el Terrible*, hasta el punto de que me pregunto si ha habido un cambio y estoy viendo esa película. ¿Pretende asustar esta cara? Se ve una mano y en ella brilla un enorme cuchillo. El joven es presa del pánico, pero logra dominarse y, por primera vez desde que ha empezado la película, se oye una voz. La suya.

—¡Señor McOmish! ¡Señor McOmish, soy Gil! Su yerno. ¿Me deja entrar? Tengo que hablar con usted.

La cara continúa mirando, pero, poco a poco, aparece otra mano que hace un gesto y la otra, la que sostiene el cuchillo, señala la puerta. El joven, tembloroso aunque decidido, rehace el camino sobre la nieve y, tras una pausa, se abre la puerta, y puede verse en toda su largura al propietario del rostro y del cuchillo. Lleva un camisón de noche y un batín raído de color pardo; sus grandes y descarnados pies están descalzos.

—Supongo que vienes de parte de las mujeres —dice el señor McOmish, y permite que Gil le siga al interior de la casa oscura y a la sala de estar, escasamente iluminada por la luna. El frío que reina allí no es el frío tempestuoso de fuera, sino un frío de lugar cerrado que huele a ratones. No hay muebles, pero el señor McOmish desaparece en una habitación trasera y al cabo de un rato regresa con dos sillas de cocina. Otro viaje a la oscuridad y esta vez vuelve con una lámpara de aceite y la coloca en el suelo. Hace un gesto al joven para que se siente.

—¿Y bien? —pregunta.

—Espero que comprenda que vengo como alguien neutral, sin ánimo de tomar partido —dice el joven—. Pero hay que resolver algunos asuntos y la señora McOmish y sus hijas me han pedido que hable con usted para que firme unos papeles y así todo sea legal. —Y añade—: Como, aparte de usted, soy el único hombre de la familia...

—¿Es cierto? —dice el señor McOmish—. ¿Y qué hay de toda esa tribu de tíos y hermanos holandeses? ¿Se han muerto todos de golpe? ¿Tú, un simple yerno, el único hombre de la familia?

—Supongo que se refieren al único hombre que es familiar directo de usted.

El joven se interrumpe, consciente de su falta de tacto.

—Un hombre de mi familia —dice el señor McOmish con una desagradable sonrisa—. El único hombre que queda en la familia; ¿eso es lo que dicen?

—Bueno, algo así —responde el joven.

—Sabes que nunca te he considerado de mi familia —dice el señor McOmish—. Nunca te he reconocido como tal.

—Pero me casé con Malvina —dice el joven—. Creía que...

—Sí, supongo que creías —dice el señor McOmish—. Pero no es tan fácil. Nunca te creí digno de una de mis hijas. Fue una especie de matrimonio secreto, ¿no es así?

—Señor McOmish, quisiera que dejara ese cuchillo.

—Ah, ¿es eso lo que quieres? Muy bien, hombrecito, lo dejaré. ¿Qué creías que iba a hacer con él? Estaba cortando unas astillas para el fuego cuando te oí rondando por ahí afuera. Ya sabes que puedo hacer maravillas con un cuchillo. ¿O no lo sabías? Corto una astilla de cedro hasta convertirla en una pluma, toda llena de bellas curvas, iguales a lo largo y a lo ancho. Exactas. Pero como te inquieta mi cuchillo, lo dejaré aquí, en el suelo. A mi alcance, por si lo necesito.

—Gracias.

—No hay necesidad de dar las gracias. Ni de estar agradecido. En absoluto. Pero veo que mi cuchillo te ha hecho pensar en algo, ¿no?

—No, de ninguna manera.

—No me mientas, Gil. Ella te ha dicho que la perseguí con este cuchillo. ¿No te ha contado que chilló y se desgañitó por su vieja hermana, pidiéndome que no le rebanara su gaznate amarillento? Quizá no te lo contó con todo detalle.

—Preferiría no hablar de esto, señor McOmish. Quiero ser neutral. Solo he venido para que me firme unos papeles. Es lo único que quiero.

—Y pensaste que sería fácil, ¿verdad? Sorprender al viejo en uno de sus momentos tranquilos para que firme unos papeles. Gil, no sé si lo sabes, pero eres un bobo. Todos los ingleses sois unos bobos. Por eso no quería que te casaras con Vina. ¡El único hombre de la familia! ¡Qué idiotez! Virgie dispone de un ejército de hermanos holandeses, ¿cómo es que no ha venido ninguno de ellos? ¿Eh? Porque la han abandonado. Y solo quedabas tú. Siempre he despreciado a tus compatriotas. Gente engreída que cree saberlo todo. ¿Sabes qué decimos por aquí? «No te fíes nunca de un inglés». Cosa que, por supuesto, no se dice de los escoceses. Los escoceses son de otra raza.

—Ya le he dicho muchas veces, señor McOmish, que no soy inglés. Soy galés.

—Una pobre excusa. ¿Qué son esos papeles? Ya sé que estoy arruinado. Ya he pasado por todo eso, fastidiado e interrogado por gente a quien nunca habría dirigido el saludo. ¿Qué papeles has traído?

—Bueno, si me deja explicarle... La señora McOmish y las chicas...

—Y la vieja Cynthia Boutell, seguro.

—Es cierto que la señora Boutell ha pasado unos días con la señora McOmish.

—¿Quieres que te diga algo, Gil? Algo que eres demasiado bobo para descubrir por ti mismo. Seguro. Cynthia Boutell es una fisgona metomentodo, una maldita liante. Siempre picando como una asquerosa avispa. Es algo que normalmente no diría de una mujer. Pero sí de Cynthia Boutell. Nunca me ha gustado emplear palabras malsonantes. Pero aquí me tienes. No merece otros calificativos. Pero no los repetiré más.

—Cosa que le agradezco, señor McOmish. Pero, por supuesto, estos papeles no tienen nada que ver con la señora Boutell...

—Gil, cualquier cosa que esté a cuarenta kilómetros alrededor de Cynthia Boutell

tiene que ver con ella, es inevitable. Supongo que los papeles son para ceder la casa a Virgie.

—La casa en que viven ella y las chicas. Me temo que es lo único que les queda.

—¿Eso temes, Gil? Si estuviera en tu piel, temería otras cosas. Tener que mantenerlas, por ejemplo.

—No, no, señor McOmish. Las chicas trabajan y cuidarán de su madre. Pero la casa... Me parece que tienen derecho a la casa.

—¿Eso dicen los abogados?

—Sí. Todo se ha perdido y usted lo sabe. Incluso esta casa...

—Ya lo sé. Cuando vengan a buscarme por la mañana, la veré por última vez. Y las hermosas casas que he construido en esta ciudad. Supongo que podré verlas desde fuera. Así que Virgie quiere que le ceda aquella podrida cabaña, ¿no es eso?

—Ha de tener algún sitio donde vivir, señor McOmish y, al parecer, es lo único que queda. Y ya sabe lo que dicen los abogados; que ustedes están separados pero no divorciados.

—Naturalmente, Gil. El matrimonio es un juramento solemne y nada puede anularlo. Virgie y yo tendremos nuestras discrepancias, pero, dejando a un lado nuestro odio recíproco, sigue siendo mi esposa, igual que el día de nuestra boda. Incluso en lo peor, y esto no es lo peor, ni mucho menos, sigue siendo mi esposa. Díselo. Recuérdaselo. Si se cree que por este asunto del dinero o los líos de los juzgados nuestro matrimonio se ha disuelto, es que no conoce la ley. Y yo sí que la conozco.

—Entonces, ¿firmará, señor McOmish?

—Muchacho, no sabes lo que me pides. No es la casa, y bien lo sabe Dios. Nunca reclamaría ese chamizo para mí. De joven construí gallineros mejores. Pero si no firmo no es por la casa. Es por mi vida, Gil. Por mi vida.

—Señor McOmish, ¿quiere que le traiga algo? Tiene muy mal aspecto. ¿Hay agua ahí detrás?

El señor McOmish jadea.

—Gil, no me encuentro bien. Pero no quiero agua. He de tomar mi medicina.

—No, por favor, señor McOmish.

Pero el señor McOmish se ha levantado y, como caballo desbocado, resuella ruidosamente. El joven se aterroriza por lo que ve, mientras el viejo se pone pálido como la ceniza. Se dirige trabajosamente a la cocina y Gil lo sigue con la lámpara, desesperado e incapaz de pensar en algo que ayude a sacar al viejo de su crisis. En la cocina, sobre una mesa, hay un paquete, y el señor McOmish lo coge con una firmeza que hace pensar que no está tan cerca del colapso como parece.

En el paquete hay una ampolla y una jeringuilla con una aguja hipodérmica. Con la habilidad que da una larga práctica, el señor McOmish la llena. Se despoja de su miserable bata parda, que deja caer al suelo, y se arremanga el camión hasta el cuello, pero de tal forma que no puede ver lo que hace; se lo saca por la cabeza y

permanece de pie, a la escasa luz, desnudo por completo.

Está tan delgado que se le pueden contar las costillas y le sobresalen los huesos de la cadera. Parece uno de esos horribles cristos de Grūnewald; es algo que conozco y que seguramente también conoce el director de la película, pero que no saben Gil ni el señor McOmish. El diafragma de este está cubierto de pequeñas manchas de sangre seca, se parece a un acerico. Con un pequeño sobresalto, clava la aguja en la carne y presiona despacio en el émbolo de la jeringa. Retira la aguja y la limpia cuidadosamente con el camisón caído.

—Estas agujas se embotan. Tendré que afilarlas —dice con una voz lejana, como hablando consigo mismo—. Ayúdame a vestirme, Gil; no puedo seguir aquí desnudo. Dios, qué frío hace.

Efectivamente, hace frío. Gil ayuda a vestirse al señor McOmish y lo acompaña hasta la sala de estar, hasta una de las sillas de cocina. Luego deja la lámpara en el suelo y aprovecha para volver a ponerse el abrigo.

—¿Se siente ahora bien para firmar?

—Déjame unos minutos para que la medicina haga efecto. No hay prisa, ninguna prisa. Necesito hablar. No tengo con quién hablar, pero voy a hablar contigo, muchacho. Crees que soy un viejo diablo, ¿verdad? Así me llaman mis hijas. Viejo diablo. No me digas que no. Así me llama Vina, ¿verdad?

Gil no contesta.

—¿Lo ves? No te atreves a negarlo. Ante un tribunal no podrías negarlo. Es su madre quien les ha enseñado a llamarme viejo diablo. Virgie ha hecho que mi propia sangre se vuelva en mi contra y me llamen viejo diablo. ¿Sabes cómo me convertí en un viejo diablo?

Gil niega con la cabeza.

—Bueno, será mejor que sepas que tienen razón. Ahora soy un viejo diablo y cuando era joven era un joven diablo, lo cual es diferente. No daría un chelín de York por alguien que no lleve dentro algo del diablo. Y yo lo he llevado mucho tiempo, y honradamente. ¿Sabes cómo he llegado hasta aquí? ¿Hasta aquí, contigo? ¿Sentado en esta silla mal hecha?

Gil vuelve a negar con la cabeza. Sorprendentemente, McOmish se ha recuperado, sentado en la silla desvencijada, pero con el cuerpo erguido. Le brillan los ojos y su voz resuena en su habla decimonónica de Ontario, un escocés con acento yanqui, salpicado de irlandés. Hace gestos con la mano, extendiendo el dedo índice hacia Gil, una mano que, evidentemente, es la de un hábil artesano, una mano sabia, fuerte, nudosa y cubierta de vello en el dorso de las falanges. En este desecho esquelético, las manos de este hombre, como su cabeza, siguen siendo impresionantes.

Mientras McOmish habla, la cámara abandona la sala de estar y me muestra lo que dice el hombre. Es su voz la que explica la escena. Creo que la gente del cine llama a esto voz en *off*. Una narración ilustrada que el señor McOmish hace

emocionante.

En cuanto al pobre Gil, está hundido, todo lo hundido que puede estar un joven fuerte y robusto en su incómoda silla de madera. No puede evadirse de la narración del señor McOmish, su suegro y un viejo diablo según su propia confesión.

3

—Hace mucho tiempo y muy lejos de aquí —dice el señor McOmish, y a Gil le cuesta trabajo admitir esta introducción rimbombante para una historia que seguramente no va a tener nada de heroica—, mi gente, mis antepasados (sí, puedo llamarlos antepasados, porque no entiendo que solo la gente importante pueda tener antepasados y no la gente como yo, a quienes se nos roba el pasado) vivían en Escocia, en la parte más noroccidental. Eran campesinos. *Crofters* los llaman. Muchos eran también pastores. Lo habían sido desde que Noé se salvó del diluvio. Pero el terrateniente del lugar, por algún asunto legal que nadie entendió nunca, se hizo con las tierras y ¿sabes para qué? Para convertir en un coto de caza lo que había servido para que las ovejas pastaran, para eso. Y eso ocurría cuando este país necesitaba colonos. De esto hace ciento cincuenta años, o más. Seguramente más, porque no lo sé con exactitud. Y el terrateniente del lugar obedeció a otro terrateniente más poderoso, que se llamaba lord Selkirk, y prestó ayuda a la gente que abandonaba sus cultivos para irse al Nuevo Mundo, como lo llamaban entonces, a hacer fortuna. Se hacía fortuna en todas partes del Nuevo Mundo, así de fácil. Y allí se fueron, amontonados en un velero.

Veo a los *crofters* y a los pastores con sus hatillos, escoltados en filas hasta el barco que, efectivamente, es bastante pequeño. Van vestidos con ropa casera, del color de la tierra. El auténtico corazón de Escocia se traslada al Nuevo Mundo. Los niños tienen la piel rosada, pero los padres están tostados por el sol y el aire y marcados por el duro trabajo. Los vestidos no son los llamativos de los *highlanders*. No se ve ni un *kilt*. Pero llevan la boina azul y sus mantas son a cuadros, no como los tartanes actuales, sino de colores pardos, negros y grises. Gente austera, oscura y dura como la tierra en que han nacido.

Veo algo más. Es una escena de interior, en la que sin duda es la gran mansión del distrito, aunque es bastante modesta. El *laird* está sentado al extremo de una mesa y al otro lado hay un hombre que parece abogado y que, a juzgar por su acento, es inglés. El *laird* firma un papel —no es muy hábil con la pluma— y el abogado le acerca una bolsa que tintinea al rozar la mesa. Sé que en la bolsa hay una guinea por cada campesino que el señor ha engatusado para que suba al barco; una guinea por cada mujer. Nada por los niños, que no cuentan. Hay mucho más de treinta monedas de plata en la bolsa, pero al *laird*, aunque es religioso, nunca se le ocurre que aquello pueda ser el precio de una traición. Estas monedas de oro son su recompensa por

ayudar a su país a poblar las nuevas tierras al oeste.

—¿Tienes alguna idea, Gil, de adónde fueron enviados aquellos desgraciados? Un lugar horrible, una tierra pantanosa al norte del lago St. Clair, un lugar llamado Baldoon, en recuerdo del pueblo escocés del mismo nombre, y se les invitó amablemente a que ocuparan sus tierras. Pero ¿a qué podían dedicarse? No a pastorear ovejas, a menos que a las ovejas les crecieran patas de pato y pudieran alimentarse de juncos y hierbas afiladas como espinas. ¡Y el frío! El frío en Escocia es como una cataplasma fría que te cubre de la cabeza a los pies; pero el frío de aquí es como si te cortaran con cuchillos cada centímetro cuadrado de piel.

Y la pantalla muestra algo de aquel gélido lugar y, a pesar de ser un espíritu, siento que se me hielan los huesos.

—Pero algunos de aquellos escoceses llevaban al demonio dentro. Habían visto morir durante el primer invierno a más de la mitad de los embarcados, de frío, de hambre e incluso de tisis, pero, sobre todo, de miseria y de nostalgia, y se propusieron salir de allí. Pensaron que en este país dejado de la mano de Dios tenía que haber algún lugar mejor que Baldoon. Y en cuanto llegó la primavera se pusieron a caminar —fíjate, a caminar— en dirección sureste. Sin saber nada del sur, salvo que era una parte de la brújula. Sin saber nada del sur, como no fuera que tenía que ser mejor para el ganado. Y anduvieron sin descanso, los hombres cargados con bultos de más de setenta kilos, las mujeres cargadas con los hijos que aún no podían andar, alimentándose de Dios sabe qué, supongo que de gachas de avena y de las raíces que encontraban y que no eran repugnantes al paladar, y los que no murieron en el camino llegaron a su destino. Mi bisabuelo entre ellos, pues fue él quien me contó esta historia. Una y otra vez.

»¿Sabes, Gil, cuánto caminaron? No, no lo sabes y yo tampoco, pero lo mismo fueron ochocientos kilómetros que ochocientas leguas según vuela el cuervo, pero ellos no eran cuervos. Imagina unos cuarenta kilómetros cada día a través de una naturaleza salvaje, vadeando ríos en ocasiones, con gente que surgía como de la tierra y se les quedaba mirando. Indios también, tomados por enemigos cuando no creo que lo fueran. Los indios son maliciosos y no cabe duda de que les jugaron alguna mala pasada. Pero aquellos que tenían al demonio en el cuerpo lograron vencer, y no lejos de aquí. Y trabajaron. ¡Y cómo trabajaron! Pero fue como un paraíso para ellos, cada familia en su Lugar, que así se llamó, libre y sin trabas. Sin ningún terrateniente que viniera a echarlos por su capricho. Y así, después de trabajar un poco en el campo, mis abuelos abrieron una taberna, que llevaba la mujer mientras el hombre trabajaba en el campo. Un trabajo muy duro, pero para ellos una delicia después de las calamidades sufridas en Baldoon.

»Fue en aquella taberna, Gil, donde jugué siendo un rapaz y en la pizarra de la taberna de mi abuela, donde anotaban las consumiciones, aprendí a contar, y contar me resultó tan fácil que desde entonces me parece que he vivido siempre contando. Soy un diablo haciendo cuentas. Muchas cuentas se pagaban en especie, así que

debías tener bien claro cuánto valía cada cosa.

Veo la taberna y veo la sencilla y tenebrosa sala que era el bar. Hay alacenas en todas las paredes y el pequeño William —tal como era entonces— juega a arrastrarse entre las alacenas, para ver hasta dónde puede llegar de un lado al otro de la sala sorteando las cajas de licor. No es que haya muchas, porque el *whisky* y el ron se guardan en barriles detrás del mostrador, de los cuales la abuela —que mantiene un orden estricto en el bar y no permite historias obscenas ni palabras malsonantes— sirve unas medidas generosas a razón de un penique por vaso. Como el *whisky* se compra a veinticinco centavos el galón, el precio de cada trago rinde un bonito beneficio. Hay jarras de agua en las mesas, pero pocos hombres quieren agua. El licor, en su clase, es bueno, pero no de la clase que se estila hoy, porque al *whisky* se le daba color y sabor añadiéndole hojas de tabaco y sal. Hay algunos tugurios donde al *whisky* se le añade un poco de opio, pero a la señora McOmish no se le ocurre tal cosa, porque «los McOmish» son un lugar decente. Decente o no, se consume mucho *whisky*, porque los hombres que vienen aquí son campesinos que pueden beber hasta hartarse sin sufrir mucho daño, igual que los viajeros que bajan de las incómodas diligencias rompehuesos y que necesitan calentarse un poco. Pero no se admite a los borrachos y la señora McOmish les regaña con la admonición bíblica de que «el vino es alegre y la bebida fuerte es violenta». No el *whisky*, por supuesto. Unos pocos tragos después de un día de duro trabajo es lo que necesita un hombre para sentirse cómodo, pero no se tolera a los borrachos de ojos enrojecidos.

4

Y de esta guisa continúa el señor McOmish, deleitándose en detalles y retazos de una información pormenorizada, y habría sido un tesoro para el joven oyente si hubiera sido historiador, pero es un narrador impaciente y divaga. ¿Qué es esta larga y enmarañada crónica en su experiencia? En lo esencial, si no en lo elevado del lenguaje, se parece a los poemas de Ossian que su querida madre acostumbraba a leer a sus hijos a la hora de acostarse. Sí: Ossian, cuyas historias de hace mucho tiempo y en un lugar lejano lo hechizaron de niño. Ossian, probablemente un fraude, aunque su madre no sabía nada de eso y gustaba de sus poemas tanto como el gran emperador Napoleón; se llevaba consigo los poemas de Ossian en campaña, y Ossian le inspiró sus espléndidas empresas. Pero Gil, que ha tenido un día difícil con la señora McOmish y las muchachas, se queda profundamente dormido y a punto está de caerse de la dura silla. Cuando despierta sobresaltado escucha lo que, en la vena poética de Ossian, podía haber sido una historia de amor.

—Mirándola ahora, Gil, te costaría trabajo creerlo, pero cuando puse mis ojos por primera vez en Virgie, era la muchacha más encantadora que puedas imaginar. Esbelta y cimbreante como un sauce, de andares ligeros. La vi en la iglesia, por

supuesto. ¿Dónde sino podía encontrar a una muchacha con aquella estampa? ¿Y de vieja familia realista, como es debido? Pero ya la había visto antes, sin que ella lo supiera. La vi descalza y casi me vuelve loco, tan esbelta y blanca era.

»¿Sabes?, íbamos andando a la iglesia, entonces nunca se viajaba en domingo, salvo a pie y para ir a misa, y yo iba por Fairchild's Creek, que era el mejor atajo desde la granja donde yo dormía, y avisté a un puñado de muchachas, cinco o seis, sentadas al borde del barranco para ponerse las medias. Caminaban descalzas hasta cerca de la iglesia, ¿sabes?, y luego se lavaban los pies en el arroyo antes de ponerse las medias y los zapatos, y lo hacían para no estar cubiertas de polvo al llegar a la iglesia. Oh, cuánta vanidad, incluso entre metodistas wesleyanos. Y es que la vanidad no tiene remedio, pregúntaselo al diablo. Las oí reír y yo, en lugar de mostrarme, me escondí entre los arbustos y las espíé. Ya sabes, el diablo que uno lleva dentro. No sabía qué iba a pasar, pero necesitaba verlo. Y Virgie estaba en medio del grupo, balanceando los pies descalzos para que se secaran y mordisqueando algo. ¿Sabes qué era? Una cinta. Una cinta roja que mordisqueaba y con la que se frotaba los labios para enrojecerlos. ¡El diablo! Y pensé: Esta ha de ser para mí, la muchacha del diablo. Tenía dieciséis años, pero estaba desarrollada. ¿Sabes qué quiero decir? Desarrollada, pero no superdesarrollada como esas muchachas que tienen tetas como cubos. Y así fue. Yo estaba desfallecido.

»¿Pero cómo iba a conocer a una chica así un chiquilicuatre como yo, recién acabado mi aprendizaje de carpintero? Ella era una Vanderlip, lo cual significaba mucho en aquella época y en aquel pueblo.

»Pero ya me las arreglé, te lo aseguro. Pregunté a todo el mundo, y procuré ser discreto para que nadie lo adivinara, pero supongo que lo supieron. Como dice el refrán, el amor y la tos no se pueden esconder. Los Vanderlip formaban parte de la tribu de los Vermuelen y los Gage, la gente más importante del distrito. El viejo Gus Vermuelen había muerto, pero había hecho un fortunón, créeme, como agente de la propiedad. Su hermana Anna no hacía mucho que había muerto, ya muy anciana y, caramba, qué mujer más fuerte, vaya si lo era. Escapó de los yanquis después de la revolución en los Estados, y vino hasta aquí con sus hijos en una canoa, fíjate, en una canoa, y como leal al rey cobró sus derechos en dinero, y todo lo invirtió en un almacén. Y prosperó, muchacho, cómo prosperó. Más rica incluso que Gus. Su hija Elizabeth fue la abuela de Virgie, casada con Justus Vanderlip, ramas del mismo árbol, seguro, y tuvieron once hijos; siete chicos y cuatro chicas, y los varones tenían que ser ganaderos ricos o abogados o doctores, todos con mucho dinero. Incluso las chicas tenían buenas dotes. Uno de los hijos ganaderos, llamado Nelson, fue el padre de mi Virgie. Tenía su propio dinero, además del que le dejara el viejo Justus. Así que ¿cómo iba yo a tontear con una heredera? ¿Eh? ¿Un joven carpintero recién salido de aprendiz? ¿Eh? ¿Quién era yo?

»Te diré quién era yo, Gil. Dentro de mí llevaba un diablo más grande que el de ellos. Sabía contar. No recibí mucha educación, pero hice lo mejor que pude y tuve la

suerte de contar con un buen maestro, un joven llamado Douglas. Enseñaba durante un año o dos para hacer dinero y poder ir a la universidad, como se solía hacer entonces, y era un fenómeno haciendo cuentas. Vio que yo valía y me enseñó todo lo que sabía. Cuentas normales, por supuesto, las que sabe un tendero, pero además me enseñó álgebra y Euclides. ¿Te dice algo ese nombre?

Naturalmente. Gil había oído hablar de Euclides, el padre de la geometría. En ese momento supe que Gil era mi abuelo. Por lo tanto, el señor McOmish debía de ser mi bisabuelo, la oveja negra de la familia.

—Sí, llevaba a Euclides detrás de mí y todo estaba dispuesto para que yo fuera constructor. No uno de esos carpinteros de martillo y sierra que hacen marcos de puertas para graneros y gallineros o algún chamizo para gente humilde. Me quemaba la ambición, muchacho, y quería a aquella muchacha, por muy Vanderlip que fuera. Pero ¿cómo?

»Presta atención y te diré cómo. Entré en el coro de la iglesia. No porque tuviera una bella voz, sino porque cantaba más fuerte que nadie. Después de conocerla, me dijo que se me oía por encima de todos. Me dijo que cuando el canto metodista favorito era:

*Oh, miles de voces cantan
las alabanzas al Redentor*

todo el mundo daba gracias por que Will McOmish solo hubiera uno. Ingenio que tenía la chica. No hacíamos una música difícil como la de los anglicanos, que cantan en partes; llaman a su música solfa tónica o alguna tontería parecida. Nos limitábamos a cantar las canciones, lo más alto posible, para que la congregación las siguiera. Todavía la veo allá abajo, en la iglesia, riéndose de mí mientras yo me esforzaba y me desgañitaba. Pero conseguí ser alguien en la iglesia metodista wesleyana. Fui la voz más potente y más piadosa. No es que hiciera mucho caso del reverendo Cattermole, el predicador, pero lo escuchaba con cara muy seria y nunca me perdía nada de lo que decía, y eso contó mucho para los padres de ella. Por eso, un día, después de la misa, la señora Alma, la esposa de Nelson, una hermosa mujer que siempre llevaba un elegante vestido de seda, me invitó a la comida del domingo en casa de la familia, la casa del viejo Justus, el palacio de la dinastía.

»Fui y cuidé mis modales. No devoré como un lobo, aunque la comida estaba muy por encima del nivel de mi pensión. Dije siempre “por favor”, “gracias, es usted muy amable, señora”, “qué espléndidos manjares”, “no, gracias, no puedo comer ni un bocado más”, y escuché con respeto a los viejos. La anciana Elizabeth presidía un extremo de la mesa y el anciano Justus el otro; el resto de la familia y la parentela política ocupaban los lados. Yo era el único extraño y me sentía muy honrado. Era gente de tenedor de plata y puse mi empeño en no meter la pata. No miré ni una vez a Virginia, que estaba al final de la larga mesa. Pero antes de irme a casa, nada más

acabar la comida, estreché la mano de todos y cuando estreché la suya, estaba como el asa de una de esas baterías eléctricas. Y me atreví a preguntar a la señora Alma si podía visitarlos de nuevo, y me dijo que por supuesto que sí.

»Así empecé. Antes del otoño ya salía con Virginia. Le hablaba de mis ambiciones, en plan jactancioso, supongo, como suelen hacer los jóvenes con las chicas. Fueron días maravillosos, Gil. No creo que nunca hayas sentido algo parecido. Fue único, como decimos de un problema arquitectónico difícil.

El señor McOmish, en su arrogancia y su egoísmo, menospreciaba a Gil. Menospreciaba a cualquier joven enamorado. Gil oía la voz de su madre, elevada con las palabras de Ossian:

Rosa claro los senos de la doncella, blanca como el pecho de un cisne balanceándose graciosamente sobre las olas. ¡Era Colnadona, la de los trovadores, la hija del rey! Sus ojos azules se posaron en Toscar y despertó su amor.

—Y al final llegó el momento en que tuve que hablar con Nelson Vanderlip y pedirle la mano de Virginia. Te juro, Gil, que estaba asustado. No creo que nadie haya estado tan asustado como yo. El tío llevaba un chaleco de seda negra y un reloj en una faltriquera con un montón de sellos. Usaba patillas al viejo estilo; nada de barba, sino una maraña de pelos en las mejillas. Eso que los marineros llaman «culo apretado» y no entiendo por qué. Estaba sentado, después de una comida dominical, en la sala de estar, mirándome con los ojos entrecerrados.

Sí, piensa Gil. Del mismo modo que me mirabas cuando fui a pedirte a Malvina. Y me dijiste que pensara en mi posición, tú, tú, ¡un *fracasado*!

—Pero pasé el examen. Me dijo que tenía que esperar. Ponerme a prueba. Servir siete años a Raquel, dijo. Siempre estaba con citas de la Biblia. Pero yo no necesitaba más. No dijo que no, supongo que porque me vio de buena pasta. Sabía que yo era de fiar.

»Pronto tuve que ver con la familia, y la verdad es que todos se lo tomaron a bien, todos, menos Cynthia, que era la única chica que quedaba soltera, con una pierna tullida y un carácter del demonio. Y emprendí mi periodo de prueba. ¡Y por Dios que lo conseguí!

»Tuve que irme lejos, por supuesto. Y aprendí todo lo que tenía que aprender. Me fui a Hamilton y me empleé con un gran constructor, de los de verdad, uno de los Depew. Y aprendí no solo carpintería, sino mucho de ebanistería y lo esencial de la construcción. Todo con la ayuda de mi capacidad para el cálculo, porque muchos buenos trabajadores no saben contar dos y dos. No sirven. Porque eso del cálculo es un don, ¿sabes? Cualquiera tonto sabe contar pero luego no sabe para qué sirve. No saben aplicarlo al trabajo. E hice unos cuantos trabajos buenos para los Depew, hasta que me di cuenta de que había llegado el momento y le pedí a Nelson Vanderlip que

fijara la fecha de la boda. Había ahorrado dinero. Viví con lo justo, sacrificado, y solo vi a Virgie cinco veces en los cinco años que duró aquello, pero me fue fiel. Verdaderamente fiel, eso tengo que admitirlo.

»No porque se encerrara. Nada de eso. Pero siendo joven, amable y bonita, los muchachos la asediaban. Hubo un maestro de escuela que le escribió unas poesías que ella me enseñó y nos reímos. Esto no debería habértelo contado, Gil. ¿Qué clase de mujer se ríe de un corazón enamorado, por mala que fuera la poesía? De eso me di cuenta más adelante, cuando ya era demasiado tarde. Pero yo me reí con ella. “Puede que sea un buen maestro, pero como poeta es una calamidad”, le dije yo, haciéndome el ingenioso. Pero tuvo suerte el pobre diablo cuando ella le dio con la puerta en las narices.

»Y no porque él se le acercara mucho. No era la costumbre de la época. Yo, siendo su prometido oficial, apenas me atrevía a ponerle la mano en la cintura y, en cuanto a besarla, una vez lo intenté, pero se apartó de un salto y me dijo: “No debes besarme sin pedírmelo primero, porque a lo mejor no quiero”. Asno de mí, nunca se me ocurrió que si me hubiera amado como yo a ella, también habría querido besarme. En aquellos tiempos teníamos un montón de ideas elevadas sobre la pureza de las chicas. Se negaban a todo y muchas incluso después del matrimonio, y no sé cómo, a pesar de todo, tenían hijos, pero eso lo averigüé después.

»Así que al final dispuse de unos cuantos cientos de dólares y Virgie y yo nos casamos en la iglesia metodista wesleyana, y hubo una gran comilona en casa de los Vanderlip y yo me quedé asustado al ver la cantidad de parientes que me habían salido de pronto y cuán poca cosa eran mis padres, allí sentados en la mesa, que habían sacado al patio para la ocasión. Pronuncié un discurso, que me costó sudores y lágrimas, y dije lo amable que habían sido los Vanderlip dejando que su última hija se casara con un chico pobre como yo, pero que iba a esforzarme para ser digno de ella. Para el viaje de bodas nos fuimos a Buffalo, en el viejo vapor de ruedas *Red Jackket*. No se lo recomiendo a nadie para un viaje de bodas.

5

Todo lo cual, a medida que el señor McOmish hablaba, se desplegaba ante mí en la pantalla, mucho más revelador que todo cuanto decía. Como él era el narrador, por supuesto, vi lo contentos que estaban los Vanderlip por quitarse de encima a una hija de lengua tan afilada, y ahora que Cynthia —no la más deseable de las novias, por aquella pierna más corta que tenía, culpa de la rueda de un carro de heno— se había casado con Daniel Boutell, un chico llamativo con un gran bigote, representante de mercería, por fin habían descargado sobre sus hijos los deberes paternos decimonónicos.

Antes de que la calesa adornada con cintas en las ruedas salga con destino al

muelle, Nelson Vanderlip, con una sonrisa paternal, entrega un sobre a William con la dote de Virgie, un talón por dos mil quinientos dólares, una fortuna nada despreciable para la época.

6

Un guerrero canoso, casi ciego por la edad, sentado en la oscuridad de la noche, cuenta a su hijo sus hazañas y la caída del oscuro Dunthalgo. El rostro del joven se inclina para oír la voz. La sorpresa y la alegría le iluminan los ojos... Le di a Colmial, la de los blancos pechos. Vivían en la casa solariega de Teutha.

Así surgen las palabras de Ossian, mal comprendidas, en la memoria de Gil. ¿Eran las adecuadas para esta miserable historia de un carpintero y la hija de un campesino rico? ¿Para su propia situación, según el señor McOmish? Depende, seguramente, de cómo quiera mirarlo.

—Olvidemos de momento la luna de miel y lo que pasó en ella.

El señor McOmish se muestra casi simpático; la droga lo hace expansivo. Pero ¡ay!, qué fría es la sala desnuda, y qué fantasmagórica la luz de la lámpara. ¿Voy a tener que pasar toda la noche aquí?, se pregunta el joven pelirrojo. Teme al señor McOmish, y con motivo, porque su suegro se ha ganado fama de violento, por lo cual ha arruinado su matrimonio y ha aterrorizado a sus hijas. Su adicción a la morfina le ha devorado el alma. Su familia solo desea quitárselo de encima, y Gil es el encargado de conseguirlo mediante una garantía legal. Es evidente que no va a firmar nada hasta que no haya concluido su historia, pero ¿cuánto va a durar eso? De vez en cuando Gil da una cabezada y se despierta sobresaltado cuando se ve de nuevo enfrente del horrible anciano. ¿Anciano? No es tan viejo, tendrá cincuenta y seis o cincuenta y siete años. Ha acercado tanto su silla a la de Gil que sus rodillas, la del anciano y la del joven, se rozan.

—Fui coronado por el éxito, Gil. Por el éxito, es decir, en la medida en que estaba al alcance de un hombre de mi talento, un constructor que dominaba por completo y como pocos su trabajo. Con la dote de Virginia podía establecer un negocio sólido. Podía exigir los mejores trabajadores y los mejores materiales, y conseguí lo mejor de ambos. Todo lo que construí entonces permanece hoy en pie, y así será hasta que algún necio lo derrumbe. ¿Sabes qué se dice, Gil? Que el constructor que hace casas duraderas traiciona su profesión, pero eso lo dicen los sinvergüenzas. ¿Hay alguien con dignidad que no haga las cosas lo mejor que sabe? ¿Dónde está la moral de un chapucero? Y yo, Gil, era un constructor con moralidad. Siempre he sido un hombre moral, y Virgie puede decir lo que quiera. Virgie estaba envenenada por la vieja Cynthia Boutell. Virgie no es una mala mujer, pero la han maleado. La vieja Cynthia es la mala.

»Triunfé desde el principio y todos los que querían un buen trabajo venían a

buscarme. Pero lo mejor vino unos dieciocho meses después de iniciar el negocio, cuando me encargaron que construyera la mansión de la señora Julius Long-Pott-Ott.

»Te sorprende el nombre, ¿verdad? Pero ella era la gran dama del lugar, la más rica. De soltera fue Louida Beemer, pero se casó con el señor Long, un viejo tendero con un montón de dinero que se ahogó con una espina de pescado al año de casarse, y no mucho después se casó con el señor Pott, el propietario del China Hall en la calle Colborne. Louida era una chica guapa, y amable también, dos cosas que no siempre van juntas, pero tuvo suerte y desgracia en sus matrimonios, según por dónde lo mires. Antes de que pasaran dos años, el señor Pott se cayó por las escaleras —bebía a escondidas— y se rompió el cuello. De modo que Louida no tuvo que comprarse ropa de luto, pues ya la tenía para el señor Long. Y estaba tan atractiva de luto que apenas pasado el año obligatorio ya estaba casada con el viejo Ott, un alemán con más dinero del que puedes imaginar y que había acaparado a espuertas. Y ahí tienes a Louida, tres veces viuda, con tres grandes fortunas y sin haber cumplido los treinta años a la muerte de Ott. La gente dijo que murió de tanta belleza de mujer, pero eso es lo que siempre se dice en tales casos. Fue una mujer tan amable que no quiso abandonar ninguno de los nombres de los esposos, y se quedó en señora Julius Long-Pott-Ott, y así se sigue llamando, una mujer de altos vuelos con su propio *saloon*.

»Los mierdas y apestosos de la buena sociedad se empeñan en que se diga “salón”, que es como se dice *saloon* en francés, pero yo siempre he dicho *saloon*, y al cabo del tiempo ella dejó de corregirme. Allí se reúnen todos los viernes, a las cuatro, y beben té y hablan de política y de teatro hasta las cinco y media. Muy selecto. La orquesta de cuerda de Frank Schalopki toca al fondo, y de vez en cuando aparece por allí, cuando está en la ciudad, la actriz Ida van Cortland. La gente acepta a las actrices, a las casadas. Es gente de mente muy abierta.

»Construí la casa donde pasa todo eso. Un arquitecto, de Toronto, hizo los planos, pero tuve que corregirle un montón de equivocaciones. Ya sabes, puertas que se abren dentro de otras, y partes que no se podían calentar y ya te las arreglarás. No le gustó que lo descubriera, pero discutí con él y la señora Long-Pott-Ott se puso de mi lado. Era muy práctica, aunque no quisiera aceptar que su doncella, Ola Millard, había ido al colegio con ella. Ola acostumbraba a reírse a veces, porque Louida Beemer había volado tan alto que comía lo que llamaba el almuerzo a las seis y media de la tarde, cuando todo el mundo come al mediodía y cena caliente a las cinco y media, y nunca se sentaba a la mesa sin antes hacerse la *toilette*, que es como llamaba a cambiarse de ropa. Pero, a pesar de todo eso, era una mujer razonable que sabía apreciar un trabajo bueno y bien hecho, y yo me esforcé por hacer el mío lo mejor posible.

»No podrías creer cómo trabajaban los constructores corrientes de aquellos días. Uno de los grandes trucos consistía en terminar las puertas y los trabajos de carpintería con pino barato o abeto, a veces ni seco, que luego el pintor arreglaba con una pintura de plomo con aceite y cinabrio que le daba la apariencia de la caoba, hasta que llegaba el calor de las chimeneas en invierno y el bálsamo empezaba a

deslucirse. ¡Lo llamaban acabado de sangre de dragón! ¡Un puro engaño!

»Eso no era para William McOmish. La mejor madera, la mejor mano de obra en todo el trabajo. Claro que no resultaba barato. La casa Long-Pott-Ott se salió del presupuesto. Pero no podía ser de otra manera. El arquitecto descubrió mi habilidad con las escaleras y puso una realmente hermosa, separada de la pared y haciendo curva. Cuando me enseñó el dibujo creyó que iba a desconcertarme. “Sí, claro, le dije fresco como una lechuga, pero esto no es exactamente su T igual a R partido por tangente de R-3 por 8 grados, ¿verdad? Miraré mi tabla de tangentes y se lo tendré resuelto mañana por la mañana. Todos esos voladizos exigen un cálculo cuidadoso. ¿Y la barandilla? La resolveremos con machihembrados de cola de milano. Sé calcular. Ya me ocuparé personalmente para que todo salga bien”. Por Dios, que podía haberlo tumbado con un soplo. Nunca había tratado con un artesano como yo. Como consecuencia de eso, logré que se pusiera mi ventana en forma de herradura en la sala de estar. Dijo que era vulgar, pero lo dijo solo por envidia. La señora Long-Pott-Ott la quería porque no había oído decir que nadie la tuviera y decía que le daba un toque morisco. Y se puso, y se convirtió en mi rúbrica en todas las casas que construí luego. Aquí la puedes ver, en la que es mi casa hasta que vengan a buscarme.

»Después de aquella casa ya no tuve respiro. Todo el mundo me solicitaba. Pero no atendí a todo el mundo, solo construí para gente que yo respetaba y que me respetaba. No necesitaban a un arquitecto. Yo sabía hacerlo mejor que cualquier arquitecto que hubieran podido encontrar. Hice algunos trabajos estupendos. Con la madera y el ladrillo hice cosas inimaginables. Algunos de los que se reunían en el salón decían que mi trabajo estaba sobrecargado de adornos, pero ¿qué me importaba lo que dijeran? Era gente que no tenía ni idea de construir una casa. Era la clase de gente que, cuando se construye la casa de otro, acuden a ensuciarla.

7

—Mirando atrás, veo una brillante carrera. Y no solo construí, también asesoré a otros constructores. No lo creerás, Gil, pero era el único en la comarca que sabía proyectar una escalera. Incluso una escalera miserable, ya sabes, una de esas cosas que suben entre dos paredes. Se esforzaban y estrujaban el magín, pero al final les salía un escalón demasiado alto en la meseta superior, o resultaba demasiado fina y parecía una escalera de mano, o los peldaños eran demasiado estrechos, lo que resulta fatal para los viejos. En fin, nunca creerás cuánto les costaba hacer un cálculo tan sencillo. Porque no eran más que carpinteros. Sería estúpido llamarlos «constructores», ni siquiera maestros de obras, como yo. Y no te creas, les dije: «Si queréis que os proyecte vuestras escaleras, os costará veinticinco dólares». Así se lo dije, y los tíos se encogieron como si les hubiera dado una puñalada. Pero si querían una escalera tenían que pagar. Y así, por aquel entonces, ganaba más de cien dólares

al mes.

»Pero todas las carreras tienen una cima, y el mío fue cuando los metodistas wesleyanos decidieron que tenían que enfrentarse a anglicanos y católicos y para eso habían de tener la iglesia más hermosa de la ciudad. A los wesleyanos siempre se les había despreciado por pobres, pero los tiempos habían cambiado y a su congregación pertenecían algunos de los ciudadanos más ricos, y querían un templo espacioso y hermoso, para lo cual, por supuesto, tenían un arquitecto.

»Debo decir que hizo un buen trabajo. El estilo era lo que él llamaba gótico-morisco. La parte gótica consistía en pilares y arcos por todas partes, aunque los pilares no sostenían nada y los arcos eran solo de adorno. Tenía un atrio, un campanario, un ábside y algo como almenado arriba, al lado del campanario, que él decía que era sarraceno.

Mientras habla el señor McOmish, veo la iglesia. El tiempo le ha conferido su propio encanto, aunque es una pesadilla de adornos innecesarios. Todos los estilos que ha empleado el arquitecto en este guiso han acabado fundiéndose; con decir que es una iglesia metodista victoriana ya está dicho todo. Parece como si desafiara una bomba atómica y hubiera costado una fortuna desmantelarla. A medida que aparece ante mi vista, veo que la Fundación del Patrimonio Nacional ha puesto una placa en ella, declarándola monumento nacional. Ha tardado poco más de un siglo en pasar de ser un templo orgulloso del dinero de sus feligreses a convertirse en un horror arquitectónico y luego en monumento nacional. Típico de Canadá.

—Aquel arquitecto era un hombre instruido, como suelen ser los arquitectos, pero no trataba con gente instruida, sino con gente poderosa. Y eso causó problemas. Le dejaron hacer en el exterior, pero el interior era otra historia. Querían que el suelo hiciera pendiente, y dijo que eso no era propio de una iglesia. Quería que hubiera un pasillo central, y le dijeron: «¿Para qué? ¿Acaso cree que vamos a hacer procesiones? No queremos nada romano entre nosotros». Quería que el altar de la comunión estuviera en medio del ábside, y aquello fue intolerable; el púlpito tenía que ser el foco del templo y no admitían tonterías al respecto. El púlpito, desde el cual se expone al pueblo la Santa Palabra de Dios. Pero ¿qué hay de la tradición?, dijo él, y le contestaron: «¿Qué tradición? Esta es nuestra tradición, heredada directamente de John Wesley, y nosotros sabemos lo que queremos». Puso el coro en la parte trasera del templo, en una galería. ¿Te imaginas, en una galería?, con el órgano allí arriba, y los ancianos de la iglesia se echaron a reír. «Escuche», le dijeron, «nuestras hijas cantan en ese coro y queremos verlas. Y no estamos pagando más de lo que podemos por un órgano Casavant con registros de arpa y eufónicos, e incluso otro que suena como un tambor y no sabemos qué cosas más, para que esté escondido en una galería».

»Se enfadó, naturalmente, y los trató de ignorantes. Ya puedes imaginarte cómo se pusieron los ancianos. Cualquiera de ellos podía haberlo comprado sin enterarse nunca de lo que le había costado. Al final fue una iglesia protestante como es debido,

con el púlpito en medio de lo que llamaban ábside, respaldado por un hermoso conjunto de tubos de órgano, decorativos, claro está, porque los auténticos, de metal y madera, estaban escondidos detrás. El coro quedó delante, con la sillería formando curva, de modo que la congregación pudiera verlo bien y apreciar sus doseles, con el órgano hundido delante de ellos, de tal forma que se podía ver la cabeza del organista detrás de una cortina roja. Pero entonces se armó el verdadero lío.

»Se trataba tan solo de una pieza de madera tallada que corría por encima de los tubos del órgano, y hacía una especie de visera sobre el púlpito para ocultar las luces que iluminaban desde arriba al predicador. El arquitecto había dispuesto que fuera en roble tallado (yo tenía que hacer la talla) y quería que sobre unas hojas talladas se esculpieran las palabras *Ad Majorem Dei Gloriam*.

»¡Latín! Los gritos se oyeron hasta en Hamilton. ¡Latín! ¡En una iglesia metodista wesleyana! No habría sido peor que anunciara la próxima visita del Papa. Ya se sabe que solo quería decir “A la mayor gloria de Dios”, pero dicho de manera equivocada. Hubo una trifulca tremenda y el arquitecto se fue.

»Al enemigo que huye, puente de plata, dijeron. Pero cuando se calmaron, volvieron a enfurecerse porque el interior de la iglesia estaba sin terminar y no tenían arquitecto. Claro que los responsables sabían lo que tenían que hacer. Me llamaron para que terminara la obra y la terminara como es debido.

»El arquitecto había puesto pies en polvorosa llevándose todos los planos, pero eso no me preocupó. En absoluto. Podía hacer planos tan bien como él, y en dos semanas tuve un interior que era exactamente lo que querían, y lo que yo quería también.

»Fíjate, yo, el gran hombre de las escaleras, siempre había querido hacer uno de esos púlpitos con una escalera curva a cada lado, de modo que el predicador pudiera elegir. O subir por una y bajar por la otra al terminar el sermón. Verdadero estilo, sin sombra de papismo. Aceptaron. No sabían cuánto podían costar aquellas escaleras. Pero las pude poner donde quería porque había cambiado la frase de la pieza tallada que ahora decía: “El Señor está en su templo sagrado: que toda la tierra guarde silencio ante Él”. Muy bien escogido y doctrinalmente correcto.

»Eso es lo que construí. La mejor caoba, auténtica, nada de pino disfrazado con cinabrio, y las barandillas de las escaleras curvas las ensamblé de tal modo en cola de milano que nunca podrías saber cómo estaban hechas. Reconozco que aquella pieza de madera tallada me llevó un mes, porque la inscripción la hice en la letra gótica más retorcida que puedas imaginarte, y tan adornada con follaje que costaba leerla. Puse incluso una paloma de madera, justo encima de la cabeza del predicador, entre hojas. Hubo guasones que dijeron que parecía que la paloma fuera a dejar caer algo sobre la cabeza del otro, pero hicieron el ridículo como lo que eran, unos guasones. Era una maravilla.

»Y el primer servicio en la nueva iglesia fue el momento culminante de mi carrera. Asistí vestido con una levita y en el momento oportuno ofrecí los planos al

predicador, no todos, que podían pesar casi una tonelada, sino unos pocos, encuadrados en marroquinería. El predicador los bendijo y me rindió un hermoso tributo, como gran constructor cristiano. Aquel día tuve que administrarme una fuerte inyección de mi medicina. Si no me habría desmayado de tanta gloria.

Sí, la escena aparece ante mí mientras él habla, y veo que tiene los ojos enloquecidos, con las pupilas tan pequeñas que parecen alfileres, y se tambalea. La gente cree que está afectado por la gloria del momento, pero Virginia McOmish y las tres señoritas, Malvina, Carolina y Minerva, sentadas cerca de él, saben mejor lo que le ocurre y me atrevería a decir que su mirada expresa temor cuando el viejo diablo, después de presentar los planos, regresa a su sitio titubeante y respirando trabajosamente.

No he visto a Virginia McOmish desde las escenas del noviazgo, y cuando la miro ahora me pregunto cómo alguien la ha podido encontrar guapa alguna vez. Pero cuando vuelvo a mirarla veo que sus rasgos son hermosos, incluso delicados; es su expresión la que estremece, de lo fría y amenazadora que se ha vuelto. En el banco detrás del suyo se sienta su hermana lisiada, Cynthia Boutell: los mismos rasgos y la misma expresión exagerada. Parece, como acostumbra a decir su cuñado, que mastique sapos. Junto a ella se sienta su esposo, el insatisfactorio Dan; parece un hombre alegre que ha dedicado mucho tiempo a su bigote. Lleva un enorme anillo masónico y tiende a la obesidad. De las tres chicas McOmish, Malvina es hermosa, porque tiene los rasgos delicados de su madre; Carolina no es nada agraciada: su cabello es de color zanahoria y la piel del rostro parece un puré de lentejas, pero su expresión es dulce y tímida; Minerva, la más joven, es guapa y lozana, pero debe evitar excitarse, porque padece el *petit mal* y puede causar molestias.

La comida dominical después de la gran ceremonia de inauguración me muestra brevemente lo que anda mal en la familia McOmish. Caminan hasta la casa, William en la gloria porque ha sido felicitado una y otra vez en las escalinatas de la iglesia — ¡su iglesia!—. Tan pronto como llegan al hogar, que es la casa espaciosa y horrenda que ya he visto, desprovista de muebles y sin fuego la noche invernal en que Gil visita a McOmish, Virginia se dirige a su dormitorio para quitarse el sombrero, uno rígido de paja negra. William la sigue y se coloca tras ella delante del espejo e intenta besarla.

—Ay, no me estropees —dice ella, y se aleja de él.

Veo la envidia en el rostro de ella. El de él expresa humillación e ira cuando se aleja y baja las escaleras hasta el comedor, donde ninguna de sus hijas tiene una palabra que decirle. Caroline cree que debe decirle algo, alguna palabra de alabanza por la gran iglesia, pero las tres han sido instruidas tan rigurosamente por la madre y la tía Boutell que no se atreve a hacerlo. Viendo cómo sufre mamá, día tras día, sería desleal mostrar algún afecto por papá. Afecto que tampoco pide papá, por mucho que lo necesite.

Rhodri Gilmartin asiste a la comida familiar del domingo. Es el pretendiente

indeseado de Malvina. Las otras chicas están sin novio y se unen para divertirse a costa de Rhodri con bromas que no me parecen inocentes. La envidia y la insinuación afectada de que hay algo que no está bien en el compromiso se esconden tras las bromas. Cuando se termina la comida —asado de cerdo, patatas hervidas, salsa de manzana con el cerdo, pastel de calabaza y lo que hoy llamaríamos donuts (pero que los McOmish denominan rosquillas fritas), consumida en silencio y regada con un té fuerte—, autorizan a Malvina y a Rhodri a retirarse a la sala de estar. Se sientan juntos en el sofá y hablan discretamente, porque han oído cómo Carolina y Minerva arrastran unas sillas junto a la puerta y los están espiando por el montante. ¿Para ver qué? Nadie se atreverá a decirlo, pero debe de ser algo que Dios ha hecho necesario pero de lo que Dios no tiene razones para sentirse orgulloso.

8

Una vez construida la gran iglesia, hay que pagarla. «Por supuesto» que varios hombres ricos de la congregación han aportado dinero antes de remover el suelo, pero lo reunido no cubre ni la tercera parte de lo que ha costado la obra. Eso no preocupa a nadie. «Por supuesto» que la iglesia ha de tener una hipoteca, como muy sabiamente ha dicho el reverendo Wilbur Woolarton Woodside, porque una iglesia sin hipoteca es una iglesia sin alma. Sin una hipoteca que pagar, ¿cómo espolear a los fieles para que organicen tómbolas, cenas de caridad, conciertos con talentos del lugar y otras actividades para recoger dinero, creando así el necesario entusiasmo cristiano? Cuando no se estimula a la gente para que haga algo por la iglesia, lo más probable es que pierda su celo por ella. Como dijo el pastor, pueden sentirse cómodos en Sión, y el protestantismo del siglo XIX no está hecho para la comodidad. En absoluto. Esfuerzo y lucha es lo que se necesita para mantener a la gente viva en su fe. Una hipoteca, a la espera del gran día en que se salde con una gran ceremonia para que la congregación contemple cómo queman la hipoteca el pastor y los ancianos. En pocos meses inaugurarán un nuevo fondo para construir una casa parroquial donde podrán reunirse los jóvenes, se hará la escuela del sabbat y se celebrarán tómbolas, cenas de caridad y conciertos, que hasta entonces se hacen en los sótanos de la iglesia. La gente debe dedicarse a reunir dinero, pues de no hacerlo podrían olvidar a Cristo.

Sin embargo, justo en ese momento hay un montón de facturas pendientes y, «por supuesto», deben ajustarse al máximo. William McOmish, el gran hombre, ha construido un edificio espléndido, pero los ancianos y el pastor le recuerdan que se ha pasado del presupuesto. Pero si nunca ha habido presupuesto, dice William. Nunca obtuvo materiales según un presupuesto. Se limitó a hacer el mejor trabajo posible, costara lo que costara. ¿Podía hacerse otra cosa tratándose del servicio de Dios? Desde luego que no —responden los ancianos, algunos de los cuales son banqueros—, pero hay que tener los pies en el suelo. Así que ¿podría ajustar esas facturas de

madera, decoración, lámparas y un horno? ¿Y la de esa enorme campana —una campana de primerísima calidad, «por supuesto»— que nadie imaginaba que pudiera costar tanto? ¿Y, «por supuesto», la factura vengativa que el ofendido arquitecto ha presentado por su participación en los planos? ¿Qué le parece? Seguro que usted, señor McOmish, nacido y criado como wesleyano, puede hacer algo.

Lo que William puede hacer se ve rigurosamente limitado por lo que sus proveedores hagan, y algunos de los proveedores no son wesleyanos y todos quieren su dinero. Luego resulta que incluso ha comprado caoba a una empresa de católicos y ¿qué puede esperarse de semejante imprudencia?

La soberbia es muy costosa. Por eso, sin duda, la Biblia es tan dura con ella y le asigna el primer lugar entre los pecados capitales. William es demasiado soberbio para no pagar. Ni siquiera dirá a los ancianos que ha de conservar algo de dinero para que su negocio siga funcionando. Decir tal cosa sería una mezquindad y nadie ha dicho nunca, ni dirá en el futuro, que William McOmish es un mezquino.

Rebaja todo lo que puede y eso significa al final que prescinde de su propio beneficio y que toda su hermosa talla, el ensamblaje oculto y los bellísimos acabados son para la mayor gloria de Dios y, en consecuencia, para la ruina de William McOmish. Se pasa las noches calculando y calculando, y es demasiado buen calculador para no saber lo que se le viene encima: la ruina. Hombres menos dotados que no saben calcular con su brillantez pero que no rebajarían sus facturas no sufrirían, o no sufrirían tanto, pero él sabe que está acabado. No. Nunca acabado. Puede construir otra vez, y quizá mejor. Pero tendrá que pedir crédito a los bancos y lo detesta porque lo pone en manos de hombrecillos a quienes desprecia.

Las necesidades obligan cuando el demonio aprieta. Y no es su demonio personal el que ha hecho de él un hombre notable, sino el Gran Demonio, el mismísimo Cornudo Eterno, que es el destino de tantos soberbios.

William, sin aparentar que es un solicitante, se enfrenta con el señor Bond, poderoso banquero y wesleyano piadoso, uno de la vieja escuela a quien se le oye murmurar «Amén y alabado sea Dios» durante los sermones especialmente apasionados.

—Verá, señor McOmish, los tiempos no son tan buenos como parece, y ahora debemos ser especialmente cautos con los créditos. Y usted me pide un crédito a largo plazo, por supuesto. Para mí nada sería más agradable que servirlo, pero, como banquero, no, me temo que nunca podría justificarlo ante el consejo. No es una cuestión personal; es política de la empresa, ¿sabe?

Y lo mismo con el señor Murdoch y el señor Nickel, ambos wesleyanos, banqueros y ancianos de la iglesia que William ha construido. No es cosa personal, sino política, palabra sagrada.

Es entonces cuando William se encuentra con la señora Julius Long-Pott-Ott en la calle Colborne, en el momento en que ella va a entrar en su birlocho; Sam Clough, su cochero, le mantiene la puerta abierta y el pie en el estribo. Pero se vuelve hacia William, que la saluda quitándose el sombrero.

—Ah, señor McOmish, tenía ganas de verlo. Quería felicitarlo por la nueva iglesia. ¡Un edificio verdaderamente hermoso! Da una nueva apariencia a nuestra pequeña ciudad. Y hace que me sienta orgullosa de que fuera usted quien construyera mi casa.

—Es muy amable de su parte —dice William.

Pero no sonrío. ¿Lo verá alguien charlando con esta elegante señora, cuyo perfume de violetas detecta? ¿Habrán comentarios si lo ven con ella, parlotando en plena calle?

—He pensado... —continúa la señora Long-Pott-Ott—. Se me ocurre de vez en cuando que debería dedicarme a algo nuevo. Si alguna vez piensa en formar una sociedad limitada, con todo bajo su control, por supuesto, pero con un socio capitalista... me gustaría que me lo dijera.

—Nunca se me ha ocurrido semejante tontería —dice William con brusquedad.

La señora Long-Pott-Ott ha sido desairada y lo sabe. Pero es demasiado lista y demasiado rica para mostrar resentimiento. Además, sabe algunas cosas, porque, como dicen en la ciudad, es una «cabeza larga». Sonríe. Tiene una bonita dentadura y una bella cabellera que recibe más atenciones que las normales.

—Bueno, piénselo —dice ella. Y sube ágilmente al birlocho.

La muy desvergonzada, piensa William. ¡Proponerle aquello en plena calle! Una sociedad comanditaria, porque eso es lo que diría todo el mundo: ¡William McOmish ha tomado a Louida Comosellame de socia comanditaria! ¡Qué porquería! No quiere ni pensar en lo que diría Virginia si se lo dijera, aunque solo fuera como una sugerencia. Un hombre como socio comanditario, eso es negocio. ¡Pero una mujer! La palabra negocio adquiere entonces otro significado y surgen los comentarios obscenos.

Entretanto, la ruina. ¿Qué otra cosa es posible?

10

Como tantas personas obsesionadas con sus problemas personales, a William nunca se le ocurre que los demás estén al corriente de ellos. Pero si lo conocen en todas las farmacias de la ciudad, y visita algunas con bastante frecuencia, hasta dos veces a la semana, con su receta firmada por el doctor George Harmon Vanderlip, su cuñado, es absurdo que quiera mantener el secreto. Los empleados de las farmacias hablan. Saben quién confía en una determinada cataplasma para el hígado, quién bebe tónico

Peruna para males de la mujer (seguramente sin saber que es simple jerez mezclado con unas hierbas que le dan sabor amargo), quién prefiere uno de los sesenta o más purgantes que tienen en las estanterías; gran parte de su éxito social depende de sus revelaciones, aparentemente involuntarias, de estos hechos tan interesantes. Y saben quién pide morfina. Quién la pide de manera repetida. La morfina no es una medicina restringida, aunque al venderla se aconseja alguna precaución. Pero cuando un hombre trae la receta permanente de un médico muy conocido, ¿debe preguntar algo el empleado de la farmacia?

Por esto, todo el mundo sabe que William McOmish es un comedor de opio. La expresión suena de un modo horrendo y siniestro, y es muy apreciada en los chismorreos. Por supuesto que William no se lo come, ni lo fuma ni lo bebe como otros aficionados al láudano. Se lo inyecta, por una razón que a él y al doctor George Harmon Vanderlip, hermano de su esposa y hombre sin duda fiable, les parece suficiente. William es asmático, lo ha sido desde la niñez, y la enfermedad se agrava hasta hacerse intolerable.

Y llegó el mal día, hace ya varios años, en que el doctor Vanderlip, tras darle una palmada afectuosa en el plexo solar, le dijo:

—Es absurdo, Will, que tenga que venir yo a inyectarte cada vez que tienes una de estas crisis. Te daré una receta permanente y una jeringuilla, y ya sabes lo que tienes que hacer. La dosis ha de ser lo más baja posible; nunca más de siete gramos al día. Y, por supuesto, solo cuando la necesites. Eres una persona con sentido común. Te pondrás bien.

William no está bien. La presión de los negocios, el apasionamiento por hacer el mejor trabajo y la miseria de su vida doméstica hacen que sus «crisis» sean cada vez más frecuentes, y mucho antes de haber terminado la gran iglesia se toma treinta gramos diarios, y a veces más. Lo necesita para mantenerse en forma porque bajo la presión del trabajo se siente cada vez más torpe, precisamente cuando necesita estar más despierto para sus cálculos. Las manos le tiemblan en ocasiones y unas manos temblorosas no son las más aptas para hacer ensamblajes de cola de milano. También tiene desarreglos digestivos; tiene ardor de estómago y tiene arcadas sin haber comido nada, de modo que no tiene nada que vomitar. Su irritabilidad natural se está volviendo incontrolable y gruñe cuando no tiene intención de hacerlo. Aunque quizá lo peor sea su estreñimiento; toma un afamado laxante, un auténtico explosivo, pero es inútil, y sus esfuerzos en lo que delicadamente se llama «la casita» parecen a veces a punto de agotarlo, y su corazón protesta.

Todo esto es evidentemente el resultado del trabajo exigente, y su único recurso es la jeringuilla y mayores dosis de su único amigo, que lo calma, lo libera de las preocupaciones, del dolor y de la presión en los pulmones cuando no puede expulsar el aire, cuando la cabeza parece estallarle y cuando le aterroriza la muerte. Sí, tiene miedo a la muerte; él, un hombre tan inteligente y hábil.

Es sorprendente que crea que nadie lo nota. Pero cuando trabajaba en la gran

iglesia, el reverendo Wilbur Woolarton Woodside y los banqueros-ancianos observaron su inexplicable excitación y su mirada enloquecida y, como los empleados de farmacia se han encargado de que los rumores lleguen a la buena sociedad, saben cuál es el mal que le aqueja. La señora Julius Long-Pott-Ott, que tiene una amplia experiencia de maridos y cuando ve a un hombre con secretos enseguida lo adivina, también lo sabe. Pero a nadie le gusta hablar del asunto con el señor McOmish, porque es una persona adusta y de lengua afilada. Y nadie habla mal del doctor George Harmon Vanderlip, porque a nadie que no posea la ciencia y los conocimientos arcanos le gusta criticar a un doctor. Los médicos siguen a los curas en la jerarquía de los santos.

Los banqueros son también de la casta sacerdotal. Sacerdotes de Mammón, aquella deidad popular. Los banqueros nunca hablan. Por supuesto que, como son humanos, pueden comentar algo con sus esposas, quienes pueden decir algo a alguna amiga dentro de la más estricta confidencialidad. ¿Cómo es entonces que se extiende con tanta rapidez la noticia de que el señor William McOmish, opiómano desde largo tiempo (esa pobre esposa, esas tristes hijas), está al borde de la ruina? Aún más sorprendente: que Louida Long-Pott-Ott se ha ofrecido a ayudarlo, y él se ha negado groseramente, justo en la calle Colborne. Es lo que dice Sam Clough a unos pocos amigos, por supuesto, en secreto.

11

Como Gil, me siento cada vez más inquieto sometido a la narración incesante y justificativa del señor McOmish. Como Gil, creo que debe de haber otras maneras de contemplar esta historia. De pronto, aparecen unos destellos en la pantalla de lo que evidentemente es la fotografía en grupo de una reunión familiar; al aire libre, en el césped de una granja, unos cuarenta hombres y mujeres están de pie, delante de una casa, de cuyas ventanas superiores cuelga una pancarta que dice: «Bienvenida, familia Vanderlip-Vermuelen-Gage». El color es sepia, un pardo de pan ligeramente tostado. La última fila la conforman los hombres, casi todos con los brazos cruzados; el único obeso es, obviamente, el lamentable Dan Boutell, que también es el mejor vestido. Delante de ellos están las mujeres, sentadas en sillas y vestidas de toda suerte, desde lo que estaba de moda en la fecha hasta la ropa bien conservada de cincuenta años antes e incluso más. Entre ellas reconozco a mi abuela, de joven, con la mirada concentrada tras unos quevedos; es la única del grupo que lleva gafas. En edad, el abanico abarca desde las más jóvenes hasta dos ancianas, en los dos extremos de la fila, con gorros blancos de encaje, chales y amplias faldas negras. Sentados a sus pies están los niños: las niñas vestidas con abundantes ropas y botas abotonadas; los niños con chaquetas cortas, calzones, medias negras y también botas abotonadas. Todos miran fijamente la cámara, excepto un niño, que ha quedado algo

borroso porque se ha movido durante el «tiempo de exposición», unos veinte segundos exigidos por el fotógrafo.

Los reconozco al instante con emoción. Son mis antepasados inmediatos, por línea paterna al menos, un grupo severo a mi parecer. ¿Es la severidad resultado del «tiempo de exposición»? ¿Es simplemente la moda de entonces? ¿O acaso esta gente no deseaba parecer feliz y comunicativa? Es fácil identificar a William McOmish, cuyo ceño lo distingue como hombre con el que hay que contar, un hombre de intelecto, un hombre que puede proyectar escaleras que desafían a constructores de menor talla. Pero hay otros a quienes reconozco por la tradición familiar medio olvidada. Está el tatarabuelo Nelson (nacido el año de la batalla de Trafalgar), con la barba hasta el pecho, de pie y detrás de su esposa, Alma Devereux; al extremo izquierdo de la fila de mujeres, la anciana debe de ser Granny Sands, su tía abuela, a quien le gusta amenazar en broma con su fusta. («Voy a meterte mano, Granny; ahora vengo; muévete rápido, Granny; baila, Granny». «Ay, qué bobo eres, Nelson. Je, je, je, mis días de baile ya han pasado, Nelson, y tú lo sabes». «Vamos, Granny, baila para nosotros una jiga»). Nelson era el bromista del grupo. El hombre de la larga cicatriz en el rostro tiene que ser Bicho Devereux, llamado así porque cuando tenía diecisiete años le salió un enorme bulto en la cara que al final reventó y de él salió un bicho negro que huyó volando. Se cree que un insecto debió de depositar sus huevos en un pequeño corte de su cara, como pareció demostrar el bichito. Pero hay un hombre conocido por todos como Forty-Pie Doane, porque una vez devoró cuarenta pasteles en un concurso organizado por la parroquia y sobrevivió como campeón invicto. Tiene la barbilla afilada y parece hambriento. Solo está relacionado con la familia por su matrimonio y es un hombre de grotesca distinción. Está el primo Flint, bajito, de cabeza pequeña, ceñudo, alguien a quien no me gustaría tropezarme en la oscuridad del bosque. Está Ella Vanderlip, famosa por su bocio, verdaderamente prodigioso. Está Cynthia Boutell, la cuñada a quien William McOmish detesta con toda su alma. Y la anciana en el extremo de la derecha —no puede ser, pero es—, Hannah Gage, la última de la tribu que recuerda aquel largo viaje desde Nueva York hasta Canadá; la tía Hannah, ya más que centenaria, conocida por su determinación a asumir cualquier tarea desagradable: «Si alguien ha de sufrir, dejad que sea yo; estoy acostumbrada», pero nadie quiere verla sufrir porque todo el mundo sabe que la vida de tía Hannah ha estado martirizada por el reumatismo, el asma, la gastritis y el estreñimiento. Es la increíble superviviente de la aventurada camada de Anna Gage.

Algunos de los que aparecen en la fotografía guardan un vago recuerdo de la leyenda familiar y de Roger, el hermano de Hannah, que murió en la batalla de Queenston Heights, en 1812, rechazando a los invasores yanquis que fueron a liberar a Canadá del yugo británico y se llevaron una sorpresa. El nombre de Roger figura en el monumento conmemorativo de aquella victoria. Pero a quienes todos recuerdan es a la abuela Elizabeth que, junto a su esposo Justus Vanderlip, fue más rica incluso que la anciana Anna, gracias a sus tiendas y a la compraventa de terrenos, y que nunca

dejó que el recuerdo de su valiente hermano Roger se apagara. Elizabeth, recordada por todos los de la fotografía, acabó su vida como una matriarca risueña, sentada en su sala de estar, pasando el tiempo agradablemente con pellizcos de rapé que tenía en una caja de carey y un poco de menta que guardaba en otra caja, esta de auténtica plata americana, uno de los dos tesoros que se trajo en el largo viaje desde Nueva York. Elizabeth dejó la dirección de su hogar a sus cuatro hijas, mientras se vanagloriaba de los éxitos de sus siete hijos, un hacendado, un abogado, un médico, dos clérigos y dos miembros del recién inaugurado Parlamento (unos enchufados, decía el envidioso William McOmish, engolfado en su trabajo). ¿Se debe solo a la casualidad que ninguno aparezca en la foto familiar? Eran hombres muy ocupados, por supuesto, pero debieron estar presentes.

Mis antepasados. Sé que soy sangre de su sangre y hueso de sus huesos, pero me parecen tan lejanos y extraños como isleños trobriandeses. Llevan ropa buena. Es decir, duradera, de material sólido. Pero ¿quién la hizo? No cae bien y, desde luego, nunca vio la plancha. Los hombres lucen grandes corbatas, y algunos de los de más edad llevan medias de seda negra, en las que hay prendidos alfileres, probablemente de oro. ¿Se cepillaban el cabello o simplemente se lo atusaban? Las camisas parecen muy limpias, aunque solo se bañaban, como mucho, una vez por semana: la idea holandesa de la higiene. ¡Y las mujeres! No parecen muy preocupadas por su apariencia, aunque muchas van cargadas de pesadas joyas de oro y azabache, muestras de su posición acomodada. Solo mi abuela y sus hermanas parecen dar importancia a su apariencia. Todos los que sobrepasan los cuarenta muestran la boca hundida, prueba de la pérdida de dientes. ¿Amaba o reía esta gente? ¿Tienen —o tenían— útero y testículos? Seguramente sí, pero ¿quién lo adivinaría por su aspecto exterior?

Luego la rígida fotografía se deshace. Se mueven las figuras y los veo ya de un modo diferente, aunque todavía como a extraños.

Extraños porque cronológicamente son absurdos. Hay personas en este conjunto que no tendrían por qué aparecer en la fotografía o, al menos, no pueden tener la edad que aparentan. Y tengo que recordármelo otra vez. Estoy viendo una película, una obra de arte o, por lo menos, de artificio y, en consecuencia, ¿no tiene derecho el director a hacer lo que le plazca con el tiempo? ¿No es el cine el lugar de los sueños, el lugar del érase una vez? Lo que estoy viendo no es *El maestro de obras* de Ibsen, que es lo que ve el Husmeador y a cuyo lado estoy sentado, o colgado, o comoquiera que me permita mi condición. Ni mi tiempo es el tiempo cronológico que él ve en su pantalla. ¿Es esto lo que McWearie, en sus intentos de explicarme la fe tibetana, llamaba el estado del Bardo? ¿No estoy en un tiempo pleromático que abarca elementos que nada tienen que ver con el tictac progresivo del tiempo cuando estamos o fatuamente creemos estar vivos?

No puedo rechazar ni cuestionar la verdad de lo que veo. Cualquiera que sea esa verdad, desde luego no es la verdad histórica que me han enseñado como única digna

de fiabilidad. En lo que contemplo, el tiempo está tergiversado, como evidentemente debe estar en cualquier obra de arte. Es de agradecer que ese Algo o Alguien que dirige mi existencia en este momento me muestre el pasado como una obra de arte, porque yo intenté entender la vida, mientras tuve vida, como una obra de arte, y buena parte de la indignación que sentí por mi manera de morir se debió a la ausencia de forma o de dimensión artística, a su falta de peso emotivo, de dignidad.

12

Sigo la figura de mi abuela. Se mueve con una dignidad consciente que va a tono con sus quevedos. Es una «muchacha trabajadora» y está orgullosa de serlo, porque no era lo corriente en las mujeres de su época. Es secretaria, inestimable para su jefe, el señor Yeigh que, como ella misma, es de ascendencia holandesa y que a menudo le dice: «Nosotros, los holandeses, debemos apoyarnos, señorita Malvina». No solo conoce los entresijos del trabajo de la gran empresa de carruajes y bicicletas, de la cual el señor Yeigh es el director, sino también y al detalle la afición de su jefe, que es la apicultura. «Pídame seis reinas italianas de cinco bandas para que me las envíen lo antes posible, señorita Malvina», le dice, y sabe perfectamente a qué se refiere.

¿Por qué es una muchacha trabajadora? ¿Por qué su hermana Carolina también es secretaria, en una compañía de seguros, dominada por el enérgico doctor Oronhyateka, notable por ser un aborigen mohawk que ha triunfado en el mundo de los blancos? ¿Por qué la hermana menor, que solo tiene dieciséis años, ya es aprendiz de sombrerera, ya que al padecer de *petit mal* la pobre niña no sirve para secretaria? Lo sé, por supuesto, ¿o acaso no he presenciado cómo el señor McOmish, un hombre arruinado y desgraciado, arengaba a su yerno en medio de la noche invernal? Pero ¿cómo se ha llegado a esto, qué pasó antes, qué explica la exagerada confianza en sí misma y el dominio de Malvina? ¿Qué explica la mirada ofendida, de afrenta monstruosa, que veo en el rostro de Virginia McOmish, mi bisabuela?

13

Ahora aparece una serie de escenas de la infancia y la juventud de Malvina.

Tengo delante una hermosa casa de madera de estilo decimonónico; tendría su encanto y un aire acogedor si las persianas no estuvieran cerradas hasta abajo y en el llamador de la puerta principal no hubiera un crespón negro. Dentro los familiares de la anciana Elizabeth se han reunido para el funeral de la matriarca, una de las supervivientes de la gran escapada desde Nueva York. Los hombres ocupan la sala de estar y hablan en tono bajo aunque no con reverencia, mientras los empleados de pompas fúnebres toman sus sombreros y los envuelven en los obligatorios crespones

«pañideros» para el inminente funeral. Otro empleado va midiendo las manos y les provee de nuevos guantes negros, porque esta será una ceremonia de primera clase y no se escatima en gastos. Las dos sirvientas negras de la anciana Elizabeth, Angeline y Naomi (ellas mismas fugitivas de los Estados Esclavos), pasan bandejas con vasitos del cordial personal de Elizabeth, hecho de cerezas negras empapadas en *whisky* durante seis contemplativos meses. Tomado en pequeñas dosis, ha prolongado la vida de Elizabeth y ahora conforta a sus afligidos deudos, algunos de los cuales necesitan tres vasos para calmar los nervios.

—Ahora que Madre se ha ido, caigo en la cuenta de que eres el vástago más antiguo, Nels —dice un hermano joven, extrañamente llamado Squire^[6] Vanderlip. (No es un *squire*, sino abogado). Nelson asiente con la cabeza, asumiendo su nueva condición con decorosa gravedad.

En el piso superior, las mujeres están reunidas en lo que había sido la sala de estar de Elizabeth. En la pared cuelga el otro tesoro traído de Nueva York. Es el retrato de Jorge III, tan querido por el comandante Gage, y ahora enmarcado en estilo victoriano, con ébanos y dorados. Las mujeres conversan y saborean el *whisky* de cerezas y de vez en cuando se enjugan los ojos con pañuelos de anchas orlas negras.

¡Confusión! La anciana Hannah irrumpe en la sala con noticias terribles. (A pesar de su edad, ella no es el «vástago más antiguo» porque es mujer y, en teoría, podría cambiar de alianza familiar). Cuchichea con Nelson, el vástago más antiguo.

—Nelson, ¿a que no imaginas qué están haciendo esos jovencitos desvergonzados? —sisea de nuevo en su oído, exhalando su respiración malévola.

—¡Qué, por Tofet! —grita el antiguo vástago sin tener en cuenta la solemnidad del momento. Sale corriendo al *stoep*, que es el nombre que da esta gente, a causa de su ascendencia holandesa, a la amplia terraza o galería que rodea la casa por tres de sus cuatro lados.

En efecto, ¿qué ocurre? Los niños siguen a una carretilla en la cual Flint ha puesto una gran muñeca. Lloran ruidosamente y manotean con los grandes pañuelos orlados de negro con que han sido provistos. ¡Están jugando al funeral!

El tío Nelson, rugiendo, baja hasta donde están ellos, seguido por una docena de padres ofendidos. Capturan a los niños y los azotan severamente. Los niños lloran desconsolados porque no entienden del todo en qué han pecado, porque sin duda ha de ser un pecado lo que les causa esta repentina y dolorosa corrección.

Solo una de las hijas de McOmish participa en esta horrible burla de la gran ceremonia y, como buen padre, William sujeta a Malvina, le levanta las faldas y la azota sonoramente. La niña se siente profundamente humillada, no solo por los azotes, sino por el terrible hecho de mostrar las bragas delante de los niños, por más que estos, también azotados, no tienen la oportunidad de vérselas.

Desde el *stoep*, las madres, las tías y el cura contemplan esta masacre de los inocentes y están de acuerdo en que el derecho, la justicia y la moral sean vindicadas, porque la única manera de educar a los hijos es sacarles el viejo diablo cuando se

apodera de ellos.

—Quien perdona la iniquidad odia a su hijo —dice el cura entre la aprobación general y, aunque algunos niños se atreven a mirarlo con rencor, añade—: Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días duren en la tierra que el SEÑOR te ha dado.

Esta afirmación de sentimientos apropiados añade solemnidad al funeral que sigue, mientras la carroza cubierta, tirada por cuatro caballos negros emplumados, precede a los carruajes de luto en dirección a la iglesia, donde reposarán los restos de la matriarca.

14

No todo es amargura en la infancia de Malvina. Ahora la veo, con pocos años más, cogida de la mano de su padre, camino del hotel principal de la pequeña ciudad, donde hay que ver una maravilla muy apropiada para niños. William sabe complacido que va a dar a su hija una gran oportunidad educativa.

¿Para quién se da una recepción pública, en la cual todos los visitantes, mediante el pago de una modesta cantidad, son bien recibidos? Nada menos que para el general Tom Thumb, el famoso enano. Su acompañante, el gran P. T. Barnum, declara que solo mide sesenta centímetros de alto, aunque la realidad es que mide sesenta y dos. Y ahí está, ante los ojos maravillados de Malvina, de pie sobre un estrado alfombrado en rojo, con su diminuta esposa, Lavinia Warren, y su edecán enano, el comodoro Nutt (que es algo más alto que Tom, pero, por deferencia a él, está en un plano más bajo). Los periódicos han informado de que «sus vestidos están confeccionados por los sastres más distinguidos, y los guantes son necesariamente a la medida, porque nunca antes se habían fabricado cosas tan pequeñas y fantásticas». En cuanto a Lavinia, está espléndida en su traje de novia, un milagro de plisados y de fruncidos diminutos.

William y Malvina se ponen en la larga cola que avanza despacio para estrechar la mano de la maravilla viviente. O, mejor dicho, para tocar ligeramente el dedo extendido del general, porque un enérgico apretón de manos podría causarle daño.

Ni William ni Malvina advierten la tristeza que anida en los ojos del general y su dama, quienes, como tantos artistas, se ganan la vida explotando sus defectos.

En la vida de Malvina hay un pasajero destello de romanticismo cuando ve por las calles de la ciudad a las cuatro hijas del jefe de las Seis Naciones indias. Estas bellísimas muchachas llevan espléndidos vestidos de montar —terciopelo verde con vueltas en rojo— y cabalgan en hermosos caballos. Las muchachas Johnson no son unas simples pieles rojas. Son princesas.

¿Fue la vista de Tom Thumb y de las radiantes muchachas Johnson lo que despertó el apetito de Malvina por las maravillas, las extrañas epifanías y, ya algo mayor, por el teatro? Suspiraba por el teatro, sin atreverse a imaginar que quizá ella

misma formaba parte de él. El metodismo no deja lugar para ensueños como no sean los propios, aunque de vez en cuando organizaban algún entretenimiento en los sótanos de la gran iglesia de William, espectáculos teatrales en su sentido más beato y santurrón. Como la representación de la opereta para niños titulada *El país de Nod*. Malvina, que rasguea un poco la guitarra, enseña a Georgie Cooper, un muchacho tullido y de poco oído, a cantar su canción principal:

*Soy el alegre y viejo rey
del reino de los sueños,
el querido y pequeño país de Nod,
y todo cuanto digo,
o cualquier cosa que haga,
depende de ti;
¿verdad que es muy extraño?
¿divertido, sí, disparatado y raro?
Cualquier cosa que haga
depende de TI.
Porque soy el rey del país de Nod.*

La voz de Georgie está a punto de cambiar, y en la nota alta de «TI» siempre se le escapa un gallo, pero Malvina trabaja con él como si fuera un divo operístico. Después del aria de Georgie, doce niñas vestidas de estopilla bailaban la Danza de los Sueños a ritmo de vals lento. Malvina les enseñó y ensayó con ellas y hubo acuerdo general en que tenía «talento» para esta tarea. Entre los metodistas, el talento surge por sí solo, pero es peligroso alentarlos.

Cuando empezó a trabajar, hasta los McOmish tuvieron que aceptar que se quedara con parte de su sueldo (ganaba cuatro dólares a la semana), y de este dólar semanal, siempre que le era posible, separaba veinticinco centavos para una entrada de teatro. Sus padres lo desaprobaban, pero a sus diecisiete años no hacía caso a tales negativas y en el teatro podía aliviar su espíritu, durante dos horas por lo menos, en presencia de su ídolo, nada menos que Ida van Cortland, protagonista principal de la compañía visitante Tavernier. Oh, Ida van Cortland, ejemplo de dignidad y encanto humanos para miles de muchachas espiritualmente hambrientas cuando encarnaba las miserias de *La dama de las camelias*, la más noble de las mujeres caídas. Cuando Camila expira en brazos de su Armando, Malvina experimentaba esa dulce delicuescencia interior que las personas sensibles sienten cuando algo profundamente emotivo se hace palpable en el escenario.

Malvina acariciaba en un bolsillo secreto de su monedero los versos que habían aparecido en un periódico local, la obra de un poeta que deseaba permanecer en el anonimato, pero que era fácilmente reconocible:

(Después de contemplar su maravillosa interpretación en «Nomeolvides»).

*Conmovido por el fervor de su arte,
ningún defecto descubro esta noche.*

*Su juicio será el del corazón del pueblo,
el mundo occidental será su amante.*

*El don secreto, exclusivo de ella,
no lo aprendió de ningún gélido maestro.*

*Ahora que vuelves, una vez más, cada vez más grande,
te saludamos, hija de la pasión.*

El poeta era, como todo el mundo sabía, el hombre que, muchos años antes, había cortejado a Virginia Vanderlip, sufriendo su desprecio y perdiéndola a manos de William McOmish.

¡Mujeres caídas exaltadas en el escenario! Malvina tuvo ocasión de comprobar lo pecaminoso que era esto para los McOmish. A los diecisiete años, un invierno, sufrió una afección de garganta, que el doctor (no el tío Vanderlip) diagnosticó como anginas y dijo que había que extirparlas. Y un sábado por la tarde, libre de trabajo en la fábrica de bicicletas y carruajes, fue a la clínica del doctor y este le extirpó las amígdalas sin anestesia, porque, según él, era una operación muy breve y sin apenas dolor.

De regreso a casa, escupiendo sangre en el pañuelo, no pudo resistir el dolor y la debilidad y se derrumbó contra una valla de madera verde, vomitando sangre y perdiendo el conocimiento. La mujer que estaba sentada en el *stoep*, detrás de la valla, se apresuró a auxiliarla, se la llevó al interior de la casa y envió un mensajero a William McOmish. Enseguida llegó él en la calesa de la familia y se llevó a la hija a su casa, negándose a hablar con la amable señora. Y cuando llegó a su casa, su ira, y la de su esposa, era terrible.

Si Malvina tenía que desmayarse, ¿tenía que hacerlo delante de la casa de Kate Lake? ¿Una casa de mala fama, donde Kate Lake tenía muchachas desvergonzadas que hacían cosas indecibles para hombres despreciables —el alcalde y dos concejales entre otros—, conocida por ser el lugar de diversión de los juerguistas de la ciudad? Y había permitido que la llevaran al *stoep* de aquella casa, donde solo el Señor sabe lo que podía haber visto. Una nube de indignación moral cubrió el hogar de los McOmish en los días que siguieron.

¡Pobre Malvina! Mi propia abuela, de quien yo, naturalmente, ignoraba estos aspectos tan tiernos de su juventud y a quien conozco, mientras veo la película de tonos sepia apagados, como si nunca la hubiera conocido en vida. Sabía que había vivido en el miedo y la amargura de aquel hogar sin amor y —ahora me lo parece—

había sentido ese miedo y ese desamor aún antes de que hiciera su entrada en este mundo. Quizá ya lo vivió en el seno materno.

15

Fue McWearie, como ávido coleccionista de retazos informativos que, reunidos, componían su idea de la vida, quien me contó que hoy algunos científicos y psicólogos, desconocidos en el mundo del siglo XIX, cuando Malvina era niña, creen que los niños en el útero, aunque están en su mundo cerrado, son conscientes de la atmósfera del mundo más vasto al que saldrán pasados los meses de gestación; saldrán con sentimientos profundamente implantados y de los que no podrán desprenderse en los setenta o más años de vida que tengan por delante. Los niños en el seno materno no conocen ningún lenguaje, pero oyen sonidos, tonos de voz y perciben la calma y también la confusión y el rencor. Malvina fue concebida en un mundo sin amor y, aunque sus aspiraciones se alimentaron del teatro en circunstancias más felices, nunca se encontró a gusto en un mundo donde el amor en sus múltiples formas es la causa de todo cuanto hace la vida agradable. Malvina quizá suspiró por el amor, quizá hizo cuanto pudo para engendrar amor y estimularlo en su propia vida, pero nunca se sintió libre para confiar en el amor o darse al amor sin sentir miedo.

¿Cuántos niños están condenados antes de hacer su entrada en este mundo a vivir con un miedo tan profundamente arraigado que no saben reconocerlo, pues nunca conocieron otra cosa? Los espíritus no pueden llorar; si pudieran, lloraría por lo que sé ahora, cuando el conocimiento me llega demasiado tarde.

Conocimiento que me llega en escenas entremezcladas con la juventud de Malvina, porque mientras ella emprende el camino hacia el amor que la vida le ha reservado, hay escenas de la vida de los padres, desenamorados y amargados, aunque fieles. William y Virginia «están a la expectativa» uno del otro, como ellos dicen, y califican sus riñas de «diferencias de opinión» y no quieren poner nombre al odio que los posee. El matrimonio quizá no sea sagrado, pero es inviolable. William no puede aceptar una palabra en contra de su esposa, pues eso iría en contra de su elección, su hogar y su forma de vivir. El maestro de obras, tan diestro con la madera, el ladrillo y la piedra, tan apto para las matemáticas de las tensiones y cargas, de los ángulos y las oposiciones, no posee ningún conocimiento de la carne y la sangre. Hay que convenir que habría hecho falta un hombre muy poderoso para suavizar a Virginia, que es excesivamente ocurrente y sardónica para entregarse a cualquier clase de caricia y que desde las afueras de su matrimonio se complace en lanzar dardos y puyas a un marido vulnerable y falto de humor.

No es sorprendente que ambos encuentren a un personaje sobre quien cae toda la ira y la frustración de William y toda la santurronería de Virginia, y que ejemplifica esas mismas cosas para cada una de las partes beligerantes. Se trata de la hermana tullida de Virginia, Cynthia Boutell, conocida por toda la familia como la Tía. Para Virginia, cualquier cosa, desde la elección de la tela para una bata hasta las exigencias injustas e irrazonables de cada día, los defectos de William y, por supuesto, la educación de las hijas, debe someterse al oráculo de esta hermana mayor, y lo que llama «el parecer de la Tía» es algo que solicita ininterrumpidamente todos los días de su vida, porque, además, son casi vecinas. Para William, la Tía es la malvada perra de quien ha hablado a Gil durante su coloquio de medianoche. Según costumbre de la época, tiene que tolerar cada quince días la presencia de la Tía en la comida del domingo, de modo que un domingo sí y otro no él y Virginia comen con los Boutell y tiene que aguantar no solo la acritud de la Tía, sino también la incesante jocosidad de su esposo, Dan Boutell.

Terminada la comida, Virginia y la Tía se entregan a un repaso completo de los chismorreos de la semana, y lo hacen de un modo implacable, inmisericorde y apasionado. Pero el tema de la charla no es solo los chismorreos. Recuerdan los años e incluso las generaciones pasadas, reconsiderando y volviendo a juzgar las faltas y las desventuras de los demás, los fracasos y las equivocaciones y, por supuesto, las locuras de las personas ya maduras pero que fueron jóvenes. A esto lo llama William «trillar la paja vieja», pero para Virginia y la Tía es rumiar la vida, que mastican una y otra vez con verdadero deleite. Las niñas, Malvina y sus hermanas, «hacen los platos», como deben hacer las niñas, porque ninguna de las hermanas Vanderlip puede tolerar la limpieza chapucera de una «muchacha alquilada», además de que William, en su ruina, no puede pagar ninguna. Los hombres, William y Dan, salen a dar el paseo inevitable del domingo, y Dan se fuma uno de sus carísimos puros, no permitidos en ninguno de los dos hogares y que William no quiere ni tocar. Opiómano como es, desprecia la afición de Dan por el tabaco. El paseo aburrido es alrededor de un solar que los niños negros usan como campo de juegos. Se lo conoce como el Medio Acre del Diablo. ¿De qué hablan?

—Will, ¿sigues pensando en ingresar en la Asociación de Desparejados?

—¿Por qué iba a mezclarme con esa tribu de Manasseh?

—¿Y por qué no con los masones? Puedo echarte una mano. No tienes más que decírmelo.

—Sabes que no quiero tener que ver nada con sociedades secretas. No quiero que nada mío quede en secreto.

—Venga, pero si no se trata más que de estar juntos lejos de las mujeres. Después

de la logia, los muchachos se lo pasan en grande. Algunas noches la cosa dura hasta que ahorcan al perro.

Se refiere a la Fiesta del Perro Blanco, una ceremonia poco frecuente de los indios mohawk; no admiten a los no mohawk, pero corren muchos rumores, inevitablemente escandalosos y despectivos, como el del sacrificio de un perro blanco, pero el cómo y el porqué nadie lo sabe, aunque todo el mundo lo sospecha.

—¿Por qué debería tratar con Jem Hardy, Bob Holterman y toda esa pandilla? Déjalos que hagan el tonto si quieren con sus delantalitos blancos.

—Algunas veces es más divertido que un barril de monos. Sé de reuniones que han terminado en casa de Kate Lake. ¿Has estado alguna vez en su casa?

—De ninguna manera. ¿Qué te hace pensar una cosa así?

—Pues es más inocente de lo que parece. Kate canta muy bien.

—Ya me imagino sobre qué

—Eres demasiado gazmoño, Will. Nunca te liberas de la cadena. Mira, la semana pasada tuve que bajar a Detroit por asuntos de negocios y, por la noche, vi esa revista, *The Mulligan Guards at Atlantic City*. ¡Qué mujeres! Entre tantas, no había ni una lisa. Compré unas cuantas postales. Aquí las tengo. Míralas.

—Ya sabes que no me gusta el teatro.

—Bueno, entonces, mira estas. No son del teatro. Se las compré al vendedor ambulante del tren, hará un par de semanas. ¿Has visto algo parecido?

Son fotografías de jóvenes rollizas, de mirada inocente combinada con cierto atractivo. Están desnudas y algunas llevan solo medias negras.

—Guárdatelas, Dan. No quiero verlas.

—Vamos, Will. Estas te gustarán. Este juego me costó cinco dólares. —Y añade en un cuchicheo—: Seis maneras de hacer la cochinado. ¿Sabías que podías hacerlo así?

—Dan Boutell, debería darte vergüenza. ¡Un hombre casado!

—No tan casado, Will. No le saco tanto provecho. Cynthy dice que es desagradable, incluso entre marido y mujer. Estas fotos son como un desahogo cuando uno se siente solo. Y tú, Will, ¿le sacas mucho provecho? Venga, no te vayas enfadado. ¡Espérame, Will!

17

Dan ha herido a Will en lo más vivo, porque Will apenas le saca provecho. Las ideas de Virginia acerca del acto sexual proceden directamente de la Tía; incluso entre casados es desagradable, y el hecho de que sea necesario para tener hijos —y un hombre tiene derecho a esperar hijos, por desvergonzado que sea el modo de engendrarlos— es solo uno de los misterios de Dios, hasta el punto de que una mujer decente se pregunte a menudo en qué estaría pensando Dios cuando lo dispuso de esa

manera. Para tentar a los hombres, dice la Tía. La Tía no tiene hijos, y no le faltan razones.

El hombre tiene «derechos maritales» y William se lo recuerda a Virginia con frecuencia. Sus uniones corporales son contadas y cesaron por completo después del nacimiento de Minnie. Pero en William, un escocés adusto y fuerte, el deseo no ha muerto, y son frecuentes las escenas de proposiciones —nunca de ruegos, porque ¿cabe que un hombre ruegue por sus derechos?— y de rechazos despectivos. William no la obliga, aunque hay momentos en que se pregunta por qué no la mata.

Lo veo con toda claridad, porque no puedo apartar la mirada de la pantalla del cine, con más claridad de la que desearía. Estoy condenado a ver. La desgraciada pareja se está preparando para ir a la cama. Ambos llevan ropa de dormir y Virginia, antes de retirarse, se sienta en el orinal, porque no hay pudor entre ellos para hacer estas cosas. La vista de esto enciende la llama en Will, porque una de sus rarezas es que su esposa en esta postura le parece sumamente erótica. Mientras ella se cepilla por última vez el cabello —cien veces cada noche, después de aplicarse una loción capilar de esencia de laurel—, Will se acerca a ella con los brazos extendidos, dispuesto a abrazarla. Virginia lo ve por el espejo y observa el bulto cómico de la erección en la parte delantera del camisón de dormir del marido. Con gesto airado, se vuelve y le golpea el pene con el dorso de ébano del cepillo, quizá con más fuerza de la deseada. Will no profiere ningún sonido, pero se retira acariciándose la parte dolorida, doblada la cintura por el dolor. Es el último caso de actividad sexual en el hogar de los McOmish.

*No hay ira celestial como el amor convertido en odio,
ni furia infernal como la de la mujer desdeñada.*

Así escribió un poeta inglés que quizá pensó que gente como los McOmish no tiene derecho a nobles pasiones. Pero si hubiera conocido a más gente —y conoció a mucha—, habría sabido que un hombre desdeñado también es presa de la furia.

Porque desde aquel momento, William es un hombre destrozado por la furia. En los mejores momentos es una furia silenciosa y acechante que favorece su asma, el antiguo enemigo, y el asma lo lleva a la jeringuilla, y después de la jeringuilla la furia se expresa en voz alta y prolongada. Son frecuentes las escenas con los peores insultos, y mientras él explota, Virginia permanece sentada en silencio, mártir mudo, objeto del odio de su torturador.

Los gritos de William no se refieren al sexo —desde luego que no— pero insulta a su fría y esquiva esposa y cuando no la ataca a ella, ataca a la Tía.

¡Pobre señora McOmish! ¿Quién iba a pensar que iba a sufrir de esta manera? ¡Llegar a semejante situación —ella, una mujer de buena familia, una Vanderlip— y afrontarla sin decir una palabra! «Por supuesto» que habla con el cura, el reverendo Wilbur Woolarton Woodside, que le da sus mejores consejos, vagos e ineficaces. «Por

supuesto» que habla con su hermano, el doctor, que menea la cabeza y dice que Will ha dejado que su medicina se convierta en hábito y que sabe de casos horribles parecidos a este. Obsequia a su hermana con una tetera y un azucarero de plata que nada tienen que ver con el problema. «Por supuesto» que habla con la Tía, que dice que siempre había sospechado que había mala sangre en William McOmish, que tendría que haber hablado con más firmeza antes de que Virgie se casara con él. Pero el mejor de nosotros no sabe siempre qué es lo mejor para los demás y Virgie no quiere oír más insinuaciones. Virgie ha hecho su cama y ahora, supone la Tía, debe acostarse en ella.

Se supone que nadie, salvo estos íntimos, conoce lo que ocurre, pero por supuesto que todo el mundo lo sabe, porque los empleados de las farmacias que Will visita asiduamente cuentan esto y aquello, siempre de manera confidencial, a hurtadillas. Una gran parte de la amargura de la vida burguesa se debe a que no tiene secretos.

18

Y así creció Malvina hasta los veintiocho años, convertida en la tranquila y digna señorita McOmish, tan activa y querida en las obras parroquiales, sobre todo organizando espectáculos teatrales. Malvina también canta. Tenía voz de contralto y gracias al canto conoció a Rhodri Gilmartin. Un tiempo antes de que ella se atreviera a invitarlo a su casa.

Rhodri era muy conocido en los círculos de cantores, pues poseía una bella voz, la voz de un tenor natural. Claro que tenía sus limitaciones, porque solo era impresor y todavía se recordaba la llegada de su familia, lo que, en estas viejas ciudades de Ontario que para muchos era aún «el viejo país», significaba ser como un recién llegado. El núcleo holandés de la ciudad y todo el país que la rodeaba sabían que no era en realidad su viejo país, casi olvidado desde que abandonaron Amsterdam, Rotterdam y La Haya. Quizá estuvieron al lado de los británicos durante la lamentable revolución y, debido a ello, tuvieron que huir a Canadá, pero para ellos los británicos seguían siendo sospechosos, unos extranjeros con su peculiar manera de vivir. Por eso, la creciente simpatía entre una buena muchacha holandesa (un poco contaminada por la sangre escocesa del padre, pero todavía tan holandesa que apenas contaba el padre) y un inglés cualquiera recién llegado no estaba muy bien considerada.

Malvina, según los modos de su época, empieza a desesperarse; acaba de cumplir los treinta, edad en la que una mujer se convierte en solterona oficial. En su interior se libra una lucha entre dos fidelidades: debe honrar al padre y a la madre, pero no recibe ninguna honra a cambio y, por culpa de ellos, lo que tiene por delante es una vida de trabajo en una oficina; no es que desee apasionadamente casarse y tener hijos, pero, desde luego, lo que no quiere es convertirse en una solterona; tiene algunas

ideas románticas sobre el amor, ideas entresacadas de las novelas y de las comedias de su ídolo, la señorita Van Cortland, pero nunca ha experimentado el amor en su propia vida, ni lo ha visto en la vida de los demás de un modo que le resulte atractivo. Bajo la presión de semejantes ideas, cayó enamorada del joven Rhodri Gilmartin.

Era guapo, vestía bien según la moda de la época y del lugar, tenía un elegante bigote engomado, no ridículamente retorcido, sino discretamente alzado en las puntas y cantaba, de manera conmovedora, las baladas de la época de Fred E. Weatherley y Guy d'Hardelot, y algunas de un tiempo anterior:

*No temo a enemigos de armaduras brillantes, aunque su lanza sea ligera y afilada,
pero temo y amo el hechizo de tus ojos
cuando dejas caer tus pestañas sedosas.
que Malvina encontraba irresistibles.*

Conversaba. Y no hablaba tediosamente de la guerra japonesa como William McOmish, ni trillaba la paja vieja como la madre y la tía. Hablaba de cosas realmente interesantes, de libros, de música, de excursiones al campo, de carreras de bicicletas y de temporadas de teatro (había visto a Henry Irving y estaba profundamente impresionado por este actor carismático), y, lo mejor de todo, contaba chistes. También metía mucho la pata.

—¿Ha pensado en aprovechar su habilidad en hacer escaleras, señor McOmish? —le pregunta durante una comida dominical—. Tengo entendido que Ed Holterman se gana muy bien la vida solo haciendo escaleras.

Las cosas iban muy mal para la familia McOmish; de hecho, los salarios de las tres muchachas eran lo único que la sacaban a flote, porque William llevaba meses sin hacer nada y durante los dos últimos años había sido incapaz de hacer nada bien. Jadeaba continuamente con el asma y buscaba alivio en la droga varias veces al día. Casi todo el tiempo que permanecía sentado a la mesa, con la mirada perdida, lo dedicaba a hacer montoncitos de comida con el tenedor. Pero este comentario bienintencionado del inglés (los McOmish no hacían caso de su pretensión de ser galés), en respuesta a algo dicho sobre la escasez de contratos de construcción, despertó en él su ira escocesa.

—¿Me estás sugiriendo que me rebaje al nivel de un simple carpintero como Ed Holterman? ¿Hacer escaleras? ¿Yo, que he construido la iglesia de Gracia, y la terminé cuando el arquitecto tiró la toalla? ¿Yo, que he construido la mitad de las casas más bellas de esta ciudad? No sabes con quién estás hablando, jovencito. Parece que no sabes quién soy.

Acto seguido, se produjo el jadeo y la terrible palidez de la cara y la retirada a la habitación para lo que todo el mundo sabe pero que nadie quiere mencionar en la mesa.

El señor McOmish no oye las excusas de Gilmartin y la señora McOmish las acoge con frialdad. Nadie, por supuesto, puede abandonar la mesa hasta que el señor McOmish se haya bebido la última de las innumerables tazas de té fuerte. Cuando, por fin, se pueden levantar de la mesa, se da por sentado que las muchachas han de lavar los platos. Virginia y la figura silenciosa de la mesa, que es la Tía, se van a la sala de estar trasera para trillar alguna paja nueva, porque es evidente que el juicio de la Tía sobre la desgraciada observación de Rhodri Gilmartin merece masticarse y rumiarse. Tiene puesto el ojo en Malvina, ¿verdad? La Tía tiene mucho que decir sobre el tema. Ya lleva dos años rondándola. ¿Cuándo va a estallar? ¿Y tiene intención de hacerlo?

La Tía está sola. Hace cinco años Daniel Boutell salió de la casa con su cartera y desde entonces no se le ha visto el pelo ni se tienen noticias de él, ni siquiera una postal. Pero la Tía conserva todavía su dote y con ella se las «arregla», haciendo grandes alharacas cuando habla de ello. Después de todo, como decía Virginia en tales ocasiones, ¿es que podía esperarse otra cosa de Dan? Se casó con Cynthia por su dote, pero ella era demasiado para él, gracias al Señor. ¿Qué habría visto ella en él?

Como de costumbre, Malvina y Gilmartin se retiran a la sala de estar delantera, bien a la vista de la madre y la tía, y después de una charla tranquila se van a dar un paseo, y durante el paseo él se declara y ella lo acepta. Al terminar el día «ha estallado».

¿Y ahora qué? ¿Casarse? ¿Casarse Malvina? Es algo demasiado enorme para entenderlo. ¿Casarse cuando los ingresos de la familia son tan bajos, cuando papá está tan enfermo y necesita tanto dinero para su medicina? ¿Casarse y dejar a la madre, cuando tiene que aguantar lo que solo Dios sabe, cuando papá ya no es él mismo? Más afilado que los dientes de una serpiente, dice la señora McOmish creyendo que está citando a la Biblia. ¿Es que Malvina no ha visto ya lo que es el matrimonio?, pregunta la Tía, que ahora se ha convertido en una gran experta en el matrimonio. En cuanto a las hermanas, Carolina y Minnie, están asustadas, porque si Malvina abandona el hogar, ¿cómo van a arreglárselas con papá y mamá solas? Y eso, sin hablar del dinero. ¿Casarse con el inglés? Eso no tiene sentido.

19

Malvina se ve obligada a urdir una estratagema. Tiene una charla con su madre y en un lenguaje que, por lo velado, resulta horrible, sugiere, sin decirlo con toda claridad, que «debe» casarse, pues, de lo contrario, la desgracia caerá sobre todos ellos. No es una auténtica mentira, por lo impreciso de la frase; es un tejido de insinuaciones. No le dice nada a Rhodri, que no lo hubiera aceptado como hijo de Janet. Y, en cuanto a Virginia, tampoco dice nada a William. Es un asunto de mujeres. Pero poco después, en la sala de estar delantera de los McOmish, el reverendo Wilbur Woolarton

Woodside une en sagrado matrimonio a Malvina con su engañado novio, y el contrato lo firman los engañados padres y la Tía. No están presentes los familiares del novio ni han sido invitados. La tarde termina lúgubrementemente para los McOmish. Los novios se han ido en el tren nocturno con destino a las cataratas del Niágara.

Veo todo esto filmado en sepia, un color que parece alejar la acción y amortigua el impacto emocional. Pero no para mí. Esta gente es mi gente y sufro con ellos sin tomar partido por unos u otros. Siento como mía la ruina que afrontan William y Virginia, con tanta intensidad como entiendo el apuro de Malvina y Rhodri. No es la tragedia de dos amantes desgraciados, ni los mayores dan la talla para alcanzar las proporciones de una tragedia. Los teóricos del teatro podrán hablar de tragedia y de comedia, pero las realidades de la vida se parecen más al melodrama, a la farsa y a la *grotesquerie*.

Grotesquerie, y ahora, brevemente, el terror. Una noche, Virginia se revuelve contra su esposo y, como más adelante contará a la Tía, le deja oír lo más áspero de su lengua. ¿Enfermo tú? Puede que estés enfermo, pero no es el asma lo que te atormenta. Es «esa porquería», que te ha esclavizado y ha hecho de ti un tirano y un monstruo.

¿No ha sido tu propio hermano quien me ha entregado al vicio?, responde él. Sí, ¿y no creyó mi hermano que eras lo bastante hombre para usar la medicina con prudencia? ¿Y qué es lo que has hecho? Te has convertido... —y no se atreve a decírselo— pero él ya sabe bien lo que es. Eso es lo que eres y bien que lo sabes. Y William dice: ¿y no se ha lavado las manos tu hermano porque es demasiado importante para venir y ver el mal que me ha hecho? Ay, por Dios bendito, grita ella, sé un hombre. ¿Que sea un hombre? ¿Se trata de eso? ¿Cuántas veces me has dado la oportunidad de ser un hombre? Demasiado buen cristiano soy, que no voy a casa de Kate Lake, como hace tu asqueroso cuñado. He vivido un infierno que solo un hombre puede aguantar, un infierno por culpa tuya. Tuya y de esa bruja lapona que es tu hermana. ¡No me hables de ser un hombre! ¿Y por qué no eres tú una mujer? ¿Eh? ¿Has sido alguna vez una mujer? Siete veces en treinta años de matrimonio. Has podido contarlas igual que yo. Siete veces ¡y tres hijas! Y cada vez con lágrimas y reproches, como si yo fuera una bestia asquerosa. ¿Es que no lees la Biblia? ¿No es la mujer la servidora del hombre? ¿No es él el cabeza de familia? ¿No le da él todos los lujos que puede querer una mujer decente? ¿Es que no tienes una de las mejores casas de la ciudad, construida con todas las facultades con que Dios Todopoderoso me ha bendecido? En la calle soy un hombre, pero en mi casa soy un perro, porque soy cristiano y no quiero forzar a una mujer.

¡En la calle un santo y un demonio en casa! ¡Eso lo resume todo! ¡En la calle un santo y en la casa un demonio!

Virginia lo grita. Va de luto de la cabeza a los pies por uno de los hermanos Vanderlip que ha sido corneado por un toro, pero William está en camisón de dormir, descalzo, con la desventaja del desnudo cuando se enfrenta con alguien vestido. Presa

de la ira, coge un cuchillo de tallar y persigue a la esposa alrededor de la mesa del comedor, no con rapidez, pero sí amenazadoramente.

—¿Demonio yo? —dice en voz baja—. Pues, bien, seré un demonio.

Virginia da un paso atrás aterrorizada. Durante breves segundos le falta el aire y no puede gritar, pero, cuando recupera el aliento, lanza un grito agudo y prolongado, una y otra vez, hasta que Carolina y Minnie, pálidas de terror, irrumpen en el comedor y se unen a los gritos de la madre. No se atreven a sujetar al padre ni a proteger a la madre, solo pueden gritar y es lo que hacen.

William no es lo bastante demonio para aguantar los gritos. Como muchos hombres, le aturden los gritos enloquecidos de las mujeres. Deja caer el cuchillo y sale corriendo y acude a la cómoda donde guarda el único tesoro que le queda.

20

La culminación de todo esto tiene lugar al día siguiente. Edmund y el doctor George Harmon Vanderlip vienen en ayuda de la hermana y, en una conferencia de familia, leen la Ley Riot^[7] a William, que apenas está en condiciones de entenderla. El resultado es que Virginia y sus hijas se mudan a una humilde casa que era de William cuando se casó —vieja casucha desmochada, la llama William, y desde el punto de vista de un maestro de obra eso es lo que es—, y el doctor George Harmon Vanderlip y su hermano Edmund acuerdan graciosamente pagar lo que cuesta en impuestos. La casa, por ley, puede rescatarse de la ruina de William. Por supuesto que el mobiliario para esta vivienda ha de venir de la casa grande con ventana de herradura, y Virginia y las hijas consiguen, no sé cómo, llevarse casi todo lo que hay allí, dejando a William solo en una casa casi vacía y donde solo queda una cama, algunas sillas y unas pocas ollas y sartenes.

Es allí donde acampa William la noche en que lo visita Gil y donde los he visto la primera vez.

La ruina final es inminente. Desaparece el último penique que le queda a William y, por supuesto, la dote de Virginia también se ha consumido. La bancarrota será declarada en pocos días y todo el mundo, ayudado especialmente por los consejos de la Tía, está de acuerdo en que Virginia debe quedar al margen de la bancarrota, porque la bancarrota en aquella sociedad es uno de los pecados más graves y casi la desgracia definitiva.

21

Cuando el alba muestra su primera luz grisácea a través de la ventana de herradura, Gil consigue por fin su propósito. William firma los papeles. El matrimonio

indivisible ha dejado de serlo.

Al día siguiente se ve a William, vestido con su mejor traje oscuro, en un carromato conducido por un anciano indigente, acompañado tan solo por el jefe de policía del condado. Lo llevan al asilo para indigentes y enfermos mentales. Todo el mundo sabe de dónde viene el carromato.

¿Se siente avergonzado? No, mientras el viejo diablo hace este viaje decisivo, sonríe sardónicamente a derecha e izquierda, y saluda con su raído sombrero a todos los que reconoce. Pero lo levanta con especial encanto cuando se cruza con el birlocho de la señora Long-Pott-Ott. Ella sonríe y saluda con la cabeza porque es una buena mujer.

Saluda con el sombrero a cualquier poder que lo ha usado a su capricho. William encara la ruina en sus diferentes disfraces, y el viejo diablo demuestra al mundo lo que piensa de ello.

Feliz aquel que muere en su juventud rodeado de la fama.

¿Es así, Ossian? ¿Siempre?

V

Secretos de un matrimonio

En alguna ocasión, estando vivo, intenté leer los libros que tratan de explicar qué es el Tiempo, pero nunca logré entenderlos muy bien. Exigían unos conocimientos de matemáticas que no estaban a mi alcance o algunas ideas filosóficas inaceptables. Pero, ahora que estoy muerto, ¿qué es este elemento en el que vivo si no es el Tiempo? Porque durante un tiempo, tras mi muerte, las cosas eran más fáciles y todo cuanto percibía estaba relacionado con el Tiempo ordinario que conocí mientras vivía; pero ese Tiempo ya no es el mío, porque ya no veo ninguna diferencia entre la noche y el día, entre una hora y un minuto. Toda medida de tiempo se desvanece y mi esencia vítrea, como la llama Shakespeare (denominación que no puedo mejorar), no sabe de medidas ni de límites. Probablemente lo que no conoce límites sea la Eternidad.

Pero aún no estoy en la Eternidad. Me entero de estas películas que contemplo al lado del Husmeador. Él ve otro filme de alguna manera emparentado con el mío y que tiene un principio y un final. Desde que tomo asiento a su lado, hasta que lo dejo cuando él regresa a la oficina del *Advocate* para escribir su reseña, transcurre como mínimo una medida de tiempo.

¿Cuál es la película de hoy? El Husmeador va a ver algo más reciente que lo proyectado hasta ahora; se trata de *Secretos de un matrimonio*, de Ingmar Bergman, que data de —¿cuándo fue?— 1972. La vi antes de casarme. De hecho, antes de conocer a Esme. Lo que vi fue la versión recortada para su proyección comercial; esta es la versión original completa, tal como la concibió y realizó Bergman, recuperada de un archivo de filmoteca.

Sé que no voy a ver esa película. Sin embargo, cuando se hace la oscuridad en la sala y la pantalla adquiere vida, leo en mi pantalla personal el mismo título: *Secretos de un matrimonio*, de mi archivo personal.

¿Qué matrimonio? ¿El mío? No en la escena que aparece. Es, con toda seguridad, la sala-biblioteca de St. Helen, la casa de mis abuelos en Salterton, que recuerdo de mis visitas cuando era joven. Estaba a orillas de un lago, y el rumor de las aguas del lago Ontario forma parte de mis recuerdos y forma parte de lo que veo y oigo ahora. ¿Quién es esta gente, sentada al calor de la chimenea? El abuelo, Rhodri Gilmartin, ahora ya entrado en sus sesenta años, un hombre rico, poderoso, propietario de

periódicos, con influencias políticas y, tal como lo valora el mundo, un triunfador. Cuesta reconocer en este hombre fornido al escuálido joven que pasó aquella noche con su suegro, William McOmish, hará de esto, ¿cuánto?, quizá treinta y cinco años.

¿Quién es esa anciana con más años quizá de los que aparenta, sentada en la mecedora, al otro lado de la chimenea? Es la que fue Malvina McOmish y percibo que sigue siendo la misma en el interior de su ser, del mismo modo que Rhodri sigue siendo el galés perspicaz que se salvó del naufragio de aquella sastrería. Evidentemente, Malvina está inválida, pero ¿cuál es el mal que la aqueja?

Alguien cuida de ella, la mujer obesa que está sentada delante de la chimenea, ocupada en la composición de un rompecabezas que, una vez resuelto, será la entrada del rey Carlos II en Londres después de la Restauración. ¿La conozco? Sí, es en quien se ha convertido Minerva McOmish, ahora acogida por su hermana, a quien cuida. En su regazo descansa un perro pequeño y gordo, un terrier de los llamados *black-and-tan*. Es la antipática Janie, con quien no me dejaban jugar cuando yo era pequeño, porque Janie tenía los nervios delicados, como suele suceder con los cachorros sobrealimentados.

—Brocky, Janie tiene que pirarse —dice la tía Min.

Un joven, sentado a mayor distancia del fuego, se levanta y conduce a Janie a la puerta principal y el animal se aventura en la fría noche, orina escasamente junto a los peldaños de la entrada y regresa en busca del calor, del regazo y del ambiente maloliente al que contribuye con sus expansiones gaseosas.

Conozco al joven. Es mi padre, de joven, Brochwel Gilmartin, a quien conocí como profesor universitario de moderado éxito, autor de un análisis psicológico de *The Ring and the Book* que fue su sostén en una profesión donde tales publicaciones son obligatorias.

Aborrece que lo llamen Brocky. Odia a la tía Min y odia a Janie. Odia la vulgaridad analfabeta del «tiene que pirarse». No odia a sus padres, porque eso sería una perversidad y, aunque alardea de ser ateo, no puede eludir el mandamiento bíblico de honrar al padre y a la madre. Los honra tanto como puede, consciente de que en ello hay un tufillo supersticioso. Odia a mucha gente, tolera a mucha gente y solo ama a Julia. La pasión que siente por ella es un tormento.

¿Cómo sé yo que odia? ¿Cómo se me comunica tal conocimiento? Entiendo con el corazón transido que en esta película voy a enterarme de todo, no por las acciones y las palabras de los actores, si puedo llamar actores a mis antepasados, sino compartiendo sus pensamientos y sus sentimientos.

Pero ¿cómo es posible que pueda saber estas cosas viendo una película? El cine sin palabras y sin acción no comunica pensamientos ni sentimientos. ¿Cómo puede uno adentrarse en los pensamientos de quienes no hablan ni se mueven?

Los escritores han intentado comunicar ese conocimiento mediante lo que se ha llamado el «monólogo interior». Joyce se esforzó por lograrlo en dos grandes y densos libros. No fue el primero y ha tenido numerosos imitadores. Pero las palabras

no pueden informar completamente de los sentimientos; solo tratan de lograr que en el lector se despierte un eco de los sentimientos y, por supuesto, cada lector lo interpreta según lo que siente y sabe, de tal modo que cada uno siente la esencia de Joyce y de sus imitadores de una manera individual y diferente. El eco viene a resultar así una voz apagada.

Los músicos han sido más afortunados. Con coros y grandes orquestas —o posiblemente con un cuarteto de cuerda— han revelado mayor profundidad sentimental que cuanto pudieron esperar los escritores. Wagner, por citar a uno, lo ha conseguido produciendo un impacto fulgurante. Pero incluso Wagner, con su música grandiosa y sus menos valiosas letras falsamente medievales, nunca lo consigue del todo. ¿Por qué? Porque una obra de arte debe ser, en cierta medida, coherente. Y los pensamientos y los sentimientos mezclados, tal como los experimentamos, surgen desbordados e incoherentes. Pensamientos y sentimientos, dispuestos de manera coherente en una obra de arte, siguen estando lejos de la realidad, y aún más lejos de la confusión agónica que surge como una miasma de lo que un gran poeta ha llamado «la necia cacharrería del corazón».

Pero no solo del corazón. También de las entrañas, de los huesos, del ser físico de la criatura humana, la cual, al margen de toda creatividad, está dotada del sentido del pasado y del presente y es capaz de aprehender el futuro. Dones que tan mal casan con la mente. ¡Ay, cómo hemos endiosado a la mente y al entendimiento, tan necesarios para la vida, pero que permanecen como una nube en el cielo por encima del mundo físico en que consiste la totalidad de la criatura humana! La mente: qué frivolidad. El sentimiento es algo más de lo que sucede en la mente; el sentimiento posee la totalidad del ser vivo.

¿Puede triunfar el cine donde han fracasado las demás artes? Nunca. Ni por asomo. Pero esta película lo intentará, y yo la veré y la sentiré con todas mis fuerzas, porque, en mi estado desencarnado, el sentimiento es el único asidero que me queda y me une a la vida: el sentimiento, como si aún tuviera cuerpo y mente, y todo lo que hace que una criatura viva se estremezca de alegría o se retuerza de dolor.

Nadie en la escena que contemplo se estremece o se retuerce. Quizá suden, o burbujeen profundamente en la salsa de sus emociones. Algunos parecen leer, y así es, en efecto, pero la lectura no es más que la capa más superficial de sus reflexiones y emociones. Rhodri parece absorto en su autor favorito, P. G. Wodehouse. Malvina lee *St. Elmo*, una novela casi olvidada de su juventud. Brochwel rumia tenazmente *La reina de las hadas*, parte de la cual es lectura obligatoria de sus estudios en la Universidad de Waverley, pero que ha resuelto leer por entero, porque detesta dejar las cosas a medias y la superficialidad. La tía Min busca el bigote del rey Carlos II para su rompecabezas; quinientas piezas en total, de pesadilla, como suele decir a quien quiere escucharla.

Los libros y el rompecabezas ocupan la capa externa de sus mentes, tan variadas como ellos. Cada uno de los cuatro escucha una música que acompaña su lectura y

sus reflexiones. Junto a ellos, yo, el paciente observador, leo, escucho y experimento sus respectivos monólogos interiores.

2

TÍA MIN: (Música: *La madreselva y la abeja*, banjo, al estilo juglaresco).

¿Es este? No, no encaja. Debe de ser el pelo de una de las muchachas. Dicen que tenía muchas. No lo veo bien. Claro que todos tienen su lámpara, pero no piensan que yo necesite una. ¿De dónde vendría este tío? Brocky debe de saberlo, pero no me atrevo a preguntárselo. Me cogería por el cuello y con un profundo suspiro me diría con la voz que siempre pone: «Pobre y tonta Minnie». Ay, Señor, Señor, los jóvenes. De pequeñitos te quieren y tú haces más de lo que puedes por ellos, pero espera a que crezcan, parece como si no quisieran verte. Aunque sean tus propios hijos. Así es Brocky con Viney. Fríamente educado. Nada más. ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué no quiere a su madre como un verdadero hijo? Viney y yo queríamos mucho a nuestra madre. Imposible quererla más. Pobre mamá. Cuánto tuvo que sufrir con aquel viejo diablo. Murió en el asilo. Y mamá también, mucho después. El demonio cuida de los suyos. Claro que Brocky en lo único que piensa es en Julia. Así son las cosas. Es lo mismo que me pasaba a mí con Homer... «Eres mi madreselva, dulzura, yo seré tu abeja».

Homer era, indiscutiblemente, el hombre más aseado que he visto en mi vida. Los zapatos le brillaban como el cristal. Siempre con un pañuelo limpio en el bolsillo de la pechera. Y otro en el bolsillo de la pernera. «Uno para mostrar y otro para soplar», solía decir. Hablaba en broma... ¡Llamaba a su bolsillo su pistolera, como si fuera un bandido! Me gustaba pasear con él por la calle Colborne, era tan elegante... Y no veas, yo me vestía al estilo de él, de verdad. Sombreros grandes. Él los llamaba sombreros Gainsborough. Un pintor. Debían de gustarle los sombreros grandes. Un sombrero y un traje hecho de buen punto suizo, medias de seda y escaarpines de charol, tan apretados que andaba casi coja. Un montón de collares. Siempre me han gustado los collares y entonces estaban de moda los collares verdaderamente grandes. ¡Aquellos de color rojo! Todavía los tengo. En algún sitio. Sí, el collar grande era el collar del capricho, como solía decir la señorita McGovern de la tienda Ogilvie. ¡Y los perfumes! Homer, después de prometernos, acostumbraba a regalarme perfumes. *Djer Kiss*, ese era el nombre de la marca. Penetrante. En una caja negra con el dibujo de un loro. Era bajito. Los buenos regalos vienen en envoltorios pequeños, solía decirme cuando me regalaba un cuarto de onza de *Djer Kiss*. Pequeño y con muchas entradas en la frente. Una calvicie distinguida, no de esas roñosas. Y usaba *pince-nez*. Es como se dice quevedos en francés. Por supuesto, como era optometrista siempre llevaba las gafas a la última moda. *Pince-nez* con las lentes teñidas de violeta pálido. Descansa los ojos, decía. Fue el primero de la ciudad en llevar cristales de color

violeta. A veces le preguntaba si no temía que el color violeta diera la impresión de que tenía ojeras, pero él me pellizcaba la barbilla (si no estábamos en la calle) y decía que así parecía apasionado. Un poco atrevido, pero, a fin de cuentas, estábamos prometidos, y cuando me besó... Brocky puso esa canción la semana pasada en el Ortofonic, como llaman ahora al gramófono. Esa canción donde las muchachas cantan a su amante y, repentinamente, ah, el beso me lo recordó todo, y tuve que pretextar que me había entrado algo en el ojo. Aquel gramófono que Homer me regaló la Navidad después de prometernos. Un Edison. Con discos gruesos, pesados. Como tapas de horno, decía mamá. Me dio también algunos discos. *Gemas de la muchacha de Yokohama...*

*En tu pijama de seda
ve y dile a mamá
que serás feliz conmigo,
¡mi pequeña japonesa!*

Y Cohen al teléfono... Cuánto nos reímos... «Quiero un carpintero para arreglar el postigo del lado de *min* casa, porque cuando sopla el viento el postigo se cerra». Estaba muy bien, imitando la forma de hablar de los judíos. Homer sabía hacer las cosas. Añadió un disco con himnos para mamá, de modo que ella no se atrevió a condenar el fonógrafo cuando tocaba «La vieja y severa cruz» y «El tren de la vida al cielo»...

*Pon tu mano en el acelerador
y los ojos en los raíles.*

A mamá le gustaba todo lo que fuera religioso. Hacíamos bromas con eso. Se sentaba al lado de la ventana de la sala de estar, de modo que la gente podía verla, con las gafas puestas y la Biblia en la mano y luego se dormía. Pero era verdaderamente religiosa. Me parece... Dijo que no debía aceptar un regalo tan caro como un gramófono. Dijo que eso me quitaba valor. Pon tu mano en el acelerador. Pero Homer sabía darle la vuelta. Le dijo que, como estábamos prometidos, era para nuestro futuro hogar. Pero no fue así. No podíamos casarnos hasta que la madre de él muriera. Casarnos la habría matado. Algo así fue lo que dijo ella. No lo creo. Era más resistente que unas botas viejas. Pero, de todos modos, Homer tuvo que hacerle caso. Era su madre. Y, por supuesto, acabó muriéndose, y ya estábamos listos para casarnos cuando mamá dijo, con lágrimas en los ojos —fue la única vez que la vi llorar—, «creí que ibais a esperar a que yo me fuera». Aquello, desde luego, fue irrefutable. No podíamos esperar a que la vieja señora Hall se muriera y casarnos luego en las narices de mamá, tal como había hecho Viney. Así que esperamos y mamá, ciertamente, se

tomó su tiempo. Pero acabó muriéndose, no es que yo lo deseara, nadie podrá decir eso, y entonces Homer cogió una pulmonía antes de acabar el año de luto de mamá, se murió y todo terminó. Me dejó todo, pero no el negocio, que de eso se encargaron sus primos. Me quedé con sus gemelos de camisa y la cadena del reloj que me parece que dejaré a Brocky cuando me muera. No importa, con el dinero que me dejó Homer pude montar mi propia tienda, «El hogar del bello sombrero». Todo el mundo dijo que era un nombre maravilloso. Sabía de qué iba. Por algo fui aprendiz durante tantos años de Ogilvie y sabía de pajas, de fieltros, de plumas y de adornos bohemios: cerezas, bolitas de manzana, flores de todas clases... No había casi nadie que pudiera competir conmigo. Creativa, como se dice ahora... Eso es lo que yo era, creativa. Una artista del sombrero... ¡Malditos coches! En cuanto se popularizaron y todo el mundo se creyó en la obligación de tener uno y las mujeres empezaron a conducir, y las chicas querían conducir con la capota bajada, al viento, ¡adiós sombreros! Claro que las ancianas siguieron llevando sombreros, pero el tiempo se ocupaba de eso. Colocaba un sombrero en el escaparate que todo el mundo se habría sentido orgulloso de ponerse, pero, a menos que alguien quisiera llevarlo en una boda, o quizá en un funeral, si era, digamos, de terciopelo, mi sombrero no salía del escaparate durante semanas. Me quedé sin un centavo, y la cosa fue empeorando. Tuve que acudir a Rhodri para que me prestara más capital. ¿Por qué no? ¿No era mi cuñado? Y al final me ayudó, aunque tengo que decir que no con mucho entusiasmo. Supongo que Viney intervino en mi favor. Ella sabe cómo conseguir lo que quiere y Rhodri, con toda su imponente fachada, es un débil. Débil, y no me da ningún miedo. Ni una pizca. A él le ha ido muy bien. Vaya que sí. Ha tenido la suerte que le falta a otros. ¿Cómo lo cazó Viney? Es un misterio, pero algunas de las chicas decían que lo cogió de rebote, de aquella Elsie Hare. Era demasiado orgulloso para que lo dejaran plantado. Siempre se las ha dado de conquistador con las chicas. Tenía una mirada de ven-aquí mezclada con un no-me-toques con la que castigaba a algunas. Y todavía la tiene. Y Viney es celosa, que no me digan lo contrario. Y sigue estando celosa, que hay mujeres en esta ciudad que ya les gustaría quedarse con él. Y quizá se lo queden. Algunas de las mujeres del Grupo Dramático, como lo llaman, siempre insistiendo en que actúe con ellas. Afortunadamente, está demasiado ocupado para dedicarse a esas cosas. De todos modos, ¿qué papel iba a interpretar? El de viejo. No creo que le guste que le pidan que haga un papel de viejo. Pero no me sorprendería... Viste más joven que su edad. Y lo que gasta en ropa solo Dios lo sabe. Siempre he sido pobre y, cuando eres pobre, ves la vida desde abajo y ves cosas que otros no ven. Y eso que lo he intentado. Vaya si lo he intentado. Pero no me salió bien y perdí las ganas y más dinero de Rhodri. No había nada que hacer contra los coches y los supuestos elegantes que no sabían qué era un sombrero. ¡Que el diablo se lleve a esas señoritingas! ¿Qué habría dicho la gente de mi época al verlas? ¡Con las medias enrolladas! ¡Y la guerra apenas terminada! Como esta Julia. Ay, Brocky no me engaña. ¡En la vida! Veo esa mirada en sus ojos cuando se cree que no lo miro...

Viney empieza a dar cabezadas. Pronto querrá irse a dormir. Quizá lo mejor es que me ponga a calentar la leche. Espero que esos extranjeros feos no estén en la cocina. Me miran como si fueran a matarme... Pero primero he de encontrar el bigote del rey. ¿Qué decíamos? Un beso sin bigote es como un huevo sin sal.

3

MALVINA: (Está leyendo *St. Elmo*, de Augusta Jane Evans; oye una música bajo su lectura, la canción «Yo podría», tal como la canta Emilio de Gogorza en un disco de Victor Red Seal Record; en un nivel aún más bajo, sus meditaciones).

Me alegro de haber encontrado *St. Elmo*. Debajo de toda la basura que guarda Rhodri en la habitación. Min lo encontró. ¿Qué hacía revolviendo allí? Fisgoneando. Siempre ha sido una fisgona, incluso de joven. Debe de hacer cincuenta años. Lo compré después de ver la obra de teatro. Ida van Cortland. La mujer más elegante que he visto en mi vida. La última escena, cuando *St. Elmo* dice: «¿Tiene Edna Earl más razón que el Señor a quien adora?», y después de la pausa, ella lo mira a la cara y le dice: «Nunca se dio a un ser humano fe más arraigada ni afecto más entregado que los que voy a entregaros ahora, señor Murray; sois mi primer, mi último y mi único amor». La gente ya no habla así. Pero ves la realidad. ¡Y tanto que la ves! Brocky se rio cuando me vio leer *St. Elmo*. Pero yo he leído en mi vida más libros que él, aunque él los lee más deprisa. Sé que lo esencial de un libro no es solo lo que sacas del lenguaje. Y no porque yo crea que a ellos, en la universidad, les importe lo más mínimo la esencia de un libro. Todo «cabeza», nada de corazón. Ahora se burlan de *Les Misérables*. Bueno, pues que lo mejoren, digo yo. Igual que la música. Eso que compra y pone en el gramófono. No hay melodía por ninguna parte. Algunas canciones son buenas. La que puso el otro día e hizo llorar a Min. Ella se cree que no me di cuenta, pero la vi llorar. Supongo que le recordó a Homer. Min ha tenido mala suerte. Su enfermedad para empezar. Ayer me fijé cuando tuvo uno de sus «encantamientos» en la mesa. Cree que nadie lo nota, pero yo lo vi. El médico lo llama ahora *petit mal*. Antes se decía epilepsia, pero la realidad es que es un *grand mal*. No me gusta que se encierre en el cuarto de baño. Si tiene un ataque allí dentro, ¿cómo vamos a ayudarla? Pero a una solterona no le puedes quitar esa costumbre. Solterona. Yo fui la única de las tres que se casó. La tisis era el gran peligro. Todas hemos tenido mal los pulmones. Min porque no tuvo el coraje de desafiar a la anciana señora Hall, y la pobre Carry porque era la única que se ganaba el pan después del hundimiento de papá y de que yo me casara. Mamá nunca me lo perdonó, ni siquiera cuando le envié dinero a escondidas. Pobre Carry. Tocaba el piano como una profesional. Con mejor suerte podría haberse dedicado al piano. Te quedabas bizca viendo cómo tocaba aquella *Grande paraphrase de Concert sur le Faust de Gounot*. Tenía una hermosa melodía en ritmo de vals. Ed Gould acostumbraba a ponerle

letras.

*Puedo cantar como un ruiseñor,
mis notas son claras y brillantes.
No cantas como un ruiseñor,
sino como el vendaval en la noche.*

Creía que era un chiste con mucha gracia, hasta que un día el señor Yeigh le dijo: «Burlarse del arte elevado en nada afecta al arte, pero descubre la catadura de quien se burla», y Gould tembló como una hoja. Todo el mundo respetaba al señor Yeigh. Aquellas Navidades me regaló *Les Misérables* con una amable dedicatoria. Sabía que me gustaban los buenos libros. Lo leí, al menos cinco veces. Mucho mejor que *St. Elmo*. ¡Realismo! Eso es lo que tenía Victor Hugo. Realismo. Conocía el corazón humano. ¡Gould! Ay, se creía gracioso. Aquel día trajo bombones a la oficina y obsequió a todas las chicas. Eran cubitos de jabón que había preparado en la cocina de la pastelería de Alf Tremayne. Pero en aquella época las chicas eran una rareza en las oficinas y él creía que tenía que presumir delante de ellas. Yo quería irme de allí. Casarme. No solo por irme. Quería algo de romanticismo en la vida. Carry no era la única artista. Yo cantaba. Hace años que no canto. El asma, herencia de papá, supongo. Ahora es peor que cuando era joven. Siempre hemos tenido mal los pulmones. Pero gustan las buenas canciones. Como esta de Gogorza...

*Podría acercarme a ti una vez,
pero tan solo una vez,
cuando estás sentada, tan triste y sola, con la cabeza apoyada en el brazo,
con el corazón cansado...*

¡Qué voz! Un barítono prodigioso. Lo oí en un recital. Pero cada vez que abandonaba el escenario salía delante del pianista, ¡que era mujer! Un caballero le habría cedido el paso. Pero era un artista, un engreído, y supongo que hay que perdonárselo.

*Pero podría acercarme a ti
al caer la noche,
a la manera antigua y dulce,
atendiendo a tu llamada.
Y como un ángel inclinado desde lo alto sobre ti,
susurrarte al oído:
«Te quiero...
Te quieeero».*

Supongo que el hombre murió antes de que se casaran. De Gogorza lo cantaba como un fantasma, de un modo dulce, misterioso y tierno. Antes de que se casaran. Como la pobre Min. Pero Homer no sabía entonar una sola nota. Tenía poco oído. ¿Escucha Min alguna vez a un fantasma como ese? No lo creo. Le falta imaginación. Pero ¿qué podía hacer yo? Tres chicas, solas con mamá, después de abandonar al padre en el asilo. Y este, presumiendo por la calle hasta el último momento. No recuerdas a mamá como acostumbrabas. Escribí algunos poemas. Supongo que no eran buenos. Cuando me casé con Rhodri escribí algo para su primer periódico. En el número de Navidad. ¡Cuánto nos costó! No creo que a los suscriptores les importara mucho que hubiera un número extra de Navidad, pero Rhodri se empeñó en que lo tuvieran. Era un orgulloso y quería tenerlo. Y lo consiguió. Ha tenido éxito. Ahora es rico. Me hubiera gustado que mamá lo viera. Nunca tuvo tiempo para él, y sé que a él no le gustaba ella, aunque nunca me lo dijo. Orgullo. ¡Y qué bien cantaba!

*No temo a ningún enemigo,
salvo al encanto de tus añorados ojos; aquí estoy, amor, sin armadura,
golpea y hazme tu prisionero.*

Solía cantarlo en los conciertos sin apartar los ojos de mí. Me costaba no ponerme colorada. Acostumbraba a hablarme así incluso después de casarnos. La labia galesa, por supuesto. Nunca le hice mucho caso cuando me hablaba así. Pero dio calor a una vida fría. Mi vida. ¿Por qué fría? Ay, si lo supiera. Supongo que por culpa de papá y mamá, pero no está bien que piense eso de ellos. Aquellos gritos y aquellas disputas. ¿Culpa de quién? Él nunca lo entendió. Por mucho que digas, siempre tiene que haber algún realismo. No todo es romance. Aquella antigua canción de *cabaret* que acostumbraba a cantar:

*No todo es perfume a lavanda, ¡también hay pescado
y pantalones de pana!*

Bueno, ya ha pasado todo, pero nada ha vuelto a ser lo mismo desde aquella horrible disputa. El matrimonio es para siempre, y yo siempre le he sido fiel. Sin importarme si él lo ha sido. ¿Lo es? Hay veces que lo dudo. La mujer que va a verlo a la oficina y se queja de la mala suerte que ha tenido en su matrimonio. Bueno, si se ha casado con un asno, ¿de quién es la culpa? Ella lo escogió. Quejarse a otro hombre no es leal. Tiene que cargar con un hogar infeliz. Pues que viva en él, digo yo. Por supuesto que él se burla de ella cuando me lo cuenta, pero puede que lo haga para ocultarme algo. Sé que le presta dinero. Y las otras. Que se creen grandes señoras porque sus maridos son profesores, militares o alguna otra tontería. No tienen bastante con ocuparse de ellos. Las he oído jactarse de sus «aventuras», como las

llaman, aunque no sé bien hasta dónde han llegado en sus aventuras. Todos esos sobeteos en las fiestas de Navidad. Para vomitar. «Las juergas que nos corremos», decía la... Una vieja. Cuando yo tenía cuatro años, mi madre me pegó porque repetí palabras que había oído cerca de la herrería. ¿Se entiende con alguna de esas cuando no estoy? Siempre ha sabido tratar a las mujeres, aunque sé lo tímido que es en el fondo. Muchas mujeres creen que un hombre, si no es tonto, no puede ser tímido. Pero yo lo sé bien. Hay veces en que los tímidos son los que más se lían... Dios, hay veces en que me consumo de odio, y lo peor es que no sé a quién odio. Pero llego a odiar tanto que hasta me duele la cabeza y ni siquiera puedo salir al jardín a podar las plantas. ¿Es todo imaginación? Esa es mi maldición, la imaginación. Hay momentos en que casi me mata. Me siento aquí y empiezo a imaginar cosas desagradables. ¿De dónde me viene todo ese horror? ¿Es por ser mujer? ¿Una mujer con imaginación, incapaz de emplearla como no sea para odiar y sospechar? El odio es un veneno y una vez que se te mete dentro ya no puedes hacer nada, salvo odiar hasta caer enferma y agotada. El odio es una adicción. Brocky está haciendo un curso de psicología. No sé si le dicen algo de esto. Brocky es como yo. Ha heredado de mí la imaginación, aunque él cree que la ha sacado de su padre. De muchacha, quise escribir. Poesía, pero no era nada buena. Forzada. Pero siento algo real dentro de mí. Su padre nunca fue escritor, salvo para los periódicos, para eso servía. Política, editoriales que él decía que eran sangrantes. ¿Salía en eso a su tío? ¿El viejo John Jethro Jenkins? Escribía bien y escribió cartas a los periódicos atacando al gobierno, por cualquier cosa que hiciera. Era una mamarrachada. Un viejo cascarrabias. ¡Y cómo respetaba la tía Polly a aquel hombre! «Malvina, no debes contradecir al maestro», me decía cada vez que yo me enfrentaba con sus tonterías. ¡El maestro! Sería el maestro en aquella casa, hipotecada hasta los cimientos y cayéndose a pedazos a fuerza de no cuidarla. La chimenea apagada y él, allí sentado en la cama, con el abrigo y el sombrero puestos, leyendo la enciclopedia. Sé que Rhodri le ayudó discretamente. Aunque no lo supe entonces. En fin, la sangre es más espesa que el agua. Los galeses dicen que es más espesa que el alquitrán. Me gustaría que fuera más espesa entre Brocky y yo. ¡Mi hijo! Sé que en la imaginación sale a mí. ¿Pude ser escritora? ¿Un Víctor Hugo femenino? ¿En qué me equivoqué? ¿En qué me equivoqué toda la vida? Me gustaba ser una muchacha trabajadora. Tener mi dinerito. Por supuesto, no para hacer con él lo que quisiera. Tenía que dárselo a papá y a mamá mientras él estuvo con nosotros después de su ruina. Pero no importa. Era mi dinero, me lo ganaba yo. ¿Qué dinero tengo ahora? Montones, pero realmente es de Rhodri. Yo no tengo nada que ver con ese dinero. Claro que soy directora de algunas de sus empresas, pero ¿qué significa eso? A veces me pone un papel delante y me dice: «Firma ahí... Tú no lo sabes, pero esta mañana has estado en una reunión del consejo». Y no me lo dice con mala intención. Es que no quiere causarme molestias. Pero esa es la clase de molestias que a mí realmente me gustan. Siempre aborrecí los trabajos domésticos; cuando éramos pobres había veces en que me ponía a llorar

mientras barría el suelo. Hace ahora muchos años que no barro nada. Lo hacen esos extranjeros. Supongo que son buena gente. Puedes confiar en ellos y cuidan muy bien de la casa. No al viejo estilo, por supuesto. No al estilo holandés. No al estilo de mamá. Limpiar las cerraduras con una pluma empapada de aceite una vez a la semana. Ese era el estilo de mamá y procuró inculcárnoslo. Claro que ella no hacía gran cosa, aparte del té. Después de que papá se fuera al asilo, perdió todas las ganas de trabajar en casa. Decía que la habían abandonado las fuerzas. ¿Quién cuida de la casa en Gales, me pregunto, ahora que no puedo ir a verla? Allí nunca pude tener una ayuda decente. Ni siquiera durante los meses de verano. Campesinas y cocineros viejos, como gitanos. ¡Y sucios! No les gustaba mi costumbre de entrar en la cocina cuando no me esperaban y que los sorprendiera sentados alrededor de la mesa, bebiendo té cargado, atiborrándose de pan y de mermelada mientras cotilleaban. Pero era mi casa, ¿no? No, nunca lo fue. Era la casa de Rhodri. Para él, aquello era Gales. Un país frío y húmedo, incluso en junio. Nunca me llevé bien con su gente. Charlatanes. Y embusteros. Nunca sabías lo que decían de ti a tus espaldas. ¡Caballeros rurales! Casi todos en la ruina. Y la gente de ciudad, aún peor. Se sentaba en la tienda de un hojalatero sucio porque se conocían de cuando niños, y se pasaban el rato charlando y recordando, mientras yo me quedaba en el coche con una de mis jaquecas. Y luego, el condado. Cuánta afectación, inaguantable. ¡Las juergas que nos corremos! Dolores de cabeza y, luego, el asma. No lo puedo remediar, pero odio Gales y todo lo que representa. Esas mujeres que conoce. Tontas. Y le gusta tontear con ellas. Como esa Julia. Otra tonta. Me gustaría cogerla por el pelo y darle un buen tirón. Tengo que dejar de pensar estas cosas e irme a la cama, o voy a ponerme enferma. Ay, el odio, veneno de mi vida. Lo peor es que no soy lo suficientemente estúpida como para no darme cuenta. No hay medicina que cure el odio, a eso me ha llevado la imaginación... He leído seis páginas de *St. Elmo* y no me he enterado de nada. ¿Estoy chocheando? No, caramba, aunque Rhodri algunas veces me trata como si lo estuviera. Puedo ver lo que tengo delante. Veo que Brocky me mira cuando trato de hablarle de la realidad. Me tiene por una vieja ignorante. Pero todavía sé más latín que él, a pesar de que no terminé la universidad porque tuve que hacer el curso de secretaria. Taquigrafía Pitman. Todavía sé escribirla y a veces la empleo en pequeñas notas para mí misma, y así demuestro a Brocky que sé escribir algo que él no entiende. El señor Yeigh decía que yo era la mejor taquígrafa que había tenido. Y allí, supongo, fue a parar mi imaginación. Se impuso la realidad. Ahora todo se ha disipado en sueños y me parece que las cosas que leo en los libros han ocurrido de verdad. Como las de este libro, *St. Elmo*.

*Y como un ángel inclinado desde lo alto sobre ti,
susurrarte al oído:
«Te quiero,
te quiero».*

Me estoy poniendo tonta. Si sigo así, acabaré llorando y nadie entenderá por qué. Ahora, a la cama.

—Min, ¿serías tan amable de subirme la leche dentro de cinco minutos? No, gracias, puedo subir las escaleras sola.

4

Se me encoge el corazón viendo esta película. Es profundamente sonrojante. Raya en lo indecente. Los leales al rey escapando a Canadá y la decadencia gradual después de tanta grandeza de espíritu. Sí. La hégira desde Dinas Mawddwy hasta Trallwm y el esplendor y la decadencia de una familia metodista. Sí. Pero este... ese joven que parece leer *La reina de las hadas*, pero que en realidad se está cociendo en su propio jugo, como las otras tres personas, es mi padre, y no quiero saber nada de sus relaciones con nadie que se llame Julia. Porque mi madre se llama Nuala, Nuala Connor, de Dublín, una académica fría, pero, como madre, amable y suficiente. No hubo mucho calor entre mis padres. Exactamente veinte grados centígrados. La temperatura en la biblioteca de la casa de St. Helen —el calor palpable y real— debe de sobrepasar los veintiséis grados centígrados y la temperatura psicológica debe de estar justo debajo del punto de ebullición, a fuego lento. Pero no puedo evadirme de la película.

¿Puede llamarse película a esta extraordinaria evocación de cosas que exceden lo fotografiable y la presencia física de las personas? Esta película, que ofrece la verdad de la temperatura, del olor, del sentido de la enfermedad física que se cierne sobre mi abuela y se extiende por toda la habitación, de la vida animal de la perra *Janie*, que nada sabe de las complejidades que la rodean sino que, como ocurre con los perros, las absorbe todas y las manifiesta en su somnolencia, debilidad y glotonería; Janie está harta de vivir en esta casa.

La técnica del filme supera todo cuanto había visto como crítico cinematográfico. La pantalla se divide y muestra muchas imágenes o una cantidad de imágenes contrastadas que se comentan unas a otras, o se agranda en un *zoom*, un acercamiento monstruoso y sobrecogedor; el color va desde el sepia empleado para narrar la triste vida de Minnie hasta la rica y sombría paleta de un Caravaggio para la frustrada e imaginativa abuela. Es una película que abarca todos los sentidos, incluso el olfato. El olfato, que nuestra época ha convertido en el menos aceptable de los cinco sentidos, pero que despierta la emoción con una inmediatez dolorosa. Se supone que no debemos oler a la gente; se gastan millones de dólares en artificios para erradicar el olor humano, bien en su origen, bien en la nariz del vecino. Pero para el despierto, el avisado, el verdaderamente curioso, el hechizado o el encadenado, ¿hay algo que revele mejor la verdad que un olor? Como ahora, cuando me asalta un olor a salud, a jabón, a esencia de laurel, a ropa cara, y sé que es mi abuelo.

RHODRI: (La música que acompaña a sus pensamientos es de una comedia musical de los años veinte titulada *Lady Mary*; la voz es la de Herbert Mundin, un actor de la época:

*¿Qué saben los yanquis de Inglaterra
que no saben quién es Austin Reed?
Ellos pueden tener los dólares,
pero compran las camisas y los cuellos
a los chicos de la raza bulldog.*

Está releendo, por sexta vez, una historia de Wodehouse, en la cual Bertie Wooster piensa en su antiguo amor por Cynthia, «una chica atractiva, tremendamente mona, pero, cuidado, llena de ideales y cosas parecidas. Quizá no sea justo con ella, pero a mí me parece que es la clase de muchacha que busca a un chico para labrarse un porvenir y lo que haga falta»).

Labrarse un porvenir. Supongo que es lo que yo he hecho. Pero qué alivio leer acerca de alguien que no necesita hacerlo ni tiene la menor intención de probarlo. Qué descanso leer sobre personas sin verdaderos problemas, personas que no están encadenadas a las obligaciones de cada día y de cada año. Qué satisfacción leer sobre aristócratas cuyas principales preocupaciones son cultivar flores, criar cerdos para un concurso o, simplemente, pasárselo lo mejor posible. ¿Qué saben los yanquis de Inglaterra? ¿Qué saben los canadienses de Inglaterra? Y, ya puestos, ¿qué sabe P. G. Wodehouse de Inglaterra? Porque esto no es Inglaterra, sino un país de cuentos de hadas. Una Inglaterra que nunca existió. Brocky me ha contado que alguien ha dicho que las historias de Wodehouse son comedias musicales sin música. Y en eso reside para mí su encanto. En eso y en la magia del lenguaje. Evadirse de la realidad. ¿Y qué tiene eso de malo? ¿Es que no tengo ya suficiente realidad, o lo que la gente dice que es realidad, que no sé por qué, siempre es algo irritante? Yo tomé contacto con la realidad cuando mi Pater me anunció que íbamos a emigrar a Canadá. (La música cambia a *Yn iach i ti, Cymru*, una canción galesa de despedida). Lance y yo por delante para explorar el país, eso dijo, pero supongo que en realidad para evitar que viviéramos la miseria final de vender la tienda y los muebles, el pago de las deudas —el buen hombre pagó hasta el último penique—, dejarlo todo y también el país que amaba. Pero yo estaba agarrado a una realidad, que consistía en que doce peniques hacen un chelín, veinte chelines hacen una libra, y si le añades un chelín extra, tienes una guinea. ¿Dónde lo aprendí? ¿Tenía un sentido innato del dinero? Pater no lo tenía. Y, desde luego, el tío David tampoco, aunque tuvo el acierto de casarse con

Mary Evans el Ángel, que sí tenía dinero. El abuelo sí tenía el sentido del dinero, pero no el suficiente para conservarlo. ¡Avalar la deuda de Thomas! ¿Cómo no se olió que Llewellyn Thomas era un incapaz, cuando no un verdadero sinvergüenza? ¡El viejo y lioso santurrón! La religión fue una droga para esta gente. Podía cegarlos ante cualquier cosa. Para mí fue un gran día cuando la dejé de lado. Sí, la dejé de lado sin renunciar a las formas externas, porque Mater se habría entristecido pensando que yo no era un metodista de la cabeza a los pies. ¿Hipocresía? La hipocresía es necesaria si queremos soportar la vida. Todos somos hipócritas. Algunos por el amor de Dios. La Mater. La mujer más buena que he conocido. La última vez que vi a Lance, cuando asistí a la fiesta de su sesenta y cinco cumpleaños, me dijo: «Rhodri, nuestra Mater fue la mejor y más querida», y se echó a llorar. Igual que yo. Sus oraciones nos salvaron la piel en este país horrible. (La música cambia a *Haz algo enseguida por alguien*). Era una canción tonta, pero ella no era una mujer tonta. Todas las noches de aquel primer año horrible, antes de la pobre cena, nos hacía arrodillar y rezaba (el Pater no lo hacía, porque estaba demasiado concentrado para rezar en voz alta) para que Dios nos bendijera en el nuevo mundo. Cosa que hizo. Aquella noche de diciembre en que Lance se retrasó para la cena y la oración, entró de pronto e interrumpió la plegaria (lo que demostraba la importancia del asunto que le traía) diciendo: «Pater, hay un anuncio en la puerta del Arado y la Cosechadora que dice que necesitan un contable», el Pater dio un salto en mitad de la oración y salió corriendo. Volvió al poco rato para decir que había visto al señor Knowles en el momento de cerrar la puerta y ya tenía el empleo. Knowles le dijo que quitara el anuncio y que estuviera allí al día siguiente a las ocho de la mañana. Supongo que quedó impresionado por el habla educada de Pater y por su aspecto honrado. Fue una gran noche para nosotros. Mater no dijo que Dios había escuchado nuestras oraciones, pero no fue preciso que lo dijera. Hasta yo me lo creí. Y desde aquel día nunca más pasamos apuros. Pater fue contable de aquella fábrica hasta el día de su muerte. El empleo estaba por debajo de sus merecimientos, pero era un empleo. Nunca supo capitalizar su valía. Aquella promesa en el lecho de muerte a su madre fue su ruina, en cierta manera. Nunca olvidaré el momento en que Lance interrumpió la oración de Mater con la prometedora noticia. ¿Acaso mi carrera ha sido la evidencia de la bondad divina? ¿O de la suerte? ¿O de mi manera de capitalizar mi valía? No sé si alguien lo sabe, pero seguro que Mater habría dicho... Un poco de hipocresía inteligente habría salvado a Pater. Fue demasiado bueno. El exceso de virtud puede ser ruinoso... Aquellos primeros días de mi trabajo... Los hombres del *Courier* acostumbraban a bromear a costa mía. «Rhod, esa mujer que lleva un bozal de perro, ¿es realmente tu madre? ¿Qué le pasa? ¿Muerde? ¿Por eso os marchasteis del Viejo País? ¿Porque mordió a alguien?». No podía mencionarlo en casa. No podía pedirle que dejara de llevar aquella maldita jaula de alambre sobre la boca y la nariz cada vez que salía a la calle. Forrada de una especie de lana mentolada, ella decía que era la mejor protección contra el frío canadiense y un remedio seguro para su asma.

Nunca se le ocurrió que pareciera extraña. ¡Burlarse de la madre de un chico! Eran bastante groseros. Me hicieron mucho daño. Una intrusión en lo más profundo de mis sentimientos. Se metían con mi casa... También con Pater. Aquel anuncio que puso en el *Courier*:

Sastre a medida busca empleo. Dieciocho años de experiencia en corte y confección. Formación en Londres (Ingl.). Cartas al apartado 7 de este periódico.

«¿Qué es un sastre a medida, Rhod? Los pantalones que llevas ¿de verdad son de Londres, hechos a medida? ¿Es que la moda ahora en Londres es llevar remiendos en las rodillas?». ¡Lo que tuve que aguantar a aquella pandilla del *Courier*! No es que fuera mala gente —aunque Beak Browder y Charlie Delaney no se diferenciaban mucho de los criminales—, pero era gente de otro mundo. No del mundo en que me educué. Si es que me he educado. A los quince años bajé del barco... Aquel anuncio, supongo, fue lo más parecido a una mentira que se permitió Pater. Nunca fue sastre de verdad, y su formación londinense no pasó de las pocas cosas que, de vez en cuando, le enseñó el tío David. Pero necesitaba trabajar y, como hombre fracasado, supongo que debió de pensar que tenía que volver a empezar desde el principio, desde el banco de sastre. Lamentable. Pero ¿se lo podía decir? ¿A mi propio padre? Ni pensarlo... En aquella época ayudé a unos cuantos emigrantes y sé lo que sienten. La desolación de dejar el hogar para enfrentarse con lo peor de lo peor del país nuevo... ¿Podré olvidar alguna vez mi primer día en el *Courier*? Lance y yo llegamos un sábado, al terminar la tarde, y el tío John dijo que tenía trabajo para nosotros y que íbamos a empezar el lunes por la mañana. Tuve el mayor susto de mi vida. Allí me presenté, como impresor, cuando nunca en mi vida había visto una imprenta por dentro. Delaney fue el primero: «Coge el cubo de lejía y limpia los urinarios». Era la manera de tratar a un aprendiz nuevo, dándole, de entrada, la peor tarea para humillarlo. ¡Como si yo necesitara que me humillaran! La lejía me despellejó las manos y la peste me hizo vomitar. Impresores. Grandes bebedores de cerveza. Apestando a orines. Luego fue: «Ve al mercado y tráenos alguna fruta para almorzar». «¿Qué clase de fruta?». «Cualquiera, estúpido mierdecilla». «¿Me da algo de dinero, señor? Para la fruta, señor». «¿Te crees que pagamos por la fruta? Coge la que puedas y echa a correr. Y si te atrapan, no se te ocurra decir que vienes de aquí, o te partiré la cabeza». Y tuve que robar y aquello por poco me mata. ¡Un ladrón! ¿En eso me había convertido? No creo que el infierno sea peor que mi primera semana en el *Courier*. No solo por las maldiciones, el lenguaje obsceno y los continuos chistes verdes, más el tabaco de mascar y la peste de unos hombres que al parecer nunca se lavaban, sino porque era lo que en la iglesia acostumbran a llamar la abyección del alma, el temor a que Dios me hubiera abandonado. Fue entonces cuando aprendí que Dios tiene dos caras. Y cambié la iglesia wesleyana por el sindicato de tipógrafos.

... Ese fue mi Canadá. Ese fue mi campo de trigo y mi campesino fornido de pantalones elegantes. Lance y yo nos quedamos a vivir con el tío John y la tía Polly. Y cada semana le dábamos la mayor parte de nuestro salario, para que lo guardara y con ese dinero compráramos los muebles de la casa, para cuando Mater y Pater y las dos hermanas llegaran al nuevo mundo un año más tarde. Al acercarse el día, le pedimos el dinero al tío John y ¿qué dijo? «No os preocupéis por eso, muchachos, ya lo arreglaré con vuestro padre». Y eso fue todo lo que supimos del dinero. Se lo había gastado, el muy sinvergüenza. Pero, bueno, no era un viejo mala persona. Solo que era poco de fiar en cuestiones de dinero. Cuando se lo dijimos a Pater, se puso muy triste, pero no hizo ni un reproche. El tío John era hermano de Mater y no quería apesadumbrarla. No se lo dije a nadie más. Ni siquiera a Vina. Engañar a un par de chicos... ¿cómo es posible? En otros aspectos estaba muy por encima del resto de nosotros: mucho mejor educado. Pero parece que la educación nunca tuvo mucho que ver con cuestiones de dinero. Ni con el sentido común.

... Y, si no, ahí está Brocky. Un chico realmente inteligente. Por lo menos eso es lo que dice Jimmy King. Pero parece dispuesto a sacrificar todo por esa condenada Julia. ¿Qué ha visto en ella? Qué pregunta tan tonta. ¿Alguien ve algo en los asuntos amorosos de los demás? Pero ¿hay amor? Parece muy enamorado. Está esclavizado. Se cree que no lo sé, pero claro que lo sé. Quizá porque también yo he sufrido lo mismo un par de veces. Quizá esa clase de esclavitud sea cosa de familia. ¿Acaso sobrevaloramos a las mujeres? Puede que fuera diferente si no hubiera locura en la familia de Julia, pero la hay. La madre. Y el abuelo. No los han encerrado, pero a partir de cierto nivel de ingresos, no encerramos a esa gente. Ya no están locos, sino neuróticos. Hasta que prenden fuego a la casa o amenazan a alguien con un cuchillo. Como William McOmish. ¡Ahí tienes un buen neurótico! Supongo que yo debería saber que Brocky es tan nieto suyo como de Pater. Hay una vena... ¿La veo en Vina? No, no. Eso sería ridículo. Cuando éramos jóvenes nunca hubo una mujer con la cabeza más equilibrada. Ahora, por supuesto, las cosas han cambiado. Tiene que aguantar la enfermedad, pobre mujer, y la enfermedad desgasta tanto el cuerpo como la mente. No es neurótica, pero tiene que sufrir mucho. ¿Acaso Brocky lleva una vida inmoral? ¿Se ha pasado con esa chica? Puede ser una trampa horrible y la culpa no siempre es del hombre. Me estoy poniendo grosero. ¿Toma alguna precaución? ¿Debería hablar con él? Probablemente se reiría de mí. Si la mujer se bebe un vaso de agua muy fría inmediatamente después... todo arreglado. Es lo que Vina y yo hemos hecho siempre. Control de natalidad. Ojalá ella no odiara tanto al viejo país. Cada año intento que venga conmigo a Belem. Pero después de los primeros años, siempre dice que es demasiado para ella. Y sé que tampoco quiere que vaya yo. Pero voy, y allí vivo a mis anchas, menos cuando Brocky se viene conmigo. Estoy convencido de que aquello salva mi vida. Es paz, felicidad y un bendito descanso de tanta enfermedad, de la vieja Min... Min. Otra que tal en la familia. Le falta un tornillo. Se creará que no la vi durante la cena de anoche, en uno de sus ataques, manoseando los pimientos

en conserva. Caramba, la herencia que recibe Brocky. Asma por los dos lados. *Petit mal* que puede ser *grand mal* con el tiempo. Ruina. Bancarrota. Aquella cosa terrible con Vina. ¡Esto no puede ser! Volvamos a Wodehouse.

¿Qué saben los yanquis de Inglaterra?

O, no de Inglaterra. Ni siquiera del País de Nunca Jamás de Wodehouse. El viejo país. El país que nunca existió. ¿Cómo lo llamaba aquel poeta? El país de la alegría perdida. ¿Qué pasó, cómo llegó a serlo? No todo es esencia de lavanda. No creo que lo fuera. *El pescado y los pantalones de pana*. Las historias sucias de los sastres que yo no debía oír. Bowen el Asqueroso, rondando el Lion Yard, siempre dispuesto a beberse su propio pis por un penique. Y obtenía muchos peniques de los muchachos como yo, que queríamos ver si se moría al beberlo. Fred French y yo pagábamos a escote, un penique cada uno, para verlo. Y nos asegurábamos de que era lo que decía, que no lo sustituía a escondidas por una cerveza. ¿Se murió el Asqueroso? No. Vivió para seguir bebiendo. Liz Duckett y el jinete Jack. También sabía cosas de ellos. Puro pecado, pero les iba bien con el pecado. Pobre y vieja Liz. Pater acostumbraba a enviarle cada mes el dinero que podía, porque siguió siéndonos fiel cuando nos abandonó la suerte. Luego me encargué yo, en cuanto pude. Hasta que murió. Lance nunca le envió ni un penique. Lance se ha endurecido. O quizá es que se ha vuelto razonable. Nunca ayudes al débil, me dijo cuando se lo propuse. Duro. Pero también tiene algo de razón. Al débil, por más que lo ayudes, no lo haces fuerte. Un buen corazón, la vieja Liz. Supongo que murió de sífilis, como todo el mundo imaginaba. Pero hasta los sifilíticos saben lo que es pasar hambre... Luchar, luchar, luchar. Siempre ha sido lo mismo. Brocky se ríe cuando se lo digo. Pero yo insisto. Para él todo ha sido fácil. La educación. Y, cuidado, parece que le ha cogido gusto. No puedo decir que a mí me pasara lo mismo, aunque he aprendido algunas cosas de aquí y de allí. Me asombra a veces que yo sepa más que muchos con mejores oportunidades. La poesía. Siempre me gustó, aunque Brocky dice que soy empalagoso. *Un muchacho de Shropshire*. Sí, es cierto que lo soy en gran medida, aunque estoy muy cerca de ser un chico de Montgomeryshire. Al otro lado del Wrekin. Sí, y también del Breidden.

*¿Qué son esas montañas azules recordadas,
esas torres, esas casas de campo?*

Pero eso vino después. Cuando decidí afrontar mi educación estaba convencido de que iba a hacerme daño... ¡Qué libros compré! Clásicos a diez centavos. *Las meditaciones de Marco Aurelio* fue el primero de todos. Aún lo tengo. No sé dónde, en alguna parte. No pasé de la tercera página. Jimmy King dice que Marco Aurelio fue un estoico y un hueso duro de roer. Predicó el distanciamiento del mundo exterior

y la fraternidad humana. ¡Qué más habría querido yo que distanciarme del mundo exterior! Tenía que esforzarme para que no me comiera vivo. Pero lo de la fraternidad humana, sí. La prefería a la doctrina metodista del amor cristiano, que siempre me pareció un poco pegajosa. Puedes amar al hermano, pero no tienes por qué arrastrarte encima de él y lamerle las llagas, como aquel Francisco de Asís. Probé suerte con él. Un chiflado. Llegué incluso a comprar *Crítica de la razón pura*, de Kant. De segunda mano, pero me costó sus buenos setenta y cinco centavos. No entendí ni una palabra. Y llegué a convencerme de que yo era un estúpido. Pero de alguna manera seguí adelante. Ojalá hubiera tenido una verdadera educación. Pero fíjate en Jimmy King. Un profesor, pero ¿de qué le valen sus conocimientos? Quiere que yo le preste dinero. Nunca ahorró un penique en su vida. ¡Trabajo!... Escuela nocturna. Duros viajes en trineo después de todo el día en el *Courier*. Pero fue en la escuela donde descubrí la lectura que realmente me gustaba. La poesía. No eran muchos los alumnos que se interesaban por ella. Casi todos querían hacer contabilidad y taquigrafía. Yo también las estudié, pero al mismo tiempo me adentré en la literatura. Tennyson, Swinburne. La poesía más cercana a la música. Creo que en mi caso la poesía y la música ocuparon el lugar de la religión. Y así sigue siendo, creo, aunque Brocky dice que es música barata y poesía barata. ¡Con qué facilidad desprecian tus gustos los jóvenes educados! Para mí, la religión estaba marchita. Como flores convertidas en cadáveres secos y susurrantes, como las que Vina cuida en invierno, a las que llama «siemprevivas». Nidos de polvo. Poesía y música... Por supuesto, en casa teníamos música. Mi hermana Maude era una música notable. Organista en la iglesia a los diecisiete años. Tocaba cualquier cosa de memoria. ¡Qué tardes de domingo! Cantábamos todos. Lance y yo lo hacíamos especialmente bien en *Vigilante*, ¿qué hay de la noche? Aquello sí que era un dúo. Revolvía las entrañas, como Hardy dice en alguna parte. Yo, tenor, hacía la parte del alma tímida y desesperada. Lance era un bajo tremendo e interpretaba el espíritu confiado.

Tenor: Dime, vigilante, ¿qué hay de la noche?

¿Ha caído ya el rocío de la mañana?

¿Tiene el cielo al oriente un atisbo de luz como el borde de un manto funerario?

Bajo: La noche mengua rápidamente en lo alto

y pronto desaparecerá la oscuridad,

el alba se extenderá sobre el cielo azulado

y brillará en toda su gloria.

Yo, patético, temeroso de la muerte, y Lance como la gran y poderosa esperanza, y Maude retumbando a lo lejos con su acompañamiento cuando uníamos nuestras voces. Yo recobraba el aliento, y el techo se venía abajo en la estrofa

*Esa noche está cercana, y la tumba sombría guardará tu cuerpo
hasta que la mañana de la eternidad se eleve sobre las tinieblas
y la noche desaparezca para siempre.*

Mater siempre lloraba al oírla. Pero eran lágrimas de felicidad, porque era la promesa cristiana hecha música. Pobre Mater, fue la primera en irse. Y cuando Elaine cantó el *Adiós* de Tosti a todos se nos humedecieron los ojos. Miseria feliz, dice Brocky. Miseria feliz de los galeses. Pero nos alimentaba como seguramente no puede hacerlo la música de Brocky. Ya nadie canta aquellas cosas. Lo cierto es que no he oído que hoy las cante nadie, como no sea cobrando. Nosotros cantábamos porque no teníamos otro remedio... Vina cantaba algunas de aquellas tardes, después de casarnos. Era una contralto realmente buena. Su mejor pieza era algo de un alemán llamado Böhm, *Still wie die Nacht*. Pero, naturalmente, la cantaba en inglés:

*Callado como la noche, profundo como el mar
será el amor, tu amor eterno.*

Aquello estaba muy bien para un esposo galés y charlatán. Pero cuando cantaba:

*Brillante como el acero
y firme y libre como una roca
será el amor, mi amor eterno*

tenía la sensación de que lo cantaba con el corazón. Firme y libre como una roca. Su fidelidad, y también la mía. Porque, en medio de tantos altibajos, siempre nos hemos guardado fidelidad. Salvo en una cosa, pero no es cuestión de pensar ahora en eso... Pobre Maude. Murió joven. Tuberculosis, claro. Va con la familia. Jimmy King dice que es la enfermedad de los románticos, pero no es nada romántico ver a alguien cerca del fin. Horror y dolor. Apenas se la podía tocar. Pero la pobre Maude sufrió un golpe terrible. Cruelmente abandonada por el novio, apenas un mes antes de la fecha fijada para la boda. Parece que la tuberculosis ya es cosa del pasado. A veces Brocky está muy cerca. Conozco el aspecto. Julia. ¿Por qué en nuestra familia se vuelven tan locos por las mujeres? Yo estaba loco por Elsie Hare, es cierto. Pero cuando me dejó y se casó con Elmer Vansickle, pude superarlo. No iba a derrotarme una muchacha. Aquel matrimonio nunca prosperó. Vansickle no duraba en ningún empleo. Un borracho. Hace pocos años, en la Exposición de Toronto, me encontré con Elsie. No la hubiera reconocido si no me hubiera dicho quién era. Ha engordado, le faltaba un diente de delante y se había puesto una cinta adhesiva en la mella. ¡Patético! Me habló de una manera suave. No humilde, pero sí respetuosa. ¡A mí, que he sido su esclavo y seguramente lo recuerda! Qué suerte tuve. Su gramática era terrible. Me

habría vuelto un desgraciado, cosa que nunca ha hecho Vina. Vina estaba en el camino ascendente, como yo, y durante un tiempo subimos juntos. Acorazados gemelos, como dice Bernard Shaw en una comedia. ¿Qué pasó? Supongo que fue aquella terrible disputa. Ya nada fue lo mismo a partir de entonces. Pero me ha sido fiel. Los dos nos hemos guardado fidelidad. Sé que ella se inquieta por las mujeres que conozco y, desde luego, algunas son encantadoras, pero ninguna tiene lo que tiene ella. ¿Heredado de los antepasados leales al rey? Posiblemente. Creo que ahora la gente que cree saberlo todo no da importancia a la herencia. Pero yo tengo antecedentes de sastre y sé que el mejor velarte se hace de lana de segunda carda... ¿Qué va a ser de Brocky? Tiene buena pasta, por ambos lados, aunque se burla de las ideas de su madre y de las mías. Pero no está hecho de un tejido muy tupido. Un poco flojo al tacto, como decía el tío David cuando pellizcaba una tela. Él sabía, aunque terminara casándose con el Ángel; Mary Evans el Ángel. No es que fuera un ángel, sino que era la dueña de la posada del Ángel. Una buena taberna. Justo al lado de la iglesia de Santa María, donde tenía que estar. El ángel del ángelus, al final de una época en que las iglesias y las tabernas no estaban tan alejadas como creen los metodistas que deben estar. El Ángel era una taberna feliz. Espero que el viejo David viviera allí felizmente, por más que Pater lo despreciara. Al viejo David le gustaba la libertad y prefería la vida alegre a la respetabilidad... He leído esta novela hasta el final y no creo que me haya enterado de nada. Pero ya la he leído otras muchas veces. Wodehouse nunca falla. Casi como la música. Lleno de sentido, pero nunca un sentido exacto que puedas captar. Solo sentimiento. Supongo que para eso leo. Convierte en real el país de la alegría perdida, o parte de él... Vina se ha ido a la cama, pero sé que no está dormida. Espera a que yo suba y le dé las buenas noches. Min le ha subido la maldita leche caliente. Ya le he dicho a Vina que la leche estriñe y el estreñimiento sabe Dios qué enfermedades puede acarrearle, pero nada le va a quitar esa costumbre. Autointoxicación.

—Bueno, Brocky, no sé qué vas a hacer tú, pero yo me voy a la cama.

Sí que sé lo que vas a hacer, hijo mío. Pondrás música de Chaikovski, muy bajita, y te sentirás miserable pensando en Julia. Feliz miseria, no creo que escapes de ella, porque yo he pasado por tu misma situación. La única diferencia es que tú la acompañas con otra música.

6

BROCHWEL: (Cuando su padre ha salido de la biblioteca y ha tenido tiempo de subir las escaleras y de llegar al dormitorio de Malvina, donde charlará unos minutos antes de apagar la luz, Brochwel, efectivamente, pone un disco en el Ortofonic, bajando el volumen. No es Chaikovski; es un disco que ha sacado de su maletín universitario; se titula *Junio en enero*, cantado en el débil estilo plañidero, casi un gemido, de la

época: *Es junio en enero / porque estoy enamorado...*).

«Es extraordinario lo poderosa que es la música barata». Noel Coward. Sitúe la cita, señor Gilmartin. *Vidas privadas*. Cuánta razón tiene. Me va mejor que la música buena. ¿Porque tengo gustos baratos? No; porque esta es la voz de mi generación y todos los romanticismos populares tienden a lo barato, y no voy a ser yo quien se libre de eso. No del todo, o sería un pedante. Lo sé bien, o así lo creo. Cuando necesito música romántica, pongo los Big Boys y mis padres piensan

*Si eso no es demasiado bueno para él,
y es demasiado bueno para mí,
caramba, qué clase de juventud tan cultivada
debe de ser esta clase de juventud.*

Gilbert & Sullivan. Muy buenos también. Tienen mucha más sabiduría de lo que la gente piensa. Como en

*El dolor que no es más que placer se tornará
en placer que no es más que dolor...*

Nadie incluye eso en su *Oxford Book of Victorian Verse*, sir Arthur Quiller-Couch, editor. Pero el viejo «Q» tiene sitio para cosas no tan acertadas. Me gustaría que Frosty no lo llamara siempre «Q», como si fuera su amigo íntimo. El doctor James Pliny Whitney Frost, poeta y catedrático eminente, profesor de *Eng-Lang-and-Lit* en la Universidad de Waverley. Personificación de la poesía y del buen gusto. Así se presenta a los jóvenes. No se te ocurra citar a Noel Coward delante de Frosty. No sería tan mala persona si no fuera tan asquerosamente impecable. Prefiero al viejo Jimmy King, siempre un segundón al lado de Frosty, porque Bebe. Veo cómo Bebe en esta habitación. Papá tiene muy buen *whisky*... «Soy abstemio, pero no fanático», dice Jimmy cuando tiene la mirada perdida, como si nunca se lo hubiéramos oído antes. Soy el orgullo y la alegría de los dos, de Frosty y de Jimmy, porque sé escribir el tipo de ensayos que les gustan; impecables para Frosty, y algo más pecables, pero divertidos, para Jimmy. Sé muy bien cómo ser el Orgullo y la Alegría de mis maestros, y lo hago a la perfección. Pero no soy el orgullo y la alegría de mis padres. Tengo que ser algo además que estudiante de matrícula de honor en *Eng-Lang-and-Lit* para aprobar el examen con ellos. Tendría que renunciar a Julia... ¿Por qué la odiará tanto mi madre? Porque la odia, por más que se esfuerza con sus buenos modales y gracias cuando tengo la osadía de invitarla a casa. Entonces mamá habla con toda su claridad y su corrección decimonónicas. Es ese asno de Bidwell el que se empeña en decir que mamá es «graciosa», creyendo que es el cumplido apropiado para una anciana. Bidwell: mi rival en *Eng-Lang-and-Lit*, pero que nunca me supera.

No puede porque, aunque lo sabe todo y lo ha leído todo, y lee a Virginia Woolf y escribe artículos sobre ella para el English Club, nunca ha tenido sentimientos en la vida. Y si los tiene, ya se guarda mucho de no mostrarlos en sus ensayos. Una vez enfureció a Frosty insinuando que había algo dudoso en la amistad de Tennyson con Hallam. ¡Fue como poner mierda en el ventilador!... «No estoy muy seguro de haber entendido bien lo que ha sugerido, señor Bidwell, pero si lo que entiendo vagamente es correcto, debo pedirle que nunca repita insinuaciones de ese tipo en esta clase». De todos los de la clase, yo sabía mejor que nadie lo que Bidwell había insinuado, porque ya se me había insinuado en una cálida noche de primavera y espero haber empleado el debido tacto en mi negativa. No quise herir sus sentimientos, pero «¡No, gracias!»... Bidwell lo sabe todo de Oscar Wilde, que en Waverley ha de ser tratado con guantes de seda durante este año de gracia. Bidwell ha leído el proceso de Wilde en la colección «Famosos juicios británicos», que él rescató de los ratones, sacándolo de las estanterías reservadas de la biblioteca. Pero no sabía que la persona que sirvió de cebo a Wilde para que cayera en el peligroso atajo era canadiense. Sí, Robert Ross, perteneciente a una de nuestras Primeras Familias. Una curiosa nota a pie de página en la mezquina relación de Canadá con *Eng-Lang-and-Lit*, pero este es un país curioso. Wilde traicionado por aquellos recaderos y criados sin trabajo. ¿Cómo es que no supo adivinarlo?

*Una morada débil e insegura
construida en un corazón tan vulgar.*

Sítue la cita, señor Gilmartin. Sí, señor. «*Enrique IV*, segunda parte». ¿Cree, señor G, que eso significa que Shakespeare era un esnob? No necesariamente, profesor JPWF. Quizá solo quiere decir que Shakespeare conocía bien el paño, sabía cuántas son dos y dos y unas cuantas cosas parecidas. De todos modos, los esnobs no siempre se equivocan. *P*: ¿Es usted un esnob, señor G? *R*: De vez en cuando, señor; cuando se presenta una ocasión que lo exige, igual que usted y todos los demás... No hay nadie que no se sienta superior a otro, ¿verdad, señor? Nosotros, ahora, somos esnobs académicos. No es que me compare con usted, señor, sino que empiezo a juzgar a la gente por lo que sabe de *Eng-Lang-and-Lit*. No es nada agradable... Mi madre, ahora, cree que Thomas Hardy es la mar de listo, pero he notado que vuelve a *Les Misérables* y esta noche estaba leyendo *St. Elmo*, que seguramente tiene una especie de premio a la novela más horrorosa. ¿Qué puedo hacer yo al respecto? Sobre gustos no hay nada escrito, a lo cual la tía Min añade invariablemente: «Como dijo la vieja cuando besó a la vaca». Y mi padre, que lee a Wodehouse una y otra vez, y luego viene a sorprenderme con un retazo de Ossian que aprendió en las rodillas de su madre. Nunca he leído a Ossian, aunque supongo que tendré que echarle un vistazo en un algún momento... ¿Qué he aprendido en las rodillas de mi madre? *Los Robinsones suizos*, que no es demasiado mala, y *Los niños del agua*, que lleva el sello

de aprobación del profesor JPWF como genuino *Eng-Lang-and-Lit* y que debe de ser uno de los libros más detestables escritos para niños, incluso por un clérigo, pero también *Sammy y Sussie Colita* y *La fiesta de cumpleaños del conejito Fluffkins*, que no son *Lit* de ninguna clase... *P*: ¿Ha habido alguien, con la posible excepción de usted, profesor JPWF, que haya sido criado en una estricta dieta de Lo Mejor Que Se Ha Pensado y Dicho? Todos necesitamos cierto bagaje de basura para seguir siendo humanos (salvo usted, profesor). Como *Es junio en enero*, así que vamos a ponerlo otra vez, ¿de acuerdo? Le sorprendería saber, profesor, que yo he sido criado con una pesada dieta de tiras cómicas, sí, los despreciados tebeos, y todavía me trago algunos a diario. *Mutt y Jeff* me han proporcionado más de una frase feliz. «Semejante ignorancia es realmente refrescante», dice Mutt cuando Jeff insiste en deletrear Eugene con «u». Y Jeff dice: «Mutt tendrá un ataque de celos» cuando se ve objeto de los encantos de la bella señorita Klutz. O «¡Insecto!» e «¡Inculto!», como dice Maggie cuando amenaza a Jiggs con el rodillo de amasar. Supongo que yo necesito este material como los drogadictos necesitan su dosis. Impide que me hunda bajo el puro peso de la excelencia, de la aspiración, de la visión interna, de la belleza trascendente, en fin, de todo cuanto supone *Eng-Lang-and-Lit*. La mente no puede resistir tanta grandeza. O, por lo menos, la mía. Obviamente, esto no es aplicable a la suya, profesor... *P*: Dígame, profesor: en nombre del cielo, ¿cómo le pusieron el nombre de James Pliny Whitney?... No es que JPW no merezca consideración. Muy al contrario. No fue ningún principiante, y su más hermosa conquista fue llevar directamente las cataratas del Niágara a la habitación de todos nosotros, como *Amor en Flor*, parpadeando y temblando en una bombilla de cristal, con una diminuta espinita en un extremo. Sí, nuestra nunca bien ponderada Compañía Hidroeléctrica saltó desde los lomos —perdón por la aparente indelicadeza, profesor— de James Pliny Whitney... *P*: ¿Fue eso? ¿Tuvieron sus padres la visión, cuando usted todavía estaba adormecido en el limbo materno, de que usted iba a traer una nueva luz al joven Canadá? ¿La luz de *Eng-Lang-and-Lit*? ¿La luz nunca vista en mar o en tierra?, hasta que chicos como usted no la han llevado hasta miles de trémulas y temerosas bombillas como yo, por no hablar del número infinitamente mayor de bombillas mortecinas, aptas únicamente para los armarios de las pensiones de lo peor de la academia. Y todo con nuestro aguijoncito en el culo, para picar y desinflar a quienes pongan en duda nuestra autoridad, tal como hace usted con tanta eficiencia, profesor. Ah, sí, ahora ya lo veo. Su nombre, James Pliny Whitney Frost, es uno de esos espléndidos retruécanos con que se deleita la vida y que solo unos pocos advierten. Gente como yo... *Junio en enero* ha dejado de alimentar mi melancolía. ¿Qué pongo ahora? ¿*Amor en flor*?

¿Será la primavera la que trae...?

No, que el otro día la parodió Bidwell en el comedor del sindicato:

*¿Será la brisa
que parece una sonrisa
la que entró en mi habitación?
Oh, no, no es la brisa,
¡es el amor en flor!*

Una parodia puede ridiculizar una tontería como esa, pero carece de fuerza frente a algo que merezca la pena... ¿Necesito un trago? No me atrevo. La vieja Min mide las jarras, estoy seguro. Vieja fisgona. Si quiero un trago he de conseguir algo de *whisky* del almacén del gobierno y bebérmelo con Bidwell en su cuarto de la pensión. Media botella. Un Osezno. En los vasos de limpiarse los dientes y con agua del grifo. No es para un paladar refinado, pero qué se le va a hacer. ¡Qué horribles son las pensiones de estudiantes! Y qué timadoras son las patronas. No deberían llamarse pensiones, sino casas de huéspedes. No dan comidas. Los estudiantes que no viven en sus casas, como es mi caso, duermen en una casa de huéspedes y comen en el sindicato. Guiso de hígado de burro y zumo de naranja para desengrasar. Cuando papá era un joven impresor, vivió en pensiones, en Toronto y también un tiempo en Nueva York. Tres cincuenta a la semana por una habitación y tres comidas al día. El lavado de la ropa, aparte. Cambio de sábanas, cada quince días. Dice que la comida no era demasiado mala, pero siempre era la misma.

*Hay una pensión
lejos, lejos de aquí,
donde dan huevos con tocino
tres veces al día.
Oh, cómo gritan los huéspedes
cuando huelen los huevos con tocino.
Oh, cómo gritan los huéspedes tres veces al día.*

Otra parodia. Esta vez de un himno. Cómo gustaba a estos santurriones victorianos parodiar las cosas que supuestamente respetaban. Canciones de pensiones estudiantiles.

*Si no haces el amor
con la hija de la patrona,
nunca tendrás segunda ronda.*

Papá dice que en toda su vida no ha visto a una hija de patrona que lo tentara por el valor de un penique. Es característico que después de tantos años en Canadá siga diciendo «el valor de un penique»... Por supuesto que nunca ha vivido realmente

aquí. Por lo menos, no con el corazón. Para él, siempre será Gales el País de la Alegría Perdida. ¿Tiene todo el mundo uno? Para el profesor JPWF es Harvard, donde hizo su doctorado. Para el profesor Jimmy King es Edimburgo, donde parece que coincidió con Burns y Walter Scott, además de Byron, que pasaba por allí de vez en cuando camino de Newstead. Y para madre, sé cuál es su País de la Alegría Perdida: sus días como «muchacha de negocios» y sus primeros días de casada, antes de que todo se estropeará y papá se alejara en cierto modo de ella. Uno piensa que él tiene un carácter difícil, pero a veces me pregunto si no lo tendrá ella. Algo se perdió o quedó destruido en el camino... Ya que no me tomo un trago tendré que poner más música. Chaikovski. Lo bueno que tiene es que es de segunda fila. Oh, los críticos, qué implacables son con todo lo que, de alguna manera, no es exclusivo para ellos, absolutamente de primera fila. ¿Se dan cuenta alguna vez de la energía, las entrañas y la pureza que hay que tener para ser de segunda fila? ¿Qué Chaikovski? El de la Sexta, supongo. El buen y antiguo *Adagio lamentoso*. Tiene gracia lo que dice la cubierta: «Su música, de extraña mezcla, sublime y vulgar al mismo tiempo, conmoverá siempre al oyente medio, para quien la música es más cosa de sentimientos que de pensamientos». ¡Que Dios se apiade de nosotros! Y esto: «Mientras en el mundo haya temperamentos parecidos al suyo, mientras el pesimismo y la duda lacerantes ensombrezcan los corazones y encuentren su queja reflejada en lo intensamente subjetivo, la música profundamente humana de este poeta que llora como canta y encarna tanto el espíritu de su época —su cansancio, su desencanto, su vibrante simpatía y su mórbida pesadumbre—, la música de Chaikovski sobrevivirá». Quién será el bobo huevón apergaminado que ha escrito esto. Seguramente cree que posee una prosa muy elegante... La Sexta empieza con un gruñido. Muy apropiado. Yo gruño a menudo. Los escritores del siglo XVII empleaban con frecuencia la expresión «gruñir en espíritu». Es lo que hago cuando resulta molesto gruñir en voz alta. Gruñí en Introducción a la Psicología cuando Martin nos pidió que le lleváramos nuestros sueños. Oh, no para revelarlos en clase. No, no. Solo para que él, en su oficina, pudiera explicar el proceso de los sueños y la obra de los sueños «a la Freud» y, por supuesto, con toda discreción. Pero ¿cómo puede haber discreción si Martin los conoce, los manosea y hace con ellos quién sabe Dios qué? No es ningún psicoanalista, solo un profesor ayudante que aún no ha cumplido los treinta años, nervioso como un gato. Supongo que un reprimido. Quiere y no puede. Impaciente por establecer relaciones íntimas con las muchachas, obviamente, y supongo que algunas caerán. Creía que su asignatura versaría sobre unas pocas cosas teóricas básicas, pero él trata de hacer una exploración a medias de cualquier cosa y de todo. ¿Debo llevarle un sueño? Ni por todo el oro del mundo. No quiero que me ensucie la mente con sus dedos manchados de nicotina... Ahora han pasado los gruñidos y entramos en el *Allegro non troppo*. Mi sueño. La semana pasada. Una escena con nieve deslumbrante, al atardecer, ya cercana la noche. Me encuentro en un bosque que atraviesa un estrecho sendero. Estoy de pie, junto a un

árbol desnudo y oigo las campanillas de un trineo. Aparece el trineo y en él van madre y Julia, juntas y muy afectuosas. Visten magníficas pieles. El conductor, en su cabina, también lleva pesadas pieles, *à la russe*, impasible. El trineo se detiene y ambas mujeres me sonrían con cálido afecto. Doy un paso hacia ellas y en ese momento Julia se abre su bello abrigo de pieles y veo que está completamente desnuda, más deseable que nunca. Madre sonrío de manera aprobadora y parece bendecirnos. Julia se arrebujaba en sus pieles, chasquea el látigo y el trineo prosigue la marcha. Me dejan con una sensación de éxtasis y de satisfacción... ¿Por qué este sueño tiene una atmósfera tan acusadamente rusa, y por qué parece corresponder al siglo XIX, cuando todos los personajes son de hoy? Supongo que se deberá al ambiente intensamente nórdico de Canadá. Tenemos veranos cálidos y otoños resplandecientes, pero el invierno es la estación que da carácter a nuestro país y a su psicología. El talante canadiense. El amor canadiense, que no es frío pero desde luego no es mediterráneo, como mucha gente cree que debe ser el amor. ¿Será también porque he leído tantas novelas rusas y me identifico con ellas como nunca con las del sur? Esa es la clase de psicología que quiero aprender, y no creo que el profesor Martin entienda una palabra de lo que digo. ¿Quién me entendería? Creo que Jimmy King, el viejo escocés romántico... Aquel día, en clase, cuando hablaba sobre Byron, hizo una pausa de dos minutos largos, y permaneció delante de la ventana, mirando el campus nevado, jugueteando con la bellota de plástico del cordel de la persiana. Luego se volvió hacia nosotros y dijo con una voz terriblemente triste: «Supongo que ninguno de los bobos que estáis aquí ha entendido una sola palabra de lo que he dicho». Todo el mundo se creyó en la obligación de decir algo. ¡Eso es educación! Nos despertó el sentido de nuestra insuficiencia. Pero Byron, y probablemente Pushkin, pasados por el cedazo de la sensibilidad escocesa y la experiencia del profesor James Alexander King, antiguo vecino de Edimburgo, se me hicieron reales, y creo que entendí sin ninguna duda lo que nos había dicho, por más bobo que yo sea. ¿Cuento mi sueño al profesor Jimmy? No hay necesidad. Si hubiera estado allí personalmente habría dejado lo inexplicable sin explicar. Los amores no pueden ponerse sobre una mesa y hacerles una disección como a un cadáver para ver qué les hizo vivir... He aquí el segundo movimiento, *Allegro con grazia*. Uno de los sorprendentes vales de Chaikovski, de elegante melancolía y refinada sensibilidad. El amor y cuanto le acompaña convertidos en danza. El tipo de cosa que hace el *ballet* cuando supera el tecnicismo de dar saltitos de puntillas. Las bailarinas parecen siempre tan inalcanzables y tan deseables... Porque son abstracciones, por supuesto. Abstracciones de lo que una mujer amada le parece a su amante... Dice el profesor JPWF: «Todo gran arte es una abstracción de la vida, una purga de todo lo superfluo». Sí, una purga de todo eso de puedes-dis-poner-del-coche-esta-noche, quedemos-para-luego, no-tengo-que-quedarme-en-casa-para-estudiar-y-en-cualquier-caso-tengo-la-pastorela y Dios-qué-mal-bailas-parece-que-hayas-nacido-con-dos-pies-izquierdos. Este vals es una abstracción dirigida a la nobleza del deseo y de los

sentimientos más tiernos. Tiernos, no suaves. La nobleza no es una característica del mundo de hoy en la vida estudiantil, pero ¿cómo se puede vivir sin ella? Sin nobleza, el sendero amoroso desciende inevitablemente hasta algo que puede ser sumamente vulgar y sucio... Me vuelve loco de deseo. No solo por el polvo —¡Dios, qué palabra!—. Eso no significa nada a menos que sea la contrapartida de una coincidencia emocional por parte de los dos. Pero, si ella no quiere, ¿por qué sigue haciendo bromas con el tema? Es como cuando alguien se burla de un perro pasándole un trozo de carne cruda por el hocico. Me permite todo tipo de familiaridades, todo conocimiento íntimo y todas las caricias, excepto la última, porque eso sería una conquista y para ella la idea de conquista es intolerable. Juega conmigo peligrosamente. Aquella noche en que casi la estrangulo... pero, claro, yo no soy un asesino y no terminé de hacerlo. La mirada de sus ojos antes de dejarla ir. Miedo. No quiero pensar que tuviera miedo de mí. Pero era algo parecido. ¿Debí violarla? Habría sido el final de todo. Nunca he perdido tanto la cabeza como para llegar a eso. Pero puedo aguantar una cantidad asombrosa de tormentos nocturnos, sin faltar a clase, a la que acudo al día siguiente a las nueve en punto, lo cual supongo que me descalifica como byroniano medio. ¿Será que no hay bastante vapor en la caldera?... Locura en su familia. Todo el mundo lo insinúa sin decirlo a las claras. El abuelo anciano. Un día profesor admirado, hoy prisionero en su casa; suplica que no lo dejen solo por temor a que ataque a la doncella. ¡A su edad! Aquella noche hacíamos una fiesta en su casa, y Julia ejercía de anfitriona. Supongo que armamos tanto ruido que llegamos a traspasar su extraordinaria sordera. Quizá creyó oír algo que no se dijo realmente. Apareció bajo el arco que conduce a la sala de estar, como un Lear loco, el cabello blanco, la barba hirsuta revuelta, colgando la bata abierta, de modo que vimos su decrepito cuerpo, sí, y también sus partes marchitas, como los hijos de Noé contemplando la desnudez del padre. Al mirarnos con sus ojos ciegos, las cataratas parecían despedir una luz azulada. «¿Estos jóvenes han tomado como morada permanente esta casa?», dijo con sorprendente autoridad en semejante aparición. Nos fuimos corriendo. Como espíritus huyendo de un hechizo, como luego dijo Bidwell. Siempre oportuno con las citas. Y hay otros. Mi abuelo es el caso más evidente. Pero esa insinuación de locura es la carcoma de la ginebra. El sabor sutil, peligroso e irresistible. Quizá me falte el vapor, pero poseo la peligrosa imaginación del romántico. ¿Y de dónde me viene?... Me gustaría que no hubiera que cambiar estos discos tan a menudo. No puede hacerse sin cambiar de humor. Vamos ahora con el *Allegro molto vivace*. ¿Es esa locura de la música, ese desorden indigno que se disuelve ahora en un determinado tema lo que sugiere la muerte? ¿Una procesión? No una tan obvia como la de la *Symphonie Fantastique*, pero seguro que esas trompetas empujan al oyente hacia... ¿qué? No la muerte, pero sí una renuncia. La renuncia a lo más querido en la vida. Asombroso. El flujo de la música ha sido hasta ahora descendente. Temas que parecían atraer a un abismo. Pero ahora todo es cromatismo ascendente, furioso y amenazante. Pero, por supuesto, es el famoso temperamento

maniaco-depresivo, del que Martin habla tan someramente como si todo el mundo por encima del nivel de un nabo no supiera lo que es. Abajo, abajo, abajo y, luego, de pronto, arriba, facilitando la enfermedad mental. Y así hasta el movimiento final, el *Adagio lamentoso*... Aquí viene. ¿Podré resistirlo? Claro que puedes resistirlo, so burro. Tú lo has puesto. Aplastarías estos discos si realmente no pudieras resistirlos, pero, al contrario, has sobornado al compositor muerto para que te destrozase los sentimientos y te lo pasas la mar de bien. El dolor que no es más que placer se torna en el placer que no es más que dolor, como te dice el viejo cínico chiflado. ¿Fue un cínico? Yo más bien sospecho que el cinismo era en él la muleta del romántico lisiado. Pero esta música es... la abyección ante la amada. ¿Ofrece el romanticismo un estado de ánimo más desgraciado e ignominioso? La virilidad abyecta. La virilidad encadenada. ¿De qué habla Chaikovski? De la resignación y del opio del espíritu romántico, la renuncia. Pero no del todo. Hay una protesta contra la resignación en lo que escucho. Y luego, la derrota y la capitulación final ante el destino. *Amor fati*... ¿Y luego qué? Para el romántico auténtico queda la daga o la copa de veneno. Pero por muy romántico, empapado y desordenado que yo sea, todavía no estoy dispuesto a eso. ¿Qué parecería? La mayor debilidad, la mayor tontería, e incluso aquellos que lo entendieran un poco dirían que yo había cargado demasiado la mano. Dirían que ella no era digna de tal cosa. ¿Lo es? ¿Vale una vida? ... ¿Estoy loco porque veo a la esfinge en una universitaria canadiense? La esfinge, de nobles senos, con los flancos de una leona y una sonrisa de ternura enloquecedora en unos labios que plantean la gran pregunta. Pero ¿qué pregunta? Eso es lo que me estremece. No hay ninguna pregunta en los labios de la esfinge Julia. Cualquier pregunta que haya es mía. Me pregunto a mí mismo y pretendo que es ella. Si me matara, ¿sería por ella o por la respuesta a una pregunta que yo mismo me he planteado? Al final, aunque la amo tanto como pueda amar el que más, todo vuelve a mí. Por eso todo este fingimiento hamletiano sin sentido acerca del suicidio es puro egoísmo y lo que hago es jugar peligrosamente con mis propios sentimientos. Supongo que, como todos los románticos, me siento solo y veo a Julia bajo una luz que procede de mí. Hay hombres que han muerto y gusanos que se los han comido, pero no por amor... De nuevo una cita. Alimento mis llamas con citas. Ninguna vida es digna de la mía, y ya está. Estoy impaciente por ver lo que ocurre próximamente para aplicarle un final arbitrario. Mejor sufrir y vivir, y saborear toda la amargura del sufrimiento, que dar el brinco definitivo... ¿para qué? Julia se sentiría desgraciada durante una semana, y en su vida posterior yo sería un triste incidente y quizá, si esa es su manera de ver las cosas, una cabellera en su montura o una muesca en la culata de su rifle. Pero mi madre y mi padre se quedarían desolados. Lo sé. Es a los espectadores a quienes más salpica la sangre. Muy dentro de mí hay algo que rechaza eso. Quiero ver lo que viene después, cueste lo que cueste.

Alma mía, siéntate como observador paciente,

*no juzgues la comedia antes de su término;
su trama tiene muchos giros; cada día
dice una escena nueva: el último acto culmina la obra.*

Está la satisfacción del *Eng-Lang-and-Lit*. Otro lo ha dicho todo por ti y lo ha dicho mejor. Es como vivir de segunda mano, ¿verdad? No, tienes que sentir las cosas por ti mismo o no podrás entender lo que dijeron los Grandes antes que tú. Solo la cómoda aceptación de la literatura la reduce a algo trivial y egoísta. La literatura es una esencia, no una salsa picante... ¡La una! Dios mío, tengo una clase a primera hora. Estoy hambriento. Es humillante, y saludable también, que la emoción y la reflexión engendren hambre. Hay que permitir que la carne y los huesos y la linfa y la sangre exijan lo suyo... Platón decía que el alma marca su impronta en el cuerpo; ¿no es hora ya de que digamos que el cuerpo marca su impronta en el alma? Mi alma grita: ¡Muere por Julia!, pero mi hígado y mis ojos dicen: No, vive para mí y te revelaré lo que guardo para ti. El cuerpo no es ningún tonto... Pon la pantalla delante del fuego. Dios, me siento encerrado en esta habitación. Luego la cocina. Para alimentar al animal. Mi animal. La cama. Después de Chaikovski y del bocadillo me dormiré pronto.

7

Así que, de momento, he visto por última vez a mi padre. ¡Mi padre! Nunca pensé que fuera así. Pero, a ver, ¿quién conoce realmente a su padre, o a su madre? En nuestros dramas personales, encarnan papeles secundarios, de viejos, y nosotros siempre ocupamos el centro del escenario, cerca de las candilejas. Y el profesor James Pliny Whitney Frost, que hace de Polonio en el reparto de este *Hamlet* provinciano canadiense, probablemente sería una criatura muy diferente si yo lo conociera bien. Polonio debió de amar por lo menos una vez antes de convertirse en el prudente consejero del rey Claudio y de un asno como el príncipe. Al fin y al cabo, engendró a la sin par Ofelia.

He visto en esta sorprendente pantalla la sonrisa de esfinge que atormenta al joven Brochwel, y he visto una sonrisa idéntica en los labios de docenas de mujeres jóvenes. La vi, de vez en cuando, en los labios de Esme. ¿Qué significado tiene? Una comprensión que sobrepasa el ingenio del amante porfiado, o simplemente nada en absoluto, o ¿de qué demonios se cree que está hablando? Hay un vacío de entendimiento que las conquistas más extremadas del feminismo nunca salvarán. Las mujeres también aman, y aman profundamente y, a menudo, con amargura. Las mujeres entienden el cuerpo mejor que los hombres. Los hombres lo tiranizan o lo descuidan, pero las mujeres lo consideran una cosa del todo propia. Así, cuando una mujer es simplemente la pantalla en la cual el hombre proyecta una imagen fantástica

de su interior, ¿qué tiene que ver la mujer con ella y qué ha de hacer con ella? Creo que Julia —una muchacha bonita y nada tonta— merece compasión. Debe soportar una carga que ella no ha solicitado, pero que no puede dejar fácilmente de lado porque su cuerpo también tiene sus exigencias y el amor es muy halagador. No es una diosa ni una calentabraguetas, como Brocky la considera, sino otra criatura encerrada en otra vida.

St. Helen duerme junto al agua. No así la casa de *Secretos de un matrimonio* que contempla el Husmeador y que ahora miro con el rabillo del ojo. En la película, la pareja que aparece en pantalla lucha a brazo partido, rodando por los suelos, golpeándose como niños callejeros. Decididamente, no es mi pareja. No Rhodri y Malvina, que nunca han intercambiado un golpe en todos los días de su matrimonio y que se horrorizarían solo de pensar que pudieran llegar a semejante extremo. ¿Estoy equivocado o la violencia física ha subido un peldaño en la escala social? Cada día uno lee en los periódicos que gente acomodada emplea los puños y se tira los platos a la cabeza con motivo de alguna diferencia matrimonial. En la casa de St. Helen, Rhodri y Malvina duermen en habitaciones separadas, porque la tía Min tiene su cama en el dormitorio de Malvina, que puede necesitarla durante la noche, y por la costumbre de Rhodri, evidentemente molesta, de levantarse a las tres de la madrugada para leer, beberse un vaso de leche y comer galletas de arruruz.

Qué aspecto tan diferente tiene la gente cuando duerme. ¿Es que no parecen lo que son realmente o es que disimulan su verdadera apariencia cuando están despiertos? El hombre alegre que duerme con el ceño fruncido o la bella durmiente con un mohín de descontento ¿expresan la verdad en sus rostros? ¿Es la memoria del cuerpo, tan real como la de la mente, la que surge durante el sueño? ¿Es el caos del mundo onírico que muestra la superficie de un recuerdo enterrado para luego desaparecer otra vez? Rhodri, tal como lo veo en su gran cama, no parece un triunfador ni el consejero del poco previsor Jimmy King. Se parece más al muchacho que pasó aquellos infortunados días en el *Courier*. Malvina parece noble, lo cual me asombra; su nariz, alta y arqueada, sin los acostumbrados quevedos, es casi aguileña. La tía Min es simplemente una niña; una niña triste, muy diferente de la mujer gorda, fisgona y envidiosa de las horas de vigilia. Y Brochwel duerme como un joven que aún no hubiera alcanzado los veintiún años, sin ninguna señal de su corazón roto.

¿Acaso su dolor no es más que afectación romántica? No, pero noto que en Brocky hay mucho del superviviente, algo del espíritu de Anna Vermuelen, que no se rendía ante el infortunio por doloroso que fuera.

¿Acaso su doloroso deseo por Julia es una ilusión? Ni mucho menos. Es sumamente real, pero no es ni con mucho lo que él cree. Es un rito de paso, una introducción a la virilidad completa, algo que, de estar en una sociedad primitiva, habría tenido que pasar, como una brutal circuncisión con un cuchillo de piedra o, en el mundo clásico, una ceremonia de muerte y resurrección. Cosas, en fin, para hacerlo partícipe de los antiguos cultos místéricos.

Brochwel fue mi padre y, aunque nunca lo conocí más de lo que cualquier hombre conoce a su padre, ahora veo lo que hizo que se convirtiera en un profesor brillante, con una reputación que no se basó en *La reina de las hadas*, con su mundo encantado de caballeros nobles, tentadoras crueles y amores imposibles, sino en las obras de Robert Browning, el gran poeta de las ambigüedades humanas. ¿Acaso los antepasados, fugaces y disfrazados, nos visitan en sueños y nos hablan con susurros?

El País de la Alegría Perdida

Estas películas se están convirtiendo en algo incómodamente personal. Lo que he visto hasta ahora no me ha dejado impasible. He sentido la rabia, el peligro y la ansiedad con Anna Gage; me han entristecido las vicisitudes de los Gilmartin, porque cada historia desde la miseria hasta el esplendor es nueva y la última gota desde la riqueza hasta la miseria es desalentadora. Las amarguras de William y de Virginia McOmish han despertado mi piedad. William, criatura fracasada y amargo idealista; Virginia, antítesis de Venus, ¿qué habría sido ella en nuestra sociedad más liberal? Pero estas historias llevan el ropaje suave de la distancia, «vestidos de época» de gente desconocida, por más que ahora sepa con qué fuerza viven en mí —o vivieron en mí hasta que el Husmeador sacó la cachiporra de su elegante funda—. Pero Malvina fue mi abuela y pensar que una vez tuvo treinta años y, asustada por la posibilidad de convertirse en una vieja solterona, llegó a mentir —no, no exactamente a mentir, a insinuar— sobre la necesidad ineludible de casarse es algo que destruye todo cuanto yo creía de mi abuela y de las abuelas en general. Una abuela debe ser un monumento a la honradez, y una abuela poco fiable es casi comparable a una moneda falsa. Así era al menos en el mundo *wasp* de mi niñez. Y Rhodri. Qué bien recuerdo el día de mi octavo cumpleaños, cuando me dio un billete de cinco dólares y me estrechó la mano. Hasta aquel día siempre me besaba al vernos. Aquel apretón de manos marcó un paso importante en mi camino hacia la madurez y entendí que ya estaba bastante crecido para que me besara el abuelo. ¿Podía ser este anciano confiado, vestido con elegancia y oliendo a colonia francesa, el mismo que de muchacho sufrió un infierno como aprendiz en el *Courier*? Aquella voz profunda, todavía musical, con la que me hablaba, ¿había sido la del tenor brillante que conmovió a Malvina, la secretaria del señor Yeigh, aparentemente inexpugnable tras sus quevedos de plata?

Pero la figura del todo molesta es la de mi padre. Que el hombre a quien conocí como un sabio hubiera estado una vez tan confundido, tan engatusado por Cupido, tan atontado por una muchacha, tan dominado por sus maestros, tan falto de criterio propio, me resultaba insoportable. ¿Qué le había proporcionado fuerza? ¿Qué había endurecido aquella aparente arcilla hasta convertirla en acero? ¿Qué tenía que aprender yo de todo ello?

¿Y hasta dónde iba a llegar este voyeurismo? Ahora entiendo el sonrojo de los hijos de Noé cuando contemplaron la embriaguez de su padre.

Sin embargo, estando vivo, ¿había sido yo tan ciego e irreflexivo para creer que los sufrimientos y las insuficiencias de la humanidad se producían por primera vez en mi propia experiencia? No; no del todo. Pero nunca apliqué lo que sabía como verdades generales a las personas sin las cuales nunca habría experimentado la vida; las di por sentadas. Como solía decir McWearie, la familia se compone de personajes secundarios en el drama personal de cada uno. Nunca se nos ocurre pensar que han sido protagonistas de su propio drama, posiblemente vulgar, pero no por eso menos sentido.

McWearie solía hablar mucho del drama personal. Le gustaba llamarlo «la lucha del héroe», y cuando le decía que era una expresión demasiado grandilocuente para lo que quería decir, me reprendía con la dureza de un maestro escocés cuando golpea con la regla a un muchacho estúpido.

—¡Eres de esa clase tan peligrosa de necios, un frívolo, Gilmartin! Para la criatura humana, nada que le ataña poderosamente le puede resultar baladí. En la medida en que lo capta, todo se le presenta a escala heroica. ¡Cuánta alharaca con el complejo de Edipo, el tipo que quiere poseer a su mamá! ¿Qué me dices del complejo de Hércules, el tipo que debe luchar a brazo partido con los doce trabajos mientras abandona a la esposa y a los hijos? ¿Qué me dices del complejo de Apolo, el tipo que cree que todo es luz y no hay oscuro reposo? En cuanto a las mujeres, nuestras ciudades y aldeas están llenas de Medeas, de Perséfontes y de Antígonas y de Dios sabe qué más, empujando sus carritos en el supermercado, desapercibidas por todos, salvo por ellas mismas, posiblemente en sus sueños. Todas empeñadas en la lucha del héroe.

—En la medida en que lo captan —dije para calmarlo.

—No tienen que captar nada, so botarate, en el sentido que le das. No tienen más que vivir, y sufrir mientras puedan soportarlo. Te crees que eres un pensador, Gilmartin, pero eres un frívolo, porque ningún sentimiento poderoso mueve tus pensamientos. ¡Despierta, hombre! ¡Vive! ¡Siente antes de pensar!

Que es lo que parece que hago ahora, viendo estas películas sorprendentes, mejores que las que vi cuando era crítico de cine. He vuelto a la sala para ver la última sesión del festival con Allard Going, esta mezcla de villano y de comicastro en mi drama personal, al cual ha dado fin, en lo referido al mundo, bajando bruscamente mi telón.

2

La película no me da tiempo para especular. ¿Qué veo? Está muy lejos de la gélida biblioteca de St. Helen y, por el ruido, enseguida adivino que estamos en la guerra.

Aumenta el bombardeo. Veo una pequeña bodega en los sótanos de una casa destruida; algunas vigas de madera todavía aguantan el techo, bajo el cual se han refugiado cinco hombres. Son soldados canadienses —de artillería, a juzgar por las insignias— y tratan de descansar un poco después de todo un día de manejar los cañones para atacar a la artillería alemana que, a su vez, devuelve el ataque con exactitud profesional. Nada es insólito en la situación. Los bombardeos nocturnos eran previsibles. Esta noche los alemanes parecen tener mejor puntería y las bombas caen más cerca. Pero ¿qué hacer? ¿Correr hacia otro refugio, más a la retaguardia? El peligro es casi el mismo que quedándose donde están. Con los bombardeos persistentes, los hombres se vuelven fatalistas. Si te dan, te dan, y si no, dispones de tus cañones para el partido de vuelta.

Uno de los cinco es mi padre, Brochwel Gilmartin. Está nervioso, pero no asustado. El fatalismo reinante se ha apoderado de él. Querría dormir, pero sabe que con aquel estruendo es imposible. Pero se acomoda lo mejor que puede para descansar sobre un montón de escombros, envuelto en su capote, con el pasamontañas en la cabeza y sobre el cual su sombrero de metal resulta ridículo. El bombardeo durará seguramente media hora y ya han pasado veinte minutos desde el inicio.

De pronto, el siseo inequívoco, el sonido silbante de la granada que se aproxima. Se oye cada vez más cerca y va a estallar en las proximidades. Con un ruido seco y duro aterriza sin explotar en medio de la bodega y queda medio ardiendo sobre el suelo, visible. Es bastante grande.

Los cinco hombres, helados, fijan la mirada en el monstruo. Han superado el pánico porque saben que la muerte instantánea está a un paso, y sus cuerpos y almas esperan. ¿Cuánto? Nadie puede decirlo. A lo sumo, unos pocos segundos. Entonces les parece evidente que, por una suerte inexplicable, la granada no va a explotar, no va a convertirlos en lluvia roja. Por lo menos, no enseguida. Sin decir palabra, se arrastran fuera de la bodega y echan a correr.

Cada uno corre en una dirección distinta y solo veo a Brochwel, corriendo encogido por lo que había sido la calle de una aldea italiana y, cuando ha recorrido unos quinientos metros, se ve frente a una iglesia que ya había visto varias veces durante la semana anterior. Es una ruina, pero aún quedan algunas paredes en pie. No entra en las ruinas, que pueden ser peligrosas, sino que busca refugio en un cementerio vecino.

Encuentra los restos de una tumba. No es una gran tumba de algún noble, con el escudo de armas grabado y una o dos figuras de piedra, sino una tumba ordinaria, de esas que sobresalen del suelo para que el cadáver no tenga que sufrir la humedad y las posibles riadas del cercano riachuelo. Se las llama a veces altares funerarios. Esta pudo ser la tumba de algún dignatario local, un notario rico o un propietario de grandes viñedos. El túmulo no tiene más de trescientos años y, desde luego, no se hizo para que resistiera un bombardeo; aunque las bombas no lo han alcanzado de

pleno, uno de los lados está destruido y revela el interior de la caverna. Y allí se refugia Brochwel y se acomoda lo mejor que puede.

¿Son los huesos y el ataúd del abogado o los de la esposa los que profana? Perdóneme, señora, si me acuesto en su lecho. Le aseguro que no me trae ningún propósito inconfesable. Su virtud no corre peligro.

No es un mal agujero, se dice para sus adentros. «Si sabes de un agujero mejor, búscalo». Un chiste de la primera guerra mundial que todavía se repite. No sabe de ningún otro agujero. Algo húmedo, pero suficientemente seco, resguardado del viento, y solo, lo cual es muy importante. Para él, una de las peores cosas de la guerra es que nunca puede estar solo. No porque sea un tipo hosco o misántropo. Se lleva bien con sus compañeros artilleros, reclutados, según le parece, entre hombres que, en la vida civil, trabajaban en compañías telefónicas o hidroeléctricas, o en oficios técnicos parecidos. Hombres de excelente carácter: hombres que, pronto lo sabe, son de naturaleza tan complicada como la suya. Es un joven profesor universitario, pero aunque tuviera que luchar, comer y dormir con miembros de la academia, seguiría necesitando estar solo de vez en cuando. *O beata solitudo, o sola beatitudo!* Y aquí, en la tumba, goza de este lujo, sin que le molesten sus silenciosos compañeros. Si no hay serpientes o escorpiones que compartan su refugio, se considerará un afortunado.

3

Yo, el paciente observador, sé, seguramente mejor que él, dónde está. Se trata de la campaña italiana en marzo de 1944, cuando las tropas aliadas, bajo el mando del temible Alex (que es como llamaban a su comandante en jefe las tropas procedentes del Reino Unido, los Estados Unidos, India, Canadá, Sudáfrica, Francia, Polonia, Italia, Brasil y Grecia), avanzaban hacia Roma. El obstáculo presente es la Línea Gustav, asentada en Montecassino, defendida tenazmente por el mariscal de campo Albert Kending. La ciudad de Cassino está en ruinas, al igual que el gran monasterio que la domina, pero los alemanes resisten. No van a hacerlo siempre, pero bloquearán la carretera de Roma todo el tiempo que puedan. Los fortines dotados de cañones fijos y móviles, las baterías antitanques y los esporádicos combates cuerpo a cuerpo están causando un gran contratiempo a los Aliados. Pero la Línea Gustav acabará rompiéndose. Entretanto, estos bombardeos forman parte de la rutina bélica diaria.

Brochwel no entiende nunca cómo los artilleros, él es uno más entre ellos, pueden llegar con sus proyectiles hasta unas tropas lejanas e invisibles, cuya posición descubren mediante diversos e ingeniosos artificios que no pretende entender. Luchar contra hombres invisibles. ¿Es eso la guerra moderna? En efecto. Es lo que le habían dicho y ahora lo comprueba personalmente. Su tarea consiste en hacer lo que le dicen, que es estar en una gran oficina, como la de un arquitecto, y calcular cómo y adónde deben disparar los cañones de su compañía. ¿Alcanzan los objetivos? Así lo

esperan y si los alcanzan, ya lo sabrán a su debido tiempo. Si se quedan cortos y causan daño a las tropas aliadas de vanguardia, lo sabrán de inmediato. Brochwel es una figura secundaria que hace una importante tarea, como muchas otras, pero sin iniciativa personal. Hace lo que le dicen.

Le gusta eso. Le gusta mucho. Hacer lo que hay que hacer, hacerlo con toda la eficiencia de que uno es capaz, como pieza de una gran organización, es un lujo. Comprende sin aprobar que el Reich alemán lo haya estado haciendo durante mucho tiempo. Obedecer órdenes sin hacer preguntas ni guardar reservas puede ser muy satisfactorio. Alex dirige el espectáculo. Nuestro líder.

Brochwel lo sabe mejor que sus compañeros porque, hasta hace poco, ejerció sus tareas en el cuartel general, también en un puesto sin relieve. Sin haber visto al gran comandante más de dos o tres veces, y a distancia, ha vivido los entresijos de la gran campaña, donde muchos como él también han servido en puestos que en época de paz se considerarían de segundo orden.

Entonces, ¿qué hace echado en una tumba, junto a un abogado y su esposa muertos hace tiempo, bajo el bombardeo?

4

Brochwel es joven, aunque con algunos años más que cuando lo vimos por última vez, y romántico. Inteligentemente romántico. No hay nada de D'Artagnan en él. Pero ha resuelto que hará la guerra, no como administrativo cualificado, que es lo que el ejército considera que mejor cuadra a un hombre de excelente educación y corto de vista, sino como soldado en el frente. «Todo el mundo se infravalora si no ha sido soldado», decía el doctor Johnson, y Brochwel admira mucho la sólida sapiencia del doctor Johnson. Por lo tanto, ha decidido ser soldado, en su verdadero sentido. Se enfrentará al enemigo. Mediante un chanchullo —conoce a alguna gente bien situada—, ha conseguido que lo trasladen a la artillería, y aquí está. Por malo que sea su puesto y privado de la soledad que tanto necesita su naturaleza, no se lamenta del cambio. Ni siquiera del peligro, porque, aunque toma todas las precauciones para que no lo maten, corre riesgos que formarán parte de su experiencia. Mientras pueda superarlos, sabe que está en el núcleo de los grandes acontecimientos de su época. Pero le gustaría ver a los hombres que ataca.

A diferencia de la mayoría de los artilleros, sabe adónde está disparando. En sus días de estudiante trató de ver el máximo de Europa en dos meses, viajando en bicicleta, otras veces en tren, con una mochila a la espalda. Entonces visitó la gran fortaleza de la sabiduría benedictina en Montecassino. Allí vio lo que había expuesto de los mil cuatrocientos códigos históricos de la gran patrística, se maravilló con la gran biblioteca y sus tesoros, evidencia de la larga custodia de la cultura occidental, entendió lo que la regla benedictina había supuesto para traer algo de disciplina a la

vida intelectual, comprendió la resistencia de los monjes medievales a destruir los manuscritos griegos que no entendían y que eran sospechosos de enormidades intelectuales. Aprendió, en efecto, lo que podía aprenderse de guías y cicerones que se dirigían a unos turistas que posiblemente no entendían ni simpatizaban mucho con lo que Montecassino había significado para la creación de la vida norteamericana, de la que estaban orgullosos y eran copartícipes sin saberlo. Lo que vio ocupó su imaginación lo suficiente para retenerlo en la ciudad de Cassino durante varios días, tratando de aprender más.

Lo que aprendió y lo que ahora recuerda mientras yace en la tumba del jurista, una parte de la fuerza que ha reducido el gran monasterio a escombros, lo llena de esperanza. ¿Qué importa que el monasterio haya sido destruido una vez más? ¿Acaso no fue destruido en el pasado por los lombardos, los sarracenos y los normandos? ¿No sufrió un terremoto y fue destruido otra vez, no hace mucho, casi ayer, según el ritmo de la historia, por los franceses en 1799? Sin duda, los tesoros del monasterio desaparecieron misteriosamente en cuanto se supo la presente invasión de Italia, y volverán de nuevo, y se alzarán las grandes murallas en cuanto termine la presente guerra. Las espléndidas puertas de Desiderio volverán a ocupar su antiguo lugar. La sustancia de Montecassino puede quedar reducida a escombros por los bombardeos, pero el espíritu de Montecassino es inconquistable. Y de ese espíritu, él, Brochwel Gilmartin, un humilde profesor de la Universidad de Waverley, en el lejano Canadá, es partícipe y lo será mientras viva.

5

¡Alabado sea Dios! ¡Qué ingenuas pueden ser las películas modernas! Mientras mi padre medita sobre lo que sabe, yo, el paciente observador, veo todo revivido en una serie de imágenes simultáneas en la gran pantalla. Lo que no está mal, porque yo no sabía tanto como Brochwel, y sus pensamientos me habrían dicho poco si no hubiera visto a lombardos, sarracenos, normandos, franceses y demás expoliadores haciendo su trabajo. De no haber sido así habría pensado que todos eran los mismos hombres, diferentes en ropajes y armas, pero los mismos en su determinación de destruir la civilización allí donde la encontraban. Siempre habrá en la historia aquellos que se creen obligados, por razones que consideran suficientes, a arruinar en la medida que está a su alcance lo que los guerreros pacientes e infatigables de la civilización y la cultura han construido. Quizá porque valoran otras cosas y adoran a otros dioses.

Esta es la historia de la civilización: construcción, destrucción y reconstrucción, siglo tras siglo. No porque la civilización avance a empujones, sino porque nunca se detiene, incluso cuando está aparentemente destruida.

No todos los expoliadores son hombres de guerra. Algunos son idealistas entrometidos, como aquellos que en el siglo XIX intentaron trasladar todos los tesoros

de Montecassino a la cercana Biblioteca Nacional de Nápoles, donde estarían bajo el cuidado de técnicos laboriosos que aplicarían los avanzados principios archiveros de la época. ¿Y quién fue el esforzado luchador que se opuso a semejante barbaridad? Nada menos que William Ewart Gladstone, primer ministro británico y firme pilar de la Iglesia de Inglaterra. ¿Un paladín extraordinario? Gladstone fue un político poco común porque era un hombre con imaginación. Su preocupación, sin duda, no estaba guiada por el esplendor del abad de Montecassino, que durante siglos fue uno de los puntales de la Iglesia católica, responsable tan solo ante la Santa Sede, con el privilegio de llevar siete preciosas mitras sucesivas siempre que se celebraba una misa pontificia. Mientras la cara leonina de Gladstone pasa ante mis ojos en la pantalla, veo a un hombre poseído por la continuidad romántica de la historia y la persistencia intelectual. Las siete preciosas mitras son muy bellas a su manera, pero se las entiende mejor como símbolos y accesorios de la continuidad de la tradición espiritual e intelectual.

¿Surge realmente esa tradición de san Benito de Nursia? Desde luego, Brochwel (no me parece respetuoso que yo llame Brocky a mi padre, aunque así lo llamo mentalmente; dejo ese apelativo para sus padres y tías ancianas) no lo cree así. Cuando Benito —que entonces no era santo, sino un fanático de armas tomar— decidió fundar su monasterio, eligió el lugar de Montecassino porque allí había un templo consagrado a Apolo que había sobrevivido hasta el siglo VI de la era cristiana. Lo primero que hizo Benito fue aplastar la imagen del dios y destruir su altar. Participó personalmente en la hazaña.

¿Desterró definitivamente a Apolo de Montecassino? Él así lo creyó, pero podemos preguntarnos si el espíritu dionisiaco no ha sobrevivido bajo el hábito benedictino. Las cosas nunca son tan definitivas, por más que así lo crea un hombre tan sabio como Benito. ¿Acaso su hermana, más tarde conocida por los piadosos como santa Escolástica, no estableció su convento a pocos kilómetros y se encontraba con su hermano una vez al año para discutir sobre asuntos sagrados? A pesar de la dificultad de los casi diez kilómetros de viaje, el espíritu femenino volvió a afirmarse en Montecassino, y uno se pregunta si Apolo, dondequiera que estuviera, no sonrió al saberlo. Ni siquiera Benito pudo desterrar al feminismo del reino de los dioses, aunque lo tuviera a diez kilómetros de su casa de Dios.

La luz del espíritu, como sabía entonces Apolo y probablemente sepa ahora, no es privilegio de un solo sexo, y Benito y sus discípulos tuvieron que pagar un alto precio por ignorarlo. Sin embargo, llegaron lejos, aunque fuera a la pata coja.

6

¿Quién es Brochwel Gilmartin, que yace despierto en una tumba ajena, incapaz de conciliar el sueño después del bombardeo y de haberse librado milagrosamente de la

muerte? ¿Quién es? Es un joven canadiense. Una pieza diminuta en una máquina enorme dedicada a la aparente destrucción de un gran monumento cultural, y que para los guerreros solo significa un obstáculo en el avance de los Aliados sobre Roma. Brochwel es un hombre condenado por su época a ser uno de los destructores, aunque guarda la esperanza, si sobrevive a la guerra, de volver a su universidad canadiense para ser uno de los reconstructores. Como canadiense, es inevitablemente un provinciano, como los neozelandeses, que fueron los primeros en abatir el monasterio. Pero nosotros, los provincianos —reflexiona él—, tenemos nuestro sitio, un sitio importante, porque no estamos engañados con la idea de que el destino de la humanidad y de su cultura está enteramente en nuestras manos. Esos otros, los franceses, los ingleses, e incluso los polacos, es probable que sean víctimas de semejante engaño. Desde luego que sí los yanquis, porque son cruzados innatos y siempre tienen razón, incluso cuando no saben bien cuál es el objeto de su cruzada. Pero nosotros, los provincianos, que nos movemos por más de una docena de razones, algunas no muy equivocadas, cuando nos añadimos a cruzadas como esta nos convertimos en observadores pacientes de estas convulsiones políticas y culturales, y quizá tengamos la cabeza más tranquila para valorar qué se está haciendo.

«No, no soy el príncipe Hamlet...». Una coletilla literaria muy apropiada para el joven profesor.

Si sobrevivo a esta guerra, piensa Brochwel, aún estaré en el umbral de mi vida y de mi carrera, cualesquiera que vayan a ser. ¿Qué clase de mundo han preparado para mí estos demoledores y destructores?

Un mundo sin fe. Por lo menos, eso es lo que dice todo el mundo. El siglo pasado fue la era dorada de los asesinos de Dios: Nietzsche, que estaba loco como una cabra, pero que tenía algunas ideas enloquecedoras; sin nuestro espléndido loco nuestra cultura sería un asunto bastante árido; Freud, que afirmó con la astucia persuasiva de un hombre extraordinariamente dotado para la literatura que toda fe, toda creencia, es una ilusión, producto de los miedos infantiles; Bertrand Russell, que no tuvo tiempo para la fe, sino para una permanente lucha por las causas nobles; creía inocentemente que la nobleza de tales causas residía en su completa inutilidad para la humanidad. Todos ellos quisieron derribar algo en beneficio del Hombre.

¿Se puede acusar a personas tan dotadas y persuasivas de haber combatido una fe que durante casi dos mil años ha mantenido una parte importante e influyente de la humanidad? ¿Por qué ocurre esto? ¿Acaso el cristianismo está al borde de la senilidad? El cristianismo: una estructura de creencias, en esencia oriental y mediterránea, que empieza a descomponerse cuando se extiende por todo el globo entre gente de climas fríos. Una creencia que no puede armonizarse con ningún sistema de gobierno o económico, pero que, sin embargo, y según algunos, ha revolucionado nuestras ideas de lo que es una sociedad justa, y ha traído la compasión a un mundo que apenas tiene idea de qué es eso. En fin, un tema

interminable.

Una cosa, sin embargo, está bastante clara para Brochwel: si sale bien e indemne de este lío, no aceptará el espíritu reductivo de su época. No va con él el espíritu reductivo que se muestra tan frívolamente entre la gente frívola y que ha hecho que algunos de los pensadores más persuasivos del siglo pasado se inclinaran por un mundo antropocéntrico. No quiere un mundo que habla sin parar de la ciencia sin entender las dudas que asaltan a los grandes científicos. La ciencia, que parece garantizar la certeza, es la superstición de las multitudes ignorantes, que creen que todo se resuelve en la pasta de dientes y en los tampones. La oveja hambrienta mira a lo alto y se alimenta de aire podrido y de basura envenenada. *Eng-Lang-and-Lit*, la alegría de su vida, nunca creció en ese suelo. ¿Qué puede creer?

7

Los maniqueos tenían una idea que no me parece absurda. El suyo era un mundo que vivía bajo el cielo de dos hermanos guerreros, Ormuzd y Ahrimán o, digamos, si se prefiere, Dios y Satán. Los hermanos poseían un poder oscilante y casi igual, y peleaban entre sí por la dominación de nuestro mundo. Algunas veces, Ormuzd, el Luminoso, parecía ganar ventaja, pero nunca por mucho tiempo, porque Ahrimán, el Tenebroso, lograba resistir poniendo en peligro el esplendor de la luz, llegando incluso a extinguirla.

Por supuesto que el cristianismo nada tiene que ver con semejante idea y la condenó como herética. El cristianismo se mantuvo firme en la idea de que el Bien ha de prevalecer siempre y la cristiandad sabía, más allá de toda duda, lo que era el Bien. Pero estas horribles y devastadoras guerras en las que nos enredamos se entienden con más facilidad desde el punto de vista maniqueo que con el sentimentalismo socialmente preocupado en el que el cristianismo parece haber caído. La cristiandad se ha vuelto hoy un reino demasiado de este mundo.

Brochwel se pregunta si es un maniqueo, pero se dice que gracias a Dios no tiene que responder a esa pregunta. Me refugio en lo que creo que era la postura de Shakespeare: credulidad en todas las cosas atemperada por un escepticismo ante todas las cosas. Credulidad y escepticismo, mis hermanos guerreros.

Yo, el observador paciente, Connor Gilmartin, hijo de este joven a quien ahora veo en un momento de su vida muy anterior a mi nacimiento, me estoy riendo. Sí, riendo por primera vez en todo este festival de películas personales. ¿Cómo voy a impedirlo? Brocky —creo que puedo llamarlo ahora Brocky, pues aún no es mi padre— no es ningún filósofo y menos un teólogo, pero ¿no es mejor así? Está abierto a la contradicción en cualquier tema de sus reflexiones, que yo he oído y visto proyectadas en imágenes en la pantalla que es correlativa a su mente. La verdad es que es poco más que un muchacho, y por mucho que sepa de *Eng-Lang-and-Lit*, tiene

muy poca experiencia de la vida, por más que esta guerra lo está obligando a madurar deprisa y con dureza. Pero me gusta; de hecho, lo quiero como nunca lo quise cuando lo conocí simplemente como mi padre. No es esclavo de su intelecto; tiene corazón y ¡qué digo! tiene alma.

¿Acaso mi muerte y el festival me han traído la creencia en el alma? No recuerdo haber pensado mucho en el alma porque cuando yo vivía, yo era sin duda uno de los que Brocky considera analfabetos espirituales. Aunque es indiscutible que mi cuerpo se ha ido —incinerado—, todo lo que mueve la máquina y fija su rumbo sigue conmigo, y no puedo encontrar mejor definición para el alma. Vivimos y aprendemos, sí, pero, al parecer, morimos y también aprendemos.

¿Por cuánto tiempo? ¿Voy a seguir así siempre, contemplando las recreaciones de mis antepasados próximos en todas sus variaciones y vicisitudes? Una eternidad de películas me parece inverosímil. Es un pensamiento estúpido. En este asunto yo no puedo elegir.

Parece que hay un descanso en la *Trilogía Maxim*, la obra maestra de Leonid Trauberg que el público vivo está viendo. Ya se ha proyectado *La juventud de Maxim* y *El regreso de Maxim*, y ahora hay un descanso antes de *El lado de Vyborg*. El Husmeador se va al vestíbulo, donde intercambiará prudentes lugares comunes con sus colegas críticos. Nunca hablan del filme que están viendo. Alguien podría robar una idea preciosa o simplemente una buena frase. Comen los bocadillos secos y beben el ligero vino blanco que parece que solo se embotella para estas ocasiones. Se retiran a los lavabos y recuerdo que en los tiempos de Shakespeare un intervalo como este se llamaba con toda franqueza «el rato del pipí». Ahora los críticos regresan morosamente a sus asientos y el Husmeador se sienta con un suspiro a mi lado.

8

Ese es mi padre, desde luego. Pero no el joven soldado. No, este es el profesor, con unos cuarenta años. ¿Y quién es ese hombre de aspecto melancólico que se sienta al otro extremo de la mesa?

Por supuesto que conozco la sala. Es la biblioteca de la casa de Belem, el hogar galés de mi abuelo, donde yo, cuando tenía doce años, fui a pasar un fin de semana. Fue durante mi primer viaje al viejo país, donde mis padres habían ido para hacer unas investigaciones en el Museo Británico. Recuerdo mi asombro al ver lo grande que era. En nada se parecía en el tamaño a una casa canadiense.

Qué cambio, desde la atestada casita de Trallwm donde vi al abuelo de niño; los cuartos mal ventilados encima del taller de sastrería, donde tantos Gilmartin y Jenkins tenían que buscar un sitio donde reposar la cabeza. Esta habitación, ¿cómo la describiría yo?, está tan abundantemente cargada de tapicerías, paneles de madera, cortinas de terciopelo, muebles antiguos, más la chimenea de mármol tallado, que

provoca una indigestión estética. No encaja dentro de lo que pueda llamarse decoración de interior; es el espíritu de un succulento pastel de frutas convertido en sala. Así lo era al menos cuando mi abuelo vivió allí. Ahora, con los dos hombres sentados en los extremos de la gran mesa, la sala parece un poco disminuida y no resplandece a pesar del hermoso sol de otoño que luce fuera.

—¿Con qué exactitud, señor Gilmartin, quiere usted que describamos la casa? —pregunta el hombre melancólico.

—Supongo que como gótico victoriano —dice Brochwel.

—Yo recomendaría alguna otra cosa —dice el hombre—. No es esa la expresión que nos gusta emplear. Digamos que las asociaciones son desafortunadas.

—Pero es lo que es —dice Brocky—. Creemos que el arquitecto fue Barry, ya sabe, el que proyectó las Casas del Parlamento.

—Bueno, tampoco es la mejor asociación —dice el hombre—. No hay mucha gente que le guste vivir en las Casas del Parlamento. Excepto al *Speaker*, por supuesto. Vive allí sin pagar alquiler.

Y sonrío para celebrar su pequeño chiste.

—Esta, por supuesto, no es la casa original —continúa Brocky—. Se construyó sobre otra muy antigua, un caserón en blanco y negro, una parte era del tiempo de Robert de Belème.

—Ajá. Interés histórico. Eso está algo mejor. ¿Roger de...?

—Robert de Belème. Fue el caballero mayor de Enrique II.

—¿Recuerda la fecha?

—Enrique II reinó allá por... creo que en 1160.

—Cada vez mejor.

—Robert de Belème le criaba sus hermosos caballos. Tenía una gran hacienda por estos alrededores. El rey andaba loco con los caballos españoles. Esto era una granja de remonta.

—Muy bien. ¿Y una mansión?

—Sí, por eso la casa se llama Belem. Y el pueblo es Belem-en-le Dyke. El dique de Offa.

—No me suena lo de Offa.

—Bueno, era un rey de Mercia, me parece que hacia el 750. Construyó el dique para tener a raya a los galeses. Cosa que no logró. Todavía hay unos centenares de metros del dique en esta propiedad.

—Ya veo. Bien, no hay que remontarse tanto en la historia. Hasta la reina Isabel es hasta donde suelen llegar los compradores.

—Los arqueólogos estarían muy interesados, señor Crouter. Suelen venir por aquí para echar un vistazo y a veces hacen excavaciones.

—Ah, pero los arqueólogos raramente compran, señor Gilmartin. Estudiosos, ¿sabe? No van muy sobrados y aquí estamos hablando de mucho dinero. En temas inmobiliarios, los arqueólogos apenas pasan de lo que llamamos «casa rural estilo

antiguo». Algo con la mitad de las vigas de madera que pueda convertirse fácilmente en vivienda moderna. Sin destruir la atmósfera auténtica, que quede típica. Usted no llamaría típica a esta casa, ¿verdad?

—No, a menos que usted diga que las Casas del Parlamento son típicas. Pero creí que ustedes vendían de todo.

—Y así es. Butler y Manciple venden residencias en todo el reino. No tenemos competencia.

—Entonces, ¿cuál es la objeción?

—Ninguna, en absoluto. Pero es natural que seamos muy sensibles al pulso del mercado y no pretendo que usted crea que consideramos este lugar una propiedad de primer orden, quiero decir de primer orden en la demanda. Lo cual no significa que no sea un lugar espléndido... a su manera.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No habrá ningún problema, señor Gilmartin. Butler y Manciple nunca piensan en términos de problema. Pero no es posible un precio alto. Por su emplazamiento, ¿sabe?

—Pero durante casi ochocientos años se ha creído que era un buen emplazamiento.

—No, señor Gilmartin. Será mejor que se lo explique. En el negocio inmobiliario, ¿sabe?, decimos siempre que hay tres aspectos primordiales a la hora de vender una propiedad: emplazamiento, emplazamiento y emplazamiento.

Y el señor Crouter esboza una sonrisa para rendir tributo a este chiste de agente inmobiliario.

—¿Y a usted no le gusta el emplazamiento?

—No a mí, señor Gilmartin. A nuestros compradores. Al público comprador. Escuche, se lo explicaré. La gente que hoy tiene suficiente dinero para comprar una propiedad es sobre todo gente de negocios, gente de Londres, y lo que buscan es algo que no esté más lejos de setenta kilómetros de Londres. Para los fines de semana y para un acceso fácil en vacaciones. Para agasajar a los amigos y clientes. He visto que un castillo, sobre todo si tiene foso, alcanza un precio realmente alto. Un chollo, vaya. Pero solo si está en los *Home Counties*, los condados de los alrededores de Londres, o cerca de la zona de Londres. Una mansión isabelina, sobre todo si la reina Isabel durmió alguna vez en ella, ja, ja, y ciertamente fue una gran señora que durmió en muchas partes, en sentido real, se entiende, podemos colocarla en un santiamén. Tampoco hay problemas con casas de estilo Guillermo-y-María, o reina Ana, o una de estilo georgiano. Hoy tenemos una gran demanda de vicariatos restaurados. Es comprensible: casas muy grandes, con terrenos que los curas no pueden mantener, ahora que los caballeros con mucho dinero no van a la iglesia. Un buen vicariato es una golosina para mucha gente que no llega al nivel de lo que cuesta una casa rural.

—Pero el estilo gótico victoriano se está poniendo de moda. ¿Ha leído el libro de Kenneth Clark?

—Eso es cierto entre los eruditos, y los eruditos que compran no suelen estar muy boyantes. No pasan del estilo antiguo. Casa y parcela de un cuarto de acre para jardín. Y en este caso se debe tener en cuenta el emplazamiento.

—¿Qué tiene de malo el emplazamiento? Mire fuera. Un día soberbio. Una vista espléndida, justo por encima del castillo rojo.

—Le seré franco, señor Gilmartin. Es Gales. Gales está demasiado lejos, es demasiado húmedo y está muy poco de moda.

—Pero ustedes venden sitios en el norte de Escocia. Por Dios, ¿es que aquello está de moda?

—La caza. El urogallo. El corzo. Aquellos animalotes, ¿cómo se llaman? Ciervos. Matan ciervos. Que quede entre nosotros, pero conozco a dos que se dedican a la cría de ciervos para la caza. Un buen ciervo vale mucho dinero.

—Me parece que hay muchas nutrias en los ríos cercanos.

—Las nutrias no tienen gancho, señor Gilmartin. Se tiene que caminar mucho para encontrarlas. Y por el agua. Las nutrias no despiertan mucho entusiasmo entre los inversores.

—Esto me desanima bastante.

—Lo siento, pero usted necesita que yo sea realista.

—¿Y qué le sugiere su realismo?

—Debemos estudiar el asunto. Podríamos anunciar la casa con una foto en el *Country Life*, lo cual, como usted seguramente comprenderá, supone una fuerte inversión por nuestra parte. ¿Qué le parece esta casa a un observador despreocupado? ¿Qué partido puede sacarle un fotógrafo? En realidad no es un castillo, aunque esas torres parecen las de un castillo. Y no es eclesial, no es una antigua abadía o algo de ese estilo, aunque tiene cierto aire monástico, sobre todo por las ventanas. Pero esta maldita casa no tiene nada de hogareño, y perdone mi lenguaje. No, no tiene aire hogareño. Así que ¿para qué puede servir? Quizá para un colegio, pero para eso nunca hay dinero. Quizá para una guardería, pero esos católicos regatean como locos, créame. Por cierto, supongo que no tendrá inconveniente en que tratemos la venta con católicos.

—Se la vendería al mismo diablo si pagara un buen precio.

—Me alegra saber que no tiene prejuicios religiosos. Eso siempre crea problemas al vendedor.

—Usted dice que sus normas son emplazamiento, emplazamiento y emplazamiento. Un buen precio es la mía. O mejor dicho, es la norma a la que me obliga la oficina de recaudación de impuestos.

—Ah, es una venta obligada, ¿no?

—Efectivamente, lo es. Y le diré por qué. Mi padre nació en este país, muy cerca de aquí, y siempre quiso tener aquí una casa. De hecho, la casa que quería era esta. Pero era ciudadano canadiense. Sabía cuál era su situación: tenía que pagar impuestos sobre todo su patrimonio tanto en el Reino Unido como en Canadá. Los impuestos

sobrepasaban sus posibilidades, y eso que tenía mucho dinero. Tras largas discusiones y un costoso proceso, llegó a un acuerdo con la gente de aquí, en el sentido de que si vivía en este lugar durante siete años después de firmar el acuerdo, solo pagaría impuestos por las propiedades en el Reino Unido. Pero ese acuerdo llegó demasiado tarde. Murió a los cinco años, y ahora yo tengo que arreglármelas para pagar los impuestos sobre todas las propiedades en los dos países, por más que él no vivió nunca aquí más de seis meses en un solo año. Los canadienses son muy honrados como recaudadores de impuestos. Igual que los de aquí. Pero no tan honrados como para evitarme que tenga que pagar una cantidad enorme de dinero, tanto dinero que una vez saldados los impuestos no sé si me va a quedar mucho, si es que queda algo. Es «la política», como dicen ellos. Mi padre dejó algunos legados sustanciales, pero ninguno para mí. Así que esta es mi situación. Tengo que exprimir esta casa y sacarle tanto dinero como pueda al terreno y a los muebles o, si no, será mi ruina. Peor que la ruina, porque yo vivo de mi salario de profesor. Y soy de esa clase de gente que compra una vieja casa rural cuando compra algo. Quizá tenga que vender mi casa, modesta y moderna, de Canadá, para completar la suma. ¡Y los abogados! Siempre se llevan su tajada, ganen o pierdan. Por eso soy avaricioso, señor Crouter. Avaricioso como solo puede serlo un hombre arrinconado. Y le pregunto: ¿qué puede hacer para ayudarme?

—Lo máximo, señor Gilmartin. Butler y Manciple siempre hacen lo máximo y puede estar seguro de que contaré a mis jefes todo cuanto me ha dicho. Saben de impuestos sobre el patrimonio. Buena parte de nuestro negocio procede de gente que no ha podido pagar los impuestos de sitios donde han vivido desde la época de Robert de Belème. Supongo que no le gusta tener que vender.

—Francamente, señor Crouter, no me importa. Esta nunca será mi casa, por mucho que viviera en ella. Este sitio representa el sueño de mi padre, un sueño que me ha complicado la vida, se lo aseguro. Este era su País de la Alegría Perdida y consiguió que se convirtiera en una especie de Paraíso Recobrado.

—¡No me diga! Muy bien, señor Gilmartin. Haremos lo máximo, como ya le he dicho. Y puedo decírselo. Yo también tengo algo de romántico; mi esposa siempre me lo dice, y en la empresa sabemos que buena parte de nuestro negocio se hace con sueños. Porque eso es una agencia inmobiliaria.

9

Por más osadía y cinismo con que Brochwel hablara al señor Crouter de la venta de la mansión Belem, sus pensamientos, cuando por la noche se sienta en la enorme y ahora un tanto descuidada biblioteca, después de cenar cordero frío con ensalada, son de índole diferente.

Paraíso Recuperado, así ha llamado a la mansión y, sin duda, eso fue para Rhodri.

Los Cooper, de Liverpool, poderosos propietarios de la mansión Belem, obedecieron según la antigua ley de Heráclito, que el exceso de cualquier cosa conduce con el tiempo a su opuesto, y su riqueza les trajo comodidad, refinamiento, la ilusión de que la riqueza no necesita cuidados y, al final, la ruina. Para Rhodri, comprar la mansión fue un golpe imprevisible de buena suerte. Poseer los dólares canadienses para restaurar el esplendor iniciado por los Cooper, ser el dueño de una casa señorial, a la cual su padre, el infortunado Walter, suministró libreas, ¿acaso no era un paraíso recuperado, un ajuste de cuentas con la Fortuna?

Permitirse la ilusión de su madurez y llenar Belem de hermosas antigüedades le proporcionó un placer continuo. Su propio gusto era aceptable, pero contó con la orientación de su viejo amigo de colegio Fred ffrench, una lumbrera en el mundo de los marchantes de antigüedades. (Perteneía al comité que seleccionaba los muebles exhibidos en la feria anual de anticuarios de Londres y era proveedor habitual de antigüedades galesas para los grandes comerciantes de Bond Street, cuando Gales era todavía territorio virgen para los coleccionistas). Sí, Fred ffrench, que había ido al colegio con Rhodri. Fred había triunfado en el mundo y había convertido la empresa de su padre en una de las mejores tiendas de antigüedades provincianas del reino. Por el camino abandonó la grafía inglesa de su nombre y Fred French se convirtió en Fred ffrench, un nombre auténticamente galés que quedaba muy bien en los encabezamientos de sus cartas. Fred ffrench se alegró de poner su gusto, sus conocimientos y, por supuesto, su lista de precios, a disposición de su viejo amigo.

Viejos amigos; había muchos y Rhodri nunca volvió la espalda a ninguno, por humilde que fuera. Pero también hizo nuevas amistades. Terratenientes, muchos venidos a menos por las guerras que se habían llevado a sus queridos hijos; desgracias agravadas por los crecientes impuestos y el talante de una época poco favorable a sus privilegios. Dieron complacidos su bienvenida al nuevo propietario de la mansión Belem; su actitud pródiga parecía asegurarles que los viejos tiempos, cuando el país era como es debido, no habían desaparecido del todo. Hubo algunos, no faltaría más, que lo despreciaron como advenedizo; agricultores a quienes no gustaban sus modos aprendidos en el nuevo mundo y ciudadanos que recordaban las borracheras del tío David y las vicisitudes de la bancarrota. Pero, en general, Rhodri se las arregló muy bien como terrateniente y su generosidad para apoyar las causas locales le ganó las simpatías de la alta burguesía que, en otras circunstancias, se hubiera mostrado desdeñosa.

Oh, había gozado de una vejez dichosa. Había vuelto al País de la Alegría Perdida y había encontrado el país de la alegría presente. Pero, ahora, el decorado en el que ha representado su comedia se debe desmontar y tiene que vender las bellas antigüedades porque hay que satisfacer la rapacidad de los recaudadores de impuestos.

La subasta es inminente e infunde pavor a Brochwel, porque la ve como la lenta destrucción del sueño de su padre. El soñador duerme para no despertar nunca, pero

después de cada vida hay que tomar decisiones desagradables y alguien ha de llevarlas a cabo. Y se impone la subasta.

10

La subasta. Esta película emplea una extraordinaria variedad de técnicas; por ejemplo, la escena con el señor Crouter fue lo más directa posible. Las escenas de guerra con Brochwel, en la bodega y en la tumba, fueron una maravilla de montaje rápido, y ahora, cuando empiezo a ver la gran subasta en la mansión Belem, sé que habrá todavía más evocaciones, incluso más vertiginosas, de hechos mezclados con sentimientos, superimposiciones, distorsiones y toda la gama de *épopée cinématographique*, tal como la concibieron los geniales Abel Gance y Leonid Trauberg. Si durante mi vida me hubiera visto obligado a hacer la crítica de esta película, ¿qué habría dicho en mi prosa periodística? Su significación es bastante clara —mucho más clara que una narrativa directa—, pero su técnica es la fantasmagoría de la mente humana, de la percepción humana, del pensamiento humano tal como lo entienden los poetas del filme.

La subasta resulta ser un gran festival. Una gran tienda, una tienda ornamental como el entoldado para una boda, se ha dispuesto sobre el césped de Belem, con dos mesas de cocina al final que constituyen una plataforma, debidamente cubierta con una bella alfombra turca; el subastador ocupa ahora su puesto; no es una figura simpática, un subastador del país, sino el señor Beddoe, uno de los sumos sacerdotes de la casa de subastas Torringtons, de Bond Street, y su semblante es severo, garantía de que van a subastarse artículos valiosos y de que se esperan precios altos. Antes de empezar dirige su mirada al público que ocupa las sillas plegables sobre la hierba. El señor Beddoe es un hombre experimentado y sabe con quiénes ha de entenderse.

La alta burguesía local, por supuesto, ha venido a divertirse y a maravillarse con los precios que alcancen las sillas y las mesas que conocieron cuando Rhodri Gilmartin los obsequiaba con su hospitalidad. Algunos preparan sus lápices para anotar los precios en el catálogo (el catálogo puede solicitarse a Torringtons; precio, una guinea).

Los visitantes, algunos llegados de muy lejos, de Cheshire o de Shropshire; creen que conocen las antigüedades y esperan llevarse algo a mejor precio que en las tiendas; leen el *Connoisseur* y la columna de Frank Davis en *Country Life* y han estado muy ocupados durante los días de exposición, tomando nota de las cosas por las que piensan pujar. Tienen la vana esperanza de conseguir lo mejor del señor Beddoe, de burlar a Torringtons, para luego jactarse de su hazaña.

El Círculo. El señor Beddoe conoce muy bien a los miembros del Círculo, pero no los saluda ni hace ver que los conoce. Son los profesionales, los hombres de las firmas importantes de anticuarios, presentes en todas las subastas importantes, que

compran lo mejor y saben hasta el céntimo por cuánto se puede vender cada objeto una vez que lo tienen en sus manos. Desprecian a los visitantes, simples aficionados y, en ocasiones, cuando se sienten traviosos, comprometen a alguno de ellos compitiendo en una puja que luego abandonan cuando se llega a un precio absurdamente alto, para dejarlos con una pieza que nunca pensaron comprar. Hasta es posible, por más que sea ilegal, que el Círculo permita a uno de sus miembros comprar una valiosa pieza a un precio bajo, y luego, cuando se encuentran de noche en el Hombre Verde de Trallwm, hagan entre ellos otra subasta, y uno de ellos la compre a un precio superior para vendérsela a un cliente que sabe que quiere precisamente esa pieza; el precioso objeto valdría al menos el doble en Bond Street.

El Círculo lo forman los expertos del negocio de antigüedades. No son hombres bien vestidos o que llamen la atención por su aspecto. Pero son la clave de un comercio muy complejo. No se parecen en nada a los jóvenes elegantes de cuidado lenguaje que venderán después las antigüedades (pulidas y reparadas si es necesario) en Bond Street, en Cheltenham, en Oxford o en cualquier lugar donde la gente busca los restos de mobiliarios del pasado.

Los del Círculo no pujan con impaciencia ni alzan las manos ni hojean los catálogos. El señor Beddoe los conoce y basta un guiño o un lápiz levantado para saber qué quieren.

El señor Beddoe y su colega el señor Wherry-Smith están preparados para dirigir cuidadosamente el curso de los tres días de venta de la mansión Belem. Hay mucho gótico victoriano y algo del primer neogótico en el catálogo; ya estaba en la casa cuando la compró Rhodri, porque todo era demasiado grandioso para las nuevas viviendas de los Cooper. Esos estilos son ahora muy apreciados por los coleccionistas. No atraerán a los visitantes, pero el Círculo se quedará con lo mejor. Mallatt's, de Bond Street, hace ya grandes negocios con el neogótico, y la moda aún durará varios años.

Suena la hora en el reloj de las caballerizas de Belem, y el señor Beddoe golpea en su mesa con una bola de marfil que tiene en la mano, y que para él hace las funciones de martillo de subastador. Se hace el silencio entre la multitud que, para Brochwel, situado al final del entoldado, no debe de ser inferior a doscientas cincuenta personas.

—Esta es una subasta importante, damas y caballeros, y Torringtons se complace en ofrecer algunas piezas excepcionales, entre ellas muchas pertenecientes al estilo neogótico. Las condiciones de venta están impresas en la primera página del catálogo y espero que se hayan familiarizado con ellas. Así que, sin más preámbulos —el señor Beddoe se regodea con la expresión «sin más preámbulos», que le parece congruente con el comercio de antigüedades—, comencemos y, para ello, nada mejor que empecemos con el famoso reloj de Belem, que todos ustedes, sin duda, han visto en el gran vestíbulo.

En efecto, el público ha podido contemplar boquiabierto el asombroso reloj,

demasiado grande para sacarlo al entoldado. Quien lo compre tendrá que pagar un buen precio por el transporte.

—Fabricado en 1838 por Hausburg de Múnich; anuncia las horas con una campanada y los cuartos con cuatro, cada cuarto de modo diferente; cuerda para ocho días; la esfera muestra los segundos, los días de la semana, el día del mes, las estaciones, los signos del zodiaco, la hora local que, por supuesto, es la hora de Greenwich, así como las fases de la luna; el sistema de pesas se basa en el principio de Graham. La caja, como han podido ver durante los días de visita, está acabada en bronce fino y dorado.

»Pero el rasgo especial de este reloj es su juego de campanas, treinta y siete en total, que se tocan con sesenta y dos teclas exquisitamente afinadas. Dispone de siete cilindros intercambiables y el carrillón interpreta siete melodías inglesas, cuatro irlandesas, cuatro galesas (sé que muchos de los presentes acaban de oírlo tocar “Oh, qué noble raza la de Shenkin”) y cuatro himnos patrióticos. Hay dos cilindros de música escocesa. La familia Cooper, que fue la que encargó este notable reloj, estaba orgullosa de sus orígenes escoceses. Y, por supuesto, en la mejor tradición del siglo XIX, hay cuatro músicas religiosas. Los cilindros están en cajas de madera de roble forradas de terciopelo. Es más que un reloj: es un instrumento musical de calidad singular.

»La ornamentación es del más bello estilo decimonónico. Figuras representativas del Día y de la Noche; dos cabezas del Tiempo, la Juventud y la Vejez, y medallones de las Estaciones, todas en verde patinado. La esfera está embellecida en oro y esmalte. Una pieza única, damas y caballeros; un triunfo de la ciencia relojera y una espléndida evocación del siglo pasado. Algo grande, hay que admitirlo, pero muchos de ustedes tienen casas espaciosas. Ahora les pido que hagan sus ofertas por esta pieza excepcional.

Silencio.

—A nadie le gusta ser el primero en pujar por la primera pieza. Ya lo sé. Así que ¿les propongo una cifra? ¿Cinco mil libras para empezar? Como estoy seguro que todos saben, nadie podría reproducir hoy este reloj por cinco veces esa cifra. Ya no hay artesanos capaces de hacerlo. Cinco... ¿he oído cinco? ¿Hay alguien que ofrezca cinco para empezar la puja?

Nadie dice cinco. Ni nada. El señor Beddoe empieza a bajar, a bajar, y sigue bajando hasta que uno del Círculo (que conoce a un americano con casa en Escocia que pagará diez mil por el reloj) se lo queda por quinientas libras.

¿Se desanima por eso el señor Beddoe? ¡Nunca! Sabía que el monstruoso reloj se vendería por un precio muy bajo, pero también sabe que, gracias a eso, los compradores se animarán a creer que todo va a salir barato. Y tiene razón. El siguiente artículo, una otomana esquinera «tapizada en damasco chino con guarniciones de flecos y cordones de seda», sale por el doble de lo que mentalmente pensaba sacar. Todo va bien. La multitud se cree que está consiguiendo gangas. La

otomana evoca coqueteos victorianos, crinolinas cortejadas por patillas marchitas.

El señor Beddoe ofrece lo que él llama un facistol de roble con adornos de latón y borlas carmesí. Hace un siglo, los piadosos Cooper no lo usaban para partituras, sino para una Biblia gigante, que, así expuesta, se abría cada día por algún pasaje edificante en el gran vestíbulo. El señor Cooper leía en ella cuando los cuarenta sirvientes de la casa se reunían para las plegarias de la mañana. Los Cooper confiaban mucho en aquellas dosis diarias de religión para que los sirvientes fueran dóciles y las sirvientas castas y a fe que todo funcionaba, rezos diarios, procesiones dominicales de toda la casa hasta la iglesia, y una severidad poco cristiana hacia cualquier desliz, doncella preñada o sirvientes ladrones. Esta pieza, que Brochwel piensa que es una monstruosidad, obtiene un buen precio de un visitante que lo quiere para exhibir sus libros de arte, que es la religión de su cultivado estilo de vida.

Rhodri, ayudado por la electricidad y la refrigeración moderna, mantuvo la casa de Belem con cinco criados.

En su conjunto, esos buenos objetos, adaptados a la vida moderna al mismo tiempo que le insuflaban un soplo romántico del neogótico, alcanzaron buenos precios. Dos sillas de recibidor, tapizadas en terciopelo de Utrecht, descolorido aunque en buen estado, alcanzan una cifra sorprendentemente alta. Como si en ellas se hubiera sentado sir Walter Scott.

Un piano de Broadwood, cuya caja está adornada con una elaborada marquetería de un sabor muy del siglo XVIII, pero con patas góticas, origina una enconada puja durante la cual dos señoras están a punto de pelearse. No lo exhiben en la tienda, como el resto del mobiliario que traen y llevan dos mozos dirigidos por un director de escena que parece un levantador de pesos; el piano puede verse en la sala de estar de la casa. Los compradores saben que las entrañas del piano están en un estado ruinoso, pero ansían poseer la preciada caja por razones que solo ellos deben de saber. Los miembros del Círculo no muestran ningún interés y contemplan la puja divertidos y con gesto de superioridad, cosa que ocurre siempre que los aficionados compiten por algo que ellos no quieren.

Dos armaduras completas, obviamente falsas, pero que quedarían impresionantes en una escalera, obtienen también un buen precio. Parecen hablar con voces de acero en romance Abbotsford. La atmósfera en el entoldado ha alcanzado una temperatura que agrada al señor Beddoe y a Brochwel. El desmantelamiento del sueño de Rhodri va bastante bien.

Brochwel no se queda para el almuerzo que ofrece detrás de la carpa una empresa restauradora de Shrewsbury a precios razonables. Algunos visitantes se han traído sus propias botellas de jerez y se sienten codiciosos después de la excitación de la sesión matinal. No quiere mezclarse con ellos y se pierde por los jardines.

Los jardines entusiasman especialmente a Rhodri, porque para él significaban más lujo y superioridad que la casa con su mezcla de neogótico y las excelentes antigüedades que había comprado con la valiosa ayuda de su viejo amigo Fred ffrench. Las piezas de roble viejo y las sillas del siglo XVIII se han vendido rápidamente bajo la guía del señor Beddoe, y los del Círculo las han conseguido a precios que pueden considerarse razonables, incluso a nivel londinense. Los jardines siguen como Rhodri los había conocido, y Brochwel piensa que puede encontrar en ellos el espíritu que la confusión provocada por los hombres de Torringtons ha hecho desaparecer en la casa.

Los jardines son extensos y, aunque está muy avanzado el año, aún lucen las flores otoñales y los arbustos. Los Cooper lo adornaron con figuras de pastores y pastoras tallados en piedra, no malos en su clase y para su época.

¿Quiénes fueron los Cooper? Una rica familia de Liverpool, propietaria de barcos, que quiso elevarse en el mundo mediante la posesión de una bella hacienda. Gales estaba cerca, y vinieron antes de que toda propiedad deseable tuviera que estar cerca de Londres o en las tierras altas de Escocia. A juzgar por su gusto en el mobiliario, debieron de ser devotos, pero no a la manera metodista. Estaba claro que no, pertenecían a la Iglesia de Inglaterra, pero a la conservadora y evangélica. La fuente de su riqueza provenía de una extensa flota mercante que comerciaba con las Indias Occidentales y, según algunos rumores, el origen de la fortuna se amasó —dos o tres generaciones antes de que la vieja casa familiar, de antigüedad incalculable, se hundiera por la carcoma— como «negreros», transportando esclavos desde África hasta las colonias americanas, con un altísimo beneficio, aun deduciendo la pérdida de los esclavos que no sobrevivían a los terribles viajes. Fueron lugareños envidiosos, inspirados por la legendaria ingeniosidad galesa, quienes bautizaron a la mansión Belem como Casa de los Negreros. Es probable que el rumor no fuera cierto. La gente suele pensar que cualquiera con mucho dinero lo ha obtenido de mala manera, pero no siempre tiene razón. Los Cooper vivieron en la mansión Belem por todo lo alto durante casi todo el siglo XIX, hasta que solo quedó una anciana señorita Cooper, inválida a causa de la artritis causada por la humedad y el frío de Gales, y con el dinero justo para que la enterraran. Murió a una edad muy avanzada y Rhodri compró la propiedad a un grupo de parientes lejanos que sabían que no podían mantenerla.

Aquí está el banco en que se sentó Brochwel cinco años antes, durante su última visita a Belem en vida de Rhodri, y fue aquí donde Rhodri le contó el gran secreto. Los veo sentados al sol, porque en Gales hay que aprovechar cualquier momento de sol ya que nunca se sabe cuándo va a volver a lucir. Rhodri, con sus elegantes pantalones de franela blanca y un *blazer* azul. Mi padre, con más sencillez, con traje gris, como suele vestir un profesor que está de viaje.

—Naturalmente que echo de menos a tu madre.

—Pero nunca viene.

—No, no. Ha estado aquí unas cuantas veces, cuando se sentía capaz de viajar.

—Pero tú vienes, tanto si ella viene como si no.

—Sí, pero es que alguien ha de cuidar de la casa. No se la puede dejar desocupada durante todo un año.

—Hay muchos criados que podrían cuidarla. Y Norman Lloyd es tu agente, ¿no? No dejaría que se estropeará.

—No es lo mismo. El ojo del amo engorda al caballo. Un sitio pierde si no se ocupa.

—Quieres decir si no se ama.

—Sí; eso es.

—Madre nunca amó este lugar.

—No.

—Pero, a pesar de eso, vino aquí.

—Sí, quiso saber qué hacía yo aquí. Le gustaba la restauración y todo este tipo de cosas. Herencia del padre, supongo. Un hombre entendido en la construcción.

—Pero que terminó siendo un desgraciado.

—Yo no diría eso.

—El asilo. ¿No es eso una desgracia?

—Para la anciana y las hijas lo fue. Pero he oído que William McOmish se lo pasó muy bien allí. Tenía cierta inteligencia. Llevó la contabilidad del asilo mejor que cualquier empleado. Y acostumbraba a dar conferencias —sí, conferencias— a los pobres sobre geometría aplicada a la construcción, la estupidez de la guerra ruso-japonesa y un montón de cosas más. Era un charlatán, pero no era tonto. Le gustaba hablar. Y terminó siendo como una parodia de lo que tú eres ahora, un profesor, un cajón de conocimientos, un sabio profesional.

—Gracias, papá. Porque tú me diste una educación.

—Vamos. Sabes que estoy orgulloso de ti.

—Es agradable oírlo. En justa correspondencia te diré que yo también estoy orgulloso de ti.

—No lo he hecho del todo mal, considerando lo pobre que era cuando empecé.

—¿Tan pobre? He oído decir que citabas a Ossian. Ninguno de mis colegas lo hace.

—Eso fue por la Mater. Un alma querida y maravillosa. Nos hubiéramos hundido sin ella. Pater estaba desanimado cuando fuimos a Canadá.

—¿Fueron muy amargos para ti aquellos primeros años?

—Fueron crueles. Nuestra casa era humilde, pero nunca me acostumbré a la suciedad y a la perversión. ¡Aquellos primeros meses en el *Courier*! Hablabas de Ossian. Me acordaba de un verso suyo todos los días de aquella época:

Ciego, lloroso y desamparado camino con hombrecillos.

Desde luego, Beak Browder y Charlie Delaney eran unos hombrecillos. Tenía que salir de aquello de alguna forma.

—Y lo conseguiste. Hiciste tu lucha heroica.

—No digas tonterías. No hubo nada de heroico. Solo trabajo duro y mucho sacrificio personal.

—Todos los hombres, de una manera u otra, antes o después, acometen su combate heroico. Si tiene el coraje de enfrentarse al dragón, al destino o a lo que sea, tanto si vence como si fracasa. Ese es el combate heroico. Dime, papá, siempre te he querido preguntar ¿qué te ha empujado a triunfar en la vida? Esta especie de triunfo que te contempla aquí, al final, en la mansión de Belem.

—Si quieres que te sea sincero, Brocky, creo que fue la pereza, una pereza de cierta clase. Verás, había una cosa que siempre quise, algo que tenía que conseguir como fuera: hacer una siesta de veinte minutos después del almuerzo todos los días de mi vida. Pero era evidente que un impresor o un linotipista no podía hacerlo. Ni siquiera al sindicato, aun echándole mucha imaginación, se le habría ocurrido pedir semejante cosa. Estaba claro que si quería dormir la siesta tenía que ser autónomo. Así que ahorré y rebañé, descuidando incluso a tu madre, y al final pude comprar una participación en un pequeño semanario por unos pocos cientos de dólares. La siesta estaba por fin a mi alcance. Después de eso, como te he dicho, ya solo fue cuestión de trabajar duro.

—En cierto modo, es una historia inmoral y vergonzosa. El deseo por la siesta conduce al éxito. ¿Qué te parece como titular?

—Terrible. Engañaría a los jóvenes. Pero es cierto, como lo son tantas cosas terribles y engañosas.

—¿Y madre te ayudó y estuvo a tu lado todo ese tiempo?

—Como un soldado. Nunca ha habido una esposa mejor.

—Entonces, ¿qué pasó de malo entre vosotros?

—¿Malo? No te entiendo.

—Sí que me entiendes. Desde que yo recuerde, siempre habéis seguido caminos distintos. ¿Cuándo dejasteis de ir juntos?

—No sé qué puedo decirte.

—¿No lo sabes?

—Sí, claro que lo sé. Pero nunca se lo he dicho a nadie. Y tú, al fin y al cabo, eres su hijo.

—¿Es algo que te avergüenza mucho? Fue otra mujer, ¿verdad?

—Brocky, qué cabeza de chorlito tienes. Si algo va mal entre un hombre y su esposa, tiene que ser por culpa de otra mujer. ¡Tú, un profesor de literatura! ¿Es que no conoces otra historia?

—Déjate de retórica galesa, papá, y dímelo. ¿No crees que soy lo suficientemente mayor?

—Estábamos muy unidos. No era Hollywood, pero muy unidos. Antes de ti hubo

otro hijo. Unos catorce meses después de casarnos. No te lo hemos dicho. Era una niña. Nació muerta. Fue un duro golpe, pero lo superamos. ¿Qué les pasa a los que nacen muertos? El doctor se la llevó. Probablemente la enterró debajo de sus rosales. Dijo algo del peligro del embarazo a partir de cierta edad, pero no le presté mucha atención. Tenía que consolar a tu madre. Y luego John Vermuelen escribió la historia de su familia.

—Nunca he oído nada de eso.

—Nunca la guardé en casa y tampoco creo que tu madre la conservara. Por entonces yo trabajaba en la oficina del periódico y John me pidió que le imprimiera la historia. No era mucho más que un folleto. Está la genealogía de la familia hasta la fecha de la publicación y fue entonces cuando descubrí lo de tu madre.

—¿Qué era, por Dios bendito?

—Cuando nos casamos, mintió sobre su edad. Tenía diez años más de los que decía. Me puse furioso y me eché a llorar. Lloré allí mismo, de pie junto a la plancha de imprimir. Recordé que padre me dijo: «Rhodri, seguramente sabes que Malvina es mucho mayor que tú. La gente de la ciudad lo comenta. ¿No lo has oído?». Pero yo era un cabezota y le dije que se ocupara de sus asuntos, que yo me ocuparía de los míos. Tuvimos una discusión muy fuerte cuando hablé con tu madre. Y duró días. No se defendió. Solo lloraba. Me había engañado y pensé que no podría perdonarla. Pero lo hice, y tú eres la prueba de mi perdón. Cuando naciste, tu madre estaba cerca de los cuarenta y nueve años y en aquellos días —¿cuántos años tienes?, ¿cuarenta y cinco?— aquello era muy arriesgado. Pero tú parece bastante sano. Reflexivo, como suelen ser los hijos tardíos.

—Pero ¿cómo pudisteis reñir tan amargamente por una cosa tan baladí?

—¡Baladí! Pero ¿qué dices? ¡Baladí! Fue una falta a la verdad y a la lealtad. ¿Qué crees tú que es un matrimonio, si no se basa en la verdad y la lealtad?

—La gente dice que se basa en el amor.

—¿Y qué es el amor sino verdad y lealtad?

—Hoy se pone más acento en la cosa física.

—¡Exactamente! Que quiere decir sexo. El sexo es un instinto y parece que para algunos es el placer supremo, pero ¿qué puedes construir sobre él? ¿Cuarenta o cincuenta años de matrimonio? No, eso quiere decir verdad y lealtad cuando el sexo se convierte en una vieja canción.

—Eso parece de Confucio.

—Por lo que yo sé, Confucio no era ningún tonto.

—Las mujeres necesitan amor.

—¿Eso necesitan? Siempre lo he dudado.

—Tú y Freud.

—Seguro que lo sabía. Creo que lo sabía todo.

—Dijo que no lo sabía.

—Fue el gran sanador mental, ¿no?

—Supongo que puedes calificarlo así.

—No era de mi época. Vino después. Nunca leí nada suyo. Leí sobre él de vez en cuando.

—Dijo que la medida de la salud psicológica estaba en la capacidad de amar y trabajar.

—Capacidad de trabajar sí que tuve. Y amé de verdad, muchísimo, a tu madre, al principio. Amor verdadero, no solo amor de almohada.

—¿Y ella te amó?

—Supongo que igual, todo lo que permitía aquella terrible casa y aquellos padres horrorosos. Sé que yo estaba muy verde cuando me casé. Las cosas eran muy diferentes entonces. Los dos éramos vírgenes. ¿Sabes que en aquel largo matrimonio jamás la vi desnuda? ¿Que nunca supe cuán horriblemente se había deteriorado al final su seno izquierdo? Cuando el médico me lo dijo, yo sabía tanto como cualquier extraño. Por supuesto que era el modo en que habían vivido sus padres. Su madre era una vieja arpía, con una lengua como una espada de doble filo. Espero que eches un buen vistazo a los padres de Nuala antes de casarte con ella.

—Gente amable y alegre. El padre es abogado en Cork.

—¿Y católicos?

—No son practicantes.

—Bueno, ahí lo tienes. Ya lo sabes.

—De verdad, papá, eso de su edad... No creo que fuera tan importante.

—Fue una falta a la verdad y a la lealtad.

—Vamos.

—Cristo perdonó a las adúlteras, pero no recuerdo que perdonara nunca a un embustero. Y luego estaba lo otro, claro.

—¿Qué era lo otro?

—Esto. Gales. Cuando logré volver aquí cada verano, enseguida se puso en contra. No aguantaba este país. Ni siquiera lo intentó.

—Era de una familia leal al rey. Canadá era su país.

—Pero ella no quería entender que este es mi país. Esa lealtad no podía permitirle, pero no pudo detenerme, era una fuerza irresistible... En fin, el resultado, un callejón sin salida.

—No lo veo yo de esa manera. A mí me parecía que era un tira y afloja, que os peleabais para que yo me inclinara a vuestra respectiva lealtad. ¿Sabes lo difícil que era eso para un niño, e incluso más difícil cuando estás en edad de crecer?

—Durante un tiempo pensamos que tu única lealtad era para Julia.

—Quizá lo fuera. Pero si era así, era para evadirme de las tensiones de casa.

—¿Tensiones? ¿Qué tensiones?

—Aquella casa era un campo de batalla. Un campo de batalla psicológico, donde no se disparaba un solo tiro, pero donde se respiraba el gas venenoso de los sentimientos hostiles y de la oposición encarnizada.

—Exageras. ¿Quién es ahora el retórico?

—Yo. Y tengo mis razones. Solo exagerando puedo dar una idea de lo que eran los sentimientos en aquella casa día a día y año tras año. Madre estaba resuelta a ganarme para Canadá. Tú siempre me estabas pasando por los ojos los romances y las bellezas de Gales. Cuando me ofreciste que fuera a Oxford, madre sabía exactamente lo que querías. Y simuló estar inválida e insistió en que fuera a Harvard, de modo que pudiera volver corriendo a casa cuando fuera a morir. Ya sabes lo que quiero decir, ella murió y resucitó más veces que giras de despedida ha hecho Harry Lauden. Harvard no era Canadá pero, por lo menos, era el nuevo mundo, y ella era del nuevo mundo hasta la suela de los zapatos.

—Muy bien, pues como parece que estamos en el caso, dime la verdad. ¿De qué lado estás? ¿Del nuevo o del viejo mundo?

—Suenas como una novela de Henry James.

—No lo he leído nunca.

—Ni lo leas. Pero era su pregunta y eligió el viejo.

—¿Y tú has elegido...?

—Ambos. O ninguno. Supongo que mi verdadero mundo es el mundo de los estudios. El que acostumbrábamos a llamar *Eng-Lang-and-Lit* en mis días de Waverley. Ese es mi hogar.

—Un poco seco y polvoriento, ¿no? Quiero decir, todo en los libros.

—Un poco de sequedad no hace daño. Cuando yo era niño, madre acostumbraba a hablarme el Día del Dominio sobre el amor a Canadá. Pero no podía amar a Canadá, por más que me esforcé obedientemente hasta los catorce años. No se ama a Canadá, se es parte de Canadá, y sanseacabó. Madre hablaba del amor al país como si el país fuera una mujer, supongo que una madre. No era tan fuerte para que yo lo amara como mujer, como compañera. Otros países puede que sean como una mujer. Francia ha mitificado a Marianne o como se llame, y los ingleses todavía cantan algo acerca de una giganta con yelmo llamada Britannia. Pero Canadá no es como una mujer; es como una familia, variada, a menudo antipática, a veces detestable o brutal como el infierno, pero ineludible, porque eres parte de ella y no puedes salirte de ella. Ya conoces el refrán: «Mi país, con razón o sin ella; mi madre, ebria o sobria».

—Ya lo veo. En fin, nunca podrás vivir aquí, eso está claro.

—No.

—Cuando me vaya, supongo que lo venderás. Si tu madre lo ve desde el otro mundo, bailará una jiga en honor de la abuelita, como solía decir.

—Era una de sus frases típicas del viejo Ontario.

—Bueno, para emplear otra de las tuyas, tengo tanta hambre que me comería un caballo con jinete incluido. ¿Qué te parece si vamos a almorzar?

—Sí, si llegamos tarde se enfadarán los criados y habrá pelucas en la hierba, otra de las frases de madre.

—Oh, no mientras esté allí Rose. Por mí ha llegado a cortar en dos un perro

muerto.

—Con un cuchillo sin filo, sin duda.

—Es extraordinario cómo los giros y las maneras de hablar de tu madre se conservan, incluso aquí, en el viejo país.

—Tenía una fuerte personalidad, digas lo que digas en su contra.

—No me hables así. No he dicho nada en contra de ella. Todo está olvidado. Nunca guardes rencor, te da acidez de estómago y solo te hace daño a ti.

—¿Vamos a almorzar?

—Vamos a almorzar.

12

Hubo muchas conversaciones durante la última visita, porque Rhodri parecía de un humor inclinado a las confesiones, pues a su edad se intenta recapitular lo vivido. Recuerdos y retazos de la tradición familiar vienen a la mente de Brochwel a medida que se suceden los vaivenes de la venta.

Los viejos arcones galeses de Rhodri, del roble más resistente y tallados con símbolos que recogen la lealtad de los primeros propietarios a los Estuardos, alcanzan muy buenos precios, aunque era una época en que el roble no estaba muy *in* y los precios más altos se pagaban por la caoba y el nogal. Y cómo refulgían, no como objetos brillantes, sino por las voces que surgían del corazón de la madera y la artesanía que había determinado su forma presente. La vieja Rose, el ama de casa, última de las sirvientas «retenidas» para cuidar de todo, entraba en éxtasis cada vez que se iba una pieza atesorada, casi siempre para un miembro del Círculo, bajo la hábil dirección del señor Beddoe.

—Mi encerado le ha sacado ochocientas libras —sisea a Brochwel—. Mi espliego y mi trabajo han conseguido las ochocientas libras. ¡Y por esa mesita! ¡Quién lo habría imaginado!

Y probablemente tenga razón. Los subastadores saben que una pieza que ha estado durante años al cuidado de manos amorosas obtiene mucho más que un supuesto «tesoro» que ha estado almacenado en una cuadra, sin cuidados y abandonado.

Objetos inverosímiles alcanzan precios inesperados. Hay una encarnizada lucha para conseguir una *prie-dieu chair*, un reclinatorio, en el que alguien ha podido arrodillarse, aunque sea mucho más probable que una de las señoritas Cooper fuera la que se sentara en el acolchado reclinatorio para ponerse sus bonitas medias. Los victorianos y los diseñadores de muebles neogóticos tenían un curioso modo de adaptar los objetos medievales a las modernas necesidades domésticas. Por ejemplo, había «alacenas», imitación de las empleadas en las sacristías para guardar cálices y patenas, pero que los victorianos empleaban para sus juegos de té y jarras. La plata se

prestó especialmente a esta transformación y muchas cucharillas de postre tomaban la forma de una cuchara para la unción del santo óleo en una coronación. Las cómodas que ocultaban castamente un orinal para el dormitorio de una dama podían ser de estilo gótico, de modo que el infrecuente placer de la defecación se veía realizado por una sensación de continuidad histórica. Estos pipideros —como los llaman los del Círculo— se vendían muy bien entre los anticuarios del reino. En ocasiones servían para hacer pies de lámparas. La casa de Belem ofrece varios ejemplos de estos artículos, restos de los días de esplendor de los Cooper.

A medida que las pujas por el reclinatorio se vuelven más rápidas y competitivas, Brochwel piensa en las relaciones religiosas de su familia. Janet —la Mater—, a quien nunca había visto, al parecer fue profundamente devota, a la manera evangélica wesleyana, al igual que Walter, muerto antes de que Brochwel naciera. Ambos muy dados a la oración. Gente que separaba la décima parte de sus ingresos —el bíblico diezmo— para dedicarlo a la Iglesia y la caridad. Rhodri solo ha ido a la iglesia esporádicamente, pero ha sido generoso con ella. ¿Para tranquilizar su conciencia? Malvina dejó de frecuentar la iglesia mucho antes de su muerte. Estaba inválida. A veces venía el cura de visita, bebía té y reía más de lo conveniente cuando la conversación lo requería. Pero en una de estas conversaciones en la mansión de Belem Rhodri dice algo muy significativo.

—En todo el tiempo que vivimos juntos, nunca la vi rezar.

Y lo dice con tal asombro que da a entender que él sí que rezaba, quizá furtivamente pero no por eso con menor sinceridad. Si hubieran compartido una vida religiosa, ¿habría sido menos acuciante la necesidad de verdad y de lealtad? Si hubieran profesado juntos una fe para acudir fácilmente a ella en momentos de apuro, ¿habrían necesitado un mundo con un sentido del deber tan estricto?

Yo, como paciente observador, creo que sé la respuesta. Rhodri y Malvina vivieron en una época en que el gran movimiento evangelista de la cristiandad, impulsado poderosamente por John Wesley y sus discípulos, iniciaba su declive y ya no infundía su fuerza a los pretendidos creyentes. ¿Podía haber sido Malvina una ferviente creyente, cuando su familia se había arruinado por la ambición y la hipocresía de la Iglesia? No era ninguna santa y habría hecho falta el celo y la fortaleza de una para creer devota y humildemente en una fe que le había traído la ruina, la humillación y la traición.

En cuanto a Rhodri, su alejamiento de la Iglesia, aunque no completamente de la fe, tenía un origen diferente y cómico, pero del todo comprensible y disculpable. Simplemente se curó del metodismo. Poseyó un poderoso sentido estético, aunque no cultivado ni refinado, y los horribles templos evangelistas, como el de William McOmish, le provocaban carcajadas. Si aquella era la casa de Dios, debía de tener un gusto deplorable. Si los que allí se reunían eran los elegidos de Dios, es porque Dios estaba a la altura de ellos. El periodista Rhodri sabía demasiado de aquella gente para considerarla sus iguales desde el punto de vista intelectual o ético. Y no por

despecho, solo por un poco de esnobismo hasta cierto punto justificado.

El esnobismo, como cualquier otra actitud social, toma sus rasgos de quienes lo practican. El esnob es supuestamente una criatura mezquina que se deleita en buscar pequeñas diferencias sin importancia. Pero el hombre que se baña a diario, ¿es un esnob porque no busca la compañía del que se baña una vez a la semana y solo entonces se muda de ropa interior? ¿Tiene que abrazar el *gourmet* al bárbaro cuya idea de una buena cena es una hamburguesa hecha de carne podrida, con unas patatas fritas empapadas en vinagre? ¿Se ha de acusar a la mujer que lleva un medallón de primerísima calidad porque no piensa muy bien de la mujer cuyos dedos están cargados de diamantes falsos? Rhodri se había curado de la clase de personas que ejemplarizaban, no la fe de sus padres, sino lo que quedaba de esa fe en el mundo moderno.

Sin duda, es tarea del demonio corroer de esta manera las creencias de los hombres, pero debe admitirse que el demonio es un hábil artesano, y muchos de sus argumentos son incontestables. Es probable que Heráclito tuviera algo que decir sobre esto. Todo, con el tiempo, engendra su opuesto.

13

Si es cierto, como dice la canción, que «el amor y el matrimonio van juntos como el caballo y el carro», es igualmente cierto que el arte y el esnobismo van juntos como el camino y el bandolero. Al segundo día de subasta, el señor Wherry-Smith, uno de los mejores hombres de Torringtons en asuntos de pinturas, sube a la elevada mesa del subastador y se pone a trabajar con su proverbial simpatía profesional.

Como si quisiera hacer una broma ofrece en primer lugar dos caricaturas en arcilla de Gladstone y Disraeli. Un miembro del Círculo se enfada cuando un intruso le hace subir el precio hasta veinticinco guineas (porque el señor Wherry-Smith no admite la existencia de una unidad monetaria menor), pero el hombre del Círculo sabe dónde puede deshacerse de esas cosas por sesenta, sin que nadie rechiste.

Luego vienen los cuadros, algunos de los cuales son mejores de lo que opinaba Rhodri o llegaron a creer nunca los Cooper. Un Gainsborough titulado *Los mendigos*, de autoría indiscutida, se vende por mil trescientas guineas. Los espectadores del condado carraspean, porque siempre les gustó el cuadro, cuando se sentaban bajo él en el comedor de la mansión, pero nunca lo habían «respetado», y se sienten humillados por no haber adivinado su importancia. Un retrato de Millais de su esposa —que había sido antes señora de Ruskin, una asombrosa belleza escocesa— llega a las cinco mil, y otro Millais —unos niños preciosos— alcanza las dos mil. Los aristócratas no llegan a tanto. Un famoso Kneller del marqués de Blandford (John Churchill, pero no *el* John Churchill) solo se vende por setecientos cincuenta guineas, y un conde de Rochester (¿cuál?, el que llevaba una peluca blanca) se queda en cien

miserables guineas. Un Poynter de muchachas escuálidas pero obviamente vírgenes, en pose clásica, con mucha luz transparentando los tenues vestidos, consigue mil doscientas guineas de un soltero del pueblo a quien siempre le había atraído el cuadro, pero un tenebroso Watt titulado *Amor y muerte* se queda en unas risibles sesenta. El cuadro siguiente, de John Singleton Copley, un retrato romántico del doceavo conde de Eglinton, espléndido en su traje escocés de *highlander*, provoca el delirio, y el Círculo, inmediatamente, puja hasta dejar atrás a otro posible comprador; al final va a parar a uno de ellos por treinta y cinco mil guineas. Hay aplausos en el entoldado y el señor Wherry-Smith, saludando agradecido, dice: «Nada tengo que ver; solo soy el humilde agente de las musas».

Algunos de estos cuadros ya estaban en la casa y representaban el gusto de los Cooper, que compraron lo que estaba de moda en su época; ahora los cuadros victorianos volvían a estar de moda. Pero otros los había comprado Rhodri, que únicamente se guiaba por su gusto, lo que significaba hombres cuyas cabezas parecían estar por encima del mundo o mujeres cuya belleza se ajustaba a los cánones de su época. Le gustaba rodearse de retratos de personas que podrían haber sido sus antepasados si él hubiera pertenecido a la clase que posee antepasados y no solo padres y abuelos. Nunca pretendió que estos restos de saldos tuvieran más relación con él que su derecho a comprarlos. En cierta manera, tenía razón. Eran los retratos de personas que tuvieron éxito en su propia época y Rhodri, como persona importante y de éxito, podía considerarse su descendiente y un moderno ejemplar. Algunos de estos cuadros eran buenos —en el mundo del señor Wherry-Smith y del Círculo— y otros eran despreciables en el mismo mundo. Algunos alcanzaron precios importantes. Otros quedaron por debajo de las cien libras, lo cual, en términos modernos, es ignominioso. Para Brochwel, cuanto se vendía formaba parte del ambiente que Rhodri se había creado para sí mismo, el decorado donde representaba las escenas finales de su combate heroico. Y resultaba doloroso que se pusiera precio al tejido de los sueños.

El señor Wherry-Smith inclina el cuello bajo el áspero yugo de dos cuadros napoleónicos, copiados de los originales franceses por una señorita Cooper que tenía algo de talento, no mucho. Napoleón aparentemente reflexionando. La señorita Cooper ha dejado a un lado la nobleza del emperador y ha subrayado la vulgaridad del corso; la mirada es apagada y parece que lleva días sin afeitarse. Parece el jefe de una banda arruinado por la bebida. El otro, *Napoleón cruzando los Alpes*, copia de Delacroix, pintado mucho después. ¿Es que el emperador no sabe montar a caballo? ¿Por qué lleva las bridas del caballo un pintoresco guía? Claro que esto permite que el emperador mire al frente, al espectador. Tiene una mano en el pecho. Ninguno de estos cuadros alcanza las veinte guineas. Terminarán en colegios de tercer orden para impresionar a padres de tercer orden que conocen a Napoleón de vista.

Lo peor queda por venir. *La tentación de Cristo*, que había ocupado un lugar de honor en el gran vestíbulo, es una pintura muy floja y en muchos aspectos

inexplicable, porque parece que Cristo haya pasado los cuarenta días en el desierto vestido con un batín de andar por casa. Su rostro es el habitual de la mujer barbuda decimonónica y la mano con la que señala el cielo parece carecer de huesos. El diablo tiene un color de bronce sucio. Desnudo, pero decentemente impreciso en las ingles, señala el suelo, el reino de este mundo. El diablo, sin duda por accidente, es más bello que Cristo. No hay pujas y se retira el cuadro.

Tampoco tiene suerte el señor Wherry-Smith con la estatuaria con que los Cooper adornaron la casa y que Rhodri encontró demasiado pesada para sacarla. La señora Cooper, con clámide romana, enseña a dos niños vestidos con túnicas con una Biblia de mármol; de un modo clásico, pero sin ningún efecto erótico, sus pezones apuntan discretamente bajo la tela. Los pezones son muy maternales, por supuesto, pero también tienen otros significados, a los que quizá no fuera indiferente el señor Cooper. ¿Verdad que tiene gracia eso de insinuar las formas humanas debajo de la ropa y en piedra? Pero a los asistentes a la subasta no les hace ninguna gracia. La señora Cooper es demasiado grande, demasiado marmórea, demasiado respetable hasta para un jardín. Además, ¿cómo te la vas a llevar a casa? El señor Wherry-Smith, contestando a una pregunta, niega saber nada de B. E. Spence, el escultor, que ha firmado la escultura y ha añadido «Fecit Roma», para subrayar que procede de la fuente del gran arte del siglo XIX.

Sin revelar ninguna emoción, el señor Wherry-Smith pasa a Eva, una efigie en mármol blanco azulado de nuestra primera madre. Mira hacia arriba, seguramente en busca de la manzana, pero todas las líneas de su cuerpo tienden hacia abajo. Tiene la boca caída y su carne parece pesada como si algo más que la gravedad la atrajera hacia la tierra. Es gordezuela, pero sus pechos son globulares; es ancha de caderas, como espachurrada; el monte de Venus está castamente sin perforar y tiene la impersonalidad de un pudín. Sus largos dedos son los de una dama, y los dedos de los pies son prensiles.

—La han visto en el jardín de la biblioteca, señoras y caballeros. ¿Cuánto ofrecen? ¿Digamos cien guineas, para empezar?

Dejan que lo diga, pero nadie secunda su optimismo. Eva permanecerá donde estaba.

A Rhodri casi le gustaba Eva. Desnuda, pero bíblica y, por lo tanto, permisible.

14

El tercer día de la subasta se reserva para lo que los subastadores llaman «objetos domésticos» y no es el distinguido Beddoe ni el esteta Wherry-Smith quienes presiden, sino un tal señor Boggis, que ahora está en su terreno y que produce importantes sumas de dinero para Torringtons vendiendo artículos que nunca se exhibirían en una tienda de Bond Street. Son los contenidos de las habitaciones de la

servidumbre, montones de excelentes sábanas de lino, alfombras turcas, gastadas pero que aún pueden durar muchos años, alfombras de escaleras y brillantes remates de latón de balaustradas, que aún siguen puliendo los criados, sesenta y ocho yardas de alfombras de Bruselas de un corredor del piso alto, grandes cantidades de revistas con varias décadas de antigüedad, orinales de baja calidad de los sirvientes. Un espejo de tocador en el que se han arreglado las doncellas durante años, antes de traspasar el umbral que separaba sus dominios del de los burgueses, toalleros, juegos de jarras y palanganas, más orinales (los floristas los buscan porque, usados con discreción, son excelentes para «arreglos» de tamaño medio), conjuntos y más conjuntos de sillas, por docenas y medias docenas, procedentes de toda la casa, pero especialmente de los cuartos traseros, donde cuarenta posaderas serviles se acomodaban para comer o descansar, la cocina, cuya venta hace llorar a Rose, porque ha sido su altar doméstico y la conoce al detalle. Montañas de cosas y de dinero que se saca por cada una de ellas, tal como sabe hacerlo el señor Boggis, mejor que nadie en el mundo de las subastas.

Hay sorpresas, por supuesto. Se presenta un bidet de madera de roble cuyo uso desconoce la mayoría de los asistentes. No relacionan a los victorianos con esos objetos que aparecen de manera misteriosa en los cuartos de baño de los hoteles cuando salen «fuera». Pero alguna fémina Cooper debió de sentirse tan espiritualmente parisina que deseó tener algo así, y aquí está, procedente de Gillows en Londres. Alcanza una suma asombrosa por la puja de un anticuario de Londres que ha debido de ver un futuro en él. ¿Quién colecciona bidets de época?

De igual modo se pagan precios sorprendentes por un montón de cortinas de terciopelo suministradas hace mucho tiempo por John G. Grace, de Wigmore Street. Cuando los Cooper edificaron su nuevo Belem gótico, los empleados del señor Grace tardaron cincuenta y seis días en colgar las cortinas y tender las alfombras. El señor Boggis ha desenterrado mucha información de las anotaciones que aún quedan en la casa, lo cual presta una autenticidad inexplicable y un halo de antigüedad a objetos que, de otra manera, no serían más que accesorios domésticos de segunda mano. Qué sagaz es el señor Boggis. «Un material estupendo, incluso después de más de un siglo». Algunos damascos de China provocan exclamaciones de aquellos que conocen el tejido. Una buena parte de los artículos del señor Grace va a las manos de un sastre de Londres que los reformará para vestuario de cine y de teatro.

Pero quizá la mayor sorpresa de todas sea el Ortofonic, una gran novedad cuando apareció por primera vez en St. Helen, tan poderoso en el tono, tan capaz de filtrar las «voces internas» en las músicas complejas y de un modo no conseguido por ningún gramófono anterior. Rhodri nunca notó cómo se deterioraba con el tiempo porque cada vez estaba más sordo, ni sabía que habían aparecido otros aparatos mejores; se lo trajo de Canadá porque no estaba muy seguro de poder comprar otro parecido en el Reino Unido. Ahora, al parecer, surge de su estado de instrumento en desuso para convertirse en una valiosa antigüedad, que puede arreglarse para rendir como al

principio y, por supuesto, «es lo más adecuado para escuchar sus discos de setenta y ocho revoluciones, damas y caballeros, cosa que no podrán hacer con sus modernos aparatos de alta fidelidad».

No solo recupera la vida el Ortofonic, sino también los discos que lo acompañan. Muchos son piezas de coleccionistas: Georges Barrère interpretando exquisitamente a la flauta *El cisne*; Melba cantando el *Adiós* de Tosti; Evans Williams cantando una canción galesa de despedida, *Yn iach y ti, Cymru*; Gogorza cantando *Yo podría*. Y cantantes olvidados, como Cecil Fanning y David Bispham, y *Corazones y flores* interpretada por la orquesta Victor Salón. Hay cinco entusiastas en el entoldado y el Círculo no muestra interés —la realidad es que hoy han venido exclusivamente por un cabezal de cama neogótico, con cortinas atribuidas a Morris— y la puja es animada y rápida. Los espectadores están emocionados. ¡Discos viejos de gramófono! ¡Quién lo hubiera imaginado! ¿Tenemos algo parecido en casa? Brochwel se siente complacido cuando ve que el disco *Gemas de lady Mary* reporta ocho libras. «¿Qué saben los yanquis de Inglaterra? Ni siquiera conocen Austin Reed». Un hombre, aficionado a las revistas musicales antiguas, puja y se lo lleva tan contento. El señor Boggis, ducho en su oficio, ofrece los mejores discos uno a uno, no en lotes. El señor Boggis es muy estimado en Torringtons porque, a diferencia de los señores Beddoe y Wherry-Smith, cree que en una subasta no hay nada que no quiera alguien. Podía haber vendido la escultura de Eva si no se la hubiera considerado como obra de arte y, por consiguiente, asignada al señor Wherry-Smith.

Lo demuestra en el último lote que traen bajo su maza. Ya ha vendido una buena cantidad de equipo de jardinería a precios razonables y un conjunto de piezas sobrantes —«lotes de trabajo» los llaman— por razones que solo deben conocer los compradores. Este lote final se compone de un cortacésped manual en mal estado, una prensa para pantalones, arpillera para envolver y una piel de cebra. Va a parar a un campesino por dieciocho chelines y, como dice el señor Boggis, cada dieciocho chelines son dieciocho chelines que no tenías antes.

La subasta termina a las cinco de la tarde. Brochwel no se siente con ánimo para recorrer de nuevo las salas vacías. La casa tiene el aspecto desolador de haber sido saqueada por un ejército; no queda nada salvo retazos de materiales sobrantes y basura en los rincones. Se encuentra con la vieja Rose en lo que había sido vestíbulo de la servidumbre, llorando con la cara escondida en el delantal. Ella quedará al cuidado hasta que llegue un nuevo propietario y, entretanto, vivirá en la casita que hay junto a la puerta del jardín con su sobrino, un mal muchacho que la explota. Brochwel no sabe qué decirle, pero la toma en sus brazos y besa sus enrojecidas mejillas. Luego se va caminando los tres kilómetros que lo separan de Trallwm.

Brochwel se aloja en la posada del Hombre Verde. Se toma un par de *whiskies* y luego se resigna a la cena: una especie de carne inidentificable, una masa de verduras hervidas y ciruelas cocidas con una crema química para rematar el festín. El café infame —de color grisáceo y sabor a cerveza— quizá sea un extra, pero lo toma porque es lo que se espera de él. Al fin y al cabo, él es el caballero que ha hecho todo un viaje desde América para cerrar la mansión de Belem. La mansión forma parte de la historia de Trallwm y en la posada no se duda de que, tras una tregua pasajera, vuelva a recuperar su esplendor. Aunque mantenerla en su auténtico estilo antiguo, como hizo el difunto Rhodri Gilmartin, será un problema, desde luego. Rhodri Gilmartin tenía siempre la bolsa dispuesta, no cabe duda. Dio a todos y su fiesta campestre de todos los años, con bizcochos y cerezas sin límites para los ancianos y ancianas del sindicato, era famosa. Sentía verdadero afecto por el sindicato. Este caballero, su hijo, debía de ser indudablemente muy rico.

Brochwel sabe con certeza que no será nada de eso. Los dos gobiernos disputarán y al final llegarán a algún tipo de acuerdo sobre cuánto «el severo lobo de zarpa egoísta» —los insaciables y ávidos recaudadores de impuestos— ha de exigir y cuánto se dejará al heredero de Rhodri Gilmartin. Probablemente no lo despojen de todo. Le dejarán unos pocos miles de libras, pero no muchos. Si Rhodri hubiera muerto en Canadá habría sido posible iniciar algún proceso contra los impuestos británicos, más altos que los canadienses. Pero no fue así. Murió en Belem, y Trallwm le ofreció un espléndido funeral en el que el alcalde habló con elocuencia de este hijo de la ciudad que, después de muchos años, había vuelto a su hogar. Si Rhodri lo vio (y yo, el observador, tengo razones para pensar que sí lo vio), debió de quedar muy complacido con su funeral. Todo el que era alguien en el condado estuvo presente y el conde, aunque demasiado viejo para salir a la calle en un día tan húmedo, envió una bella corona de flores. No en vano durante los anteriores años había mantenido una excelente relación con el difunto. El chiquillo que había corrido a abrir la portezuela a la condesa se había convertido en el hombre próspero que había restaurado la mansión Belem hasta volverla muy parecida a los días de esplendor victoriano.

Brochwel no codicia el dinero, pero ¿cuántos permanecen indiferentes a él? No necesita nada y, si hubiera heredado toda la riqueza de su padre, habría continuado siendo el profesor de *Eng-Lang-and-Lit*, porque eso es lo que sabe, lo que más le gusta y lo que le permite resguardarse de los aspectos de la vida que no le gustan. Es realmente el país del que se siente ciudadano. No es para él la lucha, el viaje heroico de la vida del viejo Rhodri en el cual ha encontrado y derrotado a tantos enemigos exteriores. Sus luchas son interiores, y fueron Rhodri y Malvina quienes eligieron el campo de batalla. ¿El viejo o el nuevo mundo? ¿Era imperativo que hubiera una decisión final? ¿Acaso *Eng-Lang-and-Lit* era la verdadera solución?

Brochwel abandona la posada y pasea a la luz del crepúsculo por las calles de

Trallwm y, aunque no conoce la ciudad, esta no ha cambiado mucho desde los días en que el niño Rhodri corría, se divertía y retozaba por sus calles. Los terribles «encierros» han mejorado algo, aunque siguen siendo casas poco apetecibles. Ahora los automóviles expanden su peste por las calles donde, en tiempos de Rhodri, se extendía igualmente la peste de los excrementos de los caballos. La Cruz de la ciudad, el antiguo y ruinoso pilar de piedra, en parte monumento y en parte fuente de agua, sigue marcando el corazón, no el centro de la ciudad. El ayuntamiento desde donde Samuel Gilmartin gobernó la ciudad junto con sus colegas es ahora el local de una oficina del condado, pero su fachada porticada de columnas no ha cambiado. Brochwel baja por la calle Salop —llamada así porque se orienta hacia el condado de Shropshire— y mira en la humilde tienda donde, hace ya una vida, Walter y Janet Gilmartin y sus hijos y tantos Jenkins y todos los Gilmartin que pudieron representaron su tragedia doméstica. Tragedia, melodrama, farsa o como se la quiera llamar.

Parece que nadie vive «encima de la tienda» porque no hay cortinas en las ventanas y no se ve luz. Probablemente el hombre que ahora tiene alquilada la tienda como papelería emplea el primer piso como almacén. Tras aquellas ventanas, Janet Gilmartin —nacida Jenkins— leía Ossian a sus avispados hijos. Cuando Rhodri era un esforzado periodista político, ¿no eran los tropos y los ritmos de Ossian los que daban sustancia a su prosa? ¿Quién puede saber lo que los niños oyen y se apropian para el resto de su vida? ¿Acaso el mismo Brochwel no se oye decir a sus alumnos que no abandonen su trabajo «hasta que esté colgado el último perro»? Una frase de Malvina, tomada de algún antepasado Vermuelen, que se refiere a la fiesta mohawk del Perro Blanco, sobre la cual los blancos no sabían nada, pero que sospechaban que consistía en rituales con perros sacrificados. Bien, bien, no va a seguir paseando por las calles de Trallwm hasta que cuelguen al último perro. Debe volver a la posada a ver si descansa antes de emprender al día siguiente el viaje de regreso a Canadá.

A Canadá. A la familiaridad y a su clase de vida cómoda. A Nuala, a quien ama con todo su corazón y a quien se lo dice de vez en cuando. A Nuala, que ha curado la herida causada por Julia, aunque nadie haya podido borrar la cicatriz. ¡Qué dolorosa fue! Durante una de sus muchas escenas desagradables de ruptura (porque Brochwel nunca tuvo la decisión o el sentido común de romper abruptamente), llegó a quejarse de la manera en que ella lo había usado. «Es precisamente en casos así cuando el hombre debe cuidar de sí mismo», le respondió Julia. Una de sus muchas observaciones que le hicieron ver claro lo imposible que hubiera sido confiar toda su vida a semejante persona. Pero no quiere empezar otra vez con esa vieja historia o no podrá conciliar el sueño. Pero si quiere dormir debe leer primero. Es casi obligatorio. Una vieja costumbre que no va a romper ahora.

Al propietario del Hombre Verde, como a los de casi todas las posadas, hoteles, moteles, pensiones y lugares parecidos, no se le ocurre nunca que alguien quiera leer en la cama. La cama, para los hoteleros, es un lugar para fornicar o para dormir. Por

eso, las personas como Brochwel poseen el talento de los contorsionistas y gracias a él pueden leer en las posturas más absurdas e insospechadas y, además, con una luz que, cuando llega a la página, nunca sobrepasa los veinticinco vatios. Con la cabeza donde deberían estar los pies, Brochwel se acomoda para leer a Browning, su compañero profesional, su entusiasmo, su filosofía y, en la jerga de los profesores de *Eng-Lang-and-Lit*, su «campo». Lee *Ocupación*.

Porque un hombre ha de tener en cuenta su ocupación según su lugar y su tiempo, pues la carne ha de vivir; echa en falta toda su vida el espíritu, todos los pensamientos extraviados, las ilusiones fugitivas, todos los amores, salvo ¿qué le ha dado el trabajo?

Browning, como era habitual, tenía razón. Una vida consumida en un «oficio», como la de Walter, o una vida dedicada al periodismo, que es medio oficio, medio profesión, como la de Rhodri, no necesita que se atasque solo en el trabajo. En cualquier lugar o cualquier circunstancia pueden surgir los pensamientos más bellos y las aspiraciones más elevadas. ¿Acaso los desgraciados que sufrieron los campos de concentración nazis no mantuvieron su corazones y su espíritu por encima del tormento aferrándose a su filosofía y a su religión?

Se ha despedido de Rose, buena mujer, en el vestíbulo vacío de la servidumbre de Belem. Un lugar al que nunca iba si podía evitarlo a causa de una historia que le había contado el viejo Rhodri en una de sus visitas a la mansión.

«Creo que yo tenía doce años y estaba allí, en el vestíbulo de la servidumbre, con mi padre, que había venido a tomar medidas a los criados para la librea a la que tenían derecho una vez al año. Recuerdo que yo estaba comiendo una gran rodaja de pan con tocino que me había dado el cocinero, y mi padre estaba arrodillado en el suelo, midiendo el interior de la pierna de un sirviente, un tipo miserable de piernas arqueadas y nariz de borracho. Empujó a Pater con el pie —no fuerte, no fue una patada, sino un gesto despectivo— y dijo: “Date prisa, sastre, que no dispongo de todo el día”. Y Pater pareció avergonzado, pero no dijo nada. Dejé de comer y me juré para mis adentros que algún día sería alguien importante y nunca —nunca jamás— hablaría así a nadie. Nunca sería insolente con un hombre que me sirviera. Y nunca lo he sido».

No, en efecto. Pensamientos extraviados, ilusiones fugitivas han iluminado su vida. Como igualmente han iluminado la vida de su esposa, aunque él nunca la entendiera más que ella lo entendió a él. Se mantuvieron juntos gracias a una lealtad que era más que amor. Quizá fuera la sublimación del amor. Él tomó el camino luminoso porque, como hombre de su tiempo y su lugar, estaba a su alcance. Ella tomó el camino oscuro porque, como mujer de su tiempo y su lugar, no había otro camino para una mujer de su imaginación, de su intuición, de su sensibilidad casi hechicera y de su visión de la vida. Entre los dos hicieron de Brochwel la delicada

aunque decidida criatura que es ahora.

Cree que está leyendo, pero está musitando, no pensando ni tomando ninguna decisión, no viendo nada nuevo, solo se eleva y se hunde en el oscuro lago de sus sentimientos. Por supuesto que se queda dormido y el libro de Browning le cae sobre la cara y se despierta lo suficientemente para apagar la débil interferencia con la oscuridad que el hotelero llama luz eléctrica, y vuelve a dormirse.

Lo último que veo de la película es la mansión de Belem, sus torreones góticos victorianos y sus ventanas arqueadas a la pálida luz de la luna. También duerme y, cuando despierte, no será otra vez el beso de un Gilmartin el que le devuelva la vida.

16

En la pantalla, con los caracteres blancos de costumbre, aparece el cierre

¿FIN?

Y luego, enseguida, un mensaje:

NADA TERMINA HASTA QUE TODO HA TERMINADO

VII

... Sigo mi camino interminable hacia los cuatro puntos cardinales

El festival ha concluido. No solo el maravilloso certamen de películas reencontradas que Allard Going ha estado saboreando para las páginas de *The Colonial Advocate*, sino el festival personal que lo ha acompañado, visible para mí solo, significativo solo para mí. Pero ¿ha concluido ese festival? ¿Qué es esa gnómica conclusión de «Nada termina hasta que todo ha terminado»? ¿Qué he de hacer?

¿Más películas? Lo temo. Mi festival me ha llevado al pasado, no muy lejano, de mis ascendientes. Me ha adentrado en el siglo XVIII, un punto no muy lejano en la procesión de la historia humana, pero lo suficientemente distante para hacerme conocer más de las dos orillas, la americana y la del viejo país, las cuales, dentro de mí, se han entretejido hasta formar lo que es indiscutiblemente la urdimbre canadiense. Ha dado corporeidad a personas o nombres que me eran extraños, pero cuyo valor y recursos, cuya lealtad hasta el extremo de arriesgar sus vidas, cuya locura y mezquindad, desesperación y resistencia, me son ahora conocidos y despiertan mi admiración, mi piedad y —debo decirlo, por raro que me parezca— mi amor. Sí, amor, porque sé más de ellos que ellos supieron de sí mismos, del mismo modo que ahora veo lo poco que sabía de mí, lo poco que me había amado.

¿Amor a mí mismo? Nunca había pensado en tal cosa. Parece indecente. Mis padres, amables e indulgentes conmigo, nunca habrían propuesto el amor a uno mismo como un estado de ánimo posible o deseable. Ambos eran —son, debo decir, porque ellos están vivos y yo muerto, tal como el mundo cree que es la vida y la muerte— de carácter puritano. Mi padre, un hombre exquisitamente educado y, como muchos de su misma condición en esta época, todavía un niño en materia espiritual, es, sin embargo, inquebrantablemente honrado y la vena metodista persiste en él como una poderosa moral; es un hombre con un acusado sentido de lo que él llama «decencia», y se atiene a ella por caro que le cueste. Mi madre, educada en la religión católica, en su austera tradición irlandesa, en el fondo es la misma clase de criatura. Ambos abandonaron la práctica religiosa, la comodidad y las alegrías de la religión, así como sus terrores nocturnos y sus cosas absurdas, pero la moral religiosa ha permanecido sin el emoliente de la fe. Es una moral que no da cabida al amor por uno mismo e incluso la autoaprobación se contempla con cierta sospecha. El autorrespeto, eso sí, es otra cosa, algo que se ha de mirar con más frialdad.

De ellos y del ambiente de casa tomé este modo de pensar sin darle gran importancia. Mi actitud hacia mí mismo no ha sido de amor, sino una especie de divertida tolerancia. Por supuesto que por amor entiendo caridad y misericordia, no un necio egoísmo. Supongo que no fui una mala persona mientras viví. Por supuesto que cometí fallos, más debidos a la estupidez que a la maldad, pero, en conjunto, creo que intenté siempre hacer lo decente. Pero ahora es como si mi corazón se hubiera ensanchado dolorosamente y en este corazón crecido he de encontrar sitio para todo lo que he visto de mis antepasados, sus vanidades, crueldades y locuras, que fueron, al menos en parte, explicables y, al parecer, dadas las circunstancias, inevitables. Y, además, algo esplendoroso, en efecto, la sustancia de la vida. El mundo que ya no comparto ¿pensará en mí con amor?

¿Todo desaparece? ¿Este amor y esta comprensión por aquellos que ya no viven? No espero cosas primitivas o caducas. No quiero que nadie lleve velas a mi tumba el día de difuntos o llore por mí sobre la almohada a medianoche. Pero ¿me incluirán en su caridad? A la luz de lo que ahora veo me parece difícil.

2

¿Qué veo ahora? A mi mujer, sentada frente a su agente, en la oficina de este. La habitación pretende aparentar un despacho de negocios, pero hay una cantidad excesiva de papeles escritos a máquina y cubiertos de polvo en una mesa lateral, demasiadas fotografías repugnantes de autores (hombres desaliñados y despeinados, con camisas de cuello redondo y pantalones vaqueros, mujeres de rostro poco atractivo, con grandes gafas, algunas con un gato en brazos), demasiado embrollo literario y pestazo de buenos y picantes puros.

—Debo ir con cuidado, Rache. Si nos apresuramos a sacar este libro, ¿no va a parecer demasiado calculado, como si no hubiera sufrido una horrible experiencia y lo único que buscara fuera el dinero?

—Esme, tienes que entenderlo. Para eso tu agente es tu mejor amigo. El agente ve cosas que tú no ves. El agente ve ya el libro, la gira de conferencias y quizá, si las cosas van bien, una buena serie de televisión, ampliando el libro, haciéndolo más personal, captando una audiencia de millones. Es una imagen muy fluida.

—Bueno, ¿crees que voy a poder hacer todo eso?

—Esme, no tienes que decirme lo que puedes hacer, porque lo harás. Mírate objetivamente. Sé que es duro, pero eres una mujer inteligente y puedes hacerlo. ¿Qué eres? Primero de todo, y no hay necesidad de decírtelo, eres guapa...

—Ay, Rache, qué tontería...

—Muñeca, escucha al viejo Rache. Él sabe lo que es ser guapa en los días que corren. Esas fotos en las revistas de moda, esas modelos con aspecto de estar enfadadas, algunas con mirada de loca, otras que parece que fueran a envenenarte o a

morderte... ¡y qué cabello! ¡Y el esqueleto! Estamos en la época de la imagen anoréxica, pero con un par de tetas así de grandes. Un buen par de maracas y ya las tienes...

—Vamos, Rache, el negocio es el negocio.

—No tienes que decírmelo. Estoy siendo completamente objetivo. Tienes todo lo que hace falta y solo debes dejarme las manos libres. Dios sabe en qué acabará todo esto.

—Bueno... si tú lo dices.

—Lo digo. Veo las cosas de un modo que tú no puedes. No te creas que he olvidado tu pena en aquellas terribles circunstancias. Dios, Gil allí tendido, lleno de sangre, y tú, encogida y abrazada a la almohada mientras el asesino se escapa. ¿Crees que he olvidado eso? A lo mejor en la serie de televisión tendrán que recrear la escena del asesinato... no que vayas a actuar tú, no. Eso sería del peor gusto y sacaría de quicio a los de más de treinta años... pero hay que actualizarlo para impactar los hogares con la inmensidad de tu tragedia.

—Sería poderoso, como tú dices. Pero, por supuesto, yo haría solo la locución. ¿De acuerdo? Con un vestido oscuro. No negro. Sería exagerar la viuda para los espectadores modernos.

—Y con el pelo largo. Ya puedes empezar a dejártelo crecer. Cuanto más largo, mejor.

—Ya lo tengo bastante largo.

—Que sea más largo. Tienes tiempo, si te crece rápido. Pero lo primero es sacar el libro. He hecho unos sondeos...

—¿Tan pronto?

—Nada de pronto. Olvidas lo que se tarda en sacar hoy un libro. Incluso dándose prisa, llevará unos meses. Así que ocúpate de ello y no pierdas ni un minuto. La cosa se puede enfriar si no vamos rápido. El esbozo que me has dado está bien, pero le falta algo. Necesito dos o tres días para saber qué es, pero ya lo encontraré y me pondré en contacto contigo enseguida. No tiene que ser un libro largo, ya lo sabes. No vas a escribir *Guerra y paz*. Ciento veinticinco páginas, bien espaciadas, con una cubierta llamativa y una fotografía tuya, grande, en la contracubierta. Así que vete a casa, Esme. Respira hondo y métete a fondo en el procesador de textos. No tenemos tiempo que perder.

—Bueno, Rache, si tú lo dices...

—Lo digo. Y no pienses que soy exigente. Sufro por ti, muñeca. Pero ponerte a escribir te ayudará más que cualquier otra cosa. La escritura es la mejor terapia cuando el corazón está roto.

—Mi corazón está bien. Es la digestión, de verdad.

—Naturalmente. La fuerte impresión. La pena va directa a las tripas. Así que escribe. Esa es tu terapia.

—Supongo que, en realidad, no sé si es presuntuoso que lo diga, lo hago por los

demás.

—Por los demás corazones rotos. Por otra gente apenada. Exactamente. Así es como tienes que enfocarlo. Te veré a principios de la semana que viene.

3

—Llámallo manía, si quieres. Pero seguro que sabes lo imperiosa que puede ser una manía. No sé explicarlo de otra manera.

El Husmeador ha adoptado un aire grave.

—¿Así que quieres decirme que si te trasladas al despacho de Gil, te niegas a hacer el trabajo que él hacía?

—No me «niego». No, no, jefe. No quise decir que me «negaba». Es una oportunidad única para hacer de la sección de espectáculos un conjunto coherente. El pobre Gil no tenía una idea muy clara de la coherencia.

—Si yo fuera tú, no seguiría por ese camino. El departamento está muy bien como está.

—Bueno, muy bien. Gil tenía tacto; no lo niego. Pero se podrían hacer algunas cosas. Sabes...

—Lo que sé, Al, es que quieres el puesto de Gil, pero pones como condición no ocupar su despacho.

—Está lleno de sus cosas. Era una urraca tremenda, ya lo sabes.

—Mantenimiento puede arreglarlo en medio día.

—Sí, desde luego. Pero queda el ambiente...

—No te entiendo. ¿Qué ambiente?

—Pues eso, su sentimiento, su esencia que impregna todo, las paredes, las cortinas...

—Mantenimiento puede dar una capa de pintura y limpiar en seco las cortinas.

—Me temo, jefe, que no sé explicarme...

—No, francamente, no te explicas. Dime, ¿qué demonios quieres realmente?

—Pues lo que quiero realmente es un despacho que no esté lleno del espíritu de un difunto.

—Ahora me entero de que nuestras oficinas tienen esa clase de espíritus. Hablas de este lugar como si fuera el castillo de Drácula. Dios mío, Al, no hace ni siete años que se construyó. Todos los despachos de la redacción son iguales. Pero veo que algo te inquieta y quisiera ayudarte en lo que pueda. Si no quieres el despacho de Gil, ¿cuál otro quieres?

—Había pensado en el de McWearie.

—Si lo que te preocupa es la atmósfera, el cuarto de McWearie es lo más parecido al castillo de Drácula. Nunca he visto tanta basura en una oficina. ¿No has visto el cráneo sobre la librería? Pero hace un trabajo de primera clase. Su serie sobre la

ordenación de las mujeres ganó un premio. ¿Por qué vamos a molestarlo?

—Lo cierto es que, ya que voy a hacerme cargo de espectáculos, quería hablarte de McWearie. En realidad, él no es de espectáculos. Me gustaría que lo trasladaran a otro departamento.

—Y tú empiezas echándolo a patadas de su despacho. ¿No es un poco fuerte?

—Su oficina está al final del pasillo. Tranquila. Justo el sitio para poder pensar. Eso es lo que me gustaría.

—Bueno. Prefiero que me condenen antes que decirle a McWearie que te has encaprichado de su despacho y que tiene que irse. No puedo tratar al personal de esa manera. El gremio me mataría. Se sentiría ofendido, con razón, y no queremos que nuestros colaboradores veteranos se ofendan. Pero te diré lo que voy a hacer. Tú te vas a ver a McWearie y le dices muy amablemente, hazme ese favor, que vas a suceder a Gil como redactor jefe de espectáculos, y que le estarías muy agradecido si pudiera dejarte su despacho, que tú consideras el más apropiado. Si está de acuerdo, perfecto. Pero si no, no hay nada que hacer. Y nada de mano dura, Al. Si Hugh dice que no es que no. Y no te escudes en mi nombre, porque yo no sé nada de esto.

¡Y así fue! Yo no tenía la menor idea de que el editor en jefe fuera a nombrar mi sucesor tan deprisa después de mi muerte. Pero un periódico diario es eso, diario, y no hay tiempo para sentimentalismos en tales asuntos. Que nombrara a Randal Allard Going no me sorprendía mucho, porque de todo el personal era el candidato más probable. La odiosidad inherente de Going no le impedía ser un periodista bastante bueno. Supongo que tengo derecho a detestarlo, pues ha seducido a mi mujer y, como consecuencia de ello, me ha asesinado. No son rasgos que lo favorezcan. Ahora quiere quitarse de encima a McWearie y quedarse con su despacho.

El encuentro entre ellos perdió pronto cualquier viso de amabilidad.

—Resulta, pues, señor Going, que usted quiere mi despacho porque se ha encaprichado de él, sin más razones.

—Ya le he explicado la razón. Si tengo que hacer el trabajo de jefe del departamento, no podré hacerlo en un despacho que comparto con otros cuatro críticos.

—Pero podría hacerlo en la antigua oficina de Gil.

—Ya se lo he dicho. No me gusta la antigua oficina de Gil.

—Es un despacho de jefe. Tiene sitio para la secretaria. ¿Dónde va a ir ella si se viene usted aquí?

—No es, perdón, no era únicamente la secretaria de Gil; era la secretaria del departamento. Puede quedarse donde está.

—Ya veo. Bueno, el resumen de todo es que yo no quiero irme, señor Going.

—Hugh, tenemos que trabajar juntos. Inevitablemente, yo tengo que ocupar el asiento del conductor, y creo que me gustaría que el asiento del conductor estuviera precisamente aquí, en este despacho. ¿No podemos arreglarlo de manera amistosa?

—¿Arreglarlo a su manera? ¿Cuál es la alternativa? ¿Quizá que yo dimita?

—Vamos, Hugh, recuerde el antiguo dicho: «Nunca amenaces con la dimisión si no estás dispuesto a llevarla adelante».

—¿Qué le hace pensar que yo no dimitiría?

—No quisiera que se precipitara.

—No, no tenga miedo. ¿Ha hablado de esto con el jefe?

—Ni se me ha ocurrido...

—No, no lo creo. Apuesto cualquier cosa a que sí le ha hablado y él le ha dicho que no quiere saber nada del asunto, que se las arregle usted como pueda. Bien, ya le he contestado, señor Going.

—Hugh, ¿no podemos ser amigos?

—¿Para qué? A mí me pagan para que sea colega, no para ser amigo. Yo era amigo de Gil, pero eso es otra cuestión. Porque te has puesto los zapatos del difunto no creas que vas a llevarte también sus amigos.

Ay, Hugh, no tenías que haberle dicho eso. Pero cuando hierve tu sangre escocesa dices cosas muy crueles, y no te das cuenta de lo peligrosos que son los «zapatos del difunto». Has convertido al Husmeador en tu enemigo y puedo entender por qué, pero, en cualquier caso, es un error.

4

El Husmeador no está en condiciones para pelear profesionalmente. Busca a Esme, como ha venido haciendo con frecuencia desde el funeral. Esme ha dejado de ir al despacho del *Advocate*. Aunque tiene derecho a los días de permiso por luto que quiera, solo ha dejado de escribir su columna durante una semana, en cuyo transcurso las páginas de noticias la han tenido en el candelero. Ha dejado recado al jefe de que reanudará su columna la semana siguiente. También asegura que los lectores no tendrán tiempo de olvidarla. El Husmeador la ha llamado cada día, y cada día ella se ha negado a cenar con él y le ha dicho que no debe aparecer por su apartamento. Pero podría ir simplemente como si fuera a presentar las condolencias de un amigo, suplica él. Pero ella piensa de otra manera.

Esta vez sus ruegos son tan lastimosos que ella accede, y cuando se encuentran en una mesa tranquila de Le Rendezvous yo soy el tercer comensal, invisible. Creo que voy a pasar una noche muy agradable.

—No puedes imaginar cuánto he sufrido, Esme.

—¿Que no puedo? ¿Te crees que yo estaba de juerga?

—No, no. Pero ya sabes lo que quiero decir.

—Quizá. Pero seguro que tú no sabes lo que yo quiero decir

—Queridísima...

—¡Al! Serénate, ¿quieres? Mantén un tono amistoso. ¿No sabes que los camareros tienen orejas enormes?

—Esme, querida amiga, nuestras situaciones son muy diferentes.

—Quizá no tan diferentes como te imaginas.

—¿Qué quieres decir? Claro que no. Tú no tienes ninguna culpa en este asunto.

—Hay otras cosas además de culpa.

—Te pones muy misteriosa.

—Y tú te pones egocéntrico.

—¡Que yo!... Escucha, toda la oficina comenta que vas a escribir una serie de artículos sobre la aflicción de una viuda. ¡Perfecto! Estás en la mejor situación para hacer exactamente eso. Pero yo soy escritor, no lo olvides, y sé cuánta objetividad y cálculo hacen falta para escribir esa serie y escribirla bien. No solo vas a mostrar tus entrañas. Vas a hacerlo con una gran objetividad periodística.

—Es la terapia de un corazón roto.

—¿Qué? Esa frase no parece tuya.

—No es mía. Pero eso no importa ahora. Hay consideraciones que tú ignoras.

—¿Como cuáles?

—Últimamente no soy la misma.

—No me sorprende.

—Es lo que me ha dicho el médico. Fue muy amable, pero me dijo que quería hacer dos o tres pruebas de rutina y me llamó ayer.

—Ay, querida, qué poco considerado he sido. Estás enferma.

—No exactamente. Estoy preñada.

La escena da lugar a un intervalo de comedia bufa, porque el Husmeador ejecuta a la perfección lo que en mi juventud llamábamos el truco de la nariz. Se le atraganta el Cabernet Sauvignon que estaba bebiendo y expulsa una buena parte de él sobre la mesa, pero lo hace por la nariz, con el dolor consiguiente y un aullido espeluznante. Dos camareros acuden corriendo en su ayuda. Mientras Esme se sacude la falda con gesto de digna indiferencia, los camareros palmean enérgicamente la espalda del Husmeador y le ofrecen un vaso de agua, pero sin mucho efecto. Continúa tosiendo y resollando por la nariz, lo cual le produce un daño terrible. El Husmeador es uno de esos hombres que se suenan la nariz a plazos, primero una ventanilla y después la otra, puf-pufti-puf, y así lo hace ahora, se enjuga las lágrimas de los ojos y trata de pedir perdón entre gañidos de dolor. Tarda un tiempo en calmarse. El *maître d'hôtel* se acerca a la mesa con una copa de coñac, y le pide al Husmeador que se la beba con sumo cuidado. Traen otro mantel y lo colocan hábilmente. Los ayudantes y los camareros acaban marchándose, los demás comensales dejan de mirar y la pareja recupera la intimidad.

—¿Qué has dicho...?

—He dicho que estoy embarazada.

—Pero, pero...

—Sí, ya lo sé. Supongo que fui un poco olvidadiza con la píldora. Una se cansa de esa continua obligación, ya sabes. Y así es.

—Y aquí estamos.

—Y aquí estoy.

—Pero yo también. *Mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa.*

El Husmeador se golpea el pecho ritualmente, como un cura en misa.

—¡Por Dios bendito, cállate! No hagamos otra escena.

—Pero yo también estoy metido en esto.

—No, Al. Tú no.

—Esme, ¿qué estás diciendo? ¿Quién otro pudo ser?

—Mi marido, imbécil.

—No me digas que estás ahí sentada para decirme que mientras tú y yo... éramos amantes, permitías que Gil...

—¡Pues claro! ¿O te habías creído que por ti iba yo a poner a Gil en la lista de espera? Yo quería mucho a Gil.

Ay, Esme, no te imaginas qué enorme alegría siento al escucharte esto. Mi querida, mi querida mujer, cuánto te amo en este momento. Y... y Anna, y Elizabeth, y Janet, y Malvina y Rhodri... sí, y supongo que los McOmish, todos, en alguna medida, siguen viviendo. Veo la continuación de la vida como nunca la vi mientras era parte de ella.

El Husmeador está destrozado. No come nada, aunque Esme da buena cuenta de su copiosa comida.

—Por supuesto, te ocuparás de eso —dice tras una pausa y en voz baja.

—Que me ocuparé de qué.

—De tu estado. Hoy en día no es ningún problema.

—No te sigo.

—Esme, este embarazo... mientras antes lo interrumpas, mejor.

—¿Mejor para quién?

—Para nosotros. Luego, más adelante, si nos casamos, podremos empezar una página en blanco. En el supuesto de que queramos tener hijos, claro.

—¡Si nos casamos! Al, será mejor que pongamos las cosas bien claras. Yo no voy a casarme contigo. Es el mayor disparate que he oído. ¿Tú quieres casarte conmigo?

—Tengo una dura responsabilidad contigo. Y, desde luego, no voy a eludirla. Debo cuidar de ti, pero no quiero cuidar de un niño que bien pudiera ser de Gil.

—Es de Gil. ¿Te crees que no sé contar? El médico dice que es un embarazo de unas diez semanas. Bien, hace diez semanas estabas en Europa, un mes que empleaste para husmear en el mundo del teatro y decirle a los lectores del *Advocate* lo aburrido que era. Ahora será mejor que quede todo claro. Voy a tener ese niño. Es un niño perfecto en todo, engendrado legalmente por mi esposo ahora difunto. Será lo que se llama un hijo póstumo. ¿Está claro?

—Esme, ¿realmente quieres tener un hijo?

—No lo sé, pero ya lo averiguaré. Y este hijo es lo que marca la diferencia de los artículos que voy a escribir. Rache Hornel dice que es la guinda encima del pastel. Y

tú no tienes nada que ver con esto, excepto que quizá vengas a verlo de Pascuas a Ramos como el viejo y divertido tío Al a regalarle un osito de peluche.

—Esme, no te comportas muy amablemente. Porque nos hayamos metido en este lío...

—Tú te has metido. Yo estoy muy bien.

—Tómalo como quieras. Pero hay otra cosa, sabes. Algo que parece que has olvidado. Yo iba a intentar que alguna gente de televisión se interesara por ti.

—Creo que sí, Al. Para joder al pobre Gil. Ahora, si puedes llamar al camarero...

5

Rache Hornel no es uno de esos agentes literarios simples, un poco negociantes, que únicamente dan su consejo cuando se lo piden. Dice que los escritores son creativos, pero que también necesitan la creatividad del hombre de negocios, del hombre de larga visión y amplio conocimiento del mundo. Rache aprendió su oficio en un lugar al que siempre llama L.A. y ha traído el espíritu de L.A. a Toronto, donde no encaja muy bien. Si Rache hubiera estado al lado de Virginia Woolf, ella nunca habría confiado a su diario que la venta de cinco mil ejemplares de su libro era halagadora; Rache la habría empujado hasta lograr que escribiera para el cine, con un salario de cinco cifras y el diez por ciento para él, el empresario creativo. Me doy cuenta de que está proyectando todo el resplandor de su creatividad sobre Esme, y asisto al almuerzo —a Rache le gusta plantear las grandes cosas a la hora de los postres— en el que vuelca toda su inspiración sobre ella.

—Pero Rache, eso no va conmigo en absoluto.

—Es la nueva tú, Esme. La Esme que nunca has explorado.

—Pero es lo oculto. Nada mío. Siempre he tenido los pies en el suelo.

—Esto es con los pies en otro tipo de suelo. No te estoy proponiendo un adivino de posos de café o una médium del extrarradio. La señora Salenius es lo mejor que hay. Lo más moderno. No hace promesas.

—¿Y qué va a intentar?

—Comunicarse con Gil. Un mensaje del más allá.

—No intentará averiguar quién lo mató, ¿verdad?

—No, a menos que tú quieras. Un mensaje, simplemente.

—No quiero hablar del asesino.

—Claro que no, muñeca. Demasiado doloroso.

—¿Cuánto costará?

—Nada. No acepta dinero. Puedes hacer una contribución a la iglesia, si quieres, y claro que querremos.

—¿Qué iglesia?

—La Fraternidad de Emmanuel Swedenborg, Científico y Profeta.

—¡Caramba!

—Es un cisma de la verdadera Iglesia Swedenborguiana. Pretende haber llegado más lejos en el pensamiento y la visión de Swedenborg.

—No sé quién es. ¿Cómo has conocido a esta mujer?

—Por la policía.

—¡La policía! No quiero saber nada de la policía.

—Cielo, estás hablando con el viejo Rache. ¿Iba yo a arañarte el corazón y hacerte sangrar otra vez? Pero fue la policía la que me dio su pista. Cuando necesitas un psíquico de primer orden, vas a la policía. Los emplean muy a menudo. Ya sabes, un niño se pierde, y cuando los agentes no saben qué hacer, lees en los periódicos que han consultado a un psíquico. Solo acuden a la señora Salenius en los crímenes muy sonados.

—¡Dios! ¿Emplea una bola de cristal o qué?

—No lo sé. Pero es impresionante, quizá porque ella no lo es en absoluto. Muñeca, ¿crees que iba a meterte en algo que yo no pueda controlar?

Y Esme accede a ir con Rache a visitar a la señora Salenius. El propósito que les guía es ver si pueden ponerse en contacto con mi espíritu y saber qué deseo decirle a mi desconsolada viuda. Si tienen suerte sacarán unas cuantas citas útiles para el libro. Consuelo para el afligido. Al fin y al cabo, yo era periodista y debo de tener un sentido profesional de lo citable. Rache lo ve como un golpe tremendo que, en su frase, «dará empaque» al libro. Con este premio inesperado del hijo póstumo y conmigo, vuelto de la tumba para decir unas cuantas cosas, va a ser «el no va más». Esme tiene sus dudas, pero confía en el viejo Rache. Y con seguridad estaré allí. Nunca antes he participado en una sesión de espiritismo, pero ya que estoy muerto, no quiero perderme esta. Espero tomar parte con un importante papel. No tanto para apoyar el libro de Esme como para tomarme algún tipo de revancha que ahora no puedo predecir.

6

Se fija la reunión para la noche del viernes siguiente. Esme ya sabe quién fue Swedenborg. No, como había supuesto al principio, un chamán poderoso en el sur de los Estados Unidos y en las plegarias de los desayunos presidenciales, sino un importante científico sueco del siglo XVIII, fundador de la cristalografía, precursor de la teoría de las nebulosas, la teoría magnética y de artefactos modernos tan conocidos como la ametralladora y el aeroplano; también fue un físico de fama incuestionable, impulsor de la teoría del universo como estructura espiritual y de un mundo espiritual poblado exclusivamente por seres humanos muertos agrupados en sociedades coherentes. Una figura inquietante, sin duda, en un mundo científico que no quiere tratos con los asuntos espirituales. Esme, buena periodista, se convierte enseguida en

una versada en Swedenborg después de consultar durante un par de horas las enciclopedias del *Advocate*. No es que quede convencida. Ni una pizca. Pero siente la atracción involuntaria del agnóstico hacia lo gnóstico, y siente curiosidad por conocer a la señora Salenius.

Tal como había dicho Rache, la señora Salenius no es nada impresionante. Es una mujer un tanto morosa, de cuerpo robusto, que habla inglés con voz tranquila y lastimera, como cuando la Garbo hablaba con la boca llena de bombones de chocolate.

Vive en un barrio antiguo y poco atractivo de Toronto, al oeste de la avenida Spadine, en una de esas casas de fachada roja y tejados puntiagudos que Esme recuerda como uno de los temas favoritos del pintor Franck, no muy de moda, pero evocativo.

—No es una sesión, querida. No empleamos esa palabra. Solo una especie de quietud. Una escucha intensa, podría decirse. Pero no puedo llevarla hasta que no sepa algunas cosas más que el señor Hornel solo ha mencionado. El nombre completo de su esposo, qué hizo en el mundo y cuándo murió. La manera como murió no está muy clara. Tómese su tiempo. No vamos a hacer nada desagradable.

La señora Salenius no gasta mucho en electricidad y apaga las pocas luces que hay en su sombría sala de estar, dejando tan solo dos velas encendidas sobre una mesa.

Terminan los preliminares y quedo algo sorprendido por la breve descripción, real aunque selectiva, que hace Esme de mí y de mi asesinato por un asaltante desconocido. La señora Salenius se acomoda como para dormir en un gran sillón.

—Pónganse cómodos, amigos míos. No se esfuercen por hacer nada. Basta con que estén tranquilos y piensen en Connor Gilmartin. Piensen en él afectuosamente, con amor.

Esme y Rache hacen lo que pueden. Él no me conoció nunca, pero no puede renunciar a sus esperanzas. Rache quiere decirme algo del libro, y en realidad está pensando en el libro. Un bombazo. Algo que dure mucho tiempo en las listas de los libros más vendidos —no puede resistirse— tanto como *Breve historia del tiempo* de Stephen Hawking. Ve las palabras de la atractiva solapa: «¿Habló conmigo mi esposo difunto? Soy un ser racional y juro que fue así. Pero el mensaje era para nuestro hijo no nacido».

Esme es honrada en su intento de relajarse. Y no lo hace mal. Ha estudiado cómo hacerlo en los libros y puede soltarse de sus tensiones corporales muy satisfactoriamente. Pero nunca ha dedicado un pensamiento a algo que se parezca a la relajación mental; salta entre la duda y la incredulidad y —no puede negarlo— el miedo. ¿Descubriré su secreto?

Lo más probable es que sí. Si puedo. Pero ¿cómo? ¿Como el amante muerto en aquella canción de Gogorza que tanto gustaba a mi madre?

*Y como un ángel bajando sobre ti
para susurrar en tu oído...*

¿En qué oído? ¿En el de Esme? ¿O en la peluda oreja de la señora Salenius, escondida bajo un mechón de pelo canoso? Por primera vez desde mi muerte, me doy cuenta de que no sé qué hacer. Decido que sea a la señora Salenius. Me acerco a ella todo cuanto puedo, lo cual es muy cerca, considerando mi presente estado, y hago lo que puedo.

—El asesino —digo, inaudiblemente—, el asesino fue el amante de mi mujer.

La señora Salenius no da muestras de haber oído nada. Sé que la señora Salenius no presta mucha atención a las noticias de crímenes, y mi nombre no significa nada para ella. Todo lo que sabe es lo que le ha dicho Rache Hornel, y Rache no sabe quién me mató. La señora está en trance, o dormida. De vez en cuando se queja calladamente.

¿Es que no me esfuerzo lo suficiente? Siendo un espíritu, ¿no tendría que usar un lenguaje altisonante? ¿Algo como los versos del padre de Hamlet?

—Escucha, escucha, oh, escucha —digo, y enseguida me siento como un tonto; no estoy hecho para este tipo de cosas. Pero no me doy por vencido y lo intento otra vez—: Soy el espíritu de Gilmartin, condenado a errar por la noche, y durante el día confinado a ser pasto de las llamas —(una mentira, pero ¿qué voy a hacer?)— hasta que los locos crímenes cometidos en mi vida se quemen y purguen para siempre...

Que se vaya al infierno. Esto rebaja a Shakespeare y me rebaja a mí, y está muy por encima del nivel de esta farsa en la sala de estar y supera infinitamente a la histórica respuesta del Husmeador cuando lo sorprendí en la cama con mi mujer. La muerte no oculta la necesidad. Por primera vez desde mi muerte, siento la abyección y la derrota.

Pero la señora Salenius está hablando con una voz extraña, distinta a la suya y, desde luego, no es la mía.

—Corazón querido, te lo ruego, no tengas miedo —dice—. No te aflijas por mí. He superado el dolor, la necesidad, pero no el amor. Ámame ahora, como me amaste antes de nuestra separación. Paz, paaaz —la señora Salenius alarga la palabra de un modo sorprendente.

Rache está con los ojos muy abiertos, tragando saliva.

—Pregúntele quién fue —sisea.

Esme salta hacia delante de su silla, como para prohibir semejante pregunta, pero es tarde para la señora Salenius; ahora habla con mayor determinación y en tono más fuerte.

—No busques venganza —dice—. La venganza pertenece al mundo que he dejado atrás por el mundo del espíritu. El hombre debe vivir con su propia alma. No te alegres con la aflicción de otra alma.

—¿Y esa es la voz de mi esposo? —dice Esme—. No se le parece en nada. Nunca

habló de esa manera,

—Solo soy un humilde instrumento, querida —dice la señora Salenius sin abrir los ojos—. No soy su encarnación. Digo tan solo el mensaje que llega hasta mí. Pero callen, por favor. Connor Gilmartin puede tener algo más que decir.

Claro que Connor Gilmartin tiene mucho que decir y estoy que reviento por no decirlo. ¿Quién o qué pone todo eso en la cabeza de la señora Salenius? No está fingiendo, eso lo sé con certeza. Es una especie de *party line*, seguramente una opinión aceptada procedente del aprendizaje swedenborguiano. Pero la impresión que tengo es que alguien puede comunicarse con la señora Salenius de un modo que yo no puedo. Estoy tan cerca como me es posible de su oreja cerosa, y susurro el nombre de Randal Allard Going con toda la intensidad de que soy capaz pero, en lo que concierne a la señora Salenius, es como si yo no existiera. Vuelve a hablar.

—No os aflijáis por mí. Afligíos únicamente por el infeliz que causó mi muerte. Estoy seguro en un mundo donde todos nos encontraremos en el momento debido. Es un mundo de alegría inefable.

¿Qué quiere decir esta gente con «alegría inefable»? Ya le diría yo a la señora Salenius un par de cosas sobre la vida después de la muerte. Mi observación y mi implicación con mis antepasados, a medida que aparecían en una serie de películas, no me han causado precisamente una alegría inefable. He pasado y he sufrido con ellos todas sus vicisitudes y todos sus contratiempos. Me he hundido en el vaivén implacable de la buena y la mala suerte, de la virtud modesta y el vicio moderado; he soportado el valor resuelto de Anna, he conocido la fe sencilla de Janet y la oscura ironía con que Malvina contemplaba el mundo; me he estremecido con el rechazo casi embrujado del amor físico que dio a Virginia dominio sobre un artista artesano; he sentido la profundidad de la fe de Thomas y la debilitada filosofía de mi propio padre; he compartido la sumisión al deber de Walter y la victoria sobre el destino de Rhodri; estas cosas no constituyen una «alegría inefable», sino un sentido de la vida más punzante y poderoso que cualquier cosa que conociera cuando era un hombre vivo. «Los hilos de la vida que me tejieron / me trajeron aquí...». Sí, el poeta lo sabía.

Pero ¿no ha de haber venganza? No puedo admitirlo. Sé algunas cosas de fantasmas, porque he crecido con los mejores fantasmas de la literatura inglesa; mi padre acostumbraba a hablarme de ellos cuando yo era pequeño y me gustaban el misterio y el miedo, como suele ocurrirles a todos los niños felices y bien protegidos. Los fantasmas vuelven a la vida en busca de venganza, que es otro nombre para la justicia. La señora Salenius y sus disparates swedenborgianos de espectros suaves no tienen nada que ver conmigo. Tendré venganza y me encargaré de ejercerla yo mismo.

No sé cómo se despidieron de la señora Salenius Esme y Rache Hornel. No lo sé, pero sospecho que compraron bastantes ejemplares de las densas obras de Swedenborg, además de dejar un regalo en dinero. Me pregunto qué va a hacer el

viejo Rache con *Arcana Coelestia*, si es que se digna abrirlo.

He salido en busca de Randal Allard Going. Ardo de furia por la derrota que he sufrido en la sala de estar de la señora Salenius. Lo encuentro en las oficinas del *Advocate*, sentado en su mesa tecleando torpemente en el procesador que no acaba de dominar.

Al es un desdichado. Lo sé como lo sabe cualquiera que esté cerca de él. Su jefe cree que se debe a que no ha encontrado la manera de sacar a McWearie de su despacho. Sus colegas, Bellas Artes, Literatura y Música, en la manera cruda en que se manifiestan quienes comparten un mismo despacho, piensan que duda si será capaz de desempeñar su nuevo puesto. Las secretarias creen que está afligido por Connor Gilmartin, a quien nunca apreció mucho en vida, pero cuya muerte le ha afectado profundamente, como se vio en el funeral.

Yo sé que lo que le aqueja es la culpa.

No tiene religión. Educado en un hogar dotado de sustanciales medios económicos, fue enviado de niño a un colegio famoso por sus ideas progresistas y la falta de prejuicios del director y los profesores. Muchachos de todo tipo de familias acomodadas iban a ese colegio y para el director era evidente que a semejante complejo de ricos, conocidos cristianos, musulmanes, hindúes, judíos y confucianos reformistas, no se les podía educar en una creencia que no pisara el callo de otros y provocara cartas irritadas de los padres desairados. Pero cierta Preparación para la Vida, como la llamaba el director, era necesaria y, en consecuencia, había una asignatura de Ética. La belleza de la ética consiste en que nadie está totalmente seguro de lo que incluye, ni siquiera de lo que significa. Pero el director hablaba de «supuestos tácitos», el primero de los cuales era la Pureza Sexual, aunque en un mundo como el nuestro, que se extiende con tanta rapidez, eso no debe confundirse con la monogamia o la heterosexualidad o cualquiera de esos conceptos caídos en desuso y, sin duda, lo mejor en semejante terreno confuso era «tocar de oído» y procurar no dañar a nadie, por más que eso no era del todo posible si querías realizarte por completo. Luego estaba la Caridad, que quiere decir dar lo que a uno le sobra de sus ingresos, aquello que no se requiere para las auténticas necesidades de uno; el problema aquí consiste en decidir cuánto de lo que uno gana debe considerarse excesivo, pero el director sabía que hay agencias de caridad por todas partes, deseosas de informar a cada uno sobre este punto para llevarse todo lo que puedan. Por último, estaba el Compromiso con el Desarrollo Intelectual, que no exige ningún aburrido esfuerzo personal, pero que significa ser generoso con, por ejemplo, el antiguo colegio y, si quedaba algo, la propia universidad, para apoyar la investigación científica. Además de estas cosas, se recomendaba benevolencia y sensibilidad en general, propias de un... no, no un caballero, que esa es una palabra perteneciente a un oscuro pasado de esnobismo y de privilegios, sino de una persona educada que ocupa un lugar destacado en la sociedad.

Antes de la presente apertura sexual, se decía con frecuencia que los niños

aprendían sobre el sexo en las alcantarillas; los niños privilegiados como Randal Allard Going aprendieron su moral en la alcantarilla, adonde se arrojan las ideas que no gustan, y una de las cosas de su moral de alcantarilla (muy parecida a los Diez Mandamientos, pero destrozados y desordenados) era que matar era una cosa muy mala. Matar, como el director habría dicho en su manera jovial de hablar a los niños, era un No-No, porque, aunque fuera necesario para realizarse, hace un grave daño a otro y, además, de un modo irrevocable.

El Husmeador sufre un terrible ataque de mala conciencia, por más que una vez oyó decir al director que la conciencia probablemente no era más que la voz de los padres o los abuelos, quizá no las mejores guías para la vida moderna. ¿Era algo procedente del espíritu de su respetado antepasado, sir Alured Going, aquel que había sido humilde sin afectación, circunspecto sin hosquedad y animoso sin ligereza, que le decía ahora que matar era delito, excepto, por supuesto, en una guerra justa? Un delito que daña irrevocablemente el alma (una entidad que el director tenía mucho cuidado de no mencionar por ese nombre).

Aunque trataba de escribir un comentario jugoso y bien considerado sobre una película moderna, esto era lo que surgía y hervía, como la acidez de estómago, en la mente de Al cuando me acerqué a él en su despacho. Estaba solo. Bellas Artes, Literatura y Música estaban en otras partes, entregados a las elevadas responsabilidades de sus respectivos campos.

Ahí está sentado, contemplando desolado los caracteres blancos sobre la pantalla verdosa, aparentemente tratando de recordar cómo se deletrea la palabra «imprescriptible», pero, en realidad, cociéndose en su propia culpa. La acidez, no física sino anímica, lo posee por completo.

¿Qué he de hacer yo? No estoy mejor preparado que Al para la situación en la que me encuentro. Un espíritu que busca su venganza ¿qué puede hacer en un mundo como el nuestro? Si condujera un coche, estoy seguro de que podría preparar uno de esos accidentes de los que luego se dice que el coche «perdió el control». Pero siempre que Al sube a un coche es un taxi.

Como un necio, hice lo que a menudo hacía en momentos de crisis. Hice lo mismo que cuando sorprendí a Al en la cama con mi mujer y lo llamé «El Husmeador». Dejé que mi sentido del humor tomara la iniciativa.

El sentido del humor, como cualquier don, tiene su lado positivo y su lado negativo. Como Heráclito sin duda me habría dicho si hubiera podido, la brillante claridad apolínea, cuando se lleva muy lejos, puede convertirse en necia grosería dionisiaca, como ahora.

Canto. Me acerco tanto al oído de Randal Allard Going como me acerqué al de la sorda señora Salenius, y canto una canción que en mi necedad creo es la más apropiada al caso.

Las campanas del infierno hacen tilín-tilín

*para ti, que no para mí.
Para mí los ángeles hacen tilín-tilín,
traen cosas buenas para mí.
Oh, muerte, ¿dónde está tu tilín-tilín,
oh, tumba, tu victoria?
Las campanas del infierno hacen tilín-tilín
para ti, que no para mí*

¿No era esto lamentablemente inútil, indigno, absurdo, vulgar e inadmisibile? ¿Indigno de un espíritu con algún sentido de la nobleza de la muerte? Culpable en todos los sentidos. Pero ¿acaso era ineficaz? Algo en la postura de Al me dice que no es del todo así. Se inclina un poco. Vuelvo a cantar, elevando la voz.

Se inclina un poco más.

Gozoso y riendo por mi éxito, canto la misma canción por tercera vez y, en la medida en que puedo bailar, bailo burlescamente con el dedo pulgar en la punta de mi inexistente nariz y los demás dedos extendidos, en un éxtasis de regocijo ofensivo. ¡Cuánto placer! Me estoy comunicando con Al, o eso parece, porque, de pronto, deja caer la cabeza sobre el teclado de su procesador de textos y llora, no, no como un niño, sino como un necio atrapado en la red de su propia estupidez. Un mocoso.

7

¿Adónde va el Husmeador? Quizá a tres kilómetros de las oficinas del *Advocate*, a la universidad, y como es su costumbre, cogerá un taxi. Pero parece que hoy siente la necesidad de ir a pie, quizá como un peregrinaje de penitencia. Avanza con dificultad en medio del frío de la noche otoñal, con su bastón-cachiporra que ahora aborrece y, de vez en cuando, al pasar junto a una farola, veo que mira aprensivamente hacia atrás.

La Universidad de Toronto posee un amplio campus sobre el que se extienden las facultades que la componen. Los edificios que alojan las facultades de ciencias están repartidos de un modo poco consistente. El Husmeador se dirige a la parte este del aparcamiento, deja atrás el Instituto Pontificio y entra en el Colegio de San Miguel. ¿Por qué?, me pregunto. ¿Por qué la parte católica de la Universidad? No conoce muy bien el lugar y solo después de perderse varias veces y de hacer preguntas, se encuentra por fin ante la puerta de la residencia privada del formidable padre Martin Boyle, el rector, de la orden de San Basilio.

El Husmeador espera encontrar austeridad, reserva clerical. Pero el padre Boyle se presenta en la puerta vestido con un chándal, frotándose vigorosamente la cabeza y la cara con una toalla.

—Entre. Ha tenido suerte de encontrarme. Estaba fuera corriendo, como cada

tarde. Una obligación, ¿sabe? Después de todo un día en el despacho y en el aula, has de respirar el aire o te mueres. Sin ejercicio, hace un mes que estaría muerto. Bien, ¿en qué puedo ayudarle? El señor Going, ¿verdad? Sí, claro, he leído sus artículos. Me gusta estar al día de las películas. También del teatro. No voy tan a menudo como quisiera, pero en cuanto puedo me escapo a ver alguna obra. No resisto la televisión. Todo lo que dicen es basura. Y como se acostumbra a decir, ¿a qué debo el honor de su visita?

—Padre, quiero confesarme.

—¿Ah? Bueno, vayamos despacio. Un poco de charla primero. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? Me temo que solo tengo *whisky* de centeno. ¿Soda o al estilo antiguo?

El padre Boyle es frío aunque afectuoso, y me da la impresión de que no es la primera vez que se encuentra con estos penitentes tan raros. El padre Boyle se hizo famoso por su relación, casi veinte años antes, con tres delincuentes que habían matado a cuatro policías durante el asalto a un banco. El padre Boyle los visitó en prisión, descubrió que los tres eran católicos, y los sometió a una dura penitencia antes de acompañarlos finalmente al pie de la horca, porque en aquellos días la horca era todavía el destino de gente semejante. Era muy conocido por ser el amigo de los sin amigos y yo sabía que el sentido dramático del Husmeador lo había conducido hasta aquel hombre. Su hermoso rostro, la abundante pelambreira gris y las espesas cejas negras se correspondían con lo que, según la idea del Husmeador, debía de ser un gran sacerdote.

El poco de charla, tal como lo entiende el padre Boyle, dura al menos media hora, y mientras escucha fuma cigarrillos y se toma más de una copa. Pero finalmente termina por interrumpir al otro.

—Señor Going, lo siento mucho por usted y lo tendré en cuenta en mis oraciones. Pero estoy seguro de que comprenderá que no puedo aceptar lo que me ha contado como una confesión. No tal como yo entiendo la confesión. No es algo que yo, como sacerdote, oigo en nombre de Dios y perdono en nombre de Dios. Es una relación muy especial, definida claramente por la Iglesia y llevada a cabo únicamente dentro de la Iglesia. Ahora bien, me ha dicho usted que ni siquiera está bautizado y, aunque en circunstancias ordinarias quizá no lo tomara con severidad, eso quiere decir que usted no ha pensado mucho en las cosas del espíritu ni nadie lo ha hecho por usted. No quiero ser demasiado estricto, pero debe entender que la Iglesia tiene sus normas, y Dios también. Así que, como le he dicho, lo siento mucho por usted y rezaré por usted, pero no puedo absolverlo en el nombre de Dios. No se puede hacer.

—Entonces, ¿qué hago? ¡Estoy desesperado! ¡Dios mío, me mataré!

—Vamos, vamos, nada de eso. Sería como llover sobre mojado, pecado sobre pecado. Usted está ahora mismo en grave pecado, así que no lo empeore. Compórtese seriamente. El suicidio, con todo su horror, es, al final, una frivolidad, es querer ser una excepción en el orden apropiado de la vida. Para decirlo de alguna manera, es como saltarse la cola. No, no, debe buscar una solución mejor.

—Pero ¿cuál? Usted me rechaza. A mí, que buscaba comprensión y simpatía.

—Le ofrezco, mi querido amigo, toda la comprensión y la simpatía que tengo, así que olvide esa tontería de que yo lo rechazo. Eso es psicología de periódico. Estoy intentando pensar algo que pueda ayudarle... Espere, hay algo en la Iglesia ortodoxa que nosotros no empleamos, pero como usted no pertenece a ninguna Iglesia ni, por lo que yo sé, a ninguna creencia, quizá funcione.

—¿Sí...?

—Pensándolo bien, quizá sea lo que usted necesita. Algo teatral. Va bien con el crítico de teatro que lleva usted dentro.

—Con toda la humildad, le pido ayuda.

—Pues muy bien. Veamos ¿tiene usted algún enemigo?

—¿Un enemigo? ¿Quiere decir alguien que me odie? ¿Que quiera hundirme?

—Alguien que quiera acabar con usted, y que lo haría si pudiera.

—Bueno, verá... por supuesto que tengo rivales en la profesión. Siempre hay envidias. Probablemente sepa cómo es la gente del mundillo literario. Pero que quiera acabar conmigo, francamente, no conozco a nadie.

—Bien, pruebe desde el otro lado. ¿Hay alguien a quien usted odie? ¿Alguien que usted aborrezca de verdad, que merezca su absoluto desprecio? ¿No hay nadie que se interponga en su camino?

—¡Ah! Bueno, si lo pone así, creo que sí, que hay alguien.

—Bien, o mejor dicho, mal. Pues esto es lo que hay que hacer si yo fuera un cura ortodoxo, que no lo soy, por supuesto. Preséntese a esa persona y humíllese ante ella hasta lo más bajo, y cuénteles lo que me ha contado a mí esta noche.

—Pero lo más probable es que entonces me entregue a la policía.

—Y usted sabía que yo no iba a hacerlo, ¿no? Usted quería el perdón. Usted quería la absolución de su crimen, porque es un crimen y el primer crimen que Dios señaló. ¡Usted ha matado a un hombre! Usted no tenía intención de hacerlo —eso ocurre a veces—, pero usted le robó a un semejante la vida que Dios le había dado y, al hacerlo, ha frustrado el propósito de Dios. ¡Piense en eso! ¡Caín resucitado! ¡El peor crimen del libro! Y usted quería que yo lo mantuviera bajo secreto de confesión. Vamos, señor Going, pensar eso es bastante estúpido, es jugar con mi sagrado oficio. Usted solo quería que lo sacara de la picota. No puedo. Dada su situación, usted no es serio. Se preocupa de su reputación, de su libertad, aunque en estos días ya no tenga que preocuparse de su cuello. Deje de preocuparse de tantas menudencias y piense en su alma inmortal. Es su cruz, no la mía, y yo no puedo cargar con ella.

8

—¿Así que fue usted quien mató al pobre Gil? Pensándolo bien, no me sorprende.

—¿Cree que parezco un asesino?

—Creo que parece un asno. No me sorprende porque la gente que lleva cosas asquerosas, como esa arma escondida suya, suele acabar empleándolas, y eso es lo que usted ha hecho, y esa es la razón de que usted esté metido en este lío. Su crimen, hombrecito, comienza a fraguarse el día en que usted pagó su buen dinero por esa estupidez para satisfacer su vanidad masculina. Ay, querido, querido, querido, mi pobre amigo Gil.

Es tarde. Going ha vuelto caminando desde la universidad hasta las oficinas del *Advocate*, murmurando para sí mismo, tropezando de vez en cuando con la gente porque cada vez más a menudo se vuelve para mirar atrás. Su estado es lastimoso, pero no creo que sea yo la persona que debe compadecerlo. Si no hubiera visto luz en el despacho de McWearie, ¿se habría sentado alguna vez en el sillón de invitados de su despacho? Quizá no, pero Hugh se ha quedado a trabajar hasta tarde, o a meditar y a fumar hasta tarde, y el Husmeador actúa por impulsos, igual que actuó cuando me derribó con su cachiporra. Ahora está arrepentido de este impulso, pero es demasiado tarde para retractarse de su confesión.

—Entonces, ¿qué va a hacer?

—¿Que qué voy a hacer? No le entiendo.

—¿No va a denunciarme? ¿Entregarme a la policía?

—No había pensado en eso.

—Bien, ¡pues piénselo ahora!

—Es usted muy precipitado, señor Going. Ese es su problema. Se precipitó cuando mató al pobre Gil.

—Ya se lo he dicho. Fue un acto no premeditado, provocado cuando me llamó con un nombre oprobioso.

—Vamos, vamos, no completamente irreflexivo. Como ya he tratado de explicarle, fue premeditado o, al menos, era una posibilidad cuando usted compró ese bastón con la cachiporra escondida. Y en cuanto al nombre oprobioso, ¿qué esperaba usted? Piénselo, hombre. Lo encontró en la cama follando a su mujer.

—¡No! ¡No estábamos...! No habíamos...

—Supongo entonces que estaban en los preparativos. Lo que, si no me equivoco, se llaman los preliminares. Pero usted no necesitó ningún preliminar para coger y usar su porra. ¿Qué demonios hacía usted con ella en la cama, si no es poco delicado que se lo pregunte?

—No estaba en la cama. Estaba al lado de la cama. Con mi ropa.

—Ya veo. Es su fama, por supuesto. Nunca se le ve sin su hermoso bastón. Ni siquiera cuando está en pleno adulterio.

—Por Dios, McWearie, ¡que estamos en el siglo xx!

—A eso iba, señor Going. Justo a eso iba. ¿Era una pasión irresistible o solo un pasatiempo? Dígame, vamos, ¿estaban enamorados usted y la bella Esme?

—Nunca he entendido muy bien qué se quiere decir con esa expresión.

—Lo creo. Pero reflexionemos unos momentos. ¿Han intercambiado palabras

cálidas? ¿Le ha dicho ella alguna vez, por ejemplo, que lo prefería a Gil?

—No creo que tenga derecho a hacerme esa pregunta.

—Posiblemente haya ido demasiado lejos, pero creo que lo que acaba de contarme me da más derecho que a otra persona. ¿Estoy equivocado?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Porque debo tomar una decisión. La seriedad de su relación con la señora Gilmartin puede pesar mucho en lo que yo haga.

—Éramos amantes.

—Pero no estaban enamorados, ¿verdad? La palabra «amante» ha adoptado un significado más bien técnico en nuestros días.

—Explorábamos los parámetros de nuestra relación.

—¡Vaya, qué estupenda palabra! Ustedes medían y cuantificaban lo que sentían el uno por el otro antes de declarar el hecho. Y eso exigía un montón de diversiones en la cama, ¿eh?

—McWearie, se está mostrando muy desagradable y muy puritano, y estoy convencido de que lo hace por envidia. Esme es una mujer encantadora.

—Ah, y también una mujer ambiciosa. Los rumores de la oficina dicen que ella cree que su belleza y talento quedarían muy bien en televisión, y que usted podría echarle una manita, si me perdona lo poco delicado de la expresión, en ese extraño mundo.

—Y si fuera así, ¿qué?

—Pues que habría que preguntarse si su complicidad con usted era lo que suele llamarse un *quid pro quo*. O quizá, permíname otra vez, un pago por adelantado.

—¡Señor McWearie, usted... usted es un mierda!

—De ninguna manera, hombrecito, ni siquiera levemente fecal. Pero si tengo que decidir lo que debo hacer con usted, he de saber algunas cosas, y mi método de investigación es el que he aprendido de niño. Mi padre, ¿sabe usted?, era policía. No un guardia corriente, aunque empezara haciendo la ronda en Edimburgo. Terminó su carrera como respetado jefe de policía en un extenso condado escocés. Era un buen detective, de los de verdad, no de los que salen en las novelas. Era un pragmático y decía que había que achacar los peores motivos a todo el mundo, con la esperanza de equivocarte, por supuesto. Así que usted tiene que comprender que yo debo suponer, para llegar al fondo de las cosas, que Esme lo estaba utilizando y que usted era tan primo que se dejaba hacer.

—¿Podía ser ella tan ruin?

—Claro que podía, pero ¿qué hay de ruin en ello? Es una mujer ambiciosa y quizá calculó el coste y decidió pagarlo en la moneda tradicional. Era un juego, y quizá usted no se dio cuenta. Usted no es tan repulsivo como tantos otros que son usados por una mujer ambiciosa para trepar. Ahora comprendo que ha encontrado otra escalera, y a esta le paga con otra clase de moneda. Un agente que le proporciona cuanto ella quiere y se lleva su diez por ciento.

—¿El payaso Hornel?

—Si ella ha cambiado su arlequín, usted, amigo mío, por un payaso, supongo que es porque el payaso le puede dar lo que ella quiere, y usted no. Los payasos son muy inteligentes.

—¡Dios mío, vaya con las mujeres!

—Y los hombres. Los ambiciosos hacen el mismo juego de la misma manera, con independencia del sexo, y vivimos tiempos muy liberales, como he visto que usted dice a menudo en sus críticas.

—Esperaba algo mejor de las mujeres.

—Mi padre nunca lo esperó. *Varium et mutabile semper*, acostumbraba a decir. ¿Sabe?, tuvo una buena educación escocesa. Y lo escribió en lengua vernácula:

*Una veleta cambiante, resoplando,
siempre es la mujer.*

Supongo que usted nunca ha ido por ahí resoplando, señor Going.

—¡Me estaba utilizando!

—¿No lo había sospechado?

El Husmeador parece muy deprimido.

—De eso es de lo que hablábamos —dice por fin.

—¿La noche fatal? ¿Se habían peleado?

—No exactamente, estábamos a punto de pelearnos. Y entonces apareció Gil.

—Después de haber sido lo que usted llama amantes, ¿estaban en desacuerdo?

—No habíamos sido amantes, no esa vez, del modo que usted quiere decir. Me dijo que creía que había llegado el momento de romper.

—¿Y usted no quería?

—Prefiero serle franco.

—Sí, será mejor.

—Aquello quería haberlo dicho yo. En esas situaciones, siempre había sido yo el que lo decía. Después de muchas... bueno, ternuras y protestas por esto y por aquello.

—Y usted estaba furioso porque ella se le adelantó. Tiempos liberales, señor Going. Tiempos liberales.

—Y fue entonces cuando entró Gil y se burló de mí.

—Y usted lo golpeó.

—Sí.

—¿Y lo mató?

—Supongo que sí.

—No, no lo supone. Usted sabe muy bien que lo mató. Ahora fíjese en ese cuadro, el de la pared. *Degrés des Âges*. Perteneció a mi padre, el policía de Edimburgo. Lo empleaba como guía en crímenes como el suyo. La humanidad, masculina y femenina, caminando sobre el gran puente de la vida. ¿Cuál de esos

hombres es Gil, según usted?

—¿Es necesario hablar de esto?

—Sí, si no, no se lo preguntaría. Mire el cuadro, hombre. ¿Dónde está Gil?

—Ahí, supongo.

—Deje sus tontas suposiciones. Pues claro que es Gil. *L'Âge de maturité*. Y exactamente cuando alcanzó su madurez, va usted y lo mata. ¿Qué mató usted? ¿Qué posibilidades? Gil era un tipo capaz, déjeme que se lo diga. Podía haber hecho cosas muy buenas, de periodista o de cualquier otra cosa. Pero usted lo frenó, ¿verdad? Sin querer, lo cual es una necia excusa una vez cometido el crimen. ¡Pobre Gil! Que lo maten a uno ya es bastante malo, pero que lo mate a uno un bobo ridículo... Espero que se riera. Quizá, por lo que yo sé, se esté riendo ahora. Tenía un acusado sentido de la ironía. ¿Así que...?

—¿Qué?

—¿Qué viene ahora? Sé lo que mi padre habría hecho. Lo habría metido en la cárcel.

—Será mejor que lo haga. Llame por teléfono a la policía. Estoy preparado.

—Pero yo no. Todavía no. Usted no está solo en esto. Está Esme, ¿verdad?

—Parece que sabe muchas cosas de Esme. ¿Ha estado hablando con ella?

—Yo diría que ella ha estado hablando conmigo. Ha venido a verme esta tarde. Se ha sentado justo donde ahora está usted.

—¿Le ha contado todo el asunto?

—No. Quería preguntarme sobre el interés de Gil en lo oculto, como ella dice.

—¿Lo oculto?

—Es un término tonto. Gil acostumbraba a charlar conmigo de metafísica. Él intentaba pasar por un periodista realista y poco sentimental, pero sentía bastante inclinación por la metafísica.

—Querrá decir por la religión.

—No intente decirme lo que quiero decir, señor Going. Cuando digo metafísica, quiero decir metafísica. La reina de los pasatiempos, gozo del intelecto, la más alta aventura amorosa del pensamiento especulativo. Siendo infinita en su alcance, depende de la sutilidad y de los conocimientos del intérprete; aun así, en su osadía y su rechazo a prestar atención a las consideraciones mundanas, puede llevar a cabo espléndidos vuelos en medio de la oscuridad que rodea nuestro mundo visible. Metafísica, madre de la psicología y padre burlón del psicoanálisis. Un juego fascinante, señor Going, en el cual los jugadores no pueden decidir el valor de las piezas ni el tamaño del tablero en el que juegan. Una diversión fascinante, fascinante, para una mente intrépida.

—¿Gil estaba en eso?

—Lo está ahora. Usted mismo lo puso ahí. Con esa bonita varita mágica con la que está jugueteando ahora. Le agradecería que la dejara a un lado.

—Escuche, no piense que me creo nada de esa mojiganga de la que me habla,

solo dígame dónde, usted, como metafísico, supone que está Gil ahora.

—Esa es una gran pregunta y, como metafísico, no puedo darle una respuesta inmediata. Pero suponga, por ejemplo, que aquellos *kundalini* aciertan en lo que dicen. De momento, Gil estaría pasando un mal momento con el Señor de la Muerte. ¿Sabe?, tiene muy mal carácter. Le habrá puesto una soga al cuello, tirará de él y le cortará la cabeza, le desgarrará el corazón, le sacará las tripas, le chupará los sesos, le comerá la carne y le roerá los huesos, pero, aun así, Gil no podrá morir; padecerá todos los sufrimientos y revivirá otra vez para pasar las mismas angustias hasta que el Furioso Señor de la Muerte crea necesario tomarse un pequeño respiro, para que vuelva a nacer.

—¿Volver a nacer?

—Sí. ¿Y quién podría ser? Esme va a tener un hijo, me lo ha dicho con una satisfacción maternal que me ha sorprendido en ella. Quizá sea Gil en pequeño. Pero no es probable. Aunque siempre puede darse la posibilidad. La metafísica es un mundo de posibilidades.

—¡Qué espantoso! Todo esto es ridículo.

—Me estoy burlando de usted, señor Going. No lo puedo evitar.

—¿Por qué no dice tan solo que Gil se ha ido del todo, y no está en ninguna parte?

—Es lo que usted quisiera que yo dijera, ¿verdad?

—Es lo que opina todo el mundo.

—Usted es crítico de teatro. Seguramente recordará una frase de Ibsen: «La sólida mayoría siempre está equivocada».

—Ay, Dios, tengo los nervios destrozados. Escuche, McWearie, lamento haber dicho que es usted un mierda.

—No es la primera vez y tampoco será la última, estoy convencido.

—Todo esto me está matando. Esme... confiaba en ella. Por supuesto que sabía que estábamos llegando al final, pero confiaba en ella. Y... me cuesta trabajo decírselo, pero estoy empezando a tener alucinaciones, ¿podrá creerlo? Esta noche, cuando iba por la calle, juraría que tenía dos sombras.

—Eso es porque usted iba al lado de usted mismo.

El Husmeador se levanta de golpe y agarra su bastón, pero Hugh es más rápido y se lo arranca de la mano.

—Está usted mejor sin esa cosa. La pondré aquí, encima de la librería, al lado de mi calavera. La llamo Pobre Yorick, y eso es una broma que un crítico de teatro debería entender. Le daré una copa. ¿Whisky? Será mejor que le guste porque es lo único que tengo. Y ahora preste atención. No es del todo infrecuente que un hombre en su situación crea que tiene dos sombras. Le daré una pista metafísica; hay un montón de cosas malignas que es probable que nos ocurran cuando nos apartamos un poco del camino recto de la vida. Nadie sabe realmente quién habla, o por qué, o quién proyecta la sombra, o hace ruido en la alacena, o rompe el cuchillo del pan, o

hace todo tipo de travesuras. Hasta Freud no supo explicar esos fenómenos, y eso que era un hombre, como usted sabe, dispuesto a explicarlo todo. Quizá sea el diablo. El diablo es la explicación que tenemos más a mano para cualquier cosa que no entendemos. Tómese la copa y recupérese.

—Sí, acabemos.

—¿Qué hay que acabar?

—Llame a la policía.

—No tengo la más mínima intención de llamar a la policía.

—¿No me va a entregar?

—¿Por qué debo hacer yo su trabajo sucio?

—¿Mi trabajo sucio?

—Sí. Usted necesitaba que el padre Boyle le dejara el alma limpia, pero él no ha querido hacerlo. Ahora quiere usted que yo lo entregue a la policía, y no quiero hacerlo. ¿Venganza? No quiero venganza. Entréguese usted, hombre.

—Sí, pero eso dañaría a Esme. Se vería implicada.

—Y su hermoso libro sobre la aflicción tendría otra perspectiva. No hay mucho público dispuesto a leer libros sobre cómo enfrentarse a la vida después de que tu amante haya asesinado a tu esposo, y sería muy duro para ese niño, cuando él, o ella, tuviera doce años. Ah, es usted muy galante, señor Going. Pero no le habría importado que fuera yo el que hiciera el trabajo sucio para Esme. Prefiere ir arrastrado a la cárcel que no ir a ella por sus propios pies.

—¿No va a decir nada?

—Ni una palabra.

—¿Nunca?

—Nunca digo «nunca», pero en lo que a mí respecta, que es mucho más de lo que usted supone... nunca.

—Supongo que debo darle las gracias.

—No me las dará cuando haya reflexionado un poco. Vamos a suponer que lo entrego; probablemente lo acusarían de homicidio porque su acto no fue premeditado y lo condenarían a algo así como tres años. Saldrá antes de ese tiempo, porque hoy en día los dados están demasiado cargados a favor de los asesinos. Es comida caliente para el malhechor y patatas frías para el ofendido. Y después de la prisión supongo que usted pensará que es un hombre que ha pagado su deuda. Por eso no le hago un gran favor si dejo que salga de este despacho como un hombre libre, porque un hombre libre es precisamente lo que nunca será usted. Está obligado a llevar ese bastón, si no, ¿quién sabría que es usted el famoso señor Going? Usted tendrá que vivir con el fantasma de Gil...

—¡Tonterías!

—Espere solo un momento. ¿Sabe lo que es un fantasma? Investigue lo más atrás que pueda en las lenguas antiguas y verá que significa furia, o ira. Tendrá que arreglárselas con el fantasma de Gil lo mejor que pueda. Y ahora, señor Going, estoy

seguro de que no querrá darme las gracias y supongo que esto es todo lo que tenemos que decirnos. No olvide su bastón. Nunca olvide su bastón. Que tenga unas buenas noches.

9

—¡Qué enredo de motivos!

—¿Los tuyos eran más sencillos?

—Ahora lo veo diferente.

—Por supuesto.

—Toda esa gente en las películas. Qué confusos.

—Uno siente por ellos...

—¿Lástima?

—No. La lástima implica una especie de superioridad.

—¿Compasión, entonces?

—La compasión sigue siendo algo desde arriba.

—¿Qué, entonces?

—¿Amor, quizá?

—Creo que a eso voy, pero siempre me ha espantado esa clase de amor. A menudo significa algo tullido o grasiento, como un billete viejo de dólar.

—La gente se asusta de los sentimientos fuertes. Es uno de los peligros de la vida civilizada.

—Nunca pensé en esos antepasados. Ni conocía a la mayoría de ellos.

—Ahora los conoces.

—Tristes. Divertidos. A veces insignificantes.

—No creo que debas decir insignificantes.

—Lo siento. No. Entablaron el combate del héroe con cualquier cosa que tuvieran. Eso no puede ser insignificante.

—No cuando contemplas toda la vida.

—Me habría gustado hacer mi combate heroico más conscientemente.

—Por supuesto. Y no dirías que ha sido insignificante, ¿verdad?

—¿Soy yo quien debe decirlo?

—¿Quién si no?

—Eres muy sentenciosa. ¿Quién eres?

—Vamos, Gil... Me conoces.

—Mi madre. Tú debes de ser mi madre.

—¿Debo? ¿Por qué debo?

—Esas películas. Todas del lado paterno. ¿Es que mi madre no tiene nada que ver con mi nacimiento? ¿Dónde estaba ella?

—Mejor será que preguntes ¿dónde no estaba?

—No se la veía en ninguna parte. Ni sombra de ella.

—*En todo lo que sentías. En tu manera de observar. En la ironía que ponías en lo que veías. Todo era de ella. Irremediabilmente.*

—Entonces, ¿quién eres? Dices que te conozco. ¿Lo he olvidado?

—*¿Recuerdas lo que decía McWearie de la mujer dentro del hombre?*

—¡Así que eres eso!

—*Ninguna otra.*

—¿Como acostumbraba a enseñarme mi padre en las antiguas comedias morales? ¿Eres tú mis buenas obras? ¿No? Entonces, ¿debo llamarte mi señora Alma? No te rías. ¿Debo estar más al día y llamarte mi *Ánima*?

—*Vamos, Gil, ¿cuándo pararás de nombrarlo todo? Eso es solo una manera de apartar las cosas, de encarcelarlas. Límitate a aceptar lo que soy. No me pongas etiquetas. ¿Soy una extraña?*

—No, ahora que te veo. Una querida compañera.

—*Por supuesto. Siempre compañera. Gracias por lo de querida.*

—Y has venido para llevarme lejos.

—*¿Dónde debería llevarte? No soy más lista que tú. ¿Y qué quieres decir con «lejos»?*

—No lo sé.

—*Yo tampoco. Ya lo averiguaremos.*

—¿Es esto parte del combate del héroe?

—Quizá.

—¿Y lucharás a mi lado?

—*Sí, querido mío, pero ¿es necesario luchar?*

—Siempre ha sido así.

—*Ahora quizá no. ¿Y si empezamos con la aceptación?*

—Pero, de momento...

—*No hay momentos aquí. Solo el Ahora*

Notas

[1] *Gowk*, «tonto», «necio», en escocés. <<

[2] En inglés americano, *gage* significa «norma», «calibre», «medida». <<

[3] *The Star-Spangled Banner*, himno de los EE. UU. desde 1931. <<

[4] Perdóneseme esta versión libre del famoso «Yankee Doodle». Para los puristas, he aquí el original, tal como aparece en inglés en su forma dialectal americana: «*Me and feyther went to camp/Along 'ith Captain Goodin / And there we seen the men and boys / As thick as hasty puddirí. / Yankee Doodle, kep it up / Yankee Doodle Dandy, / Mind the music, mind the step / And with the girls be handy. / In Bashton was a shoal o' men / A-diggin' graves they told me / So 'tarnal long, so 'tarnal deep / They 'tended they should hold me. / It skeert me so I hooked it off, / Nor stopped as I remember, / Nor turned about till I got home / Locked up in mother's chamber*». <<

[5] Festival galés de música y poesía. <<

[6] *Squire*, hacendado, terrateniente, propietario. <<

[7] La Ley Riot prohíbe y castiga el maltrato a las esposas. <<